

**EMILIO GASCÓ CONTELL**

**GENIO Y  
FIGURA DE**

**VICENTE  
BLASCO IBÁÑEZ**

AGITADOR, AVENTURERO  
Y NOVELISTA







GENIO Y  
FIGURA DE  
**BLASCO IBÁÑEZ**

AGITADOR, AVENTURERO  
Y NOVELISTA



AJUNTAMENT DE VALÈNCIA



GENIO Y  
FIGURA DE  
**BLASCO IBÁÑEZ**

AGITADOR, AVENTURERO  
Y NOVELISTA

EMILIO GASCÓ CONTELL

# BIBLIOTECA BLASCO IBÁÑEZ



**AJUNTAMENT  
DE VALÈNCIA**  
www.valencia.es

DELEGACIÓN DE CULTURA  
Teniente de alcalde delegada de Cultura  
María Irene Beneyto



Oficina de *Publicaciones*

© De esta edición:  
AJUNTAMENT DE VALÈNCIA  
Delegación de Cultura. Servicio de Publicaciones

© De la obra:  
Emilio Gascó García y Marinette Gascó Poy

© Del prólogo: Emilio Gascó García

ISBN Obra completa: 978-84-8484-371-9

ISBN: 978-84-8484-370-2

Depósito legal: V-1096-2012

Imprime: Artegraf Impressors



Publicaciones de la Casa-Museo  
Blasco Ibáñez

Colección “Documenta”

Directora:  
Rosa María Rodríguez Magda

Las cartas de Vicente Blasco Ibáñez cuya reproducción facsímil figura como apéndice de este volumen fueron donadas por sus propietarios, Emilio Gascó García y Marinette Gascó Poy, a la Casa-Museo Blasco Ibáñez del Ayuntamiento de Valencia, constituyendo el “Legado Gascó Contell” de la misma.

Emilio Gascó Contell recrea en *Genio y figura de Vicente Blasco Ibáñez, agitador, aventurero y novelista*, la biografía de uno de los valencianos más universales, de un autor excepcional que ya en vida se había convertido en figura mítica, en un personaje que trascendía la imagen del mero novelista y cuyas vicisitudes vitales eran conocidas por los valencianos de su tiempo.

El Ayuntamiento de Valencia tiene el honor de reeditar esta interesante y documentada obra sobre la vida de nuestro ilustre paisano, que supo transmitir con sus novelas el alma de un pueblo y plasmar magistralmente historias que siguen cautivando y llegando al corazón de los lectores.

En la literatura universal, pocos son los autores que presentan una biografía tan intensa, diversa y apasionante, ya que, además de político, periodista, activista, guionista, director de cine y gran viajero por todo el mundo, fue un excelente escritor. La obra y la vida de Blasco Ibáñez continúa siendo, décadas después de su muerte, extraordinariamente atractiva y merece todos nuestros esfuerzos para darla a conocer entre los valencianos del siglo XXI.

Para el Ayuntamiento de Valencia, la difusión de todo lo que concierne a Vicente Blasco Ibáñez ha sido siempre una labor constante, acrecentada de forma especial desde la inauguración en 1997 de la casa-museo que lleva su nombre, objeto de una importante inversión para que la memoria y el recuerdo de nuestro escritor contemporáneo más universal esté al alcance de todos los valencianos en el emplazamiento exacto donde él quiso vivir, junto al mar, en la playa de la Malvarrosa.

Paralelamente, el Servicio de Publicaciones de la Concejalía de Cultura ha acometido con enorme éxito una imprescindible tarea de reedición de algunas de las novelas de Vicente Blasco Ibáñez, que no siempre han sido las más conocidas. Se han publicado títulos famosos en todo el mundo, como *Mare Nostrum*, pero también otras que escribió en su juventud, como *¡Por la patria!*

En esta ocasión, el Ayuntamiento quiere ofrecer al público, y en especial a los seguidores y admiradores de Blasco Ibáñez, una biografía cuyo autor es el intelectual valenciano Emilio Gascó Contell, editor, poeta y ensayista, con el que Blasco mantuvo una estrecha relación. *Genio y figura de Vicente Blasco Ibáñez, agitador, aventurero y novelista*, que vio la luz por primera vez en Madrid en 1957, está escrita desde la amistad y la admiración hacia un personaje que ejercía un poderoso atractivo en todos aquellos que lo conocieron.

Blasco Ibáñez y Gascó Contell mantuvieron una amistosa relación, especialmente durante la estancia de ambos en Francia, donde estuvieron unidos como maestro y discípulo fiel y leal que le sobrevivió casi medio siglo, y que volcó todos sus esfuerzos en dar a conocer al mundo la grandeza humana, vital e intelectual, del autor de tantas obras inolvidables, del hombre que derrochó pasión y entusiasmo en todo lo que hizo.

El libro que el lector tiene en sus manos nos acerca a Blasco Ibáñez, nos recuerda cómo fue. Su reedición por parte del Ayuntamiento constituye un doble reconocimiento: por un lado, a nuestro gran escritor –merecedor de tantos esfuerzos culturales por parte del Ayuntamiento de Valencia– y, por otro, al autor de la biografía, Emilio Gascó Contell, cuya rica prosa, profundo conocimiento y amistad con el polifacético protagonista de esta biografía, lo convierte en un testigo excepcional del vigor y la fuerza literaria de nuestro novelista más querido y conocido.

**Rita Barberá Nolla**  
Alcaldesa de Valencia

**E**milio Gascó Contell recrea en *Genio y figura de Blasco Ibáñez, agitador, aventurero y novelista*, la biografia d'un dels valencians més universals, d'un autor excepcional que ja en vida s'havia convertit en una figura mítica, un personatge que transcendia la imatge del mer novel·lista, i les vicissituds vitals del qual eren conegudes pels valencians del seu temps.

L'Ajuntament de València té l'honor de reeditar esta interessant i documentada obra sobre la vida del nostre il·lustre paisà, que sabé transmetre amb les seues novel·les l'ànima d'un poble i plasmar magistralment històries que continuen captivant i arribant al cor dels lectors.

En la literatura universal, pocs són els autors que presenten una biografia tan intensa, diversa i apassionant, ja que, a més de polític, periodista, activista, guionista, director de cine i gran viatger arreu del món, fou un escriptor excel·lent. L'obra i la vida de Blasco Ibáñez continua sent, dècades després de la seua mort, extraordinàriament atractiva, i mereix tots els nostres esforços per a donar-la a conèixer als valencians del segle XXI.

Per a l'Ajuntament de València, la difusió de tot el que es referix a Vicente Blasco Ibáñez ha sigut sempre una labor constant, acrescuda de forma significativa des de la inauguració, l'any 1997 de la casa museu que du el seu nom, amb una important inversió per tal que la memòria i el record del nostre escriptor contemporani més universal estiga a l'abast de tots els valencians a l'emplaçament exacte on ell va voler viure, a la vora de la mar, a la platja de la Malva-rosa.

Paral·lelament, el Servei de Publicacions de la Regidoria de Cultura ha emprés amb enorme èxit una labor imprescindible de reedició d'algunes de les novel·les de Vicente Blasco Ibáñez, que no sempre han sigut les més conegudes. S'han publicat títols de l'autor famosos a tot el món, com *Mare Nostrum*, però també altres que va escriure en la seua joventut, com *¡Por la patria!*

En esta ocasió, l'Ajuntament vol oferir al públic, i en concret als seguidors i admiradors de Blasco Ibáñez, una biografia l'autor de la qual és l'intel·lectual valencià Emilio Gascó Contell, editor, poeta i assagista, amb el qual Blasco va tindre una estreta relació. *Genio y figura de Blasco Ibáñez, agitador, aventurero y novelista*, que va vore la llum per primera vegada a Madrid l'any 1957, va ser escrita des de l'amistat i l'admiració cap a un personatge que exercia un poderós atractiu en tots els qui el coneixien.

Blasco Ibáñez i Gascó Contell van mantindre una amistosa relació, especialment durant l'estada de tots dos a França, on van estar units com a mestre i deixeble fidel i lleial, que el va sobreviure vora mig segle, i que va

abocar tots els seus esforços a donar a conèixer al món la grandesa humana, vital i intel·lectual de l'autor de tantes obres inoblidables, de l'home que es va lliurar amb passió i entusiasme en tot allò que va fer.

El llibre que el lector té a les mans ens acosta a Blasco Ibáñez, ens recorda com va ser. La seua reedició per part de l'Ajuntament constituïx una doble reconeixença: d'una banda, al nostre gran escriptor –mereixedor de tants esforços culturals per part de l'Ajuntament de València– i, d'altra, a l'autor de la biografia, Emilio Gascó Contell, la rica prosa del qual, i el profund coneixement i amistat amb el polifacètic protagonista d'esta biografia, el convertix en un testimoni excepcional del vigor i la força literària del nostre novel·lista més estimat i conegut.

**Rita Barberá Nolla**  
Alcaldessa de Valencia

# GASCÓ CONTELL, EL MISIONERO DE VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

*Genio y figura de Vicente Blasco Ibáñez, agitador, aventurero y novelista* (Madrid, Afrodísio Aguado, 1957), biografía escrita por Emilio Gascó Contell y que ahora se reedita por cuarta vez, nos da una versión testimonial de la apasionante vida del político y hombre de acción, genial novelista, ilustre valenciano y gran español, cuya personalidad es transmitida por un hombre de letras que fue su amigo y colaborador. Gascó conoció al novelista en Valencia en la editorial Prometeo y colaboró con él, principalmente en Francia, desde 1923 hasta su muerte en 1928. El libro de Gascó Contell sobre Blasco Ibáñez es el de un testigo de su vida y está escrito de forma novelada y amena. Es, pues, el libro de un amigo de Blasco sobre Blasco que relata su mejor novela, su propia vida. Es un libro de estilo biográfico cuyo propósito no es el análisis literario de las obras de Blasco, que evita acontecimientos, aspectos o detalles poco relevantes de su vida y que se centra en transmitir la personalidad de su protagonista.

Escribe Gascó Contell en su prólogo: “Este es el libro de un amigo de Blasco. Le tuve en vida un gran afecto y le conservo, muerto, una piedad casi filial. Nada impide, sin embargo, que trate ahora de obtener el resultado que requiere todo trabajo biográfico, esto es, ‘la retransmisión verídica de una personalidad’, según la certera definición de Sidney Lee”.

Con motivo de la anterior reedición facsímil en 1996 de *Genio y figura de Vicente Blasco Ibáñez* (Alzira, Murta-Libros de Arte), con la colaboración de la Fundación Cañada Blanch, comenta el profesor Alex Longhurst de la Universidad de Exeter: “Debe apuntarse claramente que el libro de Gascó Contell no es una crítica literaria ni una biografía propiamente dicha, sino que contiene parte de ambas; se trata más bien de un retrato psicológico

escrito por un admirador, pero de alguien cuya sensibilidad literaria y por supuesto credenciales de ‘homme de lettres’ están más allá de toda duda” (*Bulletin of Hispanic Studies*, abril de 1998, Universidad de Glasgow).

Este es un libro histórico sobre Blasco Ibáñez, ya que en 1957 rompió el silencio impuesto sobre el novelista durante el franquismo, lo que consiguió Gascó Contell debido a su persistencia, como director literario de Afrodísio Aguado Editores, en recuperar la memoria de su maestro y amigo, consiguiendo publicarlo junto a *Diario de una bandera*, del comandante Franco, dentro de la misma colección “Vida e historia”. El libro fue reeditado en 1967 con ocasión del centenario del nacimiento del autor de *La barraca*.

Blasco, que en vida gozó del éxito universal de sus novelas como ningún otro novelista español haya tenido en toda la historia –junto a Cervantes es el más traducido y publicado en todo el mundo–, también ha sido blanco de sectarias campañas en su contra dentro de España, durante varias décadas. Gascó Contell incluye, como ejemplo, en el apéndice número 3 del libro, un artículo del escritor y ensayista Eugenio d’Ors, publicado en el almanaque de 1950 del periódico *Arriba*, de Madrid, dedicado a “Fin de siglo y Novecientos”, en el que D’Ors se felicita de poder liberar a la Generación del 98 de Blasco Ibáñez, con ocasión de la aparición de un manual de literatura española que rechaza la posible inclusión de Blasco en el 98. El artículo, que recoge el sentimiento del Régimen en esos duros años, incluye numerosos y groseros insultos, concluyendo de esta forma: “Lavemos a la Generación del 98 de la mancha de cualquier participación de la fullería literaria de Blasco Ibáñez. No le perdonemos su complicidad en la formación de las tablas de valores, a que la trampa debió el éxito y contra las cuales las sucesivas promociones novecentistas se encontraron en el deber de reaccionar”. Es decir, debía reducirse a Blasco al silencio. Resultado de su condición de republicano antimilitarista y anticlerical. Una siniestra venganza contra el genial novelista por sus ideas y al homenaje que le rindió la II República repatriando sus restos en el buque insignia de la Armada en 1933, entre el fervor popular de sus conciudadanos.

Dentro de su extensa actividad de colaborador y articulista en numerosos periódicos españoles y extranjeros, Gascó Contell escribió en muchas ocasiones sobre Blasco Ibáñez y sobre Valencia, formando frecuentemente una trilogía con el propio novelista, con Mariano Benlliure y con Joaquín Sorolla en sus evocaciones de la “edad de oro” del arte valenciano. Gascó identificaba en sus ensoñaciones a Valencia con la Atenas clásica –era experto en mitología y arte griegos–, cuna del teatro y de la democracia,

pletórica de Mediterráneo, multicolor en su huerta e intensamente azul hacia levante, con las pequeñas manchas blancas de velas latinas confundidas con gaviotas, en medio de la superficie brillante y espumosa que origina el garbí los mediodías soleados, salpicando su horizonte y sus playas. Esta imagen idílica de Valencia la compartió con todos los que departieron con él y, singularmente, con José Martínez Ruiz, *Azorín*.

La estrecha amistad con Azorín le hizo mantener muy frecuentes visitas a su casa de la calle Zorrilla de Madrid –en alguna ocasión, acompañado, siendo muy niño, por quien escribe estas líneas–. Hay un artículo de Gascó titulado “Con Azorín” (de la serie “Encuentros y despedidas”) en el que relata una conversación con Blasco:

Vuelve a hablar sobre Blasco: decididamente, Azorín se recrea hoy en el recuerdo del más tumultuoso de sus amigos de la juventud... y de la vejez. Me pregunta por las casas de Blasco, por las residencias más unidas a su vida de novelista: la Malvarrosa, donde escribió alguna de sus primeras novelas; y la finca de Menton, donde murió.

– Nada, don José. La primera en franca ruina, desmantelada, aunque todavía en pie por verdadero milagro, invadida por un avispero de gitanos, grandes y chicos, acampados en los bajos del edificio y en el jardín. Aún se conservan los eucaliptos y las gigantescas palmeras, junto al mar. La vi el pasado verano. Una desdicha. En cuanto a Fontana Rosa, legada por la difunta viuda de Blasco –doña Elena, que murió en Chile– a los hijos del novelista, tampoco podrá hacerse allí gran cosa. También padeció la peste de la guerra y de las incautaciones. La ocuparon los nazis, luego los patriotas; y claro está que entre unos y otros solo dejaron las paredes.

Azorín pone en los hombros un gesto de piedad:

– ¡Pobre Blasco!

Eran esos tiempos –los años 50 del pasado siglo– posiblemente un momento bastante pesimista para el futuro del legado de Blasco Ibáñez y al que no ayudaban el olvido que le daban dentro de España a su memoria y a sus obras las instituciones e intelectuales de la época. Y ni Gascó Contell ni Azorín llegaron nunca a saber que la casa de la Malvarrosa fue finalmente demolida, pero reconstruida por el Ayuntamiento de Valencia y reinaugurada como Casa-Museo Vicente Blasco Ibáñez en 1997. La propiedad de Menton está también parcialmente restaurada y actualmente se encuentra en condiciones de ser visitada. Un final feliz que resultaba entonces imposible de prever.

Durante esta época, estudiosos en el extranjero de la obra y de la vida de Blasco Ibáñez comentan el ostracismo a que es relegado el novelista en

España por razones ideológicas y políticas. Una de las biografías de Blasco debida a A. Grove Day y Edgar C. Knowlton (Nueva York, 1972) menciona que cuando se pretendió celebrar en 1967 el centenario del nacimiento de Blasco, fue prohibido por las autoridades franquistas todo acto público, incluso en su propia ciudad natal, de la misma manera que Richard Cardwell, en *Blasco Ibáñez: La barraca* (Londres, 1973) aduce diversos testimonios de los que califica “conspiración del silencio” mantenida desde el final de la guerra civil por los críticos afines al Régimen incluyendo juicios denigrantes dedicados al novelista por parte de algunos muy significados de aquellos. Maurizio Fabbri (*Per una rilettura dell’opera di Blasco Ibáñez*, Universidad de Bolonia, 1977), habla de la sistemática eliminación de Blasco Ibáñez reduciéndole a escritor prohibido, con el propósito de borrar toda huella de él. En su *Historia de la literatura española* (vol. 3, *Realismo y naturalismo. La novela*, Madrid, Gredos, 1999), Juan Luis Alborg menciona al propio Eugenio d’Ors –refiriéndose al artículo publicado en *Arriba* antes mencionado–, pero también a personalidades como Guillermo Díaz-Plaja y a Pedro Laín Entralgo como colaboradores destacados en la labor sistemática de la eliminación de Blasco.

No obstante todo ello, Gascó Contell, siempre empeñado en “resucitar” a Blasco, y gracias fundamentalmente a su prestigio como editor, crítico literario, ensayista, conferenciante y articulista, publica su biografía en 1957; la reedita en 1967 y publica durante todo este periodo artículos de prensa, además de su actividad como conferenciante –tanto en España como en países europeos y americanos– sobre Blasco Ibáñez y su obra. Pero también organiza en el Ateneo Marítimo de Valencia, entre el 26 y el 29 de enero de 1967 –lo que supuso todo un reto, y que contó con la presidencia del Ayuntamiento de Valencia, siendo alcalde Adolfo Rincón de Arellano–, un acto homenaje con motivo del centenario del nacimiento del ilustre novelista valenciano.

El presidente del Ateneo Marítimo, el doctor Ramón Pascual Lainosa, fervoroso blasquista, reunió a muchos incondicionales en tres jornadas con conferencias –también se proyectaron películas– ofrecidas por Antonio Damiá Maiques –ilustre médico y escritor del Cabañal–, por el reputado pedagogo y escritor valenciano Luis Ballester Segura y cerradas por el propio Gascó Contell la noche del 29 de enero. Fue un éxito de asistencia, hasta el punto de habilitar altavoces fuera del recinto, excedido por el interés despertado. Blasco Ibáñez volvió a “salir a la calle” de los Poblados Marítimos por primera vez en casi medio siglo. Así, pues, sí que hubo actividad literaria y

homenajes en Valencia para celebrar el centenario del novelista y hombre de acción, aunque el acto más importante había que buscarlo en El Cabañal..., pero hasta allí no llegó la investigación de los biógrafos norteamericanos.

Aquello tuvo resonancia en los medios locales y al día siguiente el periódico *Jornada* titulaba: “Brillante celebración del centenario del nacimiento de Blasco Ibáñez”. En el diario *Pueblo* de Madrid, publicó entonces Gascó un artículo sobre la polémica de los revolucionarios mejicanos con el novelista: “Blasco Ibáñez y Méjico: la actitud de Vasconcelos”. Poco después publicaba Gascó en *ABC* un sugerente artículo titulado “Las playas de Sorolla y Blasco Ibáñez”.

También con motivo del centenario, en la renovada editorial Prometeo de Valencia, publicó Gascó una recopilación titulada *Discursos literarios*, de las doce conferencias que dio Blasco Ibáñez en Buenos Aires en su primera gira de orador por América, junto a otros dos discursos pronunciados en Valencia. Cierra así Gascó el prólogo a este libro:

Estos *Discursos literarios*, fruto de la improvisación y de un sentimiento que tenía sus raíces en el más limpio y desinteresado patriotismo, se exhuman sin otro propósito que el de presentar, como decíamos, un curioso documento gracias al cual reaparece un Blasco rebosante de españolidad frente a la minoría que se atrevió a poner esa españolidad en tela de juicio.

Algunos serán los que acojan este libro con desdén. Están en su derecho.

Muchos serán los que lo reciban con interés e incluso con pasión. Están conmigo.

Más palabras demostrativas de que no cejó Emilio Gascó Contell durante toda su vida en practicar el blasquismo, la religión laica que profesó cuando entró a trabajar en la editorial Prometeo siendo casi un adolescente.

Así pues, Gascó Contell ha sido el biógrafo de Blasco que ha estado más próximo al novelista. El que ha dado un testimonio directo del genial escritor valenciano. Y que, posteriormente a la muerte de Blasco, desplegó durante toda su vida una intensa actividad literaria reproduciendo su ideario, comentando sus novelas y rescatando algunas de sus obras, discursos, conferencias y actividades. Esto a lo largo y ancho del mundo, ya que Gascó fue profuso conferenciante en instituciones de estudios hispánicos en América y en Europa, profesor visitante de universidades y articulista de muchos periódicos españoles y extranjeros, además de haber escrito otros libros sobre la obra de Blasco. El estudio biográfico de Blasco lo inicia Gascó en Valen-

cia en 1921, publicando unos fascículos biográficos titulados *Blasco Ibáñez y su obra* (editorial Mediterráneo) y lo continuó en París con *Vicente Blasco Ibáñez, el escritor y el hombre* (Agencia Mundial de Librería, 1926).

La figura de Blasco Ibáñez llega hasta nuestros días después de más de un siglo de la aparición de sus novelas más conocidas; la más famosa en España probablemente sea *La barraca*, publicada en 1898. Poco menos de ese tiempo ha transcurrido desde la publicación de sus novelas más internacionales, las que lanzó desde la Costa Azul, como *Sangre y arena*, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, *Mare nostrum*, *Los enemigos de la mujer...* y que le dieron la fama universal, el gran éxito editorial en los Estados Unidos, la traducción a muchos idiomas y la publicación de sus obras en numerosos países. Y también le consiguieron la admiración de la Francia culta, siempre tan acogedora del talento español, que con demasiada frecuencia se ha visto en la necesidad de exiliarse, o que sencillamente se ha sentido más seguro emigrando por el riesgo que podría entrañar continuar viviendo en España.

¿Cómo ha transitado la figura del Blasco novelista, narrador, escritor dentro de la literatura española durante este periodo tan crítico de nuestra historia?

La obra de Blasco ha debido superar muchos inconvenientes para llegar viva a nuestros días, incluso en su tierra natal valenciana. Su reputación de agitador político, enemigo de la monarquía, republicano federal, feroz crítico de los militarismos y de las dictaduras, profundo anticlerical y apasionado liberal le ha silenciado en su propio país durante casi medio siglo XX. Además, ha tenido que soportar la dificultad añadida de convertirse en el novelista que más dinero ha ganado de toda la historia de España y también pasar por encima de no estar homologado como político de ningún partido concreto de los identificados por los españoles, que tampoco comprendían cómo podía encajar la rebeldía con el éxito económico. A esto hay que añadir su admiración por Victor Hugo y Émile Zola, cuyo realismo social influyó tanto en sus obras, pero con un estilo naturalista que fue excluido del grupo de escritores admitidos dentro de la Generación del 98, cuya prosa sí que conformó una parte de las tendencias intelectuales de España a partir de los años 20. Tampoco coincidió con las querencias germanófilas instaladas en España durante la Primera Guerra Mundial, ya que las novelas y la actitud de Blasco fueron claramente pro aliados, bendecidas además por el enorme éxito editorial en los Estados Unidos. Su gran distanciamiento con los planteamientos marxistas y su manifiesta admiración por el régimen de

república federal y por la democracia norteamericana tampoco coincide con el ideario adoptado por la izquierda española desde los años 50, ni mucho menos con los “ismos” propios de la “progresía” intelectual y social española del último cuarto del siglo XX. El tratamiento burlón y satírico que le da el realizador valenciano Luis García Berlanga –icono de la filmografía española con éxitos tan reconocidos como *¡Bienvenido, Mr. Marshall!* (1953)– en su serie televisiva sobre el novelista –*Blasco Ibáñez: la novela de su vida* (1997), miniserie de dos capítulos– refleja claramente esta incompreensión: Blasco no encajaba en ningún sitio.

Joan Oleza, catedrático de la Universidad de Valencia, trata de responder en “Novelistas españoles del siglo XX” (*Boletín Informativo de la Fundación Juan March*, octubre de 2002) a la pregunta: ¿están las obras de Blasco Ibáñez entre lo más válido del siglo XX español?

Le inquieta a Oleza el paso de generaciones de españoles y la cotización a la baja que tuvo Blasco progresivamente, según su obra lo hacía al alza en un mercado internacional de lectores, dentro del selectivo canon fijado por la crítica española, en particular por los ilustres miembros de la Generación del 98: Azorín, Baroja, Ortega y Gasset. Dice Oleza:

Es el canon bautizado como “modernismo” que ha ido arrinconando durante tanto tiempo la mayor parte de sus obras, exceptuando las novelas valencianas, como *La barraca o Cañas y barro* y las popularizadas por el cine como *Sangre y arena o Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Sin embargo, esta injusta marginación de Blasco originada por los “noventa-yochistas”, que se han apoderado de una determinada Norma Literaria que expulsaba al realismo o naturalismo, conformando un nuevo canon estético del que se excluía desde Galdós hasta Blasco Ibáñez, se ha superado con el paso del tiempo, al quedar claro para las generaciones posteriores que la Modernidad literaria no tenía por qué coincidir con el llamado movimiento modernista.

Termina Oleza su ensayo diciendo:

La encrucijada de las diversas líneas de desarrollo histórico –Naturalismo, Modernismo, Vanguardias, Realismo Social– que conforman la Modernidad, en un contexto de literatura occidental, es el marco en el que debe situarse lo mejor de la producción de Blasco Ibáñez, que a mi modo de ver habría que buscar en algunas de sus novelas valencianas (*Arroz y tartana, Entre naranjos*), de las sociales (*La horda*), o de las psicológicas (*Los muertos mandan*), sin descuidar momentos antológicos en muchas de otras novelas y relatos (*La barraca, Cañas y barro, El intruso, Mare nostrum, Los cuatro jinetes del Apocalipsis...*). Tal vez entonces podamos

constatar, con un cierto conocimiento de causa, que Blasco fue un poderoso narrador y también, en la medida en que supo dar expresión formal adecuada a los conflictos y a las actitudes representativas de su época, un poderoso escritor.

Por otro lado, en política, Blasco Ibáñez dio cuerpo a lo que significa ser republicano, entendido como una forma concreta e intemporal de aceptar determinados valores sociales y políticos, así como de entender la vida de manera inconformista, luchadora, solidaria, liberal, laica... de forma tan intensa que, en definitiva, le condujeron a asilarse en Francia, donde estos valores sí que se convirtieron en virtudes hasta el punto de ofrecerle la ciudadanía francesa, que él rechazó. Actuó con vehemencia contra las guerras coloniales de Cuba y Filipinas, denunciándolas en ardientes artículos de prensa como injusticia cometida por la oligarquía contra aquellos pueblos, que buscaban la autodeterminación y contra el pueblo español, cuyo ejército, enviado para sucumbir de enfermedades y en el frente de batalla, estaba formado exclusivamente por hijos de las clases más desfavorecidas del país. Su actitud contraria a la continuidad del colonialismo se adelantó, con más de medio siglo de antelación, a los movimientos de descolonización en África y Asia, que las potencias europeas no tuvieron más remedio que admitir.

Sin embargo, su postura fue calificada como antipatriota por algunos y le costó una buena parte de la frialdad de la clase política y social dominante en España durante la mayor parte del siglo XX.

No ha habido en Valencia en más de un siglo después del tiempo de Blasco un líder de las masas populares como él, donde la fundación del periódico Pueblo le permitió influir poderosamente en la opinión de la ciudad. Su ideario político liberal, heredero de la Revolución Francesa, y su carácter propenso a la confrontación y a la lucha, chocaba violentamente con las autoridades de la conservadora España oficial de la Restauración. Blasco buscaba en el ideal republicano la solución a los males del país, llamando a la revuelta popular contra un régimen político que mantenía al pueblo español en el hambre y en el analfabetismo. Mantuvo siempre su esperanza en la llegada de una república que redimiera a España y la empujara por la senda de los países europeos a través de la libertad y de la instrucción, rompiendo con el yugo secular de la Iglesia católica y de la monarquía.

El político y hombre de letras valenciano Fernando Millán Sánchez, en su libro *El ideario político de Vicente Blasco Ibáñez* (Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2006), reflexiona en su conclusión examinando la

pervivencia de las ideas políticas de Blasco en el contexto de las libertades y de los derechos humanos, explicando que

La tarea política de Blasco al respecto, la lucha contra las ideologías totalitarias, y contra los fundamentalismos religiosos, a las que habría que añadir los regímenes totalitarios, o las expresiones fascistas de la época, siguen constituyendo, hoy, la lucha política central por el devenir de la sociedad. Cuando se afirma que la historia, tras la revolución francesa, ha llegado a su fin, en el plano político, debemos volver a recordar que ello solamente será una realidad cuando sus principios sean parte del quehacer de toda la humanidad.

En cuanto a la supervivencia del ideario de Blasco Ibáñez, Millán en su libro concluye que su herencia política está viva hoy en Valencia sobre los principios de la Modernidad, libertad, igualdad, solidaridad, defensa del derecho a la vida, y dentro del proyecto común que es España.

Blasco Ibáñez, que había vivido los estragos de la Primera Guerra Mundial en Francia, nos da una visión muy desasosegada del futuro, en las páginas finales de *La vuelta al mundo de un novelista*:

Este viaje ha servido para hacerme ver que aún está lejos de morir el demonio de la guerra. He visto futuros campos de batalla: el Pacífico, la China, la India, ¡quién sabe si Egipto y sus antiguos territorios ecuatoriales! Esos choques futuros puede ser que aún los presenciemos nosotros, y si nos libramos de tal angustia, los verán seguramente las próximas generaciones...

Un Blasco visionario se estremece ante la predicción de las posibles guerras que se avecinan y acierta en muchos de los escenarios futuros. No llegó a conocer su ansiada república, la que lo distinguió entre sus hijos predilectos en el homenaje que le rindió con ocasión de la repatriación de sus restos. También se evitó ser testigo del apocalipsis que le esperaba a la II República, su descomposición política, el levantamiento militar y la terrible guerra civil con la que concluyó, antesala de la Segunda Guerra Mundial.

Vicente Blasco Ibáñez fue un gigante, su memoria y sus obras siguen vivas en Valencia y en el mundo entero más de un siglo después de su tiempo, ha sido y es uno de los escritores españoles más conocidos y admirados fuera de España, relató la realidad social de su tierra como nadie había hecho hasta ese momento con sus novelas valencianas y retrató a la sociedad española denunciando magistralmente los demonios que atenazaban a España en sus novelas sociales. Sus novelas sobre la Primera Guerra Mundial tuvieron un éxito universal inmediato.

Con su amigo y biógrafo Emilio Gascó Contell desapareció probablemente el último blasquista testigo de su tiempo, con el que compartía la pasión por su tierra valenciana y por las letras. Gascó fue viajero del mundo como hizo su querido maestro y también sufrió el exilio como él, miembro, a fin de cuentas, de su mismo exclusivo club de hombres de letras que comparten un ideario político conformador de una mentalidad republicana que profundiza en los mitos de la Revolución Francesa, de la Enciclopedia, de Rousseau y de Voltaire. En definitiva, del pensamiento moderno.

**Emilio Gascó García**

*A mi insigne y fiel amigo  
el Excmo. Sr. Presidente D. Francisco P. da Cunha Leal  
Con un abrazo.*

E. G. C.



*Tomo de mis prójimos, no sus ideas, sino el calor con que las sostienen, calor de humanidad.*

Miguel de Unamuno, *Inquietudes y meditaciones*

*Todo escritor tiene derecho a que busquemos en su obra lo que en ella ha querido poner. Después que hemos descubierto esta su voluntad e intención nos será lícito aplaudirla o denostarla. Pero no es lícito censurar a un autor porque no abriga las mismas intenciones estéticas que nosotros tenemos. Antes de juzgarlo tenemos que entenderlo.*

José Ortega y Gasset, *Ideas sobre Pío Baroja*

*Subsistirá mucho en la obra de Blasco Ibáñez. Caerán las tesis transitorias. Caducarán los apasionamientos doctrinales. No interesarán tanto acaso los conflictos. Pero estos rasguños geniales con que se pinta un paisaje o se dibuja una figura permanecerán indelebles a lo largo del tiempo y a través de las generaciones.*

Azorín, *Valencia*



Unas palabras  
del biógrafo



ÉSTE ES EL LIBRO DE UN AMIGO DE BLASCO.

Le tuve en vida un afecto y le conservo, muerto, una piedad casi filial.

Nada impide, sin embargo, que trate ahora de obtener el resultado que requiere todo trabajo biográfico, esto es, “la retransmisión verídica de una personalidad”, según la certera definición de Sidney Lee.

Una “personalidad” nunca deja de ser –por humana– un conjunto de vicios y virtudes, de aciertos y de errores, tanto más extremados cuanto más recio y relevante sea su carácter; pero he de proponer previamente al curioso lector si las cualidades y los defectos del hombre no suelen ser tales o cuales, y más o menos agudos, combatidos o encomiados según se les contraste con uno u otro ambiente, con una u otra época, según se les confronte con las reglas o preceptos que cada generación elabora y define estrechamente con la cómica ambición de que resulten inmutables y eternos.

La imagen total de Blasco y el sabor del conjunto de su obra siguen en mí bien vivos puesto que palpitan en mi propio recuerdo y en mis propias relecturas. No me propongo –he de aclararlo– hacer una recopilación de datos y documentos sobre la vida de Blasco Ibáñez, sino exponer y destacar la significación del hombre y del novelista dentro de la cultura occidental y como uno de los más típicos elementos de la “psique” y de la acción mediterránea. Si el occidente es un cultura y lo mediterráneo una acción –o cuando menos una condición–, en una y en otra se insertan cabalmente, por sus cualidades y sus defectos, el novelista y el hombre.

Blasco, “el mediterráneo”: he ahí el apelativo que mejor le cuadraría. Y muy singularmente en razón de todo un conjunto de peculiaridades que compusieron y ordenaron –o desordenaron– los trazos más vigorosos de su personalidad.

Tampoco me propongo –y esto es esencial en un trabajo que se refiere a la vida y la obra de un escritor– elaborar una pieza de crítica literaria.

Carezco de esa propensión, tan generalizada entre los profesionales de la pluma, a que los demás abunden en mis gustos de lector. Respeto y aun admiro el oficio; pero no es el mío.

En cuanto a Blasco, éste fue un escritor sin pretensiones académicas de ningún género y siempre dejó dicho que escribía con absoluta independencia de artista y por puro placer personal.

Leer a Blasco con gusto no me impide leer con el mismo recreo, entre los españoles, a algunos clásicos, a Baroja, a Valle-Inclán, a Azorín, a Menéndez Pelayo, a Unamuno, a Ortega, a Marañón, a Pérez de Ayala y a otros escritores de muy diverso tono y estilo. Para mí, lo importante en un escritor es que tenga personalidad y... algo que decir, cualquiera que sea el estilo y el tono en que lo diga.

Muchos son los recuerdos personales y las impresiones directas en que he podido basar mi trabajo a partir de cierta época de la vida de Blasco Ibáñez.

La referencia de las cosas que no vi, he procurado documentarla con textos autobiográficos del propio Blasco Ibáñez, o con citas de otros que las vieron. Estas citas abundan a lo largo de mi narración y no creo que estén de más en un retrato que, si no aspira a la alta calidad de la pintura, desea al menos captar con la mayor fidelidad el parecido.

Yo le vi y le oí por primera vez en el Grao de Valencia, el arrabal marítimo de donde soy nativo, hacia el año 1905, en un Casino Republicano de los muchos que habían surgido, a la sazón, en todas las barriadas de mi tierra, y que se hallaba instalado en un gran caserón, todavía existente, de la avenida del Puerto. Se llamaba el “Centro Universal”. Nada menos.

En mi tierra natal, pasar el sarampión y ser republicano eran las dos afecciones inevitables de la época.

Tenía yo unos siete años.

Mi padre, ardiente e insobornable “blasquista” de los poblados marítimos, me había llevado consigo a aquella gran reunión popular. Un gentío enorme, gesticulante y ruidoso, pugnaba por acceder a los salones del caserón situados en los altos del edificio, sobre un vasto local dedicado, según creo recordar, a almacén de salazones.

Me llevaba sobre uno de sus hombros; y entre aquella marea clamorosa de gentes humildes –por lo común, trabajadores del puerto, pescadores, toneleros– que acudían a escuchar la palabra del “maestro”, yo me sentía feliz de poder contemplar, por fin, a *Don Vicent*, personaje del que oía hablar en casa y fuera de casa a todas horas y que mi infantil imaginación representaba cual un verdadero demiurgo.

– Dejadme paso –decía a cada momento mi padre–; el *xiquet* también tiene derecho a oír a *Don Vicent*.

Así fuimos avanzando hasta quedar entre la multitud que invadía el casino, toda ella de pie, apretujada y rumorosa, pero disciplinada por un mismo entusiasmo que tenía mucho de histerismo colectivo.



En 1927, fotografiado con el autor de este libro en las habitaciones del Claridge, de París.

Era el primer espectáculo de masas a que yo asistía. Y allí vi y oí por primera vez a Vicente Blasco Ibáñez, ya gran novelista y al propio tiempo tribuno popular y hombre de combate, entre una delirante apoteosis.

Unos años después, se me enconaron las comezones literarias que me habían ido desazonando desde muy niño. Yo había escrito algunos cuentos breves, impresos en un modesto semanario de los trabajadores del puerto; y varios artículos, publicados en las columnas de *El Pueblo*, diario fundado por Blasco y que éste ya no dirigía desde años antes por encontrarse lejos de Valencia y de España, distanciado de las luchas políticas locales y consagrado casi por entero a sus tareas de novelista.

Yo empezaba a querer considerarme un joven intelectual, no sé por qué, puesto que nunca había pasado de aprender las escasísimas primeras letras que entonces podían adquirirse en la más desamparada de las escuelas públicas de pueblo, ni de haber leído otra cosa que unas cuantas novelas de Blasco (Blasco ante todo), de Víctor Hugo, de Emilio Zola o de Lamartine. Y aun así, en unas ediciones que la Editorial Sopena, de Barcelona, había lanzado a dos pesetas, con grandes cromos en la cubierta y donde se mezclaban las obras de Dumas con las de Xavier de Montepin, las de Víctor Hugo con el *Quijote*, las de Máximo Gorki con las de Ponson du Terrail.

Cierto día de 1916 formé la resolución, inmediatamente puesta en obra, de tomar desde el Grao el tranvía de Valencia, presentarme en la Gran Vía de Germanías, número 33, sede de la Editorial Prometeo (cuyo director literario era –siempre a distancia– Vicente Blasco Ibáñez) y solicitar del gerente administrativo y socio editorial de Blasco, don Francisco Sempere, ingresar como funcionario en la empresa.

– ¿Sabe usted contabilidad? –me dijo el buen don Paco, rechonchito, carilleno, con su barbilla blanquirrubia y su natural expresión amable y bonachona.

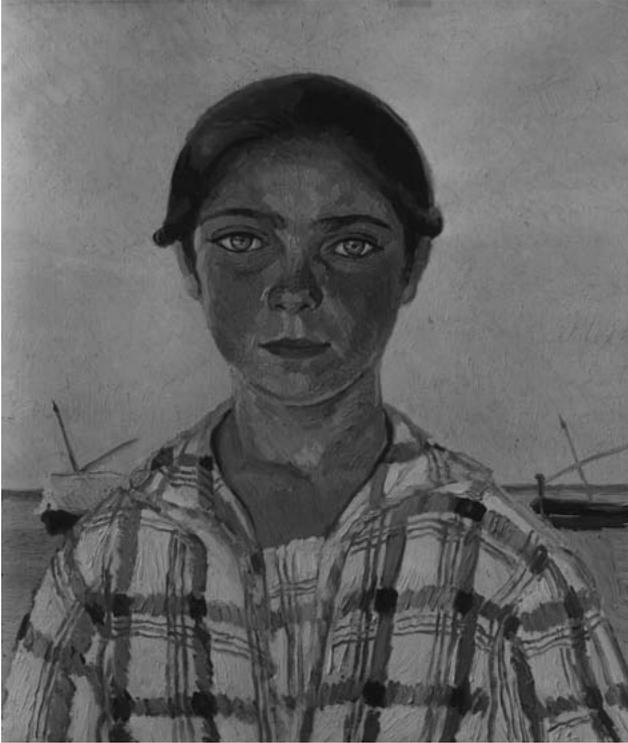
– No, señor Sempere.

– ¿Tiene buena letra? ¿Podría ayudar a la correspondencia?

– Regular.

– Entonces no es un empleo de oficinas lo que usted pretende. Veo que quiere trabajar en la imprenta. ¿Es de máquinas o de cajas? Ahora verá al regente para que tome nota.

– No; no es eso, señor Sempere. Lo que ocurre es que soy escritor; pero no me atrevía a decírselo. Tal vez haya leído usted algún articulito mío en *El Pueblo*... Soy Fulano de Tal.



Chicos del Cabañal  
(pintura y dibujo  
de F. Merenciano).

Don Paco se quedó como estupefacto frente a aquel jovenzuelo tan audaz y tan tímido a la vez, que se atrevía a presentarse con pasaporte de “hombre de letras” ante el editor de Blasco, de D’Annunzio, de Daudet, de Zozaya, de Gómez Carrillo, de casi todas las notabilidades nacionales y extranjeras de la época

– ¿Ha dicho usted “escritor”, joven?

Y sólo para abreviar una entrevista que ya se iba prolongando con exceso, don Paco Sempere tomó y dejó sobre su mesa unas cuartillas con las que yo pretendía justificar a sus ojos la campanuda profesión de que había valientemente alardeado.

– Ya le escribiré a usted –me dijo, pensando en desembarazarse cuanto antes de mi presencia–. Déjeme sus señas.

Pero el milagro se hizo.

Quiero decir que me escribió: a los pocos días recibí del propio don Paco una carta manuscrita muy breve, pero con el membrete de “Prometeo” en un artístico recuadro adornado con el célebre sello de la editorial, y que decía así textualmente:

“Cuando le sea factible, sírvase pasar por esta su casa. – F. Sempere.”

Dos semanas más tarde, ya estaba yo funcionando en la Casa Editorial Prometeo. Corregía pruebas de imprenta entre nueve y doce de la mañana, y tres y siete de la tarde.

Ganaba quince duros al mes. Pero además, don Paco había dado orden al jefe de los almacenes de ir entregándome un ejemplar de cuantas obras había publicado la casa, a mi elección y a medida que las fuera leyendo.

El grueso de las ediciones Prometeo (antigua “F. Sempere y Compañía”) lo constituían unos volúmenes de *a cuatro* reales con cubierta de cartulina blanca y un óvalo con el retrato del autor. Esta gran serie de obras gozaba de una difusión extraordinaria en España e Hispanoamérica, así como las colecciones que fueron apareciendo, tales como las Obras Completas de Shakespeare, los Clásicos griegos y latinos, los 23 tomitos de las Mil Noches y una Noche, de Mardrus; la colección de La Novela Literaria, etcétera.

Así pude ir devorando, en el tranvía, a la hora de comer, en los días de fiesta, en la playa bajo la panza de un fálucho, o en la huerta a la sombra de una higuera, a Bakunin con Bjornson, a D’Annunzio con Darwin, a Diderot con Engels, a Flaubert con Gómez Carrillo, a Isócrates con Aristófanés, a Lope de Vega con Máximo Gorki, a Víctor Hugo con Ibsen, a Kropotkin con Maeterlinck, a Max Nordau con Nietzsche, a Renan con Schopenhauer, Sudermann con Spencer, a Zola con Tolstoi...

Algún tiempo después, hacia 1919, vi por segunda vez a Blasco Ibáñez.

Yo había ido subiendo de categoría, y pasado, de corregir pruebas de imprenta, a medio traducir del francés y a medio redactar en español una “importante” obra que la editorial estaba publicando en folletitos semanales y que, asonantando con la actualidad ofrecida por la Primera Guerra Mundial, a la sazón en pleno curso, consistía en una serie de episodios titulados *Memorias de espionaje*.

De más está decir que yo no sabía francés, ni casi español, y que aquel trabajo, realizado con titánico empeño y con auxilio de tan reiteradas cuan angustiosas consultas en un grueso diccionario, representó para mí un primer cursillo en ambos idiomas. No quiero recordar las atrocidades que en la redacción o adaptación de aquellos cuadernos iba yo vertiendo, a lo largo de un trabajo de jornalero, absolutamente inexperto, de la pluma. Pero lo inaudito era que las tales *Memorias de espionaje* iban alcanzando un éxito de público cada vez mayor, hecho que sólo se explica por estar destinadas a una masa de lectores ignaros para quienes resultaba agradable un pasto y un “estilo” acomodado a su paladar. Al fin y al cabo, otros grandes éxitos populares, aunque mucho más pretenciosos, tienen la misma explicación. Tirábanse nada menos que 10.000 ejemplares de cada cuaderno, tiraje considerable en la época para tal género de publicaciones.

Don Paco Sempere –carilleno, rechonchito, bonachón– solía decirme cuando se asomaba al despachito “independiente” donde me había encerrado a solas con mis papeles y mis elucubraciones:

– ¿Cómo va eso, jovencito? Sobre todo no se le ocurra matar todavía a René Senz. En el último cuaderno lo ha dejado usted muy comprometido.

René Senz era el protagonista de nuestras *Memorias*.

Recuerdo que el original francés, por el octavo o el noveno cuadernillo, había derivado hacia los recuerdos de la guerra franco-prusiana del 70, temas que seguramente apasionaban a la clientela francesa, pero que no podían interesar de igual modo, ni mucho menos, a nuestros lectores españoles. Además, los episodios “de emoción” habían decaído tanto, que la obra se hacía de una pesadez impropia del carácter ameno que le habíamos atribuido en la propaganda publicitaria al emprender su publicación. Menos mal que el traductor, o adaptador, velando por aquella “amenidad”, metió a René Senz en un submarino, le hizo naufragar en las Bocas de Cattaro, le salvó luego, lo trajo a España, le hizo bailar con la Mata Hari... y la cosa marchaba como sobre ruedas.

En otra ocasión, don Francisco Sempere me llamó a su despacho, decorado con grandes retratos de Blasco Ibáñez, de Zola y de Víctor Hugo, y con cierta solemnidad me dijo:

– A partir del mes próximo le daremos a usted dieciocho duros. Estamos contentos de su trabajo. Otra cosa, muy importante: mañana viene Don Vicente y tendrá usted el honor de estrechar su mano. No hable mucho.

El corazón me dio un brinco. Y, llegada la noche, a la hora de comer el *sofregidet* en familia, vi que la noticia conmovía profundamente al veterano blasquista que era mi padre.

Al día siguiente vino, en efecto, Blasco Ibáñez en viaje de “riguroso incógnito”. De no ser así, toda Valencia se habría movilizado para recibirle, como en día de fiesta mayor, pues en aquel tiempo Valencia adoraba a Blasco, y así lo exteriorizaba cada vez que el antiguo tribuno y célebre novelista acudía, aunque muy de tarde en tarde, a su ciudad natal.

Ahora venía de París, donde residiera, tras de su estancia en la Argentina, los años finales de la Primera Gran Guerra.

– Este jovencito es el de las *Memorias* –le dijo don Paco, presentándome.

Y yo temblaba de cortedad ante aquel hombre, ya sin las barbas que le había conocido de niño, sonriente, pulcro, con un bigote recortado en escobilla y bailándole sobre el chaleco un monóculo pendiente de un cordoncillo de seda, lo que le daba el aire de un personaje de Marcel Prévost.

Aquel era, sin embargo, Don Vicente Blasco Ibáñez. Blasco Ibáñez en carne y hueso. El hombre que me habían habituado a considerar como un ser excepcional desde la infancia, y cuyas novelas, devoradas más que leídas, me habían familiarizado con una muchedumbre de tipos más considerable, de cierto, que los conocidos en la vida real.

Blasco me puso una mano en el hombro y exclamó con encantadora campechanía:

– Celebro conocerle. Aquí, don Paco, me ha hablado muy bien de usted. Vamos a ver cómo le salen otras cosillas de más envergadura.

Blasco aludía a lo siguiente:

Mediada la guerra, se había encargado de escribir, como instrumento de propaganda francófila en España, una voluminosa *Historia de la Guerra*, que, impresa en la editorial de Valencia y publicada en gran formato, era difundida en fascículos semanales encuadernables y profusamente ilustrados.

Llevaba realizando ese trabajo dos años largos, parte de él escrito de su propio puño y letra, parte enlazando en su texto original otros escritos publicados en Francia y que yo venía traduciendo desde hacía algún tiempo



Vista general del viejo Mentón.

para intercalarlos entre los textos, cada vez más abreviados, de don Vicente. A partir de ahora, se trataba de descargarle de tan penosa tarea y de continuar la mencionada *Historia* según el carácter que había adquirido, mediante la documentación que iríamos recibiendo.

Concluí, pues, a gusto de todos, la redacción de aquella gran *Historia de la Gran Guerra*: nueve tomos en cuarto mayor lujosamente encuadernados, con una gruesa espada de oro en cada lomo, y de los cuales no me creo totalmente responsable más que de cinco.

Había terminado ya esa guerra, cuando el Pacto de Versalles, los Catorce Puntos de Wilson, la Sociedad de Naciones y otros acontecimientos que –oh, ironías de la Historia– se escribían siempre en letras capitales, nos dieron ocasión de poner felice y solemnísimo final al voluminoso mamotreto. También tuvimos que matar, por fin, a nuestro René Senz, el héroe predilecto de Sempere. “No me hable usted de la guerra”, se leía en unos botones que todo el mundo se había puesto en las solapas. Era prudente cambiar de disco.

Y por encargo expreso de don Paco volví a ver a Blasco Ibáñez en Niza para traerme en el maletín otros asuntos editoriales proyectados y organizados por el propio don Vicente.

Vivía en el Gran Palais, frente a la dársena del famoso puertecillo poblado de embarcaciones de placer. Aún no íbamos a Menton más que en visita. Y fue por primera vez en esta época cuando pude conocer al hombre en la intimidad, al escritor en plena potencia creadora.

Era un trabajador obstinado, aunque su salud se hallaba entonces bastante quebrantada. Se pasaba los días y parte de las noches encerrado en su despacho, siempre escribiendo.

Trabajaba en su novela *Mare Nostrum*, toda ella escrita de punta de pluma, sin dictados ni ayudas mecanográficas, afanoso, congestionado, con una capacidad obrera increíble, como en los mejores tiempos de su fogosa juventud.

A veces subíamos hasta Monte Carlo, pero limitándonos a dar un paseo y a sentarnos en alguna terraza. Jamás se le ocurrió entrar en el Casino para arriesgar la menor apuesta.

– Algún día, escribiré la novela del Casino –me decía, cuando este vago proyecto era todo lo que existía de su futura obra *Los enemigos de la Mujer*, compuesta y publicada a continuación de *Mare Nostrum*.

De allí me traje a Valencia, con gran embeleso de Sempere, los primeros originales para la colección “La Novela Literaria”, junto con los pri-

meros prólogos de Blasco Ibáñez dedicados a Barbusse, Huysmans, René Boylesve, Pierre Louys, etcétera. Y que fueron recogidos, junto con otros, en su libro póstumo *Estudios literarios*.

Posteriormente conviví con él en Menton por breves temporadas; le vi constantemente cada vez que subía a París, donde yo me había instalado por mi exclusiva cuenta y riesgo desde febrero de 1923, y acudí –acongojado– a verle morir en Fontana Rosa.

Lo dije al principio: este es el libro de un amigo de Blasco.

Madrid, 1957.



Años de niñez  
y mocedad



# AÑOS DE NIÑEZ Y MOCEDAD

## (1867 –1890)

El 29 de enero de 1867, nacía en la típica calle de la Jabonería Nueva, angosta callejuela que surca el centro de la ciudad antigua de Valencia, un niño a quien se le impuso el nombre de Vicente.

Nacía este niño en una barriada popular, alledaña de los mercados centrales, y era el primogénito de un matrimonio medianamente acomodado, en posesión de un pequeño comercio de comestibles y perteneciente a aquella mesocracia española de fines del siglo pasado cuya aspiración consistía en asegurarse unas pequeñas rentas para la vejez, abandonando luego los negocios y dedicándose a saborear las delicias de una vida mediocre y sosegada.

La familia procedía de Aragón. El padre, don Gaspar Blasco Teruel, era de Aguilar de Alfambra, pueblecillo de la provincia de Teruel; y la madre, doña Ramona Ibáñez Martínez, de Calatayud.

Pertenecían a una de las muchas familias aragonesas que, siguiendo el curso del Turia en su descenso hacia los valles ubérrimos de la huerta, afluyen a la capital atraídas por el estado floreciente de su comercio, verdadero emporio de riqueza si se le compara con la vida áspera y difícil de las tierras interiores que la región valenciana toca por el noroeste.

La mayor parte del comercio de la ciudad, y particularmente el ramo de la alimentación y del vestido, se halla en manos de aragoneses, que, como el propio Blasco los describiera, son “seres pacienzudos, honradotes y laboriosos a quienes la insolencia valenciana designa con el apodo de *churros*, título entre compasivo e infamante”.

En sus riscos natales, la industria y los negocios se encuentran en estado rudimentario. Fuera de algunos pequeños núcleos aldeanos, los pobladores del bajo Aragón se dedican al pastoreo, visten y duermen como las socie-

dades primitivas, y un afán perfectamente humano de evadirse de aquella existencia miserable explica la corriente emigratoria hacia el paraíso fácil, luminoso, de tierra feraz y clima suave, de Valencia.

Muchos de esos aragoneses, tesoneros y duros, llevan a la vieja ciudad musulmana una gran potencialidad de trabajo, y es gente que, por lo común, logra afincar y desenvolverse, adhiriéndose desesperadamente a la vida mercantil de la ciudad y empezando a redimirse de la caverna y de la vida nómada en el servicio doméstico y en las tiendas de tejidos y comestibles.

Otros aragoneses son “golondrinas de invierno” que al caer las primeras nieves, que dejan el campo muerto y el hogar sin pan, levantan el vuelo con su cargamento de lana, y, desde el fondo de la provincia de Teruel, llegan a Valencia ofreciendo lo que la familia fabrica durante el año. “Robustos, cargados de espaldas, con la cabeza inclinada como signo de perpetua esclavitud y miseria, veíaseles pasar lentamente con su traje de paño burdo, estrecho pañizuelo arrollado a las sienes, y, entre éste y el abierto cuello de la camisa, el rostro rojizo, agrietado y lustroso, con espesas cejas y ojillos de inocente malicia. Colgando de los brazos o en el fondo de dos bolsones de lienzo, llevaban las medias de lana burda y asfixiante, los calcetines ásperos que un puñal no podría atravesar. Es el capital de su familia; lo que la mujer y las hijas han hecho unas veces al sol, guardando las ovejas, y otras de noche, junto a los sarmientos humeantes de la cocina. En la venta del burdo género, están las patatas y el pan para todo el año; y soñando con la inmensa facilidad de volver a casa con una docena de duros, zapatos para las hijas y un refajo para la mujer, pasean tristes y resignados por entre el gentío, lanzando a cada minuto su grito melancólico como una queja: *Medias y calcetines... el mediero...*<sup>1</sup>

Los padres de Blasco Ibáñez no fueron, sin embargo, de tan modesta condición; su género de vida no rozaba los lindes de la miseria. Tanto el padre como la madre, gozaban de cierta independencia en sus aldeas natales; poseían algunas tierras y rebaños, y su mentalidad era bastante superior al nivel medio dominante en sus riscos originarios. Don Gaspar había manifestado desde niño un gran talento natural; era el más despejado entre todos los chicos de la escuela de su pueblo, y su listeza hizo que uno de sus parientes, sacerdote rural, tomara al pequeño bajo su dirección, enseñándole el latín. Lo llevaron

---

<sup>1</sup> *Arroz y tartana* (1894).



Estudiante de Derecho en la Universidad de Valencia.

al seminario de Teruel para que estudiase la carrera de cura, pero al advertir su escasa vocación lo trasladaron a Valencia a fin de convertirlo en mercader.

Ese sacerdote rural, Mosén Francisco, ocupa un lugar preponderante entre los antecedentes psicológicos de Blasco. Era hermano de la abuela paterna del novelista, y había sido, en efecto, un extraordinario hombre de acción, apasionado, violento y de grandes energías activas. Dotado de una fuerza hercúlea y de un carácter exaltado, no había titubeado cuando la primera guerra carlista (1833-1839) en alistarse entre las filas armadas de los partidarios del Pretendiente, como otros muchos de sus congéneres del clero secular y regular. Fue gran amigo del célebre “general” don Ramón Cabrera; mandó un batallón de guerrilleros, y, durante los siete años de la lucha a favor del hermano de Fernando VII, Mosén Francisco constituyó un refuerzo considerable para las partidas carlistas de Aragón.

El recuerdo de sus hazañas dejó en la memoria del pequeño Blasco Ibáñez una huella profunda, pues le conoció de niño, cuando el cura guerrillero, “cobrizo como un marroquí, con manos semejantes a las zarpas de un oso de las sierras, con la apostura siempre marcial, a pesar de su edad avanzada, le mecía, cual un gigante de sotana, sobre sus rodillas”.

Otro familiar de Blasco Ibáñez al que podríamos considerar como un antecedente de sus inclinaciones literarias, fue el famoso librero y editor don Mariano Cabrerizo, que popularizó en España, entre 1825 y 1860, a todos los grandes escritores extranjeros de la época.

Don Mariano, también oriundo del bajo Aragón, fue, por sus actividades de editor, otra de las figuras de que puede envanecerse la vieja cultura valenciana.

No era, en rigor, pariente de Blasco. Pero una tía de la madre del novelista, doña Vicenta Martínez, gobernaba como ama de llaves la casa del célebre librero; y estas relaciones establecieron entre el editor y sus paisanos, los parientes y protegidos de doña Vicenta, una gran familiaridad. Al nacer el niño, la madrina de pila fue doña Vicenta; y se le puso el nombre de Vicente en señal de consideración a la tía y protectora.

El editor Cabrerizo le cobró gran afición al ahijado de su ama de llaves. Le recibía en su casa con alborozo, le llenaba los bolsillos de golosinas, y muchas veces se lo llevaba al huerto de la casa –un magnífico huerto de la primitiva Alameda–, para jugar con él como un verdadero abuelo.

A lo largo de su existencia, siempre pensó Blasco Ibáñez en su “abuelo” don Mariano con profundo cariño y reclamando la honra de tenerle como un verdadero antepasado familiar.

Los que ignoraban estas ligazones de Blasco con una raza tan apta para la acción como lo es la aragonesa, veían en él una excepción a lo proverbial molicie levantina, y, contrastándolo con otras figuras artísticas o literarias de vida plácida y extática, no vacilaban en afirmar que Blasco Ibáñez “no parecía valenciano”.

Se hallaren o no en lo cierto al apreciar esas peculiaridades étnicas, no estará de más observar que nuestro novelista era un valenciano... mitad aragonés. De ahí a no suponerle ninguna filiación mediterránea faltaría bien poco; pero, aparte de que Aragón siempre ha vivido, aunque lejos, de cara al mar, en la vida y la obra de Blasco abundan los matices marcadamente levantinos: levantina su imaginación creadora; levantino su estilo, gráfico y jugoso; levantinas, particularmente valencianas, sus cualidades de colorista, su visión a un tiempo realista y poética del paisaje.

Sus ojos y su alma estaban transidos de belleza y de color desde la niñez, cuando el pequeño Blasco formaba parte de las expediciones infantiles a través de la huerta, cuando escapaba al puerto a ejercer sus aficiones náuticas sobre cualquier lanchón que luego abandonaba en el extremo opuesto de donde lo cogiera, cuando vagabundeaba por la costa, entre el Grao y el Cabañal, contemplando las faenas de los pescadores, o se entregaba, en fin, a las infinitas barrabasadas que ilustran la vida infantil de casi todos los valencianos y que les hace sentir de cerca de la naturaleza: una vida suelta de picaruelos que disponen de cama y mesa y se mueven como gorriones frente a un mar glorioso, en una huerta frondosa y al amparo de un clima donde apenas se advierten los cambios de estación.

Pero hubo en la infancia del novelista una dualidad que no aparece, por lo común, en todos los muchachos. Fue un chico como los otros; pero con grandes crisis que le empujaban a la lectura, la gran pasión de toda su existencia, y a cierto misticismo. Aquellas escapatorias no constituían el tono de su vida, pues hay que decir que, como hijo único, sus padres le tenían muy vigilado y además le enviaban a la escuela todo el año, verano inclusive. Cuando empezó a darse razón de su existencia, ya escribía, y, sobre todo, leía con gran agilidad.

Como otro “Luis Lambert”, el personaje de Balzac, “la lectura había llegado a convertirse en una especie de sed insaciable; devoraba libros de todo género, y leía indistintamente obras religiosas, de historia, de filosofía y de física”... todo cuanto caía al alcance de sus manos.

En su casa había muchos libros, muchísimos; unos, regalados por su pariente Cabrerizo, y otros, adquiridos por don Gaspar, que fue siempre gran

lector. Una de las primeras lecturas del pequeño Vicente, que ejerció en él honda influencia hasta los años posteriores de su vida, fue la *Vida de Cristóbal Colón y de los primeros descubridores de América*, escrita por Washington Irving. También había publicado Cabrerizo muchas novelas populares sobre los filibusteros de la isla Tortuga y otros aventureros de América. Estas primeras lecturas dejaron en Blasco Ibáñez y su obra una huella considerable; *Los argonautas*, *En busca del Gran Kan*, *El caballero de la Virgen*, acusan esta influencia curiosamente fijada desde la niñez.

Otro detalle de la infancia de Blasco: Cerca de su casa había un sinnúmero de antiguos caserones ocupados muchos de ellos por fabricantes de sedas. Otros caserones eran de familias linajudas que conservaban restos del lujo pasado. Blasco jugaba mucho con los chicos de dichas casas. En otras, aunque no hubiese chicos, le dejaban entrar porque sus dueñas, devotas solteronas, le tenían cierta simpatía.

La infancia de Ulises Ferragut en *Mare Nostrum*, las batallas en el desván lleno de cosas antiguas, y las fantasías novelescas de los muchachos reunidos para jugar, son verdaderos recuerdos de la infancia de Blasco Ibáñez:

(...) como una bandada de pájaros, volaban escalera arriba, sobre unos peldaños de azulejos multicolores con redondeles de barniz saltado que mostraban la roja pasta del ladrillo. Los ceramistas valencianos del siglo XVII los habían orlado con galeras berberiscas y cristianas, aves de la cercana Albufera, cazadores de blanca peluca que ofrecían flores a una labradora, frutas de todas clases y briosos jinetes cabalgando en caballos como la mitad de su cuerpo ante casas y árboles que apenas llegaban a las rodilla del corcel.

Se esparcía el ruidoso grupo por el último piso como las más horrendas invasiones de la Historia. Gatos y ratas huían por igual a los rincones; los pájaros, despavoridos, salían como flechas por los tragaluces del techo... Arriba no eran posibles las desavenencias y batallas de los muchachos por falta de disfraces. No tenían más que hundir sus manos en cualquiera de los arcones que latían con sordo crepitar de carcoma, y cuyos hierros, calados como encajes, se desclavaban de la madera. Unos blandían espadines de puño de nácar o largas tizonas, luego de envolverse en capas de seda carmesí obscurecidas por los años. Otros se echaban en hombros colchas de brocado venerables, faldas de labradora, con gruesas flores de oro, guardainfantes de rico tejido que crujían como papel.

Cuando se cansaban de imitar a los cómicos con ruidoso choque de espadas y caídas de muerte, Ulises y otros amantes de la acción proponían el juego de "ladrones y alguaciles". Los ladrones no podían ir vestidos con

ricas telas, su uniforme debía ser modesto. Y revolvían unos montones de trapos de colores apagados que parecían arpilleras. En las diversas manchas de su tejido se adivinaban piernas, brazos, cabezas, ramajes de un verde metálico... Eran pedazos de tapices copiados del Tiziano y de Rubens... Otras veces, Ulises repetía el mismo juego con el título de “indios y conquistadores”. Había encontrado en los montones de libros almacenados por su padre un volumen que relataba, a dos columnas con abundantes grabados en madera, las navegaciones de Colón, las guerras de Hernán Cortés, las hazañas de Pizarro.

Este libro influyó en el resto de su existencia.

Muchas veces, siendo hombre, encontró su imagen latente en el fondo de sus actos y sus deseos. En realidad, solo había leído algunos fragmentos. Para él, lo interesante eran los grabados, más dignos de su admiración que todos los cuadros del desván.

Con la punta de su estoque, trazaba en el suelo una línea, lo mismo que Pizarro en la isla del Gallo ante sus desalentados compañeros, prontos a desistir de la conquista. “Que todo buen castellano pase esta raya”... Y los buenos castellanos –una docena de pilluelos con largas capas y tizonas, cuya empuñadura les llegaba a la boca– venían a agruparse en torno del caudillo, que imitaba los gestos heroicos del conquistador. Luego, surgía el grito de guerra: “Sus, a los indios”.

Estaba convencido que los indios debían huir: para eso iban envueltos modestamente en un trozo de tapiz y llevaban en la cabeza plumas de gallo. Pero huían traidoramente, y al verse sobre bargueños, mesas y pirámides de sillas, empezaban a disparar volúmenes contra sus perseguidores. Venerables libros de piel con dorados suaves, infolios de blanco pergamino, se abrían al caer en el suelo, rompiéndose sus nervios, esparciendo una lluvia de páginas impresas o manuscritas, de amarillentos grabados, como si soltasen la sangre y las entrañas, cansados de vivir.<sup>2</sup>

El pequeño Blasco, evocado en este pequeño Ulises de *Mare Nostrum*, era entonces un chicuelo delgado, extremadamente delgado, muy nervioso, sometido a ciertas crisis propias de un organismo que crecía desordenadamente; llevaba una vida imaginativa muy complicada y que no había llegado a su equilibrio.

De pronto, abandonaba todo juego ruidoso, para aislarse, con un amor repentino por la soledad. Hasta los once años tuvo crisis de misticismo y

---

<sup>2</sup> *Mare Nostrum*, cap. I.

hasta visiones de Dios y de los Santos, como un pequeño iluminado. Luego, su salud corporal se fue robusteciendo. Leía cuanto encontraba a mano. A los doce años, la *Vida de Jesús* de Renan y los *Estudios de la Edad Media* de su futuro maestro Pi y Margall, modificaron profundamente sus creencias religiosas, inculcadas en el hogar, y empezó a ser “librepensador”, como se decía en el siglo XIX, en el período de la vida en que otros muchachos no manifiestan más inquietudes que apedrear gatos o jugar a la pelota.

De vez en cuando, como sintiendo la falta del oxígeno callejero, acudía a la plazoleta donde aflucía la chiquillería de todo el barrio en bulliciosa fraternización, y entonces Blasco Ibáñez, es decir, *Vicentico*, solía asumir la jefatura: la decisión pronta y la palabra elocuente.

Los días en que una lluvia intempestiva o cualquiera otra causa impedía realizar aquellas escapadas de las que siempre resultaba algún desavío, los camaradas se reunían bajo un portal, sentándose en el suelo a usanza moruna, y el jefe nato de aquella partida, donde el mayor no tenía más de doce años, les entretenía describiéndoles con gran colorido las correrías futuras, o les contaba, simplemente, cuentos, relatos que *Vicentico* “se sacaba de la cabeza”, cautivando la atención del pequeño auditorio, y donde ya vivían en germen las cualidades novelescas de *La barraca*.

Durante su infancia, Blasco fue hijo único, pues su hermana doña Pilar no nació sino cuando él, ya adolescente, empezaba a adquirir renombre de agitador político. Sus padres quisieron darle una carrera, y el futuro novelista pidió tenazmente estudiar para marino.

Dos obstáculos se opusieron a que Blasco Ibáñez llegase a ser un oficial de la Marina de guerra. Su madre doña Ramona no pudo transigir con la idea de que su hijo único corriese los peligros de la vida en el mar. La torpeza nativa de Blasco para las matemáticas y otras ciencias exactas se opuso igualmente a la continuación de dichos estudios. Ingresó en una academia preparatoria y, al poco tiempo, se convenció él mismo de la inutilidad de sus esfuerzos. Ante la imposibilidad de desentrañar los misterios del álgebra, de las tablas de logaritmos y de la trigonometría esférica y rectilínea, abandonó, desalentado, sus esperanzas. Siguió amando la vida del mar (amor que se nota en todas sus obras), pero, correspondiendo a los deseos de su familia, tuvo que escoger otra carrera que no le obligase a entablar estrecho comercio con las ciencias exactas. Se decidió por la de Leyes, predilecta de los jóvenes españoles que quieren poseer una carrera sin pensar en ejercerla nunca. Por no apenar a sus padres, se haría abogado, aunque no le atraían



En 1890, cuando vivía emigrado en París.

en manera alguna las glorias del foro. Y así fue como Blasco Ibáñez llegó a la licenciatura de Leyes, para olvidarla apenas obtenida.

Su vocación de escritor y de artista de la palabra la tenía demasiado arraigada en el espíritu para dejarse dominar o desviar por actividades o estudios que entorpecieran su vocación. Estudiaba poco durante el curso. Sus apariciones por el instituto, como más tarde por la universidad, las alternaba con largos paseos por los campos y la playa. A menudo aparecía también entre las librerías de lance instaladas junto a la Lonja, uno de los rincones más pintorescos de la ciudad vieja, y les ofrecía a aquellos mercaderes textos de enseñanza oficial para cambiarlos por novelas, relatos de viajes y volúmenes de poesía. Sus profesores no le veían más que a fines de curso, cuando el vagabundo, con un esfuerzo de voluntad, sometíase a la ruda tarea de aprender en unas semanas la materia de todo un año académico. La prueba de los exámenes y la obtención de las papeletas de “aprobado” representaban para aquel mal estudiante un prodigio deportivo de imaginación, de memoria y de ingenio.

Hay que decir, además, que cuando los bedeles le veían frecuentar las clases torcían el gesto, presagiando alborotos y peleas, pues bastaba el menor tumulto, originado por el más fútil motivo, para que el joven Blasco Ibáñez se lanzara a capitanear a los descontentos, encaramándose sobre un farol y excitando a sus condiscípulos a la rebelión.

Fue en esta época cuando empezaron a revelársele las aficiones literarias. Sus ausencias del instituto no le dejaban la mente inactiva. Sentíase poeta de grandes vuelos, así en lo lírico como en lo épico:

Conquistar todo el orbe con mi espada,  
ser fiero defensor del inocente....

comenzaba en una de sus composiciones juveniles, que puede mostrar-nos, si no una calidad rica de poeta, unos pujos ya definidos de arrogancia, de tesón y de redentorismo.

Tenía Blasco Ibáñez catorce años. Entre el susurro de los cañaverales, bajo la comba de alguna barca varada en la arena y cuya sombra le protegía del fuerte sol mediterráneo, se sentía dichoso olvidando las disciplinas escolares, las peroratas del profesor de Retórica, las explicaciones del auxiliar de Química; le leía a Víctor Hugo, a Michelet, a Walter Scott, al poeta Arolas; leía toda la literatura nacional o traducida, antigua o moderna, que querían ofrecerle buenamente los libreros de viejo a cambio de sus textos. Entre lectura y lectura escribía versos, cuentos, leyendas...

Blasco Ibáñez no conservó nunca ningún manuscrito ni impreso de aquellos tiempos.

Cuando el autor de este libro tuvo ocasión de vivir en la intimidad literaria del maestro (entre 1918 y 1928, esto es, durante la etapa de su notoriedad universal), más de una vez trató de estimular su memoria a fin de tomar algún apunte, útil en lo futuro para completar la bibliografía de Blasco en cuanto a esa labor inicial comprendida entre los doce y los veinte años. Pero el maestro no quería hablar jamás de esos trabajos de la primera juventud, que, con extremado rigor autocrítico, hundía en el misterio; y encabezaba su obra con *Arroz y tartana* y con los *Cuentos valencianos*.

Entre aquellas obritas olvidadas de la primera juventud de Blasco Ibáñez, la primera en fecha fue una narración en valenciano: “La Torre de la Boatella”, publicada en 1883 en *Lo Rat Penat*, almanaque dirigido por Constantino Llombart.

Coincidiendo con la publicación de esta primera tentativa literaria, el muchacho escapó a Madrid, engarzando la última diablura de chico inteligente con su “primera salida” de joven ambicioso.

Era exactamente el 8 de diciembre de 1883 (días después de cumplir los diecisiete años), y esta fuga, que realizaba cuando seguía el segundo curso de Derecho en la Universidad de Valencia, representaba para él un arranque de independencia, una primera cristalización aventurera de sus copiosas lecturas y de sus ardientes fantasías. Con esta escapatoria, creíase en el deber de liberarse de una vida poco de su gusto, por sus restricciones soportadas a medias. Tenía su idea. Quería no deber más que a él mismo su existencia, quería ganarse la vida como escritor.

¡Hermoso espejismo!

Hizo el viaje en un departamento de tercera clase, llevando por todo bagaje la clásica capa y un legajo de cuartillas escritas a lápiz, manuscrito de una gran novela histórica que había de abrirle, sin duda, las puertas de la gloria literaria.

Reinaba, a la sazón, Alfonso XII, y empezaba a organizarse en el país una especie de régimen parlamentario a cargo de dos nutridos partidos políticos que, a lo largo de varios años, iban a turnarse en el ejercicio constitucional del poder: el partido conservador, acaudillado por don Antonio Cánovas del Castillo, y el partido liberal, que dirigía don Práxedes Mateo Sagasta. La oposición antidinástica era muy varia: los *carlistas*, cuyo jefe era Nocedal; los *posibilistas*, partidarios de una República unitaria y conservadora, que seguían a don Emilio Castelar; los *republicanos revolucio-*

*narios*, de las fracciones de Salmerón y de Ruiz Zorrilla, y los *republicanos federales*, según las doctrinas de don Francisco Pi y Margall.

Madrid, capital y centro nervioso del país, despedía hacia el resto de las regiones españolas los reflejos de todos aquellos matices políticos y de sus pugnas consiguientes, aunque en algunas zonas predominasen los elementos llamados “de orden”, siempre afines al Gobierno, fuese cual fuese, y en otros sectores prevaleciera la masa de inconformes llamada “la oposición”.

Por lo común, las regiones de tierra adentro eran conservadoras y conformistas en tanto que las de la periferia, y muy particularmente las regiones mediterráneas, se sentían liberales y de tendencias “avanzadas”.

Sin embargo, después de las recientes guerras fratricidas que habían ensangrentado el norte y el nordeste del país, la región valenciana llevaba ya mucho tiempo en paz y libre de agitaciones. Sobre el activo tráfago de su vida rural, propio de una región puramente agrícola y en posesión de un puerto muy activo por el que enviaba sus productos naturales a todos los países de Europa, flotaba en la ciudad aquella tradición señorial y artística que hacía de Valencia una de las principales urbes mediterráneas en orden a la civilidad y a la cultura.

Remontábanse estos títulos al siglo XI, cuando durante los reinos musulmanes de taifas, almorávides y almohades, ya era Valencia, como Córdoba, Sevilla, Toledo, Zaragoza y Granada, un gran centro del lujo y del saber; al Renacimiento, en que su universidad, fundada en el año 1500, se había convertido rápidamente en un poderoso foco de cultura europea.

De Valencia habían salido el genial dominico san Vicente Ferrer y el gran humanista Luis Vives, dos personalidades de resonancia universal. Por Valencia había penetrado por primera vez en la península, a través de la escuela valenciana de pintura, el arte renacentista de los italianos. En Valencia se había impreso (en 1474) la primera obra tipográfica de España: una “Colección de poesías” presentadas a un certamen del que era secretario el poeta Bernardo Fenollar, y que éste reunió y dio a la primera imprenta española en el título vernáculo de *Trobes en lahors de la Verge Maria*.

El declinar de esta Valencia cuya grandeza se había elevado al rango de los más ilustres pueblos de Occidente, una Valencia incomparablemente culta, rica y hermosa, ya lo lamentaba en 1867 (el mismo año del nacimiento de Blasco Ibáñez) el famoso valenciano don Vicente Boix, cronista de la

ciudad, en una de las muchas y muy bellas obras que consagrara a su querida tierra natal<sup>3</sup>; y lo hacía en estos términos:

Admitida ya como un gran principio de alta administración moderna la centralización en un punto de todas las fuerzas de la nación, abolidos los privilegios y sujetos todos los pasos del ciudadano y de la colectividad a la espesa urdimbre de la fiscalización suprema hasta los más pequeños detalles de la vida social y política, las provincias son nada, el centro es todo. Los extremos languidecen y el centro se ahoga de hartura; y, por lo mismo, la provincia va desfalleciendo amortiguándose y con la vitalidad pierde su importancia, su nombre y todo su pasado. Sólo se la despierta y se la llama para los sacrificios, rara vez para escuchar su voz y sus deseos. No es, pues, ya Valencia la perla de la antigua y poderosa corona de Aragón; no es, como fue, la Atenas de sus grandes épocas; no es aquella matrona que acompañaba a los Jaimes y a los Alonsos en sus conquistas de Sicilia, de Italia, del Rosellón, de la Cerdeña y de otros puntos, llevando en su frente la luz del genio y el esplendor de su libertad foral; no es la conquistadora y la compañera de la raza árabe, cuando unidas convirtieron el país en un celebrado paraíso; no es el genio religioso y civil que dotó a la capital y a sus numerosos pueblos de monumentos espléndidos donde dejó grabada su fe, su inspiración y su poder; pero como estos monumentos subsisten, aunque muchos hayan sido aventados por el paso del siglo presente, aún podemos formar por ellos una idea de lo que fue.

Valiosa referencia en que documentar el estado de espíritu valenciano, nostálgico de su noble autonomía regional, cuando viene a la vida nuestro inquieto agitador; testimonio fidedigno de que Blasco, al nacer, ya iba a respirar una atmósfera propicia al inconformismo, y de que su acción juvenil respondía a unas influencias de ambiente, donde difícilmente podría inmunizarse en un temperamento fogoso y batallador.

El vivo sentimiento “valencianista” que recogía ese canto elegíaco de Vicente Boix ante la debilitación de la personalidad regional era, a no dudarlo, uno de los elementos peninsulares que en su reverdecer anunciaban la inmediata cristalización de la doctrina federalista<sup>4</sup>, primera profesión de fe política de Blasco y a la que permaneció sentimentalmente fiel toda su vida.

---

<sup>3</sup> *Crónica de la Provincia de Valencia*, Rubio y Compañía Editores, Madrid, 1867

<sup>4</sup> Como es bien sabido, el adalid de la doctrina fue don Francisco Pi y Margall, quien la hizo básica de sus ideales republicanos. Pi y Margall empezó a propagarla en 1869, en carta titulada “La

Con todo, y como ya hemos dicho, en aquella segunda mitad del siglo XIX imperaba sobre el forzoso ruralismo de la ciudad un ambiente de arte, de intelectualidad y de señorío, polarizado en pequeñas pero robustas minorías, las más de expresión marcadamente “valencianista”, es decir, vinculadas con especial cariño a la personalidad de su tierra, a su lengua vernácula, a sus costumbres tradicionales y, por extensión, a aquellos movimientos literarios que, cual el de los felibres provenzales, animado por el excelso poeta de *Mirèio*, poseían raíces comunes de mentalidad, de historia y de cultura con la Valencia medieval y del Renacimiento: San Vicente Ferrer, el “mestre Vicent”, no había predicado sino en valenciano y en latín; Luis Vives, el célebre erasmista, no había escrito sino en latín y en valenciano.

A esas minorías, cuyo matiz político era, por cierto, monárquico y conservador, pertenecieron poetas como Wenceslao Querol y Teodoro Llorente, además de una legión de artistas, especialmente pintores, porque la luz, ese estallido de color que es el ambiente de la tierra valenciana, constituye una necesidad funcional cuyo órgano obligado es el artista del pincel.

¿Cómo era la Valencia de aquel tiempo, consoladora imagen retrospectiva que intentan evocar, con ocasión de ciertas fiestas, los valencianos de nuestros días?

La estampa más simplista de aquella Valencia que todavía olía a rosas y a magnolias, y cuya sociedad se sentía civilizada y generosa, era un mar azul; sobre el horizonte, también azul, una vela latina; blanca, triangular, esbelta, hinchada por el aire soleado que soplaba desde la costa, cuajada de nardos y claveles, de naranjos y limoneros, de olivos y palmeras. Éste era el cromo tradicional que los artistas primarios, al servicio de la propaganda frutera, solían dibujar cual una síntesis de las bellezas de la tierra; y que adherido a los envases de naranjas, melones y cebollas salían por el puerto del Grao con rumbo a Liverpool, Hamburgo, Bremen, Manchester o Marsella, diseminándose luego por todos los ámbitos de Europa y dando una idea convencional del país valenciano. Otras veces, el cromo de la casa exportadora representaba una garrida labriega, bella y robusta como una Juno campesina, y ataviada con aquel traje regional de brocados, de blondas y de sedas que suscitaban la admiración y parecían reclamar la reverencia.

---

Federación” y dirigida a un periódico de Bilbao. Su famoso estudio *Las nacionalidades*, exposición de la doctrina federalista, se publicó en 1876.

Pero aquellos artistas primarios –consagrados otras veces al delicadísimo arte de pintar abanicos, y rivales en ello de los miniaturistas franceses del siglo XVIII que cultivaban análogas artes decorativas–, no resultaban enteramente infieles al realismo de sus simbólicos modelos. El sol dorado y vivificador, el azul intenso del mar y del cielo, el sosiego habitual y limpieza de las playas, la floración ubérrima de los campos, la presencia del atormentado olivo griego junto a la audaz palmera árabe, eran notas absolutamente realistas del país, como también lo eran aquellas blancas y delicadas valencianas y aquellos tostados y recios mozos que hacían exclamar a Teófilo Gautier: “...esos demonios de la huerta tienen ángeles por mujeres”.

Cuando el pequeño Blasco, lleno de la fuerte poesía de su tierra, realizó aquella escapada a Madrid, la literatura española conocía un período de honda transición, el arranque de otra brillante etapa literaria singularizada por un esplendoroso renacer de la novela. Era un género en que se revelaban maestros indiscutibles cuyo interés crecía hasta el plano de los escritores del Siglo de Oro.

Después del género histórico, al modo de Walter Scott, cultivado por los románticos (Larra, Patricio de Escosura, Gertrudis Gómez de Avellaneda, etcétera) y de la plebeyesca “novela por entregas”, aparecían en el horizonte literario Pedro Antonio de Alarcón, Juan Valera, Leopoldo Alas, José María de Pereda, el padre Luis Coloma, Benito Pérez Galdós, Armando Palacio Valdés, doña Emilia Pardo Bazán, es decir, toda la brillante teoría de escritores que en la segunda mitad del siglo XIX dignificó de nuevo nuestras letras, redimiéndolas del folletinismo de Ortega y Frías y del trasnochado sentimentalismo de Pérez Escrich, “el novelista de las porterías”. Era una tendencia cada vez más marcada hacia la observación precisa y un estilo aliviado del fárrago que apesadumbraba la prosa de los novelistas por entregas. Apuntaba también la narración de temas regionales, iniciada con los “andalucismos” de Fernán Caballero y de Estébanez Calderón.

Recorría Blasco Ibáñez sin descanso las calles de Madrid en busca de un problemático editor; y era de ver la cara estupefacta y escandalizada de aquellos vendedores madrileños de libros cuando, habiendo franqueado el umbral de sus antros arcaicos, se resolvía el muchacho a proponerles el trato que habría puesto término a su lastimosa miseria de niño abandonado.

– ¡Qué tiempos!, exclamaban aquellos buitres tan rapaces como avaros. ¡Qué juventud tan atrevida! ¿Y desde cuándo escribían novelas los mocosos?

Entonces fue cuando Blasco Ibáñez conoció la modesta gloria de convertirse en amanuense de Fernández y González.

El contacto del joven valenciano con el célebre autor de *El cocinero de Su Majestad*, no pasó de ser una relación accidental, un episodio más en la voluntaria bohemia de nuestro personaje.

Aprovechamos, sin embargo, para decir que la posteridad ha sido injusta con aquel torrente literario que fue don Manuel Fernández y González, escritor genial, de tanto talento e inventiva como Alejandro Dumas, eminente poeta, rival de Zorrilla y que cayó vencido bajo un exceso de facultades envenenadas por el ambiente.

Su fecundidad corrió parejas con la de Lope de Vega, pues escribió o dictó trescientas novelas, equivalentes a cerca de quinientos volúmenes, además de algunos dramas y de numerosas poesías. A semejanza de Torcuato Tárrego, Ortega y Frías, Pérez Escrich y otros escritores de su tiempo, se entregó a producir novelas por entregas con frenesí digno de mejor causa; pues es indudable que había en don Manuel cualidades muy superiores a las que caracterizan este género. Algunas de sus novelas de costumbres son excelentes. Y aun en el género de la literatura populachera se salvan obras de carácter histórico como *Men Rodríguez de Sanabria*. *El alcalde Ronquillo*, *Los monjes de las Alpujarras*, *El cocinero de Su Majestad...*, que son notables no por la fidelidad de los hechos, que en la ardiente fantasía de Fernández y González se deformaban irremisiblemente, sino por la potencia de esa misma fantasía, por la amenidad del relato, por el ingenio y la gracia del novelista.

En su vida privada, Fernández y González fue tan desordenado como en su vida intelectual, y aunque ganó mucho dinero con sus obras, vivió constantemente en la estrechez y murió en la miseria.

El joven Blasco Ibáñez ayudó a trabajar al anciano poeta más por cariño que por lo que daba. Cuando le conoció, don Manuel, desquiciado y casi ciego, era como una sombra que se sobrevivía. Con el transcurso de los años su imaginación crecía y se desordenaba en relación al crecimiento. Voluntarioso para el trabajo, “productor” infatigable, don Manuel dictaba y dictaba sin descanso.

Esta labor les ocupaba casi todo el día, que en Madrid comenzaba tarde. Llegada la noche don Manuel y su amanuense se iban a un café popular y en medio de una clientela de toreros, de chulas y de obreros que hablaban de política, cenaban un filete con patatas fritas, única comida seria que hacían durante todo el día. Rematada esta frugal comida descendían por las bulliciosas calles de los barrios bajos madrileños hasta la humilde morada del viejo novelista, donde comenzaba hasta el alba la monótona tarea de dictado y de escritura. Por espacio de largas horas don Manuel dictaba tra-

bajosamente sus novelas. A veces le rendía el cansancio, cerraba los ojos, cabeceaba unos sueñecitos... Pero la pluma, en manos del muchacho, seguía gruñendo sobre las cuartillas, animando a los personajes, adelantando la acción obstinada en proseguir su desarrollo como si las fantasías del anciano, unidas a la pluma por un canalillo sutil, continuaran grabándose en el papel. Luego, el “joven secretario” leía a don Manuel la continuación.

Blasco Ibáñez se conmovía al recordar aquel periodo de su edad heroica: juventud, ilusiones, bohemia madrileña; unos rumores de gloria en la cabeza y unas algaradas en el corazón.

Vivía en una pobre casa de huéspedes de la calle de Segovia, muy próxima al Viaducto, y casi todos sus compañeros de hospedaje eran jóvenes estudiantes cuya bulliciosa alegría hacía más llevaderas las privaciones.

Cierta tarde, el joven Blasco no acudió a desempeñar sus tareas de amanuense. Estaba preso. La noche anterior había figurado entre los oradores de un mitin “revolucionario”, y su palabra cálida, acompañada del ademán impetuoso, había electrizado al auditorio, compuesto de gentes humildes. Le prendieron. Quien más quien menos hablaba de organizar el asalto al Gobierno Civil si no dejaban en libertad al joven orador.

Lejos de abatirse, el muchacho se presentó ante las autoridades alta la frente, fruncido el ceño, cruzado de brazos. Ahora comenzaba la soñada epopeya de su vida; podían castigarle cuanto quisieran. Su camino estaba trazado y no cejaría en su empeño. Sería revolucionario, un gran revolucionario...

¡Qué desencanto cuando supo que la detención obedecía a una orden de sus padres, inquietos allá en Valencia, por la travesurilla de su fuga!

Dos meses duró aproximadamente esta escapada madrileña (del 8 de diciembre al 2 de febrero) y a su regreso a la ciudad del Turia, donde le aguardaban los brazos indulgentes de sus familiares y las aulas de la Universidad para continuar sus comenzados estudios de Derecho, ya volvía con un ideal definido. Regresó de Madrid republicano, rebelde y dispuesto a la acción y al proselitismo.

Empezó sus primeras propagandas políticas por Liria, Pedralba, Bugarra, Alcublas y otras aglomeraciones rurales de los alrededores de Valencia.

También se pudo a trabajar activamente como periodista. En *El Correo*, diario de la tarde, figuraba como redactor y, además hacía el folletín.

Escribía sin descanso. Fruto de aquellos febriles folletines y de otros trabajos primerizos que los viejos blasquistas han conservado siempre con el celo con que se guardan los “incunables” fueron:

“Fátimah”, leyenda hispano-morisca también escrita en valenciano y publicada en el ya citado Almanaque de Constantino Llombart (1884).

*Fantansías, leyendas y tradiciones* (1887), la primera obra importante de sus trabajos juveniles. Se editó en *El Correo de Valencia* y contiene diversos relatos de ambiente medieval, con episodios de guerra y amor, caballeros cruzados y castillos. Además de incluir una versión española de la “Fátimah” publicada en valenciano tres años antes, comprende las siguientes narraciones: “La misa de media noche”, “Alvar Fáñez”, “Fray Ramiro”, “Historia de una guzla”, “Tristán el sepulturero”, “La predicción”, “El Castillo de Peña Roja”, “La espada del templario”, “La noche de San Juan” e “In pace”. (El ejemplar que hemos consultado en la Biblioteca Nacional ya contiene, en una simple dedicatoria autógrafa, toda la profesión de fe política del autor, pues dice así: “A Don Francisco Pi y Margall, padre de la federación, regenerador nacional. – Vicente Blasco Ibáñez.” El firmante acababa de cumplir 20 años.)

Al año 1888 pertenecen: *El adiós de Schubert*, *El final de Norma*, *Un idilio nihilista*, *Marinoni*, *La muerte de Capeto*, *El conde Garci-Fernández* y *Romeu el guerrillero*.

Están todas.

Acerca de estas curiosas obras de las que Blasco Ibáñez ya no quiso oír hablar en el resto de su vida, recuerdo el incidente que se produjo hacia 1926 cuando cierto periodista de Madrid, en funciones de editor, acometió la empresa de publicar toda una larga serie de volúmenes que reproducían una gran parte de dichas obras “olvidadas”. La noticia de esta tropelía puso al rojo vivo la indignación de don Vicente, justamente enfadado de ver que reaparecía en las librerías españolas, y al socaire de su celebridad literaria, una labor juvenil repudiada por su propio autor desde hacía largos años. Le indignaba, además, lo que él llamaba “la piratería de un desaprensivo chupatintas”. En estos términos calificaba al citado “editor” cuando con ocasión de uno de los viajes anuales que el autor de estas líneas realizaba siempre por nuestras tierras españolas, le encargó entregase en Madrid, como lo hizo, una carta al abogado don Emilio Menéndez Pallarés, en que Blasco le explicaba el atropello, encargándole de plantear jurídicamente la cuestión.

Deseo subrayar que, en tantos años como frecuenté la amistad de don Vicente, fue la primera vez que le oí hablar mal de un “compañero de letras”.

Este asunto, no sé en qué paró. También olvido, de propósito, el nombre del editor protagonista.

Pero, por lo que toca a ediciones piratas, lo que le hicieron a Blasco en la Argentina aún fue peor. A raíz del éxito excepcional de *Los cuatro jine-*

*tes del Apocalipsis* se publicó Buenos Aires una “Segunda Parte” de esos *Cuatro jinetes*, con el título, bien criollo por cierto, de *La huella latina*.

Y éste sólo fue un caso, entre otros muchos porque, en cuanto a ediciones ilegales de *La barraca*, de *Entre naranjos*, de *La catedral*, etc., etc., esas ediciones fueron innumerables en los países hermanos del Nuevo Continente.

Desde entonces, algunos de esos “editores”, mejorando de técnica bien que no de moralidad, ya no hacen reproducir las obras que les llegan de la Madre Patria por el antiguo procedimiento de la copia tipográfica, sino que obtienen clichés y galvanos de cada página, tal como vienen, para proceder seguidamente a la impresión. Así acaba de ocurrirle al que esto escribe con una biografía de *Verdi* que publicó en París en el año 1925 y que acaba de aparecer en México, con la reproducción exacta incluso de los clichés que ilustran la edición original de aquel viejo librito. Y aún se permite añadir el activo industrial ultramarino con un descaro incomparable: “Reservados los derechos de Editor”, única línea nueva de la obra, además del pie editorial que reza así: “Editora Nacional, S. A. México, D. F. 1954.”

Pero volvamos a los trabajos y andanzas juveniles de Blasco Ibáñez.

A fines de 1888 es cuando Blasco concluye la licenciatura de Derecho en la Universidad de Valencia.

No tardó en despertar una especie de idolatría. A semejanza de esas bellas expresiones de la naturaleza que son los árboles empezó a crecer y a engrandecerse, como figura de su tiempo, en doble sentido. Primeramente hacia la entraña del pueblo, desde la clase social cauta y desvaída que había hecho de él un estudiante de Leyes, un candidato a las glorias y a las minutas del bufete; y echó las primeras raíces de su popularidad en el pueblo, entre los proletarios del mar y del campo, entre el vulgo casi iletrado de las barriadas populares a quien enardecía con sus conceptos generosos, aunque excesivamente simplistas de la vida social, de la religión y de la política. Eran los tiempos en que Blasco Ibáñez, todavía un niño de 16 o 18 años, capitaneaba grupos de revoltosos que acababan prendiendo fuego a las garitas de consumos, e improvisaba actos de romántica exaltación popular a los que iba como de perlas la etiqueta republicana.

Pero al propio tiempo que la popularidad del joven agitador se hincaba en el taller, en el campo, en las clases trabajadoras de los poblados marítimos, su dinamismo y su talento iban ganando prestigio entre los núcleos intelectuales y entre muchos elementos de la pequeña burguesía valenciana. Sus dotes innatas de tribuno, su verbo cálido y apasionado, su imaginación de

artista, iban conquistando admiradores y adeptos por doquiera. Apuntaban también sus cualidades literarias. Sus primeros trabajos de periodista, redactados apresuradamente para modestas hojas impresas, semanales o quincenales, revelaban a un escritor de expresión gráfica y rotunda de fantasía exuberante, de aliento poderoso. Esos trabajos se publicaban en modestísimas hojas periódicas que iban venciendo tenazmente la indiferencia política de los conformistas y abriendo paso a las ideas “avanzadas”.

Hijo del pueblo y amigo del pueblo, poseído de un dinamismo extraordinario, había llegado a ser, en virtud del acierto instintivo que rige los actos de los grandes caudillos populares, el intérprete de cuantos sentimientos latían confusamente en el vulgo y que éste llevaba diluidos en su propia sangre por atavismos inextinguibles. Poseía desde niño todas las dotes necesarias para ceñir y contener el núcleo de un mito poderoso. Tenía de guerrero, de artista, de corsario, de apóstol, de todas las especies esenciales que intervienen en las mejores creaciones de la Mitología mediterránea.

Hay que tener presente que, en aquel tiempo, la vida social valenciana era simple y sin complejidades. De una simplicidad primitiva y cruel.

De un lado, el trabajador de la ciudad, sometido a jornales de hambre; el artesano pobre, el proletario del mar, el huertano abrumado de diezmos y tributos.

De otro lado, el arrendador, el amo, el rentista, el heredero de una noble prosapia.

Y entre estas dos masas de fuerzas antagónicas que se equilibraban por un milagro de estática renovado permanentemente gracias a la acción coactiva de los gobiernos de Madrid, la masa mercurial, móvil y cambiante, de una clase media que aspiraba a un bienestar casi animal, interesada egoístamente en que la estática social tuviera la paz garantizada por los medios que fueran.

Los primeros públicos del joven agitador fueron, pues, verdaderamente populares, entendiéndose sin embargo que el Levante español, país de individualidades vigorosas y muy difícilmente fusibles con la masa, nunca ha dado muchedumbres gregarias aptas para ser manejadas o conducidas mediante tópicos verbales más o menos “generosos”. El populacho valenciano era por entonces un hervidero de espíritus adonde cada cual llevaba “su idea”, su concepto personal, que no colectivo, de la rebeldía, así como su acción individual de guerrillero. Sólo grandes artistas en esencia y en potencia como Blasco eran capaces de superar y dominar las reacciones anarquizantes que vibraban en las multitudes, y ello por obra de aquella especie de fascinación que el orador podía ejercer en ese flanco, por muy



Barracas valencianas

tosco y primitivo que sea este sentido innato y, a veces, casi desorbitado de la belleza.

Resultaría curioso presentar aquí algunas individualidades típicas de aquel recio movimiento de masas que llevó el nombre de “blasquismo” y que por uno de sus extremos, sin duda el más violento, se hincaba profundamente entre la plebe. Presentar algunos de aquellos tipos, por ejemplo, absolutamente analfabetos, que se reunían en grupo –en la playa, en los talleres, en las tabernas, en los casinos– para escuchar extasiados la lectura de los artículos y de las novelas del Maestro.

Pero como entretenernos en presentar a más de uno de esos tipos sería caer, tal vez, en la divagación, digamos simplemente que el “blasquista” de la época era, ante todo, un rebelde, un ciudadano que al más leve motivo estaba dispuesto a “echarse a la calle”, confiando a su garrote la aplicación directa de la “justicia”; y que el área del “blasquismo” abarcaba un amplio sector que comprendía desde el cándido anarquista que consideraba no solamente innecesario sino altamente nocivo el Estado y todas sus instituciones, hasta el pequeño burgués para quien constituía una afrenta cívica la presencia de las casetas donde funcionaban los impuestos municipales. Todo ese sector de la vida política valenciana tenía puestas sus esperanzas en una panacea social simbolizada por la serena hermosura de una matrona grecorromana tocada con decorativo gorro frigio: la República.

Era un ideal, tan vago e impreciso, por cierto, tan inasequible y pueril como la mayoría de los ideales populares.

Recuerdo haber conocido en mi barriada de muchacho, a un zapatero de portal cuyo fervor “blasquista” en nada cedía al de muchos médicos, abogados y catedráticos que militaban en las mismas filas. Poco menos que analfabeto, gloriábase sin embargo de ir a la vanguardia del “librepensamiento” y de las “ideas avanzadas”. El blasquismo había dado un amplio cauce –y una especie de disciplina, téngase en cuenta– a estas ideas.

El zapatero tuvo una hija, a la que puso por nombre *Libertad*. Su segundo retoño, también hembra, recibió el patronímico de *Igualdad*. Pocos años después nació al zapatero una tercera hija. Y con ella quedó completa la divisa republicana, pues el consecuente “librepensador” no vaciló en darle nombre de *Fraternidad*.

Por allí por el barrio andaba hurgándose las narices y saltando a la comba aquella trilogía homónima del ideal republicano.

Esto puede parecer todo lo grotesco que se quiera. Pero yo no olvidaré nunca la escena que presencié un día siendo todavía niño, en casa del pintoresco zapatero, con ocasión de que uno de sus amigachos, un “escéptico”, andaba dándole vueltas, con su socarronería valenciana, a la extravagante ocurrencia que había tenido el remendón de ponerles a sus hijas tales nombres.

De pronto, el zapatero exclamó:

– ¿Y tú porqué le has puesto Ramón a tu hijo? ¿Sabes tú siquiera por qué se lo has puesto?

– Hombre, pues... no sé... porque....

– ¿Conque no lo sabes? Pues ahí verás la diferencia. Yo sí que sé muy bien por qué les he puesto a mis hijas Libertad, Igualdad y Fraternidad: por el “ideal”. ¿Tampoco sabes lo que es “el ideal”? ¿Y cómo has de saberlo si lo que tú eres es... un adoquín?

Pero sigamos.

Blasco, que durante su estancia en Madrid se había puesto en contacto con varias organizaciones adversas al régimen monárquico, no tardó en mezclarse en ciertas conspiraciones dirigidas por hombres maduros y experimentados.

– Es que soy un agitador –nos decía Blasco treinta años después–, un artista enamorado de la acción; y aquellas conspiraciones novelescas me arrebatan el ánimo.

Esta labor de zapa en pro de la República iba acompañada en el joven de una actuación pública que se manifestaba en la difusión de proclamas, en

la organización de mítines, en manifestaciones subversivas, etc., etc. Estaba afiliado, como ya hemos dicho, al partido de Pi y Margall, que aspiraba a hacer de España una República Federalista; pero Blasco actuaba en su tierra con cierta autonomía. Entre el grupo de los jóvenes que figuraban en la vanguardia del republicanismo valenciano pronto se destacó singularmente el joven Vicentico. Aquel muchacho iba para caudillo y las masas se enardecían con su elocuencia.

Tenía detalles de gran conductor de muchedumbres. Cuando un auditorio demasiado rural, en actos de propaganda celebrados en el corazón de la huerta, o entre las chozas de los pescadores, le pedían que les hablara en su lengua vernácula, por no hallarse muy familiarizados con el idioma castellano, el joven agitador cambiaba el ropaje de sus cálidas metáforas sin que el cambio de lengua desluciese la brillantez de su oratoria:

– Correligionarios. Puesto que lo queréis, *parlaré en valencià*...

Y las masas rugían de entusiasmo.

Todas las ilusiones de aquella época las tenía concentradas en el triunfo de sus ideales. Cuando sus arengas, artículos, manifestaciones callejeras y otras absorbentes tareas le dejaban una hora libre, repasaba un poco, muy poco, sus textos universitarios y leía con ahínco a los historiadores de la Revolución Francesa.

– Me acostaba con *Los girondinos* de Lamartine –nos decía el famoso novelista al evocar aquellos tiempos–, almorzaba con Luis Blanc, y un tomo completo de Michelet constituía mi principal comida. El ciclo de mis días estaba trazado. Sería el Danton de España y moriría luego...

Entre los 16 y 17 años publicó un soneto en el que pedía al pueblo que se levantara contra la monarquía, no sólo de España, sino de Europa entera, y que cortara la cabeza a todos los tiranos. Empezando por el de su país. La Audiencia criminal de la provincia condenó a seis meses de cárcel a su autor; pero éste era tan joven, que hubo de aplicársele el sobreseimiento.

Tres años después, en 1888, habiendo concluido su carrera de Leyes y con toda una ciudad de 150.000 habitantes pendiente de sus actos, Blasco Ibáñez se consagra por entero a la causa republicana.

Funda un periódico, y hay que decir que la trascendencia de este acto es enorme, pues una inmensa parte de las clases humildes de Valencia se asoma a la vida nacional y del resto del mundo a través de la ventana luminosa de *El Pueblo*, el órgano de lucha del blasquismo, su clarín de guerra.

En 1890, a consecuencia de una manifestación celebrada en el mes de julio contra la subida de Cánovas del Castillo al poder, la policía per-

seguía a Blasco, y éste, para salvar su libertad, tuvo que huir emigrado a París.

– Allí me quedé unos dieciocho meses –ha dicho Blasco– viviendo en el Barrio Latino, estudiando a Balzac y a Zola, y a los escritores naturalistas; yendo a ver a Ruiz Zorrilla, que vivía desterrado en una casa de la avenida de la Grande Armée, rodeado de una corte de correligionarios y visitado a menudo por radicales franceses a quienes conocí, entre otros al mismo Clemenceau. Al propio tiempo, y para ganarme la vida, componía “obras por entregas”. Así es como escribí una *Historia de la Revolución Española en el siglo XIX*, la que, publicada en Barcelona en tres gruesos tomos, enriqueció al editor. Hice también traducciones. Y de aquella época data una novela mía popular, por cierto que muy mala: *La araña negra*, inspirada en *El judío errante*, de Eugenio Sue.

Tenia 23 años. Lo que ganaba con sus trabajos literarios, unido a la pensión que le enviaba su familia desde Valencia, le procuraban un ingreso mensual de 300 pesetas, sobre poco más o menos.

Aquel París no era el de ahora. Quiere decirse que Blasco, con sus sesenta duros mensuales, gozaba entre sus camaradas de bohemia un prestigio de hombre adinerado: un “grand repas” costaba 1 fr. 50. Un par de zapatos, 14 francos. Una carrera en simón, 2 francos. Un hermoso ramo de flores capaz de enternecer el corazón de otra Margarita, 0 fr. 50. El libro de éxito (*Salammbô, L'Immortel, L'Assommoir, Le Disciple*), 3 fr. 50.

Indudablemente: trescientos francos al mes representaba casi una fortuna.

Tenia su alojamiento en la plaza del Panteón, en plena montaña de Santa Genoveva y en un modesto hotel que todavía existe y conserva su título de “Hotel des Grands Hommes”, por alusión, sin duda, a las ilustres figuras cuyos restos conserva el vecino Panteón Nacional (Voltaire, Rousseau, Zola, Berthelot...) y en cuyo frontispicio se lee esta inscripción: “Aux Grands Hommes, la Patrie reconnaissante”.

Blasco no olvidó estos recuerdos de su primera juventud; y en la *La voluntad de vivir* (la novela que escribiera en 1907, pero no publicada hasta 1954 por las razones que se verán en otro lugar de este libro) hace que el doctor Valdivia, su protagonista, se hospede en ese mismo hotel, al que describe con sus propios recuerdos personales:

Valdivia conmoviase igualmente a impulso de sus recuerdos. El había habitado también en esta parte del Barrio, en la plaza del Panteón, en un hotel que se titulaba irónicamente de “Los Grandes Hombres”... El era el “grande hombre” número 47, y le costaba un franco diario este honor, ocu-

pando cuarto en el último piso, casi una buhardilla, con un balcón corrido desde el cual se abarcaba todo París, con la colina de Montmartre enfrente. Unos ochenta “grandes hombres” había acuartelados en esta casa, y de ellos ninguno era francés. Rusos, rumanos, yanquis, sudamericanos, griegos, egipcios y hasta negros, todos estudiando a ratos perdidos y dedicando las más de sus horas al ansia de vivir.

En este mismo Barrio pululaba una colina de españoles muy pintoresca. Los vaivenes políticos de la Península, con sus reiterados pronunciamientos y motines, habían ido acumulando a orillas del Sena un numeroso grupo de emigrados. Allí estaban don Nicolás Estévanez, exministro de la Primera República Española; Ruiz Zorrilla, el célebre revolucionario; el exsargento Casero, que unos años antes, en 1886, había capitaneado una sublevación en el castillo de San Julián de Cartagena; gran cantidad de antiguas clases de tropa, hombres de acción todos ellos, cuyas actividades les habían puesto al margen de la ley y que, al llegar a París, se acogían a la protección de don Nicolás, quien, por tener buena mano en una casa editorial con sección española (la casa Garnier Frères, exactamente), les improvisaba a casi todos ellos literatos, o cuando menos, “traductores”.

La citada editorial estaba preparando un voluminoso diccionario enciclopédico de la lengua castellana, y en su redacción hallaban fácil acomodo casi todos los emigrados españoles necesitados de ganarse el pan, ayudando en la elaboración de las fichas a verdaderos literatos y gramáticos como Elías Zerolo, Miguel de Toro, Alejandro Sawa, La Rosa, Vinardell, Isidoro López Lapuya, Romo Jara, Luis Bonafoux, Gómez Carrillo, Ricardo Fuente, etc.

Por allí pasaron posteriormente, aunque no como emigrados políticos, sino como exploradores literarios, Manuel y Antonio Machado, Constantino Román Salamero, Rubén Darío, Santiago Rusiñol, Gregorio Martínez Sierra...

El editor en cuestión había instalado en un barrio extremo de París, hacia el viejo Montrouge, a sus colaboradores intelectuales, y éstos, en ausencia de aquel, retenido la mayor parte del tiempo junto al mostrador de su librería de la Rue des Saints-Pères, se dedicaban con actividad hispano-enciclopédica a robar los corazones y suspiros que albergaba un inmediato taller de planchado.

Sólo en la confección de la letra A se invirtieron más de cinco años. La redacción era una gloriosa covachuela de enredijos literario-amorosos. Un magnífico desorden presidía la elaboración del interminable Enciclopédico. Y Blasco, que sólo concurrió como turista a la madriguera de Montrouge,

solía recordar con regocijo... y emoción a muchos de aquellos divertidísimos bohemios, algunos de los cuales habían de acceder a los primeros planos de la vida literaria y que todos ellos continuaron siendo sus amigos a lo largo de los años.

Agitador, artista,  
viajero...



## CAPÍTULO SEGUNDO

# AGITADOR, ARTISTA, VIAJERO... (1891-1908)

En 1891 el Gobierno español promulgó una amnistía para los encausados por motivos políticos y Blasco Ibáñez regresó a Valencia.

Su estancia en París había durado 18 meses.

En medio de las consabidas disipaciones estudiantiles, el joven agitador había adquirido cierto aplomo en sus ideas y, desde luego, un buen caudal de conocimientos. La primera etapa de su juventud había terminado, y, en lo sucesivo, la austeridad y el trabajo se tornaron dueños de su vida.

El 18 de noviembre de ese mismo año de 1891 contrajo matrimonio con doña María Blasco del Cacho, parienta suya, huérfana, cuyo padre, don Rafael Blasco y Moreno, había muerto siete años antes, de magistrado, en Castellón de la Plana, siendo en vida poeta romántico, imitador de Lamartine, y gran coleccionador de cerámica seguntina.

De este primer matrimonio de Blasco nacieron: Libertad (que falleció a los trece días de nacer), Libertad (la segunda, casada luego con el periodista don Fernando Llorca), Mario, Julio y Sigfrido.

En 1892, publica dos obras acogidas con fervoroso interés por los blasquistas valencianos: *La araña negra*, abultada novela sobre la vida jesuítica, y *¡Viva la República!*, relato histórico; todo ello dentro todavía de un estilo que revelaba las recientes influencias de Fernández y González y sus apresuradas lecturas de París.

En el siguiente año de 1893 aparece, también en Valencia, el libro *París (Impresiones de un emigrado)*, colección de las cartas semanales que Blasco había ido enviando a *El Correo* entre agosto de 1890 y julio de 1891. Son unos artículos amenos, entusiastas, un poco cándidos y muy propios del joven intelectual extranjero que va descubriendo y describiendo, cual viejas y amables visiones literarias que se le hacen de pronto realidad, el Moulin

Rouge, el Bal Bullier, el Barrio Latino, la Ópera, las estatuas, los jardines famosos, los festejos populares, los conciertos...

En abril del 93 se presenta como candidato republicano federal por el distrito de Sueca, en las elecciones a diputados a Cortes, y es derrotado.

En el otoño del mismo año tuvo lugar una gran peregrinación española a Roma, compuesta de unos 18.000 fieles dirigidos por diez obispos y reunidos en Valencia para embarcarse:

– Promoví un motín –ha contado Blasco–, de resultas del que me prendieron en Sabadell, a 21 kilómetros de Barcelona, adonde me había enviado Pi y Margall como candidato a la diputación. Al atravesar las calles de Barcelona, entre dos parejas de la Guardia Civil, y a la vista de mi gabán azul y mis flotantes cabellos, me tomaron por un anarquista francés –ya que un mes antes se había arrojado una bomba en el teatro Liceo– y me apedrearon sañudamente.

En 1894 estrena en el teatro Apolo, de Valencia, su drama *El juez*. Segundo galán de la compañía era –dato curioso– don Fernando Díaz de Mendoza.

El 12 de noviembre de ese mismo año aparece el primer número de *El Pueblo*, diario republicano de la mañana, fundado y dirigido por Blasco Ibáñez. En dicho número –cuyo título había dibujado un joven pintor, también valenciano, Joaquín Sorolla– comienza la publicación en folletín de la novela *Arroz y tartana*.

Ese diario aparecía en una época en que casi no existían en España, fuera de Madrid, periódicos “de oposición”, y –otro dato curioso– uno de sus colaboradores era José Martínez Ruíz, el futuro “Azorín”, joven de 19 años que cursaba por entonces sus estudios de abogado en la Universidad valenciana.

Me arriesgué en la empresa sin apoyo pecuniario alguno –ha dicho Blasco–. Para sostener mi diario gasté cuanto me había correspondido a la muerte de mi madre, y otros bienes de familia. Ya se sabe lo que ocurre con los periódicos de partido, especialmente con los de ideas avanzadas. Los agentes de anuncios huyen de ellos como de la peste, sus suscriptores están desperdigados y el más saneado de sus beneficios ha de provenir de la venta por ejemplares; pero España tiene una mitad de población que es iletrada, y como *El Pueblo* se dirigía verdaderamente al pueblo, se concibe que se encontrara en déficit constante. A estos sinsabores financieros había que añadir la sistemática persecución de las autoridades por las violentas campañas del periódico, y que muy a menudo daban con mis huesos



Rodeado de familia, junto al bote donde remaba todas las mañanas.



En grupo con sus colaboradores de *El Pueblo*

en la cárcel. Esto aparte, mi vida cotidiana de periodista ya constituía una especie de galeras. Mis compañeros de redacción eran jóvenes entusiastas que trabajaban gratis y reclamaban mi ayuda para los asuntos más diversos, y aquella tarea, que comenzaba a las seis de la tarde, no concluía hasta el alba siguiente.

Fue aquella época la más quimérica, la más desinteresada y de mayor pobreza de su existencia. Entreverado con este trabajo, romántico y temerario, Blasco Ibáñez produjo lo que figura a la cabeza de su obra y que entonces no parecía significar sino la continuación de una labor compuesta de una docena de volúmenes y de una cantidad inmensa de prosa política que el novelista había de excluir de la lista de sus obras.

*El Pueblo* acogió la mayoría de los cuentos que forman en la actualidad las dos recopilaciones de los *Cuentos valencianos* y de *La condenada*.

*Arroz y tartana*, su primera novela verdaderamente literaria, *Flor de Mayo* y *La barraca* fueron en un principio folletones del periódico.

El novelista hubo de producir estas obras como en un estado de sonambulismo. Mostraba una resistencia increíble.

Allí en la redacción del diario, rebosando siempre de correligionarios, después de redactar el artículo de fondo, de “hinchar” los últimos telegramas y de recibir a los comités que venían a consultarle, se ponía a escribir novelas.

A veces, ni siquiera le quedaban libres estos ratos robados al sueño. Los amigos políticos eternizaban la visita, orgullosos de hallarse con el “Jefe”; detallaban con todo menudeo las dificultades de la organización, requerían su presencia para alguna reunión “urgente”, y la literatura quedaba en suspenso... mientras los cajistas del diario que trabajaban en la planta baja disponían de materia novelesca para llenar el folletín.

Al agotarse las cuartillas que para tal fin iba entregando el maestro casi todos los días, algún joven redactor se lanzaba en busca del jefe.

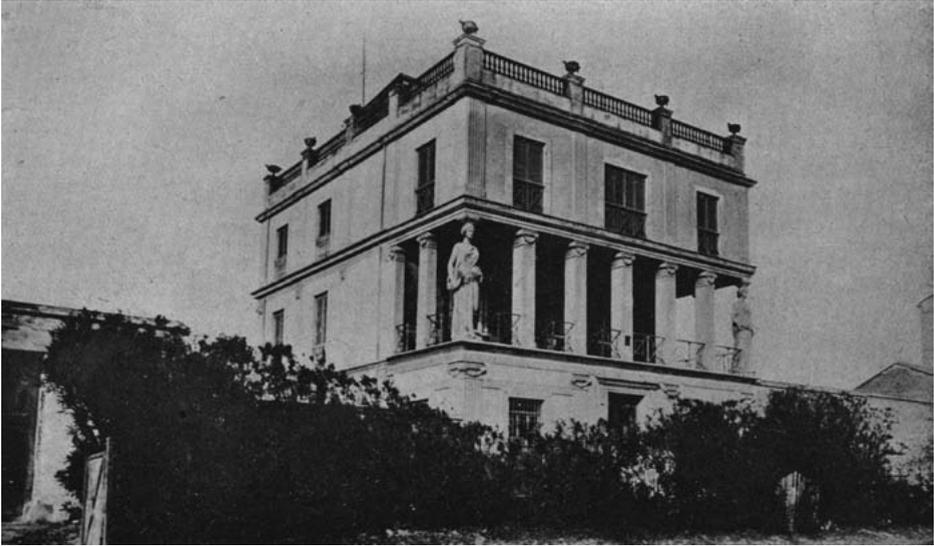
– ¿Dónde está el jefe? ¿Quién ha visto al jefe?

– ¿Vienen los contrarios? –exclamaba otro reportero levantándose alarmado y echando mano a la pistola.

– No, no es eso; es cosa del ajuste.

– Pues mira ahí en el piso, donde creo que está con los del comité de Ruzafa.

Era una espera angustiada, pues el tiempo volaba y el diario tenía que salir al amanecer; y cuando los concienzudos correligionarios daban por concluida la entrevista, el joven redactor se precipitaba junto a Blasco:



Chalet en la Malvarrosa de Vicente Blasco Ibáñez.



Un aspecto de la Albufera, escenario de *Cañas y barro*.

– *Don Vicent*, que ya no queda folletín para mañana. Aquí traigo la última cuartilla. Mire: “A media tarde empezaron los preparativos para la salida del *bou*...”

Blasco Ibáñez abría los brazos con resignado ademán:

– Sí, sí, hay que trabajar; di que no venga nadie a interrumpirme.

Se ponía a chupar nerviosamente una gruesa punta de cigarro, apuraba los residuos de una taza de café, daba dos o tres paseos por la estancia y empezaba el trabajo literario.

A media tarde empezaron los preparativos para la salida del *bou*... Más de un centenar de barcas formadas en doble fila frente a los muelles inclinaban sus mástiles como un escuadrón de lanzas que saluda. Sus cascos se movían con incesante y gracioso contoneo. Estas embarcaciones, con rudo perfil de galera antigua, recordaban las numerosas armadas de Aragón, las flotas de pequeños barcos que, mandados por Roger de Lauria, fueron el terror del Mediterráneo. Iban los pescadores presentándose en grupos, con el hatillo a la espalda y el aire resuelto, lo mismo que las bandas de almogávares llegaron a la playa de Salou para ir en embarcaciones iguales o peores a la conquista de Mallorca. Tenía aquel embarque en masa y en tan groseros barcos un sabor tradicional, algo que hacía recordar la marina de la Edad Media, los bajeles de Aragón, cuya vela triangular lo mismo infundía espanto al moro de Andalucía que se destacaba amenazante sobre el risueño cielo de Grecia.

Todo el pueblo acudía al puerto, Mujeres y niños corrían por los muelles buscando en la confusión de mástiles, cuerdas y cascos incrustados unos en otros, la barca donde iban los suyos. Era la emigración anual a los desiertos del mar; la caída en el peligro para sacar el pan de las misteriosas profundidades, que unas veces dejan extraer mansamente sus riquezas y otras se alborotan, amenazando de muerte a los audaces argonautas.

Por las tablas en pendiente que unían las barcas con el muelle iban pasando pies desnudos, calzones amarillos, caras tostadas, todo el mísero rebaño que nace y muere en la playa sin conocer otro mundo que la extensión azul. Esta gente embrutecida por el peligro, sentenciada tal vez a muerte, iba al mar para que otros seres vieran sobre su blanco mantel los moluscos rojos que huelen a violeta y tienen el aspecto de joyas de coral, los succulentos pescados con su mortaja de apetitosas salsas. La miseria iba a lanzarse en el peligro para satisfacer a la opulencia.

Empezaba a caer la tarde. Los últimos mosquitos de verano, hinchados, enormes, zumbaban en el ambiente impregnado de luz, brillando como un chisporroteo de oro. El mar se extendía tranquilo fuera del puerto

hasta juntarse con el horizonte, y en la línea divisoria destacábase como vaga nube la cumbre del Mongó.

Transcurridas dos horas de labor, el joven gacetillero osaba presentarse de nuevo ante el maestro:

– Don Vicente, creo que ya habrá bastante para cuatro o cinco días.

A veces, el trabajo del novelista se iba prolongando hasta bien entrada la mañana, hasta que la fatiga física y los avances de un sueño menospreciado acababan por rendirle. Otras veces, descendía de los limbos de su imaginación y cerraba el copioso caño de su obra. El reloj daba las cinco de la madrugada:

– Pues a descansar.

Ya le había nacido el primer hijo y sus llantos infantiles solían percibirse por entre las oquedades del viejo caserón.

Y así nacieron esas famosas pinturas, esas espléndidas novelas que encabezaban la producción de Blasco Ibáñez y que han sido traducidas a todos los idiomas civilizados de la tierra.

Ya hemos visto que aquella época era la que el propio Blasco consideraba la más romántica y desinteresada de su existencia. Y justo será reconocer que pocas veces se habrá servido a un ideal, certero o equivocado, y a una vocación artística, mejor o peor expresada, con tanta generosidad y abnegación.

Así era “el hombre”.

Nuevos avatares esperaban al joven agitador. En 1895, la isla de Cuba, uno de los escasos restos de nuestro imperio colonial, deseaba emanciparse, y los naturales del país, al rebelarse contra la metrópoli, habían suscitado por segunda vez en pocos años una guerra cruenta. Blasco Ibáñez, fiel a la actitud de su partido y de su maestro Pi y Margall, era partidario de la independencia de la isla; nueva ocasión para que el incansable agitador emprendiera otras campañas tribunicias en contra, esta vez, de la guerra antillana.

Reprodujéronse las algaradas callejeras.

Interpretando el común pensamiento del pueblo, que manifestaba su irritación por que fueran sólo los hijos de los pobres (incapacitados para redimirse de la servidumbre militar por un tanto alzado) los que tuvieran que embarcarse para la manigua, Blasco lanzó un grito que desencadenó la furia popular: *¡Que vayan todos a la guerra, pobres y ricos..., o que no vaya nadie!* Los ánimos llegaron a excitarse al extremo de que hasta las mujeres

acudían amotinadas junto a los barcos, tratando de oponerse al embarque de tropas expedicionarias.

En una de aquellas manifestaciones, organizadas por *El Pueblo*, surgieron varios choques sangrientos con la fuerza pública. Valencia fue declarada en estado de sitio, se proclamó la ley marcial y las autoridades buscaron a Blasco con gran ahínco para obligarle a interrumpir sus peligrosas campañas subversivas.

Los marinos y pescadores de los poblados marítimos valencianos, que siempre se habían distinguido en sus entusiasmos por el joven novelista, le proporcionaron escondrijos secretos, y así anduvo de uno en otro para que no le alcanzasen sus perseguidores y llevando la existencia de un personaje de novela. Al fin, disfrazado de marinero, pudo subir en alta mar a un vapor que salía de Valencia con rumbo a Génova. El vapor era el *Sagunto* y sus oficiales y tripulantes todos valencianos y de ideas republicanas.

Este viaje, improvisado en tan rocambolescas circunstancias, dio lugar a que Blasco Ibáñez escribiese otro de sus libros más característicos, *En el país del arte (Tres meses en Italia)*, obra que, en sus orígenes, no fue sino una especie de correspondencia periodística que mantuvo con su diario *El Pueblo*, y que, al ser reunida en volumen, afianzó su reputación de gran pintor de la pluma.

Blasco creyó destinado este libro a una vida efímera “por ser algo circunstancial y escrito a la ligera, como la mayor parte de los trabajos periodísticos”, según decía en el breve prefacio que le puso en una edición de 1923; pero han pasado los años sin que haya caído en el olvido.

Lo fue escribiendo en fondas modestas de Italia, en típicas y ruidosas *trattorias*, en gabinetes de lectura, incluso entre dos trenes de aquellos del año 95; y recorrió las principales ciudades italianas, de Turín a Nápoles, viéndose obligado a economizar sus escasos recursos.

Una de las páginas más brillantes y, al propio tiempo, más plásticas del libro es la descripción de la catedral de Milán. Blasco Ibáñez, que aún no contaba 30 años durante ese viaje, tan inopinado, de turismo artístico, ya daba muestras de haber cuajado un estilo de escritor gráfico y opulento.

Como escritor ya era el que había de ser.

Figuraos –decía– una gran montaña de mármol que varias generaciones han ido vaciando interiormente, dejando en lo alto afiladas y múltiples agujas, perforando sus muros con rasgadas ojivas que llegan desde el techo al suelo y tienen por celosías enrejados de piedra, donde el cincel ha trazado los más complicados arabescos: esto es la catedral de Milán.



En la época de las primeras novelas y de las luchas políticas valencianas.

Esta montaña tiene su flora: una vegetación fantástica de rosas de piedra, de tupidos follajes, que nacieron entre las manos del escultor cristiano y bajo los cuales se albergan dragones de fauces abiertas, espantosas alimañas, simios de lujuriosa mueca, todos los delirios estrambóticos imaginados por el artista mediévil al soñar con los abortos del infierno, eterna preocupación de la época.

Tiene su población muda y eterna: cuatro mil estatuas, producto de diferentes siglos, que parecen guardar el monumento; santos y mártires, guerreros y artistas, cuantos figuran en algún lustre en el santoral o en la historia de Italia: unos bendiciendo, otros empuñando lanzas, algunos señalando a la tierra y requiriendo la espada, los más mirando al cielo, y todos, con prodigioso equilibrio, desafiando a los años y al furor de los elementos, alineados gallardamente en las cornisas, irguiéndose en el agudo vértice de las agujas o descendiendo audazmente por los contrafuertes del muro, como racimo de hombres que se desploma, amparándose bajo templetos afiligranados y puntiagudos y apoyando los pies en repisas que son cabezas de espantables monstruos.

Para que la maravilla arquitectónica sea más semejante a una montaña, el mármol se ennegrece abajo, en las laderas, y brilla arriba, en las altas agujas, como esos colosos de los Alpes coronados luminosamente por sus nieves eternas.

¿Quién fue el autor del Duomo? ¿Qué arquitecto soñó ese monumento que con el curso de los años parece haber hundido el terreno en torno de él y, sin embargo, se remonta vaporoso e ideal como un canto místico...?

Nadie puede indicar con certeza su nombre. Cuando nació la catedral, el arte era una vocación irresistible, un amor a la belleza, sin afán alguno por la gloria personal. El arquitecto era artista. Asociados todos en una comunidad de ideales, aspiraban a la muerte, viendo sobre sus cabezas el cielo azul, tras cuyas nubes su imaginación de soñadores cristianos creía encontrar las legiones de ángeles y la irresistible mirada del Padre Eterno, batallaban con el mármol recién salido de la cantera, acariciábanlo un día y otro con su cincel, e inspirados más por el santo ideal que por la corrección de la forma, enterrada momentáneamente con la ruina del mundo clásico, hacían surgir todo un mundo de figuras incorrectas, pero de una ingenuidad encantadora; y lo mismo junto a la ojiva audaz que en la calada puerta o en el robusto muro, como signo de origen dejaban grabados el triángulo o la escuadra, firma misteriosa de aquellas asociaciones que vivían apartadas del rudo batallar de su época, trazando en el fondo de laboriosos talleres llamados “cabañas de arquitectos” los planos de obras tan famosas como las catedrales de Colonia y de Milán, y ejerciendo con ciertos ritos secretos el sacerdocio del arte.

Tres meses duró este primer viaje por Italia, y, mientras tanto, los acontecimientos que se precipitaban en España por efecto de la pérdida de las colonias antillanas parecieron favorecer con una tregua a los perseguidos políticos, regresando Blasco a Valencia, no sin tener que someterse a la vigilancia de las autoridades militares.

Pero la tregua fue breve duración.

Con ocasión de nuevos tumultos populares, se desempolvaron los procesos provisionalmente olvidados, y Blasco fue sometido a un consejo de guerra para responder de los cargos que había tratado de eludir con su fuga a Italia. Su acusador, un coronel, reclamaba para el procesado la pena de catorce años de presidio. Más de un año permaneció Blasco recluso, en contacto con asesinos y ladrones, rapada la cabeza y vistiendo el infamante uniforme penal.

Algunos de los cuentos que figuran en *La condenada* y entre los que completan el volumen de *Luna Benamor* contienen verdaderos recuerdos de este penoso trance de su vida.

Entre tanto, la opinión pública española se había conmovido ante el caso de este escritor, ya algo célebre, a quien se trataba como delincuente de derecho común. Se inició un movimiento de protesta nacional, en el que intervino activamente la Asociación de la Prensa de Madrid, y por fin se obtuvo un indulto condicionado a que el expresidiario residiera en la Corte y acudiera a presentarse diariamente en las oficinas militares.

De resultas de la victoria en que fue muerto Maceo —ha referido Blasco Ibáñez—, logró don Miguel Moya de la Reina Regente que me fuera conmutada la pena, como a un criminal vulgar, trayéndome el viejo Cánovas, que me detestaba cordialmente, desterrado a Madrid, para tenerme a la vista, adonde vino mi familia a reunirse conmigo y quedando yo bajo estrecha vigilancia de la autoridad militar, que me concedió como especial favor ir a pasar algunas semanas a orillas del mar, en Torrevieja. En aquella época compuse y publiqué en varios periódicos los cuentos que han venido a formar la colección de *La condenada*.

Poco tiempo después, la ciudad de Valencia le eligió diputado y esta inmundidad le protegió durante seis o siete legislaturas.

Teniendo en cuenta lo enconadas que resultaban sus campañas políticas, comprenderemos que otro capítulo de azares era el que representaban para Blasco Ibáñez los lances personales dirimidos en el “terreno del honor”. En su período de propaganda opositor se batió doce o quince veces; pero

no porque creyera que la razón saldría de un encuentro de esta índole, sino para demostrar, llegado el caso, “que no tenía miedo”.

– Algunas veces –me decía en cierta ocasión– he pegado, y otras me pegaron a mí... ¿De qué ha servido esto en mi vida? ¿Qué ha podido probar? ¡Cuando pienso que he sido herido casi de muerte tres meses antes de escribir *La barraca!*

Una vez, cierto sujeto, una especie de profesional del insulto y de la pistola, combatió groseramente a Blasco en un diario de Madrid; y el novelista, que tenía derecho a elegir arma, escogió aquella en la que sobresalía su adversario. E hizo observar tranquilamente a sus testigos:

– Así verá que no le temo.

Pero apenas dada la orden de disparar, la bala de aquel matón se le alojó en el muslo, junto a la arteria femoral.

Uno de estos desafíos, famoso en la época tanto por las graves condiciones en que tuvo lugar como por las personalidades que en el duelo intervinieron, fue el que surgió entre un teniente del Cuerpo de Seguridad, llamado Alestuei, y Blasco Ibáñez, a la sazón diputado a Cortes. El lance derivaba de un violento incidente acaecido con ocasión de unas algaradas populares que se habían producido a la salida de una sesión del Congreso y en que la fuerza pública había tratado de disolver los grupos levantiscos... Pero dejemos que el hecho nos lo refiera, con curiosísimos detalles, un testigo presencial, el ilustre exdiputado y periodista don Luis de Armiñán, amigo personal (que no político) del tumultuoso novelista:

Narremos los antecedentes y las causas del duelo, ha dicho Armiñán. Corrían agitados los días aquellos en los que a propósito de los incidentes de unas elecciones, Blasco Ibáñez, desde su escaño del Parlamento, atacaba furiosamente al Gobierno responsable. Con la autoridad de su prestigio, con la elocuencia de su voz y de su gesto tribunicios, con la inmunidad de su representación, él combatía airado e implacable, y su voz y la de otros Diputados de la Nación produjeron en la opinión efectos que agitaron las multitudes. Grupos de radicales y republicanos, no en actitud agresiva, sino expectante y activa, invadieron los alrededores del Congreso de los Diputados, y el Gobierno tomó las precauciones necesarias para impedir que los grupos llegaran hasta el Palacio de la Cámara, acordonando las calles y disolviendo los grupos.

Una de las tardes de más agitada sesión, al salir Blasco Ibáñez del Congreso se produjo un incidente que ocasionó el lance Blasco-Alestuei.

A la salida y en la esquina de la Carrera de San Jerónimo, detúvose Blasco ante el aparato de fuerza desplegado, comentando airado y en



Curioso apunte para un retrato de Blasco Ibáñez, hecho y firmado por Sorolla alrededor de 1900. El documento es inédito.

alta voz el lujo de fuerza que, según su opinión, desplegaba el gobernador, y entonces un oficial de Policía –que Blasco no recordó quién fuese– le conminó para que callara y obedeciera la orden. Replicó el Diputado, sin duda airadamente, y fue Blasco obligado a callar y, según él, empujado destempladamente.

Al día siguiente, en el Parlamento, Blasco Ibáñez hizo responsable del suceso y del lastimoso espectáculo al Ministro de la Gobernación. Y fue entonces cuando, al correr de las palabras y en el fuego de su improvisación, deslizó la frase que motivó el lance.

Ocurrió como sigue: Blasco, al revolverse airadamente en su escaño contra el Teniente que, según él, lo atropelló, pronunció una frase que yo no quiero repetir aquí y que hirió profundamente el espíritu colectivo de una masa de oficiales. El choque se produjo, y la cuestión personal le fue planteada en términos conminatorios y urgentes. No supo, ni recordó Blasco Ibáñez reconocer al oficial de la Policía que causó el incidente, y el Cuerpo de Seguridad, por sorteo, designó el funcionario que había de exigir la reparación al líder republicano. Correspondió la suerte al teniente Alestuei.

Yo, desde este sitio y a la distancia de los años, hago justicia al oficial de Seguridad que representó cumplidamente el honor de sus compañeros; pero estoy obligado también a enaltecer la actitud noble, resuelta y abnegada de Blasco Ibáñez. Blasco hizo generosamente cuanto pudo por sacar a flote su nombre y su representación en aquel difícil lance. Nombró como padrinos suyos a Luis Morote –aquel niño grande todo inteligencia y bondad– y al sagaz y complicado Emilio Junoy, de innegable simpatía personal y agudo entendimiento.

Nombró padrinos también el señor Alestuei a los señores coronel Jaquelot y a otro señor de cuyo nombre no quiero acordarme.

El lance se tramitó en la Secretaría del antiguo Centro del Ejército y de la Armada, en durísimas condiciones.

Propuesto para casos de duda la admisión de un Código de honor, fue aceptado uno muy conocido, por ambas partes, cometiéndose en caso de disparidad al criterio reglado.

La representación del señor Alestuei, en nombre de éste, por haber sido la ofensa pública y en el Parlamento y con resonancia indubitada, pidió la pública retractación desde el escaño del Diputado o, en caso contrario, una reparación por las armas con un duelo gravísimo y de circunstancias especiales.

Trataron los señores Morote y Junoy de romper el tremendo cerco de la lógica y del texto aceptado, y debatieron largo rato y estérilmente, y en último extremo anunciaron su declinación de poderes.

Era la medianoche cuando Junoy y Morote, desalentados, comunicaron a Blasco su firme resolución y su renuncia.

Entonces, Blasco, inquieto, triste, y ante la gravedad de su situación, acudió al consejo de un hombre bueno, eminente, de vasta comprensión y capacidad y de un alma generosa y grande: don José Canalejas y Méndez.

Al llegar aquí yo quiero destacar algo que ha quedado oculto por las capas del tiempo y por la discreta reserva de los que intervinimos en el lance:

Canalejas, sin vacilar, se lanzó a salvar a Blasco. Vayan hacia su sombra grandiosa todos los elogios que mi pobre recuerdo evoque. Canalejas, el que tanto hizo por el Ejército y por la Patria, creyó firmemente que el mayor servicio que podía hacerle era el servicio de impedir que la bala de una pistola, esgrimida por un oficial, tronchara la vida prometedora y fecunda de Blasco Ibáñez. Y lo consiguió cumplidamente.

Canalejas oyó a Blasco y le conminó para que sin perder un momento nombrara nuevos padrinos, y le alentó en su tribulación y gesto:

– Yo no puedo ser padrino de usted por especiales motivos que a usted y a todos se le alcanzan. Pero yo estoy a su lado para, si fuese posible, evitar ese duelo o aminorar las duras condiciones en que se plantea.

Entonces –¡lo escribo con orgullo!– Canalejas ordenó a Morote que fuese a mi casa y que me brindara la representación de Blasco Ibáñez y, en caso de que yo me negara, me llevase a su presencia para rogarme él mismo que fuese padrino de Blasco. Yo me negué resueltamente al ruego de Morote.

– Si vosotros, que tanto valéis, habéis abandonado el pleito, ¿qué haré yo, pobre de mí, sin vuestros medios y recursos? Yo, de testigo presencial, no estoy dispuesto a ir. Eso es todo.

Ante Canalejas –adonde me llevó Morote– yo oí de aquel hombre tales razones, tales insistencias y tales requerimientos, que acepté en aquellas horas angustiosas representar a Blasco.

– Alejandro Saint-Aubin –añadió Canalejas–, mi cuñado, estará a su lado y usted procure que a él se le nombre, por todos los medios, juez de campo y director del combate.

Entonces salimos Morote y yo a buscar a mi compañero de representación, con la urgencia que requería el plazo de tres horas que los padrinos de Alestuei habían otorgado para que Blasco encontrara nueva representación.

Tres caracterizados jefes republicanos –omito sus nombres– se negaron a acompañarme en mi empresa, y al fin encontré el padrino en aquel don Nicolás Estévanez, venerable anciano, que levantándose de la cama –eran las dos de la madrugada– se dispuso a prohijar el duelo de su compañero de minoría.

Recuerdo que al salir de casa de Estévanez –Huertas, 56– acompañándole, me dijo Luis Morote estas palabras, que no olvidaré nunca:

– ¿Comprendes ahora por qué estos viejos románticos hicieron la única revolución que se ha realizado en España?

Morote tenía razón.

Al día siguiente, en la quinta de Sabater se realizó el duelo, del que no milagrosamente, sino por causas que expondré, salió ileso Blasco Ibáñez. Antes, he de escribir que yo, cuando con don Nicolás Estévez volví al Circulo Militar a proseguir en la representación de Blasco, apuré los términos para encontrar soluciones acordes. No lo pudimos lograr ni la autoridad indudable de Estévez ni mis propios esfuerzos personales.

Se pactó el durísimo lance. He aquí sus condiciones:

Arma, pistola rayada de combate.

Carga y proyectil normales.

Distancia, veinticinco pasos.

Tiempo para apuntar, treinta segundos, pudiendo dentro de ese límite hacer uso de su arma los dos combatientes.

Durísima condición ésta, que nos fue impuesta inexorablemente. Las voces dentro del escaso tiempo de segundos, que se pactan en los duelos normales a pistola, tratan de evitar, sin conseguirlo muchas veces, que el riesgo sea inminente. Claro es, y esto sólo los técnicos lo saben, que, contra lo que el vulgo cree, no hay duelo más desigual que el de pistola.

El tirador habituado a la voz y al arma hace blanco en tan corto espacio, que el neófito e ignorante es herido en este combate antes que tenga, a veces, tiempo de hacer uso de su pistola.

Blasco no sabía lo que era una pistola. ¡Qué horas aquellas en que en cumplimiento de un deber altísimo acepté la representación del radical escritor!

Canalejas nos aleccionó a Saint-Aubin y a mí con consejos de advertencias que harían interminable este artículo. ¡Que viveza de comprensión, qué altura de miras, qué amor hacia la vida del prójimo y qué firme resolución de salvar a Blasco!

Recuerdo que al pedirle consejo él se fijó en un pequeño almanaque de pared que pendía del muro.

– ¿Han fijado ustedes la hora del combate?

– Todavía no –replicó Alejandro.

– Vean si pueden poner las cinco de la tarde.

– ¿Por qué? –pregunté yo.

Y él leyendo suavemente la blanca hojilla, me replicó:

– Porque la puesta del sol abate la luz y esfuma los términos, oscureciendo los bultos...

El mismo don José suplicó a don Alejandro Sanmartín para que fuese el médico de Blasco, y él, con palabras llenas de emoción, nos despidió a su cuñado y a mí, diciéndonos:

– Quiera Dios salvar la vida de Blasco y la de su rival, para que este día no sea nefasto para España.

Y con su habitual gesto de mando nos añadió:

– Andad, andad y hacedlo todo por salvar a Blasco.

Duro fue el lance.

Cargadas las pistolas, después de colocar a los combatientes –cargadas por mano ajena a los padrinos y al juez de campo–, cuando mi inolvidable amigo el generoso Saint-Aubin lanzó al aire el “listos” para apuntar y corrieron los primeros segundos de aquellos interminables “treinta” que se concedían para hacer fuego y apuntar, Blasco picó el gatillo, y su detonación resonó instantánea y su bala silbó a muchos metros por encima de su adversario.

Tendió Alestuei suavemente el brazo en línea, y yo temblé por la vida de Blasco, porque presentí el acierto del tirador. La bala, colocada al mismo pie de Vicente, levanto el polvo y los terrones de tierra.

Mientras cargaba nuevamente Enrique, el armero del Centro del Ejército y de las Armada, cuando con la maza forzaba el proyectil a entrar por la raya de la boca del cañón, por mi frente corría un frío sudor de angustia.

Nuevamente en sus puestos, volvió Blasco a tirar sin regla ni norma, y nuevamente con su medida apuntó Alestuei.

Al tiempo que brillaba el disparo vi al pobre Blasco girar en redondo sobre sus pies y caer pesadamente al suelo.

Corrí hacia él, gritando a Sanmartín; Blasco, apoyada la mano en el vacío, me dijo, tranquilo y resignado: “Estoy herido.”

Entonces llegó el médico, y cuando con sus instrumentos se disponía a cortar la ropa, vimos que Blasco no se había despojado del cinturón de acero que sujetaba sus pantalones. La bala había dado sobre la hebilla de acero, había roto ésta y perforado la doble correa, y entre ésta aparecía después de causar tremenda contusión.

Quiso la fortuna que los padrinos de Alestuei, que fueron los encargados –uno de ellos personalmente– de leerle y cumplir al acta de combate, olvidaran recogerle su cinturón.

Así, cuando el que cuyo nombre reservo quiso, furioso y airado, proceder a lo que estimaba caso de descalificación, me revolví contra él, arrojándole íntegra la culpa de no haber cumplido con su misión, y bendije en alta voz su descuido porque nos había salvado la vida del glorioso escritor.

¿A qué seguir? En aquel duelo y entre tantas cosas a destacar culmina la figura del político republicano, que se jugó noblemente su vida por hacer honor a sus palabras y a sus firmísimas ideas.

La política y sus ideales eran para Blasco Ibáñez algo muy noble, muy elevado y alto. Él creía en el sacrificio por ellas; él las sentía tan hondamente, que ofrendarles la vida no era más que satisfacer el deber.

Aquel duelo creo yo que puso el final político a la vida de Blasco.

Yo he de señalar en él un último episodio, lleno de enseñanzas.

Estaba construyéndose cerca del lugar del combate una fábrica de gas pobre; muchos albañiles y curiosos habían presenciado a distancia, y entre sombras de la tarde que caía, el combate, y cuando en el coche, ya de vuelta, los padrinos y el médico volvíamos a Madrid, de un grupo salieron silbidos y denuestos. Blasco se volvió a nosotros, y entonces le oí esta amarga frase, para mí inolvidable:

– ¡Y pensar que yo creo haberme jugado la vida por la causa de esos que me silban irreflexivamente! Habrá que pensar en dejar estos áridos campos de la política, para sembrar desde otros.

Y sus ojos profundos se abismaron en sombras.

Así fue el duelo Blasco-Alestuei.

En su última época de jefe del partido de Unión Republicana de Valencia no sólo fueron estos encuentros, al fin medio legales, lo que estuvo a punto de acabar estúpidamente con su vida. Blasco tuvo que afrontar, asimismo, agresiones de encrucijada y los reiterados ataques de un ciego y criminal pistolero. Era la época de las feroces luchas, generalmente a mano armada, entre *blasquistas* y *sorianistas*, es decir, entre los partidarios políticos de Blasco y los incondicionales de la fracción disidente acaudillada por Rodrigo Soriano, antiguo amigo de Blasco y luego su más implacable adversario.

Cierta tarde en que Blasco regresaba de un acto de propaganda seguido de centenares de correligionarios, al llegar a un recodo ya cerca de su casa, y desde un cafetín frecuentado por los sorianistas, partió una descarga, seguida de un nutrido tiroteo. Los proyectiles silbaban junto a sus oídos, y Blasco, despreciando el propio peligro, miró en torno suyo pensando en la suerte de los amigos que le acompañaban.

La calle había quedado desierta, y, en torno del jefe, media docena de incondicionales hacía círculo como queriendo protegerle con sus cuerpos. Salieron del lance milagrosamente ilesos, pues los agresores, transcurridos los primeros minutos, se dieron prisa en desaparecer.

Blasco y sus amigos ganaron entonces tranquilamente su refugio, y, horas más tarde, cuando el propagandista republicano ya se hallaba ante su mesa de novelista escribiendo la historia de amor de *Entre naranjos*, se presentó ante él un grupo de bravos correligionarios, suspendiéndole el ensueño para mostrar las pistolas:

– *Don Vicent*, ¿quiere que le prendamos fuego a Valencia?

– ¡Qué chiquillada! –respondió irónicamente el novelista–. Marchaos a dormir como buenos muchachos y dejadme pasear con Leonora por entre los naranjos de la “casita azul”.

Poco tiempo después, Blasco, más republicano que nunca, abandonaba sin embargo la jefatura de su partido, perdía la fe que llevaba puesta en sus peleas de agitador y se instalaba en Madrid, decidido a entregarse al trabajo literario con renovados entusiasmos de artista.

En este momento de su vida ya había logrado enriquecer su obra de escritor con todo un ciclo de novelas nacidas con la forzosa irregularidad impuesta por los avatares que venimos describiendo; todo un ciclo que representa, sin duda, en la obra de Blasco Ibáñez, la parte más espontánea e intensa, la que atesora los dones más brillantes de su estilo.

Además de *Arroz y tartana*, *Flor de Mayo* y *La barraca*, había escrito *Entre naranjos*, *Sónnica la cortesana* y *Cañas y barro*. Ciclo completo en el que no quedaba olvidado ningún aspecto de su tierra y que constituye una vasta pintura, suelta y robusta, de la vida de Valencia.

Antes de examinar estas novelas, conviene echar una rápida ojeada a las narraciones contenidas en los *Cuentos valencianos* y en *La condenada*, breves trabajos que las precedieron y que constituyen, como en el caso de los *Cuentos a Ninón* de Zola y en el *Episcopo* de D’Annunzio, bellísimos croquis trazados con agilidad de verdadero maestro.

Vive en esos cuentos todo un pequeño mundo de personajes inolvidables, tomados al vivo: Dimoni, el dulzainero, y su compañera la Borracha, protagonistas de un idilio áspero y terrible, de un naturalismo extremado, pero que deja en el alma un escalofrío de humanidad y una intensa emoción de arte; el tío Tófol (de “Primavera triste”), que mata a fuerza de trabajo a su mísera hija adoptiva la Borda; y los bandidos como Quico Bolsón, el *roder*<sup>5</sup>; y los matones profesionales, como los Bandullos (en “Guapeza valenciana”), y Sento el pacífico, que, a la hora de ver amenazado el pan de

<sup>5</sup> *Roder*: en valenciano, merodeador, salteador.

sus hijos, saber hacer justicia con su escopeta; y los marinos como Llovet, el viejo lobo de mar que, casi inválido, se lanza mar adentro en socorro de una barca en peligro; y Juanillo y Antoñico en “En el mar” y “¡Hombre al agua!”... Croquis rápidos, descriptivos sólo en la justa medida necesaria para reflejar el ambiente, y de estilo concreto y expresivo.

Eduardo Zamacois ha captado muy bien en algunas líneas la asombrosa facultad que poseía Blasco para reconstituir las realidades con la potencia y la precisión de la vida: “Su complexión –decía Zamacois– le lleva a sentir el amor a la Naturaleza con extraordinaria intensidad; aunque siempre escribió en prosa, es un verdadero y altísimo poeta de la vida, un enamorado fervoroso de la tierra, semejante a aquellos sacerdotes de los antiguos cultos que asistían de rodillas al orto del sol. Dueño de una paleta riquísima, los colores del iris le sirven dócilmente...” “y a su conjuro, los rincones de la huerta valenciana se rebullen y despiertan, y aparecen a nuestros ojos con toda su cegante luminosidad meridional...” “y sentiremos cómo la poesía, simultáneamente enérgica y perezosa, de aquella tierra sultana, nos penetra y concluye enseñoreándose de nuestro ánimo”.

*Arroz y tartana*, la primera novela del ciclo valenciano, describe Valencia y sus costumbres. Está fechada en 1894, es decir, que Blasco la publicó cuando contaba unos 27 años. Ya el título es bien valenciano, pues constituye el primer verso de una copla popular que significa “querer y no poder”, deslumbrar a la gente con discursos, modales y lujo no basados en la realidad. *Poseer una tartana* para no ir a pie, aunque el mantener ese lujo represente tener que comer sólo arroz en el secreto de la casa:

*Arròs i tartana,  
casaca a la moda,  
¡i rode la bola...  
a la valenciana!*

Doña Manuela, hija del exfabricante de seda Manuel Fora y casada con un excelente aragonés que, a fuerza de trabajo, se ha puesto a la cabeza de un almacén de paños titulado “Las Tres Rosas”, al llegar a rica cede su tienda al dependiente mayor, Antonio Cuadros, y realiza su antiguo ensueño de vida burguesa, dilapidando la herencia paterna y haciendo morir de desesperación a su marido. Luego se casa en segundas nupcias con un amigo de la infancia, el médico Rafael Pajares, juerguista que le da tres hijos y acaba de empobrecerla antes de reventar en la disolución. En adelante, la



Blasco Ibáñez en 1902, cuando publicó *Cañas y barro*.

vida de la viuda no será sino una serie de expedientes hasta que caiga en los brazos de Antonio Cuadros, quien, enriquecido en la Bolsa, hará de ella su querida. Pero sobreviene la quiebra. El amigo generoso de antaño huye. Doña Manuela, abandonada de todos, tras de causar con su mala conducta la muerte del hijo que tuvo en el primer matrimonio, el bueno de Juan Peña, puede apreciar por fin, en toda la plenitud de su significación material y moral, el vocablo “ruina”, con el que había jugado durante tanto tiempo. El libro termina con el dramático suicidio, más que muerte natural, del fundador de “Las Tres Rosas”, el viejo aragonés don Eugenio García, a quien sus padres abandonaron allí mismo: “La caída fue instantánea. Primero se le doblaron las rodillas, quedando de hinojos en aquel lugar donde su padre la había abandonado setenta años antes; después cayó de bruces en la acera. Los que en tropel salieron de todas las tiendas aún pudieron presenciar la agonía del último veterano del Mercado”.

Cierto que no es “el argumento” lo que ofrece más interés en las novelas de Blasco, aunque acción sea siempre en sus obras un trozo de vida en movimiento y cautivo, por ello mismo, la atención. La ciudad de Valencia, sus típicos rincones, sus costumbres, su ambiente, todo está magistralmente pintado o evocado: los mercados desbordantes de alimentos; la leyenda del pajarraco de los Santos Juanes, el célebre *pardalot* al que se quedan mirando embobados los pobres *churricos* mientras los padres les abandonaban a su suerte en el paraíso valenciano; el carnaval en la Alameda; el famoso festejo de las *fallas*; las fiestas conmemorativas de san Vicente Ferrer, con la representación de los célebres *milacres*; las procesiones del Corpus; las bulliciosas ferias de Julio, con festivales taurinos... nada escapa a la vasta y exacta pintura del novelista.

*Flor de Mayo*, la segunda de las novelas “reconocidas” por su autor, es del año siguiente (1895) y acaso la más hermosa de cuantas se han escrito sobre el Mediterráneo. El fervor de sus descripciones sólo había de superarlo el propio Blasco Ibáñez en la primera parte de *Mare Nostrum*, compuesta en 1917, o sea veintidós años después. Ya hemos visto al comienzo de este capítulo en qué condiciones había tenido que producir Blasco estas primeras novelas, cuyas cuartillas iba entregando casi a diario para que fueran sirviendo de folletón en *El Pueblo*, en medio de ardientes luchas políticas:

Por nada volvería –decía Blasco Ibáñez, muchos años después, cuando ya gozaba de todas las comodidades y honores que le proporcionaba su

éxito mundial— a aquella existencia de sacrificio, de miseria y de continuo combate por un ideal, estéril hasta el presente. Pero la recuerdo emocionado, como uno de los periodos más interesantes de mi vida. Amo mis primeras novelas con la predilección que sienten los ricos por los hijos nacidos en su época de pobreza.

Y añadía a propósito de *Flor de Mayo*:

Recuerdo a veces las aventuras a que me arrastró mi entusiasmo juvenil de novelista, ansiando ver de cerca y no de oídas las cosas que pretendía escribir. Dejando confiada momentáneamente la dirección de *El Pueblo* al grupo de jóvenes que me reconocía por maestro y director, navegué en las barcas del Cabañal, haciendo la vida ruda de sus tripulantes, interviniendo en las operaciones de pesca en alta mar. Como ya van transcurridos cerca de treinta años, hasta me atrevo a decir que también navegué en una barca de contrabandistas, yendo a “trabajar” con ellos en la costa de Argel. Otro recuerdo emotivo guarda para mí *Flor de Mayo*. Muchas veces, al vagar por la playa preparando mentalmente mi novela, encontré a un pintor joven —sólo tenía cinco años más que yo— que laboraba a pleno sol, reproduciendo mágicamente sobre sus lienzos el oro de la luz, el color invisible del aire, el azul palpitante del Mediterráneo, la blancura transparente y sólida al mismo tiempo de las velas, la mole rubia y carnal de los grandes bueyes cortando la ola majestuosamente al tirar de las barcas. Ese pintor y yo nos habíamos conocido de niños, perdiéndonos luego de vista. Venía de Italia y acababa de obtener sus primeros triunfos. Convertido al realismo en el arte y abominando de la pintura aprendida en las escuelas, tenía por único maestro el mar valenciano, admirando fervorosamente su luminoso esplendor. Trabajamos juntos, él en sus lienzos, yo en mi novela, teniendo enfrente el mismo modelo. Así se reanudó nuestra amistad, y fuimos hermanos, hasta que hace poco nos separó la muerte. Era Joaquín Sorolla.

Los personajes de *Flor de Mayo* son pescadores del Cabañal: Tona se había casado con Pascual, caído al mar en una noche de borrasca. Mendi-gando primero para criar a sus hijos, Pascual y Tonet, no ha tardado en salir de la miseria transformando en cafetín la vieja barca de su marido náufrago. Allí en medio de la playa, es donde crecen Pascual (un muchachote dócil y trabajador, a quién se apodará el *Retor* a causa de su aspecto “de seminarista bien alimentado”) y su hermano Tonet, vagabundo y mujeriego. Casados, uno con Dolores y el otro con Rosario, dos tipos adversos de pescaderas valencianas, Tonet se enreda con su cuñada, novia suya en otro tiempo, y el buen Retor, que va metódicamente camino de un grato bienestar por to-

dos los medios honrados, incluso el contrabando, no advierte su infortunio conyugal sino sólo para arrojar al mar al hermano pérfido y sucumbir él mismo en la tempestad, en que desaparece también aquel a quien creía su hijo, Pascualet, y que se le antojaba finalmente fruto de los amores de su mujer con Tonet. Hay en esta novela bocetos inolvidables de comadres y compadres levantinos: el *tío Paella*, padre de Dolores; el *siñor Martines*, carabinero andaluz que se dedica a engañar a las mujeres, viviendo a costa de ellas; don Mariano el *Callao*, viejo hombre de negocios que patrocina ciertas expediciones a Argel; la *tía Picores*, especie de leona del mercado de la Pescadería, que ante la tragedia con que finaliza el libro está:

en lo alto, dominándolos a todos, erguida y soberbia como la venganza, indiferente a todos los dolores, con las faldas ondeantes como una bandera azotando sus piernas.

Ya no enseñaba el puño al mar. Le volvía la espalda con desprecio, pero amenazaba a alguien que estaba tierra adentro, a la torre del Miguelete que alzaba a lo lejos su robusta mole sobre la masa de tejados de la ciudad.

Allí estaba el verdadero enemigo, el verdadero autor de la catástrofe. Y el puño de la bruja del mar, hinchado y enorme, siguió amenazando a la ciudad, mientras su boca vomitaba injurias:

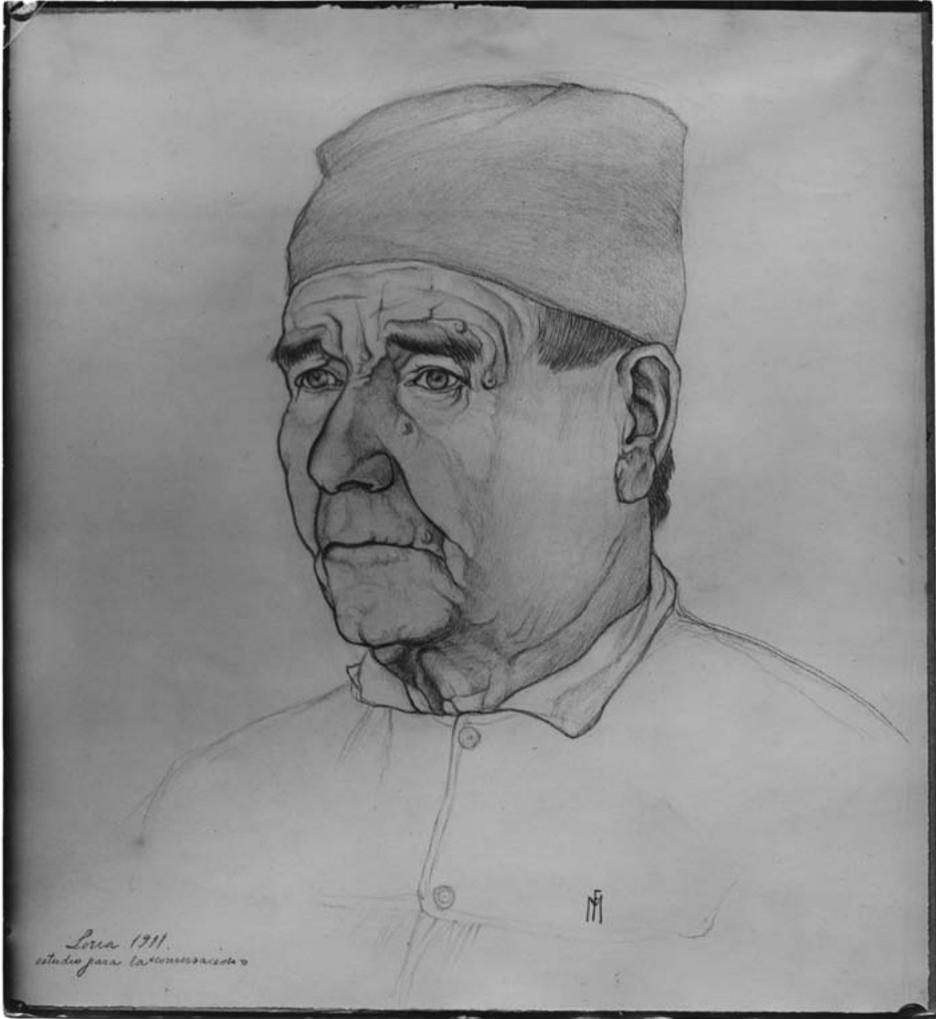
– ¡Que viniesen allí todas las zorras que regateaban al comprar en la Pescadería! ¿Aún les parecería caro el pascado...? ¡A duro debía costar la libra!

*La barraca*, escrita en 1898<sup>6</sup>, continuó dignamente la empresa emprendida en las dos novelas anteriores: pintar la vida valenciana en sus diversos aspectos.

Su acción es de una simplicidad épica, puesto que se limita a las peripecias de un caso de boicoteo popular. Por un acuerdo tácito de los habitantes de la Huerta, nadie quiere cultivar los campos donde la avaricia de un propietario cruel, el usurero don Salvador, dejó una estela de miserias y obligó a su arrendatario, el *tío Barret*, a asesinarle. Si acaece que un intruso, por ignorancia o por miseria, emprende la tarea de labrar esas “tierras malditas” (*Terres maudites*, tal es el título que lleva *La barraca* en la tra-

---

<sup>6</sup> Fecha bien significativa, desde el punto de vista de nuestra historia literaria, la del año en que se publicó esta obra maestra, transida de “preocupación española” por los problemas sociales del agro valenciano.



Tipo de viejo labriego de la Huerta. (Dibujo de F. Merenciano).

ducción francesa de Hérelle), se le advierte, y en caso necesario, se le fuerza a abandonarlas. Pero he aquí que aparece Batiste, hombre decidido, tenaz, infatigable, que osará hacer frente a la sorda conspiración de sus vecinos. Cuando ya se ve próximo a recoger el fruto de su trabajo, un redoblamiento de odios triunfa de sus esfuerzos. Su hijo Pascualet, a quien los granujillas han tirado a una acequia, muere de las fiebres contraídas a consecuencia de ese baño forzoso. Su caballo, que era su mejor amigo, su animoso colaborador en las tareas campesinas, es herido a traición. La barraca es incendiada. Sobre las ruinas de su esfuerzo destruido estúpidamente se erige, trágica, la figura del luchador que ha intentando desafiar a esa fuerza implacable que algunos denominan destino y que, por su verdadero nombre, se llama la maldad de los hombres:

La vega, silenciosa y ceñuda, les despedía para siempre. Estaban más solos que en medio de un desierto; el vacío del odio era mil veces peor que el de la Naturaleza.

Pero Batiste y los suyos no se dejan dominar por la adversidad:

Huirían de allí para empezar otra vida, sintiendo el hambre detrás de ellos pisándoles los talones; dejarían a sus espaldas la ruina de su trabajo y el cuerpecito de uno de los suyos, el pobre *albaet* que se pudría en las entrañas de aquella tierra como víctima inocente de una batalla implacable. Y todos, resignación oriental, sentáronse en el ribazo, y allí aguardaron el amanecer, con la espalda transida de frío, tostados de frente por el brasero que teñía sus rostros con reflejos de sangre, siguiendo con la pasividad del fatalismo el curso del fuego, que iba devorando todos sus esfuerzos y los convertía en pavesas tan deleznable y tenues como sus antiguas ilusiones de pan y trabajo.

La gestación de *La barraca* fue bastante curiosa. Cuando Blasco Ibáñez, a mediados de 1895, había andado escondiéndose en los poblados marítimos esperando la ocasión para huir a Italia y con la perspectiva de ser fusilado por sedicioso, se había entretenido en unos cuadernillos de papel de cartas rayado de azul (el único de que disponía en uno de sus escondrijos secretos) un cuento al que puso por título “Venganza moruna”. Pudo escapar a Italia, como hemos visto, y al volver, ya pasado mucho tiempo, el dueño de la casa donde había dejado todos sus objetos de uso personal y los cuadernillos escritos por ambas caras, se presentó a entregárselos. Blasco reconoció en aquel pequeño fajo de hojas el cuento que se había entretenido escribiendo durante dos horas de tedio, cuando bajo los altos del modesto despacho de vinos donde estaba oculto, rondaba la guardia civil husmeando

“una buena presa”. Volvió a leerlo aquella noche con el mismo interés que si lo hubiese escrito otro. Su primera intención fue enviarlo a *El Liberal*, de Madrid, en el que Blasco colaboraba casi todas las semanas, publicando un cuento. Luego, pensó utilizar aquel relato –la historia de unos campos forzosamente yermos que había visto muchas veces, siendo niño, en los alrededores de Valencia (en Alboraya, más exactamente), para convertirlo en una novela. Y así fue como se escribió *La barraca*, la primera de las novelas que dieron a Blasco la celebridad en España y en el extranjero.

El prefacio que el ilustre novelista puso a este libro en 1925 consigna datos muy interesantes para la “historia” de esta célebre novela:

Primeramente se publicó en el folletón de *El Pueblo*, pasando casi inadvertida. Mis bravos amigos los lectores del diario, sólo pensaban en el triunfo de la República, y no podían interesarles gran cosa unas luchas entre huertanos, rústicos personajes que ellos contemplaban de cerca a todas horas.

Francisco Sempere, mi compañero de empresas editoriales, que iniciaba entonces su carrera y era todavía simple librero de lance, publicó una edición de *La barraca* de 700 ejemplares, al precio de una peseta. Tampoco fue considerable el éxito del volumen. Creo que no pasaron de 500 los ejemplares vendidos.

Ocupado en trabajar por mis ideas políticas, no prestaba atención a la suerte editorial de mi obra, cuando algunos meses después recibí una carta del señor Hérelle, profesor del Liceo de Bayona. Ignoraba yo entonces que este señor Hérelle, era célebre en su patria como traductor, luego de haber vertido al francés las obras de D’Annunzio y otros autores italianos. Me pedía autorización para traducir *La barraca*, explicando la casualidad que le permitió conocer mi novela. Un día de fiesta había ido de Bayona a San Sebastián, y aburrido, mientras llegaba la hora de regresar a Francia, entró en una librería para adquirir un volumen cualquiera y leerlo sentado en la terraza de un café. El libro escogido fue *La barraca*, e interesado por su lectura, el señor Hérelle casi perdió su tren.

Con la despreocupación (por no llamarla de otro modo) que caracteriza a la mayoría de los españoles en lo que se refiere a la puntualidad epistolar, dejé sin respuesta la carta de este señor. Volvió a escribirme, y tampoco contesté, acaparado por los accidentes de mi vida de propagandista. Pero Hérelle, tenaz en su propósito, repitió sus cartas.

He de contestar a ese señor francés –me decía todas las mañanas–. De hoy no pasa.

Y siempre una reunión política, un viaje, o un incidente revolucionario de molestas consecuencias me impedía escribir a mi futuro traductor.

Al fin, pude enviarle cuatro líneas autorizándolo para dicha traducción y no volví a acordarme de él.

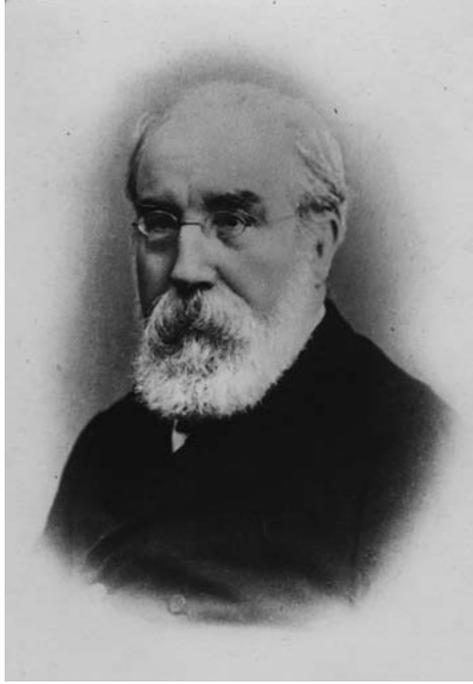
Una mañana, los diarios de Madrid anunciaron en sus telegramas de París que se había publicado la traducción de *La barraca*, novela del diputado republicano Blasco Ibáñez, con un éxito editorial enorme, y los primeros críticos de Francia hablaban de ella con elogio.

*La barraca*, que había aparecido en una edición española de 700 ejemplares (vendidos únicamente 500, la mayor parte de ellos en Valencia), y no mereció al publicarse otro saludo que unas cuantas palabras de los críticos de entonces, pasó de golpe a ser novela célebre. El insigne periodista don Miguel Moya la publicó en el folletón de *El Liberal*, y luego empezó a remontarse, de edición en edición, hasta alcanzar la cifra actual de 100.000 ejemplares legales. Digo “legales” porque en América se han hecho numerosas ediciones de esta obra sin mi permiso. A la traducción francesa siguieron otras y otras, en todos los idiomas de Europa. Si se suman los ejemplares de sus numerosas versiones extranjeras pasan seguramente de un millón...

...Para las gentes amigas de clasificaciones, que una vez encasillan a un autor ya no lo sacan, por pereza mental, del alvéolo en que lo colocaron, yo seré siempre, escriba lo que escriba, *el ilustre autor de ‘La barraca’*. Y de *La barraca* al publicarse en volumen se vendieron 500 ejemplares, y mi difunto amigo Sempere y yo nos repartimos 78 pesetas, ganancia líquida de la obra, llegando a obtener tal cantidad gracias a que entonces los gastos de impresión era mucho más baratos que en los tiempos presentes.

*Entre naranjos*, escrita en el año 1900, continúa el ciclo valenciano y es una historia de amor cuyo clima sentimental se aparta un poco de las crudas tragedias que constituyen el armazón central de las novelas anteriores.

Desarróllase principalmente en Alcira, pequeña ciudad cuyas blancas casas parecen flotar sobre el verde océano de los campos de naranjos que la han hecho famosa en el mundo entero. Rafael Brull, hijo de un cacique político de Alcira, queda, a consecuencia de un encuentro casual, locamente enamorado de una cantante de ópera, hija de un médico del lugar, Leonora Moreno, cuyas aventuras galantes a través de las grandes capitales del mundo ya no tienen cuento. Después de una larga resistencia a los asaltos apasionados del joven Rafael, la bella walkyria –porque es una especialista en los papeles de Wagner– se entrega por fin, y para escapar a los chismes malévolos de sus conciudadanos envidiosos y a las persecuciones que hacen sufrir al joven Brull su madre y demás familiares, la pareja, que se ha instalado provisionalmente en un hotel de Valencia, decide huir a Nápoles.



Don Francisco  
Pi y Margall.

Poco antes de emprender esta fuga, Rafael, sermoneado por don Andrés, quien no ha tardado en descubrir el refugio de los enamorados, cede a esas amonestaciones y, esclavo de la opinión ajena, abandona a su querida para volverse a Alcira, donde prosigue sin remordimientos su carrera de cacique político rural, casado con una mujer fea y rica, a la que no ama, y padre de una familia procreada sin entusiasmo. Cuando han transcurrido ocho años desde su cobarde abandono a Leonora, un día en que ha pronunciado en el Congreso, en Madrid, un discurso grandilocuente del más acusado tar-tufismo, una dama, que ha tenido la paciencia de oírle hasta el final de la insincera arenga, se revela a la salida de la Cámara popular como la propia Leonora, de paso en Madrid para Lisboa, adonde va a cantar a Wagner en la Ópera de San Carlos. Rafael, cuya llama de amor se enciende de nuevo más violenta que antes, trata de enternecer a la bellísima diva. Es en vano. Oye cómo esta mujer le dice amargas verdades, y luego la ve desaparecer para siempre, cual un fantasma simbólico del amor. Por no haber sabido guardarlo en el momento en que éste se le ofrecía, no será él en lo sucesivo más que un muerto con vida, paseando su cadáver a través de la comedia

social, pues *el Amor no pasa más que una vez en la vida*. “¡Adiós, amor! ¡Adiós, juventud! Pára él ya no había primavera. La alegre locura le rechazaba como un desertor indigno; su porvenir era engordar dentro del hábito del hombre serio”.

Hay en esta novela una parte autobiográfica muy interesante que Zama-cois fue el primero en recoger de labios del novelista valenciano:

Blasco Ibáñez había conocido en uno de sus viajes a cierta artista rusa, cantante de ópera, mujer extraordinaria, hermosa, fuerte y sádica, que recorría el mundo llevando consigo a una pobre muchacha a quien en sus frecuentes arrebatos de malhumor azotaba cruelmente.

Fueron aquellos unos amores rápidos y vehementes; la artista, con su elevada estatura y sus bíceps de hierro, era una verdadera amazona, celosa y agresiva, de la que sus amantes necesitaban defenderse a puñetazos; instintivamente su temperamento rebelde se negaba a rendirse, y cada posesión requería una escena ancestral de lucha y de doma, en la que luego los besos servían para restañar la sangre de los golpes.

*Sónnica la cortesana*, publicada en 1901, completa con *Cañas y barro* la serie de las novelas valencianas. Pero *Sónnica* no es una obra de ambiente contemporáneo, sino que intenta una reconstrucción de la antigüedad y le sirve de fondo la famosa ciudad romana de Sagunto, cuyas actuales ruinas inspiraron directamente al novelista. Impresionado acaso con la lectura de *Salammbô* de Flaubert, Blasco pensó en escribir, él también, una novela arqueológica que le permitiera ahondar en el más viejo pasado de su tierra; y así lo hizo documentándose principalmente en el poema de Silvio Itálico sobre la segunda guerra púnica.

Toda la acción de *Sónnica la cortesana*, cuyo carácter arqueológico no le resta la proverbial amenidad de todos los relatos de Blasco Ibáñez, se desarrolla en tiempos de la dominación romana:

*Sónnica* es una cortesana de Atenas que ha ido a establecerse a Sagunto después de casarse con un poderoso mercader de aquel gran emporio comercial, adonde afluían las mercancías cosmopolitas de todos los puntos del Mediterráneo, desde las columnas de Hércules hasta las orillas de Asia. Su viudez la ha dejado en posesión de una inmensa fortuna. Acteón, un griego que anda errante por el mundo, llega a Sagunto y se hace el favorito de la antigua cortesana. En tanto que se desarrolla esta pasión, Aníbal, disfrazado de pastor de Iberia, explora la ciudad y traza en ellas los planes de asedio que proyecta. Reconocido por Acteón, cuyo padre estuvo al servicio

de los cartagineses y en él murió, el futuro vencedor de Canas le proponer tomarle a su servicio y le revela sus ambicioso proyectos. La oferta es rechazada por amor a Sónnica. Y comienza el sitio.

Blasco sabe con simples toques evocar la visión de los asaltos furiosos en que las hordas númeradas, las salvajes tribus ibéricas y hasta las amazonas africanas se abalanzaban al asalto de aquellos muros ciclópeos. Cuadro inolvidable aquel en que se ve a Therón, el gigantesco sacerdote de Hércules, sucumbir en su duelo con Aníbal. Delicioso el idilio de Eroción, el joven alfarero, con la cabrerilla Ranto; pero los días de Sagunto están contados. A pesar de la embajada de Acteón a Roma –pretexto buscado por el novelista para trazar una evocación de la ciudad republicana–, la orgullosa Sagunto tiene que darse por vencida. Pero, antes que rendirse, prefiere perecer en las llamas, cuerpos y bienes, y este incendio final sirve de apoteosis a la fatal figura del gran caudillo cartaginés. Sónnica, hija de Atenas, donde las mujeres, verdaderas diosas, consolaban con su maravillosa desnudez las nostalgias de los hombres, desaparece en esta tragedia de la ciudad sitiada y Acteón, su amante, ni siquiera tiene el consuelo supremo de morir abrazado a sus despojos.

*Cañas y barro*, publicada en noviembre de 1902, relata la vida casi lacustre de un puñado de familias que habitaban en la Albufera, extensa sábana acuática ribereña del mar, muy próxima a la ciudad de Valencia y célebre en España por sus arrozales y sus cacerías de aves migratorias:

El tío Paloma, viejo pescador, ve a su hijo Toni desviarse de la tradición familiar y entregarse, a despecho de todos, al cultivo de tierras, ayudado por una pobre muchacha, tímida, arisca y fea a la que ha ido a buscar a la Inclusa, la Borda. Toni tiene un hijo Tonet, quien enamorado de una tal Neleta, a su regreso de la campaña de Cuba ha encontrado a esta mujer casado con un tabernero, antiguo contrabandista, apodado Cañamel, tipo socarrón y adiposo que sobrelleva las infidelidades de Neleta con singular filosofía. Muerto Cañamel, su viuda, encinta de Tonet, pero imposibilitada para casarse en virtud de una cláusula testamentaria del difunto, tiene que hacer desaparecer a todo trance el producto de sus amores ilegítimos; y será el propio padre quien irá en una barca a ahogar al inocente fruto, para matarse luego, víctima del remordimiento, en el mismo cañaveral donde unos cazadores han descubierto el cuerpo del niño, roído por las sanguijuelas del lago.

Muy difícil resulta transponer en un rápido análisis la fuerza emotiva de esta obra maestra que Blasco prefería entre todas sus novelas de aquella

época, y que, como todas las suyas, están impregnadas de ambiente, esmaltadas de magníficos trozos de paisaje, animadas por hermosos cuadros de costumbre y llenas de tipos vivos, originales, inolvidables, maravillosamente estudiados del natural.

Quedábamos en que Blasco, desencantado de sus peleas de agitador y agobiado por la natural estrechez de una ciudad de provincia donde, en virtud de la inmensa popularidad que había obtenido, ya no podía dar un paso sin verse rodeado de entusiastas adeptos o acechado por implacables enemigos, había decidido instalarse definitivamente en Madrid con ánimo de entregarse por entero al trabajo literario.

Allí, en un hotelito que había adquirido en la calle de Salas, próxima al paseo de la Castellana, y entonces casi en pleno campo madrileño, fue donde gestó *La catedral*, *El intruso*, *La bodega*, *La horda*, *La maja desnuda*, *Sangre y arena*, *La voluntad de vivir*, *Los muertos mandan* y *Luna Benamor*; es decir, el grupo de las “novelas españolas”.

Y hay que reconocer, aun dando por supuesto que la obra de Blasco presente sus rasgos más geniales y sus mejores calidades conjuntas en su labor de inspiración local valenciana, que cuando la figura del escritor empieza a ir cobrando una grandeza que acrecienta la valoración de esa obra valenciana es precisamente cuando pasa del plano local al nacional, y de éste al plano cosmopolita.

Otro gran valenciano ha observado certeramente que la transplantación de las individualidades del país, y su espléndido fruto, parecer ser a través de la historia de Valencia una constante en la evolución de sus hombres, grandes y chicos:

Nos ocurre como al arroz —ha dicho Ignacio Villalonga— que para rendir plenamente necesitamos el trasplante. De esta ley no se escapan los grandes hombres en las ciencias, en la política, en el arte, en la literatura, en la riqueza; citaré a Luis Vives, San Vicente Ferrer, Sorolla, Benlliure, Blasco Ibáñez, el Marqués de Campo y tantos otros. Esos grandes hombres no hubieran dado de sí tanto como dieron si no hubieran producido una gran parte de su obra fuera de Valencia; y a esa ley que marcan las figuras señeras de nuestra historia, no nos podemos abstraer los que aunque con categoría mucho más modesta, perseguimos los mismos anhelos de enaltecimiento de nuestra tierra.

En cuanto a Blasco, su renombre de novelista se había ido extendiendo por toda España.

Al publicarse *Entre naranjos*, en 1900, un grupo de intelectuales y artistas, entre los que figuraban Benito Pérez Galdós, Joaquín Sorolla, Mariano Benlliure, Ruperto Chapí y otras figuras de la intelectualidad y del arte español, habían ofrecido a Blasco Ibáñez un brillante homenaje.

Evitó las tertulias tradicionales de Madrid y vivió consagrado a producir, esclavo de sus novelas e interrumpiendo únicamente su labor cuando necesitaba ver la vida por sus propios ojos y sentir con su propia vida los distintos ambientes que se proponía describir. Una paz inesperada y balsámica caía sobre su existencia. Los únicos tumultos los llevaba ahora en el corazón y las pasiones que agitaban sus horas eran las de los personajes que iba creando en la paz exterior de su mesa de trabajo; las únicas muchedumbres que conducía, las de sus novelas; sus únicos insomnios, los su fiebre creadora.

Contemplemos un poco al Blasco de esta época.

Eduardo Zamacois, que le visitó y describió, hacia 1909, nos ha dejado un soberbio retrato del novelista de *El intruso*. Decía así Zamacois:

Encuentro a Vicente Blasco Ibáñez escribiendo ante una amplia mesa cubierta de papeles; las carnosas mejillas, un tanto congestionadas por la fiebre del esfuerzo mental; la enérgica cabeza nimbada por el humo de un cigarro habano. Al verme el maestro se levanta, y la expresión belicosa de sus manos cerradas y la prontitud elástica con que su recio cuerpo se retrepa y engalla sobre las piernas rígidas, dan una sensación rotunda de voluntad y de vigor físico.

Acaba de cumplir cuarenta y tres años. Es alto, ancho, macizo; su rostro, moreno y barbado, parece el de un árabe. Sobre la alta frente, llena de inquietudes y de ambición, los cabellos, que debieron de ser crespos y abundantes, resisten todavía a la calvicie; entre las cejas, la reflexión marcó hondamente su arruga imperiosa y vertical; grandes son los ojos y de mirar rectilíneo y franco; la nariz, aguileña, sombrea un bigote que cubre frondoso el misterio de una boca epicúrea y risueña, en cuyos labios sultanes tiembla la mueca de una sed insaciable.

Un momento, el autor maravilloso de *Cañas y barro*, permanece de pie delante de mí; me observa, y yo siento en mis pupilas la expresión de las suyas, registradoras y curiosas. Calza zapatillas de paño gris y viste una tosca pelliza abrochada sobre el cuello hercúleo, corto y rollizo, desbordante de savias vitales. El apretón de manos con que me recibe es amable y simpático, pero rudo, como el que cambian los atletas en los circos antes de justar. Su voz es fuerte –voz de marino–; su hablar copioso, brusco y generosamente aderezado de interjecciones. Parece un artista..., también parece un conquistador; uno de aquellos aventureros de leyenda que, necesitando servirse simultáneamente de la lanza y del broquel, sabían go-

bernar un caballo con sólo las rodillas y que, aun siendo muy pocos, “bastaron a aclarar el cobre americano”. Nacido en esta época, la blandura de nuestras costumbres desarmó sus manos, que tienden ataviadas a cerrarse para herir o para retener lo ganado; nacido a fines del siglo XV, hubiese vestido la cota y seguido la estrella roja de Pizarro o de Cortés.

Otro de los escritores que nos han dado un buen retrato del Blasco de aquella época es Alberto Insúa:

Era —dice Insúa en sus *Memorias*— el Blasco Ibáñez del retrato de Ramón Casas, con su cabellera rizada, su bigote y barba tupidos, absolutamente negros. Sus ojos brillaban como los de un fauno. Su cabeza era la de un conquistador. Vestíase al desgaire, con cierto aire bohemio, que acentuaban su corbata flotante y su sombrero blando y aludo, al estilo de los poetas y pintores de Montmatre. De toda su persona se desprendía un aire de fuerza, ese “no sé que” de los hombres nacidos para arrollar e imponerse. Hablaba alto, manoteando...

E Insúa sigue describiéndonos el cuarto de trabajo, con su gran mesa de pino pintado, rebosante de libros y papeles, unos dibujos de Sorolla en las paredes, la pianola primitiva donde Blasco Ponía rollos de Wagner, su ídolo musical... y habla de los íntimos amigos del maestro: Sorolla, Benlliure, Luis Morote, con los que constituía un grupo parecido al de Los tres Mosqueteros..., que también eran cuatro. La Joven tertulia habitual del hotelito de la calle Salas la componían, con Insúa, Pedro González Blanco, José Francés, Rafael Urbano, Mariano Alarcón, Carmen de Burgos...

Pero entretenidos en contemplar al novelista en su ambiente madrileño se nos va retrasando un viaje particularmente pintoresco entre los muchos realizados por el escritor de *La vuelta al mundo*: el que Blasco emprendió a fines de agosto de 1907 a través de los Balcanes hasta Turquía y cuyo fruto literario fue el libro *Oriente*.

Toda la obra del novelista está vivida como este libro seductor, prodigio de amenidad y de colorido y cuyos distintos capítulos fueron apareciendo, antes de componer dicho volumen, en *El Liberal* de Madrid, en *La Nación* de Buenos Aires, y en *El Imparcial*, de Méjico.

Digno hermano de *En el país del arte*, *Oriente* es un libro fascinador por la ingravidez de su narración, por las luminosas pintas de las diferentes ciudades y parajes que jalonan su itinerario, por la sobriedad y exactitud con que están descritos tipos y costumbres, por la visión enteramente realis-

ta y sincera con que se hallan dibujados ciertos temas exóticos, algunos de los cuales ya parecían incorporados definitivamente a la literatura viajera con el convencionalismo con que los había aderezado más de uno de esos litógrafos literarios que, a veces, han realizado los más estupendos periplos acurrucados junto a la mesa de su oficina.

A fines, pues, de agosto de 1907, Blasco leyó en un diario que en Burdeos se estaba celebrando una exposición interesante para sus aficiones de marino. Por asociación de ideas pensó en tomarse unas vacaciones con motivo de esta posible excursión. Ocho o diez días de asueto. Simple pretexto para cambiar de aires. Pensaba prolongar tan poco su estancia en la citada ciudad francesa, que no se había provisto sino de ese elemental equipaje de mano que solemos llevarnos para el servicio de una semana. Sin embargo, ya en Burdeos, Blasco Ibáñez recordó que su médico de cabecera le había recomendado tiempo atrás una cura de aguas de Vichy. Esto fue causa de que se decidiera ir allá, a pretexto de restablecerse del hígado. Apenas llegado, la “elegante” monotonía del balneario —con sus conciertos al aire libre, sus bailes y sus salas de juego— le aburrió al extremo de que para escapar a su influencia huyó a Ginebra. Los paisajes sonrientes y dulces de la ciudad de Juan Jacobo —“la ciudad del refugio”— despertaron su interés por este ambiente y, tentado luego por la Suiza alemana, pasó a Berna. Zurich, tranquila y burguesa, apenas le retuvo en su recinto. En Schaffhouse vio caer el Rin; después embarcó para Lindau y, una vez allí, ¿cómo no llegar-se hasta Munich, “la Atenas germánica”? Una de las mayores pasiones de Blasco Ibáñez era la música, y la capital bávara estaba celebrando en aquellos momentos el Festival Wagner. De Munich pasó a Salzburgo, la cuna de Mozart. Después visitó Viena y el hermoso Danubio azul. En Viena supo que trece horas se iba a Budapest por vía fluvial. Viaje delicioso... y siguió adelante, improvisándose, de día en día, un itinerario caprichoso y tentador hasta llegar a Constantinopla.

Los pormenores de su estancia en la pintoresca ciudad, entonces capital del Imperio otomano, se hallan en una serie de dieciocho capítulos en *Oriente*. Blasco no escribió en ese libro más que simples crónicas periodísticas, redactándolas al día y para periódicos cotidianos; pero, ¡cuán certeras y bien observadas!

Alternativamente desfilan ante los ojos del lector, con el movimiento de la vida, los panoramas más típicos de Constantinopla: el Selamlik y la plegaria del Sultán; los perros legendarios y supersticiosamente respetados; los derviches danzantes de Bakarié y su procesión; el serrallo y el Hasné, cé-

lebre tesoro de los sultanes; Santa Sofía; el patriarca griego, tipo donoso de gigante pintado al vivo (ah, Blaskos Blaskos Ibañides!...); los derviches aulladores; mujeres turcas y eunucos vistos con ojos de naturalista y muy lejos del romanticismo poético de Pierre Loti; los restos de Bizancio; y, como cuadro final, “la Santa Noche de la Fuerza”, es decir, la extraña Cuaresma del Ramadán, que es, mientras luce el sol, ayuno y angustias, y así que cierra la noche una orgía sin término.

Y... ¡adiós Constantinopla! Esta excursión turística por el Oriente estuvo a punto de tener un final trágico para Blasco Ibáñez. La realidad le dio materia para cerrar la serie de sus crónicas de modo novelesco. Emprendido el regreso había atravesado sin incidentes las llanuras desoladas de Tracia, franqueado la Rumelia, Bulgaria, Servia y se acercaba a Budapest. Era la hora del desayuno. En el vagón restaurante del expreso de Constantinopla ocupaba una mesa silenciosa con tres desconocidos, cuando, en el momento en que las primeras casas de los arrabales de Budapest comenzaban a huir tras las ventanillas del coche, se produjo un choque espantoso, seguido de crujidos lúgubres de hierros retorcidos. El tren acababa de sufrir un encontrón con un convoy que, a causa de una negligencia, el jefe de estación húngaro había lanzado por la vía a la hora normal de la llegada del Oriente-Exprés. Dos de los coches quedaron hechos astillas.

Me levanto, refiere Blasco Ibáñez. Un pie se me hunde en una cosa blanda y elástica envuelta en un paño azul con botones de oro. Es el vientre del camarero que nos servía momentos antes. Está de espaldas, con los brazos en cruz, los ojos agrandados por el espanto, y no se mueve del suelo a pesar de mi pisotón... No conozco el comedor. Todo roto, todo demolido, como si un proyectil de cañón hubiese pasado por él. Cuerpos en el suelo, mesas caídas, manteles rasgados, líquidos que chorrean, no sabiéndose ciertamente lo que es café, lo que es licor y lo que es sangre; platos hechos trizas, todos los cristales del vagón, los gruesos cristales, partidos en láminas agudas, esparcidos como transparentes hojas de espada... Sin saber cómo, me veo pisando tierra, corriendo a lo largo de la vía, junto a un talud altísimo... Recojo mis dos maletas y subo al talud, para salir cuanto antes de esta zanja maldita... Me siento al borde del declive sobre mi equipaje y quedo en una insensibilidad estúpida, aturdido, sin saber qué hacer, contemplando los restos de la catástrofe, viendo cómo el humo rojizo de las locomotoras empieza a incendiar el puente de madera... El puente es una gran llama que esparce intenso hedor de madera vieja. La muchedumbre se agita con vaivenes de audacia y de miedo. Estupendas noticias la conmueven, haciéndola huir talud arriba en espanto-

so desorden. ¡Que las locomotoras van a estallar!... ¡Que el tren contiene dinamita!... Me restriego el pecho contusionado por el choque de la mesa y el peso de mis vecinos. El costillaje me duele cada vez más, al desvanecerse el primer aturdimiento de la emoción. Escupo sin cesar, pensando medroso en el color púrpura... No; no hay nada roto. Empleando el idioma universal de la mirada y la seña, coloco una de las maletas en la cabeza de un muchacho, me defiendo galantemente de las mujeres que quieren encargarse de la otra y, escoltado por estas amigas, que hablan y hablan sin descorazonarse ante mi silencio, emprendo la marcha, al través de campos recién labrados y movedizos, hacia un camino por el que veo pasar un tranvía eléctrico. ¿Para qué permanecer aquí, donde a nadie conozco y nadie me entiende? Voy a Budapest a tomar otra vez el tren, que me inspira un pánico invencible. Y así entro en la verdadera Europa, a pie, a través de los campos, llevando mi hato al hombro. Lo mismo que un invasor oriental de hace siglos atraído por los esplendores de Occidente.

Ya hemos visto, por otra parte, con qué agilidad había ido desarrollando Blasco Ibáñez sus novelas del ciclo valenciano. En este punto de su obra literaria no faltaron críticos madrileños que se apresuraron a clasificarle como “pintor de la tierra levantina”, como un gran novelista “regional”, con la idea, acaso, de relegarle a ocupar un puesto nebuloso de escritor provinciano.

Pero en cuanto toma posesión de su gabinete de trabajo en Madrid, Blasco publica *La horda*, novela del hampa madrileña; *Sangre y arena*, la novela de los toreros; *Los muertos mandan*, la novela de las islas Baleares (*Los muertos mandan*, donde está Margalida, la más deliciosa de sus heroínas); *El intruso*, novela de Bilbao; *La catedral*, novela del viejo Toledo; *La bodega*, novela de miseria agraria andaluza...

Tal es la respuesta del supuesto “novelista regional”, del joven “pintor de la tierra valenciana”: una serie de novelas empapadas de substancia española.

Su arte de novelista acabó imponiéndose a la masa y a las “élites”. Empezaba a ser el escritor español más traducido de su tiempo.

Tenía una fe absoluta en su arte y las raíces de su vocación eran indestructibles. Si no hubiera podido escribir sus novelas se las habría contado de viva voz a un auditorio.

En carta dirigida al crítico español Julio Cejador (que insertó en el tomo IX de su *Historia de la literatura española*), Blasco formulaba la opinión que tenía formada de sí mismo, o, si se quiere, su programa literario. El do-

cumento data de 1918 y no vacilamos en recogerlo, puesto que su autor, hacia 1927, ya en los últimos meses de su vida, nos confirmó todos los puntos de aquellas impresiones autocríticas, escritas al correr de la pluma, pero tan vivas y admirables como vamos a ver:

Vamos a charlar un poco de novela, ya que usted me lo pide. Yo acepto la conocida definición de que *la novela es la realidad vista a través de un temperamento*. También creo, como Stendhal, que *una novela es un espejo paseado a lo largo de un camino*. Pero claro está que el temperamento modifica la realidad y que el espejo no reproduce exactamente las cosas con su dureza material, pues da a la imagen esa fluidez ligera y azulada que parece nadar en el fondo de los cristales venecianos. El novelista reproduce la realidad a su modo, conforme a su temperamento, escogiendo en esa realidad lo que es saliente y despreciando, por inútil, lo mediocre y lo monótono. Lo mismo hace el pintor, por realista que sea. Velázquez reproduce como nadie la vida. Sus personajes viven. Pero si estos personajes hubiesen sido fotografiados directamente, tal vez serían más exactos y *vivirían mucho menos*. Entre la realidad y la obra que reproduce esta realidad existe un prisma luminoso que desfigura las cosas, concentrando su esencia, su alma, y agrandándolos: el temperamento del autor. Para mí, lo importante en un novelista es su temperamento, su personalidad, su modo *especial y propio* de ver la vida. Esto es verdaderamente *el estilo* en un novelista, aunque escriba con desaliño. Y como los temperamentos son variadísimos (afortunadamente para el arte, que no gusta de monotonías y repeticiones), de aquí que yo no crea gran cosa en las clasificaciones, escuelas y encasillados de cierta crítica. Todo el que sea verdaderamente novelista es él y nada más que él. Tendrá un parentesco lejano con otros novelistas, pero no forma familia estrecha con ellos. Hablo de los novelistas cuando ya están hechos, cuando han llegado a la cúspide de su obra, desarrollando todas sus facultades en plena madurez. Es indudable que, al principio, en plena juventud, todos sufrimos la influencia de los maestros que se hallan en tales momentos gozando un éxito universal. En la vida nadie escapa de la influencia de sus mayores. Nuestro presente se compone de nuestro pasado y teje a su vez nuestro porvenir. En la vida biológica y psicológica sufrimos la presión de las generaciones que nos precedieron; somos los herederos de una herencia ancestral, de la que nos despojamos en parte, gracias a nuestra iniciativa, a nuestra potencia de libertad. ¿Cómo no sufrir en literatura la misma presión del pasado y del presente, cuando iniciamos los primeros balbuceos...?

Yo, en mis primeras novelas, sufrí de un modo considerable la influencia de Zola y de la escuela naturalista, entonces en pleno triunfo. *En mis primeras novelas nada más*. Luego se fue formando poco a poco mi

verdadera personalidad, que es como es, y pasados veinte años, yo mismo reconozco y comparo “lo que va de ayer a hoy”. No crea, querido Cejador, que me arrepiento ni reniego de este origen. Todos han sufrido una influencia imitativa en su juventud, aun los más grandes maestros, como Balzac, Victor Hugo, etcétera. Forzosamente debía empezar yo imitando a alguien, como todos, y me place que mi modelo fuese Zola, mejor que otro anodino. Zola, por querer ser jefe de escuela, fue un exagerado que buscó, muchas veces, a sabiendas, irritar al público, acariciándolo a contrapelo. Además todos los jefes de escuela se equivocan, y las equivocaciones quedan como testigos molestos y desacreditadores. Pero aparte de esto, ¡qué pintor prodigioso, no de cuadros, sino de frescos enormes! ¡Qué constructor, no de templos, sino de pirámides! ¿Quién como él supo mover y hacer vivir las muchedumbres en las páginas de un libro...? En nuestro país, que es el de la pereza intelectual, lo peor que le puede ocurrir a un artista es que lo encasillen y le pongan una marca, aunque sea gloriosa, al principio de su carrera. Cuando publiqué mis primeras novelas las encontraron semejantes a las de la obra zolesca y me clasificaron para siempre. Esto es cómodo: así ya no existe en adelante la obligación de pensar ni de averiguar. Yo, para muchos, escriba lo que escriba y aunque sufra mi existencia literaria las más radicales evoluciones, siempre seré “el Zola español”. Los que tal dicen y repiten por perezoso automatismo demuestran no conocer ni a Zola ni a mí, o, a lo menos, si conocen las obras de ambos, las han leído de corrido, sin comprenderlas. Yo admiro a Zola, envidio muchas de sus páginas, quisiera ser el propietario de los esplendorosos oasis que se abren en el desierto monótono e interminable de una gran parte de su obra; me enorgullecería ser el autor de las muchedumbres de *Germinal* y de la descripción del jardín del Paradou; pero, a pesar de esta admiración, reconozco que ahora, en plena madurez, cuando mi personalidad está formada, me quedan muy pocos puntos de contacto con mi antiguo ídolo. Apoyó Zola toda su obra principalmente en una teoría “científica”, la de la herencia fisiológica, y esta teoría, al derrumbarse en parte, se ha llevado detrás las afirmaciones más graves de su labor intelectual, toda la armazón interior de sus novelas. En la actualidad, por más que busco, encuentro muy escasas relaciones con el gran novelista que fue considerado como mi padre literario. Ni por el método de trabajo, ni por el estilo, tenemos la menor semejanza. Zola era un reflexivo en la literatura y yo soy un impulsivo. Él llegaba al resultado final lentamente, por perforación. Yo procedo por explosión, violenta y ruidosamente. Él escribía un libro en un año, pacientemente, con una labor lenta, igual a la del arado; yo llevo una novela en la cabeza mucho tiempo (algunas veces son dos o tres): pero cuando llega el momento de exteriorizarla, me acomete una fiebre de actividad, vivo una existencia que puede llamarse subconsciente, y escribo el

libro en el tiempo que emplearía en copiarlo un escribiente. Cuando empecé veía la vida a través de los libros de los otros, como la ven todos los jóvenes. Hoy la veo con mis propios ojos, y tengo ocasión de ver más que la generalidad, pues vivo una existencia plena y movizada, cambiando con frecuencia de ambiente...

Del mismo modo que las religiones contarán siempre con la gratitud de sus fieles, por ser generadoras de consuelo y esperanza, las novelas que son novelas, que hacen vibrar una cuerda de la vida y proporcionan, unas horas de ilusión, serán amadas por miles y miles de seres, aunque la crítica se empeñe en demostrar que no merecen aprecio. La crítica habla a la razón y la obra de arte habla al sentimiento, a todo lo que en nosotros forma el mundo de lo inconsciente, el mundo de la sensibilidad, el mundo más extenso y misterioso que llevamos en nosotros, pues nadie reconoce sus límites ni remotamente, mientras que la razón es limitada. Recordará usted, querido amigo, aquel tamborilero-trovador de Provenza que aparece en una novela de Daudet. Antes de tocar su flauta fastidia cada vez al público con una ridícula explicación de cómo se le ocurrió su música escuchando cantar al ruiseñor debajo de un olivo, y todos sienten tentaciones de gritar: *Basta de lata. ¿No es usted flautista...?* Pues calle y toque. Yo, ante los prólogos, explicaciones técnicas, manifiestos, etcétera, que muchas veces han aparecido al frente de los libros de otros, o sueltos en forma de artículos, siento la misma tentación de gritar: Novelista... ¡a tus novelas! Sólo Orbaneja necesitaba escribir al pie de su cuadro: “Esto es un gallo”. El pintor seguro de su mano y de su imaginación no colocaba explicaciones al margen de su obra. El público verá claramente lo que quiso expresar en el lienzo y cómo quiso expresarlo. Y si el público da una docena de versiones diferentes, ¿quién sabe si la definitiva, la que acaba de triunfar, no es superior a la que pensó el artista...? Acordémonos de nuestro gran don Miguel, que en el *Quijote* tal vez quiso decir tantas, tan variadas y tan hermosas... Asusta, además, la suerte final de toda la doctrina expuesta por los novelistas para explicar sus obras y sus pretendidas innovaciones.

Yo escribo novelas, porque esto es en mí una necesidad. Tal vez he nacido para ello, y cuanto haga para librarme de esta servidumbre será inútil. Hay algunos que escriben novelas porque otros las escribieron antes. De no haberles precedido una serie de modelos, nunca se les habría ocurrido este trabajo. De nacer yo en un país salvaje, sin libros, sin escritura, tengo la certeza de que caminaría jornadas enteras para ir a contarle a otro hombre las historias que se me ocurriese imaginar en mi soledad y que él a su vez me contase las suyas. Cada vez que termino una novela lanzo un bufido de descanso y desahogo, como si saliese de una operación dolorosa. “¡Al fin...! ¡Ésta es la última!” Y lo digo de buena fe. Yo soy un hombre de acción, que he hecho en mi vida algo más

que libros y no gusto de permanecer inmóvil durante tres meses en un sillón con el pecho contra una mesa, escribiendo diez horas por día. Yo he sido agitador político, he pasado una parte de mi juventud en la cárcel (unas treinta veces), he sido presidiario, me han herido mortalmente en duelos feroces, conozco todas las privaciones físicas que un hombre puede sufrir, incluso la de una absoluta pobreza, y al mismo tiempo he sido diputado, hasta que me cansé de serlo (siete veces): he sido amigo íntimo de jefes de Estado, conocí personalmente al viejo sultán de Turquía, he habitado palacios y manejado millones: En América he fundado pueblos... Quiero manifestar con esto que las más de las veces, por mi gusto, haría novelas en la realidad mejor que escribirlas sobre el papel. Pero toda novela se impone en mí con una fuerza fisiológica y puede más que mi tendencia al movimiento y mi horror al trabajo sedentario. Crece en mi imaginación, de feto se convierte en criatura, se agita, se pone de pie, golpea mi frente por la parte interior, y tengo que echarla fuera como una parturienta, so pena de morir envenenado por la putrefacción de mi producto, falta de luz. Es inútil cuanto he dicho de no trabajar más. Estoy convencido de que, mientras viva, haré novelas. Se forman en mí por el procedimiento de la bola de nieve. Una sensación, una idea, no buscadas, surgidas de los limbos de lo subconsciente, sirven de núcleo, y en torno de ellos se amontonan nuevas observaciones y sensaciones almacenadas en ese mismo subconsciente, sin que uno se haya dado cuenta de ello. El que verdaderamente es novelista posee una imaginación semejante a una máquina fotográfica, con el objetivo eternamente abierto. Con la misma inconsciencia de la máquina, sin enterarse de ello, recoge en la vida ordinaria fisonomías, gestos, ideas, sensaciones, guardándolas sin saber que las posee. Luego, lentamente, todas estas riquezas de observación se mueven en el misterio inconsciente, se amalgaman, se cristalizan, esperando el momento de exteriorizarse; y el novelista, al escribir bajo el imperativo de una fuerza invisible, cree estar diciendo cosas nuevas y acabadas de nacer, cuando no hace más que transcribir ideas que desde años antes viven dentro de él y que le fueron sugeridas por un personaje olvidado, por un paisaje remoto, por un libro del que no se acuerda.

Yo me enorgullezco de ser un escritor lo menos literato posible: quiero decir lo menos profesional. Aborrezco a los que hablan a todas horas de su profesión y se juntan siempre con colegas, y no pueden vivir sin ellos, tal vez porque sustentan su vida mordiéndoles. Yo soy un hombre que *vive* y, además, cuando le queda tiempo para ello, escribe por una necesidad imperiosa de su cerebro. Siendo así, creo proseguir la tradición española, noble y varonil. Los mejores genios literarios de nuestra raza fueron hombres, hombres verdaderos, en el más amplio sentido de la palabra: fueron

soldados, grandes viajeros, corrieron aventuras fuera de España, sufrieron cautividades y miserias... y, además, escribieron. Cuando tuvieron que reñir a brazo partido con la vida, abandonaron la pluma, considerando incompatible la producción literaria con las exigencias de la acción. Acuérdesse que nuestro Cervantes estuvo una vez ocho años sin escribir. Así se conoce la vida, creo yo, mejor que pasando la existencia en los cafés, viéndolo a través de los libros ajenos o de las conversaciones, reuniéndose siempre los mismos interlocutores, momificando el pensamiento con idénticas afirmaciones, nutriéndose de los propios jugos, sin ver otros horizontes, sin moverse de la orilla junto a la cual se desliza la corriente de la humanidad activa.

En escritores como yo –viajeros, hombres de acción y movimiento–, la obra es producto del ambiente. Vuelvo a recordar el espejo de Stendhal, imagen justa de un gran artista conocedor de la vida, que también fue viajero y hombre de acción. Reflejamos lo que vemos. El mérito es saber reflejar. Lo importante es ver las cosas de cerca y directamente, vivirlas aunque sólo sea un poco, para poder adivinar cómo las viven los demás. Yo, querido Cejador, no creo que las novelas se hacen con la razón, con la inteligencia. La razón y la inteligencia intervienen en la obra artística como directores y ordenadores. Tal vez ni siquiera dirigen ni ordenan, manteniéndose al margen del trabajo como simples consejeros. El constructor verdadero y único es el instinto, el subconsciente, las fuerzas misteriosas e invisibles que el vulgo rotura con el título de “inspiración”. Un artista verdadero hace las mejores cosas porque sí, porque no puede hacerlas de otra manera. Las cosas más alabadas en una novela son casi siempre aquellas que el autor ignora y sólo viene a conocerlas cuando la crítica se fija en ellas. Yo, cuando termino un libro, quedo como si acabase de salir de un ensueño. No se si he hecho algo que vale la pena o se he hecho una tontería. No puedo contestar a las preguntas. No sé nada... Espero. El artista creador de belleza es el más inconsciente de los productores. Esto no es nuevo: es una verdad vieja como el mundo. Platón, hablando de los poetas, afirmó que dicen las cosas más hermosas sin saber por qué las dicen, y muchas veces sin saber que las dicen. El vulgo ha pretendido esto mismo en su refrán “el poeta nace y no se hace”. La razón, la inteligencia y la lectura pueden formar grandes escritores, inimitables escritores, dignos de admiración. Pero no serán nunca con tales elementos novelistas, dramaturgos o poetas. Para esto es preciso que intervenga lo subconsciente como factor principal: la adivinación misteriosa, el presentimiento, los elementos intelectuales. Claro está que no hay que abusar de esta doctrina y, con excusa de la soberanía que ejerce lo subconsciente en una obra de arte, prescindir de la razón y del estudio. Todo debe aprovecharse y armo-

nizarse. Tampoco puede admitirse que, con pretexto de dejarse arrastrar por las fuerzas inconscientes, se digan majaderías y disparates.

Para terminar, querido amigo, ahí va una afirmación perogrullesca, y, que, sin embargo, es diga de largas reflexiones: *Para escribir novelas hay que haber nacido novelista*. Y nacer novelista es llevar dentro el *instinto* que hace adivinar el alma de las cosas, asir el detalle saliente que evoca la imagen justa, poseer la fuerza de sugestión necesaria para que el lector tome como realidad lo que es obra pura de la fantasía. El que carezca de este poder, por grandes que sean su talento y su ilustración, producirá un libro interesante, correcto y hasta hermoso cuando pretenda escribir una novela: pero no escribirá nunca una novela.

Tal es la carta de Blasco a Cejador; pero volvamos a las novelas de la “serie española”.

Esta segunda serie de novelas puede dividirse, a su vez, en dos grupos, de acuerdo con el espíritu que las inspiró y puesto que representan dos estados temperamentales, dos tendencias artísticas del autor a lo largo del período en que las compuso: un primer grupo que algunos llamaron “las novelas de rebeldía”, asimilándolas por sus tendencias sociales a la serie de *Los cuatro evangelios*, de Emilio Zola<sup>7</sup>, y un segundo grupo de obras psicológicas que presenta cierta acuidad en el estudio de las pasiones.

Al primero de esos grupos pertenecerían, si la clasificación fuera acertada, *La catedral*, *El intruso*, *La bodega* y *La horda*. Al segundo grupo, *La maja desnuda*, *Sangre y arena*, *La voluntad de vivir*, *Los muertos mandan* y *Luna Benamor*.

Pasaremos rápidamente sobre todas ellas evitando en lo posible enfadosos análisis y reteniendo tan sólo, al respecto de cada cual, lo que contribuya a mejor situarla en la vida literaria (o más simplemente en la vida) del dinámico novelista.

*La catedral* (1903) se desarrolla en un Toledo venerable y triste, que parece dormir a la sombra de sus bellos santuarios un sueño medieval de quietismo y de renunciamento.

*El intruso*, publicado en 1904, tiene por escenario a Bilbao, la ciudad del hierro y de las minas.

---

<sup>7</sup> *Fecundidad*, *Trabajo*, *Verdad*. Como es bien sabido, la cuarta novela de la serie proyectada por Zola, *Justicia*, no llegó a ver la luz. (N. del A.)

*La bodega* (1905), otra de las “novelas de rebeldía”, pinta la vida andaluza; pero no la de “folklore”, sino aquella que, en tiempos de Blasco, presentaba la sombría realidad de una miseria agraria que pocos querían advertir: la Andalucía de los señoritos y de los parias.

*La horda* (1906) es, por su parte, un vasto panorama de la mala vida madrileña, de sus cazadores furtivos y de sus traperos.

El argumento de *La maja desnuda* (1906), primera del grupo de “novelas psicológicas”, es sencillo en su aparente complejidad. Tiene por objeto la manía de un pintor célebre, que, después de sufrir la tiranía de una mujer histérica, enemiga de su arte, celosa de sus modelos, envenenando su vida, acaba, viudo ya, por sentir hacia la muerta el violento amor que ella le inspiraba al principio de su unión. ¿Dónde encontrar el modelo de “bella desnuda”, aquel cuerpo adorable que en un fugitivo instante de docilidad y de abandono, Josefina permitió a Renovales fijar en el lienzo para destruirlo, no bien acabado, en un acceso de furioso pudor? Obsesionado por el persistente recuerdo de la difunta, prosigue el ensueño estéril de reconstruirla en su desnudez física por medio de una modelo en un todo parecida a su mujer. Cuando ha encontrado esta reproducción viva —una artista de *music-hall*—, con una decisión cuyo aparente ilogismo se justifica por razones sentimentales, se le ocurre hacerla vestirse con un traje de su mujer y se pone a retratarla así vestida. Pero la ilusión se resiste a estos simulacros, y mientras la modelo huye asustada, el artista se queda solo, llorando su decadencia irremediable, su vida rota para siempre. Lo mismo que Josefina ha muerto de celos —y sería difícil hallar en ninguna novela una descripción mejor de los estragos progresivos de este sentimiento en un alma femenina—, el pintor Renovales, hechizado por su amor póstumo, morirá en una relajación vecina de la demencia.

*Sangre y arena* es una novela de vida taurina. Para documentarse, Blasco Ibáñez acompañó con frecuencia a Antonio Fuentes, matador célebre de la época, y estudió ciertos tipos de bandolero, a los que daban actualidad por aquel tiempo individuos montaraces de la serranía andaluza, tan reales como “el Pernalés” y el Vivillo”. Con su certero golpe de vista obtuvo Blasco materiales para componer una obra de aspecto genuinamente español. Los enemigos de Blasco —políticos o no políticos—, que siempre buscaban motivos para atacarle, las más veces de refilón y encarnizándose en su flanco literario, no dejaron de afirmar que esta novela es una “españolada”

escrita con miras a la exportación. La especie ha seguido rebotando hasta ciertos manuales literarios de cincuenta años después. Como si ese género de amores violentos y pintorescos que en la novela se describen, como si los toreros, las damas aristocráticas que, a la sazón, andaban entre ellos, e incluso los bandidos como “el Plumitas”, no fuesen elementos tomados del natural y cuyas “novelescas” fechorías aún pueden leerse en el noticiario corriente de los diarios de la época.

El caso de las ásperas críticas que tuvieron que soportar, al nacer, algunas de las mejores novelas de Blasco, por parte de ciertos profesionales de la pluma, nos recuerda unas palabras de Paul Valéry:

De igual modo que la gravedad presiona y juzga a su manera la obra del arquitecto, sometiéndola a una crítica constante y despiadada, lo mismo ocurre con el resto. Toda producción, apenas dada a luz, vive en el peligro, ha de sufrir las pruebas de resistencia y sostenerse contra la objeción lo mismo que contra la indiferencia y el olvido<sup>8</sup>.

*La barraca, Entre naranjos, Sangre y arena, Los muertos mandan, La bodega, El Papa del mar...*, por citar novelas de diferentes épocas, ¿se han sostenido frente a la objeción? ¿Contra la indiferencia? ¿Contra el olvido?

Y a propósito de la “falsedad” de *Sangre y arena* como documento de la vida española (de su tiempo), nada mejor que trasladar aquí el juicio que le mereció al propio Ricardo Torres (Bombita), uno de los más famosos lidiadores de la época:

De los libros de Blasco Ibáñez que he leído –decía Bombita– me parece el mejor, quizá porque trata de mi profesión y conozco mejor las costumbres y el ambiente de los personajes<sup>9</sup>.

*La voluntad de vivir*, escrita en 1907 y publicada por primera vez como obra póstuma en 1953, esto es, veinticinco años después de la muerte de su autor, tiene una historia muy curiosa.

A continuación de *Sangre y arena*, y antes de *Los muertos mandan*, Blasco compuso en un par de meses (la obra está fechada en Madrid, febrero-marzo de 1907) una novela que pasó sin dilación a ser impresa, se-

---

<sup>8</sup> Conferencia sobre “Anfión” en la *Université des Annales* (París, 14 de enero de 1932).

<sup>9</sup> RÓDENAS, Miguel, *Intimidaciones taurinas; el arte de torear de Ricardo Torres Bombita*, Madrid.

gún costumbre, en su casa editorial de Valencia<sup>10</sup>. Se tiraron de ella 12.000 ejemplares, cifra de las primeras ediciones de sus novelas en aquella época. El libro salía de las prensas y ya se había anunciado al público, cuando el célebre periodista Luis Morote, íntimo de Blasco y que ejercía sobre éste una gran influencia, habiendo recibido el primer ejemplar, se apresuró a aconsejar a Blasco que suprimiera rigurosamente la circulación del libro. Morote siempre solía consagrar en las columnas del *Heraldo de Madrid* un extenso artículo a cada nueva obra de su amigo novelista, y esta vez, habiéndola leído de un tirón, creyó reconocer en *La voluntad de vivir*, y pintadas muy al vivo, a varias personalidades de Madrid, entre ellas nada menos que a don Santiago Ramón y Cajal, convertido por Blasco en uno de los principales protagonistas, y a un grupo de personajes sudamericanos, también muy conocidos, que acababan de pasar una temporada en la Villa y Corte, relacionándose con lo más distinguido de la capital.

Evidentemente, la publicación de la obra iba a desatar un gran escándalo.

En la fiebre de su producción Blasco había escrito una novela “de clave”, aunque muy clara de descifrar. Luis Morote, espantado por la vehemencia y el calor de aquellas descripciones, en las que veía los transparentes perfiles de muchos personajes reales y de gran notoriedad (el sabio histólogo, el expresidente sudamericano, la fascinadora doña Luchita, etcétera), imaginó, no sin razón, que el público iba a adivinar fácilmente la historia de una pasión secreta allí donde el novelista estaba convencido de no haber trazado una línea que no fuese “imaginada”

*La voluntad de vivir* iba a aparecer en los escaparates al día siguiente y Blasco telegrafió desde Madrid suspendiendo la aparición del libro. Como la novela había sido anunciada fueron muchos los lectores de Blasco Ibáñez que realizaron grandes trabajos de zapa para conseguir algún ejemplar. Pero el autor tuvo un segundo gesto que completó el primero: ordenó a Sempere que destruyera por obra del fuego los doce mil volúmenes, orden que fue ejecutada de inmediato, no sin que algunos de aquellos curiosos ejemplares escapasen a la hoguera como por arte de encantamiento.

Algunos años después, hacia 1918, todavía pudo leer el que esto escribe *La voluntad de vivir* en uno de aquellos ejemplares celosamente custodiados por don Francisco Sempere en los archivos de Prometeo.

---

<sup>10</sup> A propósito de las actividades de Blasco Ibáñez como editor, véase el apéndice II.

Es una novela de amor. En todas las obras de Blasco suele camppear una gran pasión amorosa que caldea la temperatura, tan humana, de todas sus producciones. Pero en otras de sus novelas esa pasión viene a tener un carácter episódico y no constituye la “idea” central de la narración. Sólo en *Entre naranjos* y en *La reina Calafia* parece constituir el amor la idea principal de la novela, para enunciar la conclusión de que “el amor no pasa más que una vez en la vida”.

En *La voluntad de vivir* la conclusión es ésta: el amor es capaz de sobreponerse a cualquiera otra pasión, incluso a la de vivir, y hacer desear la muerte cual liberación feliz de una existencia que el amor haya hecho insoportable.

*Los muertos mandan* es otra de las grandes novelas de Blasco.

Jaime Febrer, último descendiente de una antiquísima familia de nobles mallorquines, a la cual han pertenecido aventureros navegantes, belicosos caballeros de Malta, comerciantes, inquisidores y cardenales, vuelve, después de una juventud de fasto y alegría, a habitar el palacio de sus abuelos, donde le cuida una vieja criada, “mado” Antonia. Para redorar su blasón, se decide a casarse con una joven millonaria, que acepta cual una dicha soberana tan bella unión. Pero Catalina Valls, hija única, es, además, una chueta, una descendiente de judíos convertidos en el siglo XV, y, como tal, pertenece a una casta a la que todavía se trata hoy en las islas Baleares con innegable desdén. Por consiguiente, todos se oponen a la unión de Febrer, y éste, para rehuir la conspiración de las diferentes castas, que se confabulan escandalizadas contra tal “destino”, se refugia en una roca de la isla de Ibiza, dentro de una torre de corsarios que se erige, hosca, sobre los acantilados de aquellas costas salvajes. Así, en esta fortaleza en ruinas, que es el último vestigio de su riqueza, espera escapar a la tiránica dominación de “los muertos”, omnipotente en Mallorca. Se reacostumbra a la vida rústica, natural y primitiva, y se funde insensiblemente en el ambiente rudo del país, pescando y cazando a la manera de un primitivo. Pero en su agreste soledad el amor vela, y le hará enamorarse de Margalida, hija de Pep, propietario de *Can Mallorquí* y descendiente de modestos labradores, en otro tiempo feudatarios de los Febrer, cuyo representante, aunque sin dinero, continúa siendo a sus ojos “el amo”, una especie de hombre superior aislado de los demás por los dones eminentes de la inteligencia y de la raza. ¡Un Febrer casarse con la *al·lota*, la rústica aldeana que lleva a diario la comida a *sa mercé*! ¡Qué abominación!

En Ibiza, como en Mallorca, el pasado se opone al porvenir y traba su marcha. Y todo conspira en lo sucesivo para que Jaime y Margalida –uno de los más deliciosos personajes femeninos de Blasco– no se amen. En el *festeig* –ceremonia en que, el día y la hora fijados, son admitidos delante de la *al·lota* todos los pretendientes para que ésta escoja– Jaime entra en la lucha con sus competidores, es herido de muerte y luego cuidado piadosamente por la divina dama de sus pensamientos.

Esta vez el amor triunfa. Febrer desposa a Margalida, y el Robinsón de la torre del Pirata, de cuya fortuna ha podido salvar Pablo Valls algunas migajas, se unirá a este amigo fiel para inaugurar una vida emprendedora de comerciante, cuya alma, fundida en la de su dulce mujer, se burlará en adelante de los muertos, que sólo mandan porque no encuentran hombres fuertes que sepan, como Jaime Febrer, librarse de su perniciosa tiranía. “No; los muertos no mandan; quien manda es la vida, y sobre la vida, el amor.”

He aquí cómo refiere el propio Blasco Ibáñez la gestación de esta magnífica novela:

En mis tiempos de agitador político, allá por el año 1902, los republicanos de Mallorca me invitaron a un mitin de propaganda de nuestras doctrinas, que se celebró en la plaza de toros de Palma.

Después de esta reunión popular, los otros diputados republicanos que habían hablado en ella se volvieron a la Península. Yo, una vez pronunciado mi discurso, di por terminada mi actuación política para correr como simple viajero la hermosa isla que vio en la Edad Media los pasos meditativos del gran Raimundo Lulio –filósofo, hombre de acción, novelista– y en el primer tercio del siglo XIX sirvió de escenario a los amores románticos y algo maduros de George Sand y de Chopin.

Más que las cavernas célebres, los olivos seculares y las costas eternamente azules de Mallorca, atrajeron mi atención las honradas gentes que la pueblan y sus divisiones en castas, que aún perduran a causa sin duda del aislamiento isleño, refractario a las tendencias igualitarias de los españoles de tierra firme. Vi en la existencia de los judíos convertidos de Mallorca, de los llamados *chuetas*, una novela futura.

Luego, al volver a la Península, me detuve en Ibiza, sintiéndome igualmente interesado por las costumbres tradicionales de este pueblo de marinos y agricultores, en lucha incesante durante mil quinientos años, con todos los piratas del Mediterráneo. Y pensé unir la vida de las dos islas, tan distintas y al mismo tiempo tan profundamente originales, en una sola novela.

Transcurrieron seis años sin que pudiese realizar mi deseo. Necesitaba volver a Mallorca e Ibiza para estudiar con más detenimiento los tipos y

paisajes de mi obra, y nunca encontraba ocasión propicia para tal viaje. Al fin, en 1908, cuando preparaba mi primera excursión a América, pude escapar unas semanas de Madrid, llevando una vida errante por ambas islas. Visité la mayor parte de Mallorca, durmiendo muchas noches en pequeños pueblos donde me dieron alojamiento las familias payesas con una hospitalidad generosa, de bíblico desinterés. Corrí las montañas de Ibiza y navegué ante sus costas rojas y verdes en barcos valientes para el mar, que unos meses del año van de pesca y otros son dedicados al contrabando.

Cuando regresé a Madrid, con el rostro ennegrecido por el sol y las manos endurecidas por el remo, me puse a escribir *Los muertos mandan*; y eran tan frescas y al mismo tiempo tan recias mis observaciones, que produje la novela “de un solo tirón”, sin el más leve desfallecimiento de mi memoria de novelista, en el transcurso de dos o tres meses.

*Los muertos mandan* fue la última novela grande de este período, puesto que *Luna Benamor*, publicada a continuación, es una obrita corta que forma volumen con diferentes cuentos y apuntes escritos en épocas anteriores. Período que interrumpe y clausura en cierto modo el primer viaje de Blasco Ibáñez como conferenciante por América, pues como el propio Blasco refirió años después en el prólogo con que hizo preceder, a partir de 1923, las sucesivas ediciones de *Los muertos mandan*, el conferencista se convirtió, sin saber cómo, en colonizador del desierto, en jinete de la llanura patagónica:

Olvidé la pluma como algo frívolo e inútil para la recia batalla con las asperezas de una tierra inculta desde el principio del planeta y con las malicias e ignorancias de los hombres. Pasé seis años sin escribir novelas. Quise crearlas en la realidad, y entonces fui novelista de hechos y no de palabras. Pero las vidas vuelven siempre a sus cauces antiguos, y después de estos seis años de catalepsia literaria, en 1914, pocos meses antes de la Gran Guerra, reanudé en París mi trabajo de novelista de “pluma y papel” escribiendo *Los argonautas*.

*Luna Benamor* es una historia de ambiente judío y cosmopolita:

Un joven cónsul de España en Australia, don Luis Aguirre, se enamora, de paso por Gibraltar, de una huérfana israelita, nacida en Rabat de un Benamor, exportador de tapices, y de la hija del viejo Aboad, de la casa de banca y cambio Aboad and Son, de Gibraltar, hebreos oriundos de España. Es una acción conmovedora que se desarrolla sobre el fondo abigarrado del antiguo peñón ocupado por los ingleses.

Aguirre, cuya pasión por Luna es compartida por la joven israelita, será también víctima de esos muertos cuya sombría tiranía obscurece el idilio

de Jaimer Febrer con la *chueta*. La joven Benamor, de quien había soñado hacer el cónsul su compañera de aventuras a través del mundo, escapará al español, por ser de otra raza que la suya, por estar ligada por tradiciones, prejuicios, ritos en oposición con los de la Península Ibérica. Así, pues, el cónsul saldrá solo para Australia y Luna compartirá su vida con el judío Isaac Núñez, personaje grotesco que se la llevará a Tánger. Porque era imposible seguir amándose. Todo lo pasado debía recordarlo como un hermoso sueño, tal vez el mejor de su vida..., pero había llegado el momento de despertar. Ella se casaba cumpliendo sus compromisos de familia y de raza. Lo anterior era una locura, una niñada de su carácter exaltado y romántico. Bien lo habían hecho ver los hombres sabios de su raza los grandes peligros de esta ligereza. Debía seguir su destino, ser como había sido su madre, como eran todas las mujeres de su sangre.

Conferenciante y  
colonizador en  
Sudamérica



## CONFERENCIANTE Y COLONIZADOR EN SUDAMÉRICA (1904-1914)

Una nueva etapa de su existencia.

Estamos en 1909. Blasco acaba de cumplir 42 años y ya se encuentra en posesión de un importante bagaje literario. Sus facultades peculiares, las que fueron elaborando y caracterizando su personalidad, conocen la plenitud.

Esa personalidad de Blasco, impetuosa, violenta, fecunda, ha sido discutida, aclamada, vituperada, admitida, combatida...; pero lo cierto es que hay un considerable tipo, cada vez más universal, que se llama Vicente Blasco Ibáñez, y lo que más importa, un hecho literario: Blasco.

La ocasión de aquel nuevo viaje, cuyo contrato inicial prometía sin duda más amplios horizontes, no podía presentársele más a tiempo. Empezaba a fatigarle el forzoso sedentarismo de su vida madrileña, sin otras emociones fuertes que algún desafío más o menos político, y tenía en los nervios una sensación de asfixia. Necesitaba aires y ambientes nuevos, aunque no por el deliberado propósito de acopiar materiales para sus futuras novelas, sino para inhalar la vida a pleno pulmón.

Cuando acabo de escribir –decía Blasco– me sumo inmediatamente a la vida y me codeo con el público de la calle, con las muchedumbres buenas o malas. Es como si reviviera yo a la vez, e insensiblemente me asimilo de nuevo las mil variedades diversas de lo real. Eso es lo que devuelve al novelista la tonicidad perdida en el transcurso de sus largas horas de escritura en el gabinete; eso es lo que torna a crear la actividad productora...

Pero hablemos del viaje que se disponía a emprender por Sudamérica.

El entonces empresario del Teatro Odeón, de Buenos Aires, Faustino da Costa, que ya había contratado anteriormente para dar conferencias a Jaurès, Clemenceau, Guillermo Ferrero y otras personalidad europeas, puso aquella vez sus miras en Anatole France y Vicente Blasco Ibáñez,

El objeto de dichas conferencias era, sobre todo, poner las ideas y las literaturas más salientes de Europa en contacto con los países hispanoamericanos. Blasco aceptó alborozado la proposición y poco después emprendía su primer viaje trasatlántico.

Para apreciar la importancia que el nombre de Blasco tenía entre el público bonaerense hay que hacer notar que, durante muchos años, el ambiente literario había vivido allí bajo la poderosa influencia de la escuela naturalista, y que al novelista valenciano le atribuían la más alta representación española de dicha escuela, cuyo pontífice había sido Emilio Zola. *Cañas y barro*, *La catedral*, *La bodega*, *El intruso*, eran las obras más difundidas entre el público argentino, y éste sentía por Blasco Ibáñez una admiración muy viva. Por otra parte, Buenos Aires tiene tantos españoles como habitantes cualquier ciudad española, a excepción de Madrid y Barcelona. Sus innumerables sociedades regionales y sus enormes corporaciones mutualistas, sus centros de cultura y su nutrida población laboriosa, daban a la colonia española los elementos indispensables para tributar a su célebre compatriota un imponente recibimiento popular. Añádase que el público nativo sentía en aquella coyuntura la misma simpatía, y nadie extrañará que el día de su llegada, un día “radioso”, como dicen los argentinos, una inmensa multitud se aglomerase desde muy temprano en las calles para ver pasar al célebre novelista español:

El día presentaba el aspecto de un día de fiesta –ha referido un testigo de la llegada, el periodista argentino Enrique Villarreal–; multitud de pequeñas embarcaciones empavesadas con oriflamas y gallardetes salieron hasta la rada exterior a esperar y acompañar al trasatlántico, donde llegaba el ilustre huésped. Serían las diez de la mañana cuando el vapor atracó en uno de los diques, y tan pronto como las amarras se echaron a tierra, un alarido de júbilo hendió los aires. El recibimiento público de Blasco Ibáñez fue uno de los más grandes que se tributaron en Buenos Aires a extranjeros ilustres. La multitud acompañó al escritor en todo su trayecto, y allí se oían las aclamaciones regionales más variadas del pueblo español. Desde el puerto hasta la Plaza de Mayo, frente al Palacio del Gobierno, el coche en que iba el novelista no podía casi avanzar, tanto era el público que se apiñaba a su alrededor sobre la calzada del Paseo de Julio. Al llegar su coche a la Plaza de Mayo, el gentío abrió paso y Blasco se sintió



Mariano Benlliure

como abrazado por Buenos Aires. Había penetrado en el turbión de vida y de trabajo de la gran ciudad y su primera visión fue la de la Avenida de Mayo, arteria que a esa hora mostraba toda la fuerza laboriosa del pueblo. Y esa visión se grabó en sus ojos tan profunda y nítidamente que años después la reproducía para cerrar el último capítulo de *Los argonautas*.

A esta descripción entusiasta del periodista bonaerense podemos añadir otra que, aunque de tono sarcástico, no es menos significativa del buen pie con que desembarcaba el novelista valenciano en tierras de América.

Se trata de las notas de viaje de Jean-Jacques Brousson, el secretario de Anatole France, que acompañaba a éste en su excursión literaria y cuyas sesiones de conferenciante en el Odeón iban a alternar con las de Blasco<sup>11</sup>:

Competencia: ha llegado a Buenos Aires otro conferenciante, Blasco Ibáñez. De llegada ya nos da jaque-mate. Una multitud inmensa y delirante ha ido a esperarle llevándole en triunfo hasta su hotel. Desde el balcón, el célebre novelista ha improvisado una furiosa arenga que ha precipitado, bajo él, como oleadas, la turba convulsionaria. Con sus potentes manos modelaba el hierro de la barandilla. Le echaba a la multitud el corazón, el pañuelo, los puños de la camisa. Había en él algo del matador que brinda en el ruedo, del tenor que “bisa” un aria, del capuchino que se agita en el púlpito, del rey de los “camelots”, del poeta que improvisa, del sacamuelas... El pueblo ha permanecido largo tiempo bajo el balcón vacío. Hasta hubo sus conatos de motín. Y para apaciguarlos, el escritor español ha tenido que recomenzar cinco o seis veces su calurosa arenga. El programa de Blasco Ibáñez nos hace mucho daño. Hay que confesar que su minuta es más copiosa y variada que la nuestra. Nosotros no tenemos más que un solo plato: “Rabelais”, bastante duro de roer. Blasco Ibáñez hablará sucesivamente de Napoleón, de Wagner, de los pintores del Renacimiento, de la Revolución francesa, de Cervantes, de cocina, de filosofía, del teatro contemporáneo, de la Cuestión Social, de la Ciencia, de la Argentina...

– Es el hombre-orquesta –ha murmurado Anatole France...– No me pueden exigir, a mi edad, que yo haga otro tanto.”

La flecha de “Monsieur Bergeret”, sacada por Brousson de su carcaj, llevaba veneno; pero no había lugar a que diera en el blanco. El fracaso de las conferencias sobre Rabelais fue, sin duda, injusto, pero real; como reales fueron los clamorosos éxitos de Blasco en el despliegue de sus extraordinarias facultades de orador.

---

<sup>11</sup> *Itinéraire de Paris a Buenos-Ayres*, París, 1928.

Su estancia como conferenciante en Sudamérica había de prolongarse durante nueve meses, y en todo este tiempo circuló a través de la Argentina, el Paraguay y Chile, pronunciando un centenar de discursos. Innece-sario será decir que una campaña oratoria de tan considerable magnitud, realizada en semejantes condiciones, carecía en absoluto de preparación, y que las improvisaciones eran las más de las veces el producto virgen de la facundia imaginativa. Cualquier tema local o nacional, nacional o exterior, político o puramente artístico, constituía para aquellos públicos una ora-ción apasionante. El propio Blasco me refería muchos años más tarde –y con ello confirmaba ingenuamente el fondo de parecido que conservaba la cruel caricatura del viejo France– que a su llegada a cualquier ciudad nueva se enteraba por los periódicos o por las autoridades del tema sobre el cual deseaban que disertase. Con frecuencia le señalaban un asunto de interés local. Y entonces, unas simples lecturas técnicas, una rápida información bastaba al orador para estar hablando aquella misma noche durante hora y media..., pero sin aburrir jamás al auditorio.

Así iba Blasco coleccionando ovaciones y pesos, más necesitado, sin duda, de lo segundo que de lo primero. Pero la preponderancia exclusiva que estaba dando a las facultades oratorias tuvo por resultado atrofiar mo-mentáneamente las dotes del escritor:

Cuando regresé a Europa –habla Blasco– había olvidado por completo mi oficio. En aquellos nueve meses de discurseador, cuando me ocurría te-ner que escribir, había de apelar al dictado. Y todo lo que dictaba lo hacía con un acento espantosamente declamatorio y enfático...

No faltaron los incidentes. Aquel mozo audaz, dinámico, arrogante... y soñador, “llevaba el escándalo consigo”, y su espíritu aventurero que, a los 42 años, conocía la plenitud de su vigor, halló ancho campo donde desbordarse.

Un periodista también valenciano, Julio Cola, que acompañó a Blasco Ibáñez en aquella circunstancia sirviéndole de secretario (y que había de asistir como tal a los subsiguientes avatares colonizadores de don Vicente) publicó un vivo y nutrido anecdotario de tan inolvidable periplo. Entre esas anécdotas recogeremos una de su estancia en Chile:

Su entrada en Santiago de Chile –ha escrito Julio Cola– puso a prueba una vez más el temperamento de lucha de este notable hombre, que supo afrontar cuantas graves dificultades se le presentaron en su vida.

Don Pedro Montt ocupaba la presidencia de la República de Chile, y tanto el primer mandatario como su muy culta señora figuraban entre los

admiradores de Blasco Ibáñez. No obstante contar con tan elevadas amistades y con el grandioso recibimiento que se le dispensó al novelista español por el pueblo chileno a su arribo al país que baña el Pacífico, los irreconciliables enemigos del político laico quisieron exteriorizar su desagrado, y, en efecto, en la Prensa afecta a sus creencias religiosas emprendieron violentísimas campañas contra el literato visitante. Pero, por si esto fuera poco, llegaron hasta movilizar gentes, las que, inconscientemente, se produjeron promoviendo manifestaciones callejeras de hostilidad a Blasco Ibáñez.

En vista de tan desagradable contratiempo, y ante tan inquieta situación, Blasco no pudo menos de sentirse zaherido, e inquieto y malhumorado llamó a su representante y organizador del ciclo de conferencias en Santiago y, con ánimo resuelto, le habló de este modo:

– Iglesias, es necesario afrontar esta situación difícil que se nos ha creado, cueste lo que cueste, y para ello he decidirme y dar el pecho, pase lo que pase... Ahora mismo anunciará usted una conferencia pública, que yo daré mañana a ese pueblo chileno que públicamente protesta, y a él le pediré explicaciones de su conducta.

El representante quedose perplejo oyendo al novelista, y tan absurdo le parecía lo que le proponía que no se atrevía ni a contestar. Tras una pausa prolongada, rompió en una interrogación como para salir de su asombro:

– ¿Pero sabe usted lo que me ordena, don Vicente?

– Sí, ciertamente –se apresuró a contestarle el literato, enfurecido– sencillamente que anuncie una conferencia pública que daré yo *gratuitamente*...

– Temo pueda ocurrir –balbuceo el empresario, contrariado–... ¿No sería más prudente –añadió con abnegación– renunciar a las conferencias y regresar a la Argentina, visto el cariz...?

– ¡Cómo...! Regresar a Buenos Aires impotentes, cabizbajos y fracasados... ¡Eso, nunca; esas palabras no rezan en mi credo...! –Y añadió resueltamente–: Haga sin vacilación lo que le digo... Créame.

Hubo tal firmeza en las palabras del novelista que Iglesias le obedeció al fin, entre dudas y temores. Fuese a ejecutar las órdenes de Blasco Ibáñez, enviando notas a los periódicos y anunciando en la cartelera del teatro Municipal el acontecimiento de una conferencia gratuita: “Blasco Ibáñez comparecerá ante el pueblo chileno para explicar los motivos de su viaje a este país.”

Jamás experimentamos más emoción los lugartenientes de Blasco ante el gesto de este hombre. ¿Qué irá a ocurrir mañana?, nos preguntábamos ávidos, inquietos y azorados. Temíamos hasta un atentado personal... ¿En qué acabaría aquella situación difícil...? ¿Cómo saldría el novelista de tan dura prueba? Realmente, era peligroso comparecer ante un auditorio hostil que sí se manifestaba públicamente. Realmente, Blasco Ibáñez era un

temperamento inquieto y nervioso, y cuando le acontecía un hecho desagradable en su vida exaltábase y poníase de un humor verdaderamente imposible. Los que vivíamos a su alrededor soportábamos pacientes sus iras y furores. ¿Pero los extraños soportarían de igual modo sus exaltaciones? Al amanecer de aquel día memorable, Blasco se hallaba de pie, paseando de un extremo a otro del hotel, nervioso, pero reconcentrado, abstraído a veces en sus reflexiones. No había medio de sacarle a veces de su ensimismamiento, ni siquiera lo intentamos. Tal era nuestro temor. Veíasele consumir cigarrillos uno tras otro. Absorber la pipa a fuertes chupadas, encender cigarros que parecían deshacerse en grandes bocanadas de humo... Comimos silenciosamente, sin levantar la mirada, sin que el novelista pronunciara palabra alguna. Sus ojos apenas se fijaron en nosotros. Se acercaba la hora de la conferencia, y observándolo así, diligente Blasco vistiose con pulcritud y esmero, sin preocupación inquietadora. Reclamó su chaquet, sus zapatos acharolados, aderezó las guías de su bigote, rizadas en frío... Y canturreando algo de Wagner paseaba, paciente, el momento del peligro. Notábase que Blasco conservaba más serenidad, más sangre fría, a medida que se acercaba la hora del acto. No hablaba, pero sus ademanes y resoluciones eran naturales, resueltas, afirmativas. Al fin consultó el reloj, y viendo que se acercaba la hora de la anunciada conferencia exclamó animoso:

– Vamos al teatro. No hay que hacer esperar a la gente...

Cuando llegamos al coliseo éste se hallaba rebosante de público, totalmente lleno. Desde el escenario percibiase un fuerte murmullo de expectación, un griterío sordo, pero encendido de pasión hostil.

Nuestras dudas y temores se acentuaron entonces extraordinariamente.

Pero Blasco Ibáñez, resuelto y decidido, compareció ante el público sin ceremonia previa, sin más presentación que su propia palabra... Los hostilizadores aprovecharon el momento para armar con su gritería un alboroto grande, y el desconcierto en el primer momento fue extraordinario... ¡Quién iba a poder hablar! –nos decíamos azorados ante tal confusión de público, y en su mayoría hostil al novelista.

Pero Blasco, el tribuno de las multitudes, no se arredró ante ello; por el contrario, acostumbrado a dominar a las masas, se adelantó más al prosenio, llegó a las candilejas, y allí, enérgico y viril, levantó su voz y su brazo, exclamando frenético:

“Pueblo chileno, yo he venido a Chile en son de paz... La guerra que se me provoca es innoble, no propia de una raza valiente y aguerrida como la vuestra y sería negar que descendéis de aztecas y de godos. Ha llegado ante vosotros el literato español, el novelista, jamás el político ni el revolucionario... Pero éste, tenedlo presente, no se esconde ni huye: si de nuevo se me hacer percibir el olor a pólvora sabré responder... Pero ésta no fue la

intención que me llevó hasta aquí. En tal caso tendría que substituir los temas de mis anunciadas conferencias literarias por otras de ideas políticas y dogmáticas... Y no aspiro a eso. Vengo en son de paz...”

El gran tributo consiguió adueñarse con su cálida palabra de la muchedumbre que le era hostil, y poco a poco se produjo el milagro de trocar la gritería por aplausos y hasta por entusiastas ovaciones. Aquel público, que con desagrado le había recibido, acabó por aclamarle, frenético.

Lo que ocurrió después fue más significativo... Aquella multitud, enardecida por las palabras de Blasco Ibáñez, salió del coliseo en compacta manifestación y por las calles de la ciudad imperial de Santiago iba aclamando al literato visitante. Ante la Prensa que censuras había expresado, que había atacado al novelista, se dejaron sentir los efectos de aquellas gentes, entusiasmadas por las palabras del tribuno. Al día siguiente los comentarios que esta Prensa hacía eran muy diferentes de los que se había permitido días anteriores... Blasco Ibáñez, con aquel gesto viril, consiguió triunfar con Chile.

Sus conferencias, pues, con tal expectación pública, alcanzaron un éxito sin precedentes. Blasco se adueñó del país, reduciendo a sus irreconciliables enemigos al silencio, al fracaso, a la derrota.

Durante aquella gira, que en el ánimo de Blasco iba a durar dos o tres años, había proyectado recorrer todos los países americanos de lengua española; pero de pronto se sintió aburrido, y el aventurero que latía con fuerza en el fondo de su ser le impuso un inaudito viraje en el que naufragaron todos sus planes de conferenciante. De pronto, y por amor a la acción, Blasco Ibáñez acometió una empresa colonizadora y se puso a cifrar todo su empeño en ser un roturador de tierras vírgenes:

Comenzaba –ha dicho Blasco Ibáñez– la más hermosa de mis aventuras. Mi viaje de conferencista no iba guiado únicamente por un interés pecuniario. Obedecía al programa de mi empresario cuando se trataba de grandes ciudades. Pero siempre que tenía que emprender a través de la Argentina uno de esos largos viajes de que nuestro viejo mundo no puede formarse una idea exacta, volvía a ser el escolar caprichoso de antaño; o, por mejor decir, el artista se superponía al orador, y a fin de contemplar una maravilla de la naturaleza o de estudiar una colonia agrícola interesante, violentaba sin escrúpulo el itinerario fijado. Así pude ver la Argentina mejor que ningún otro conferencista, e incluso hasta los territorios helados del extremo sur. A veces, el empresario que dirigía mis desplazamientos desde Buenos Aires me creía ocupado en arengar tal o cual auditorio de una capital de provincia, cuando una noticia de los periódicos le enteraba de que yo me había desviado del camino y estaba en una toldería



Trabajando en su estudio de la playa.



La aventura colonizadora. Blasco Ibáñez en el interior de la Argentina, rodeado de indios maticos.

del norte observando las costumbres de los indios. Parecía que resucitase en mí el alma vagabunda de los viejos conquistadores. Sentía la tentación de los territorios primitivos, la fiebre de luchas con la tierra salvaje, entreteniéndome en evocar con melancolía la obra de los primeros hombres blancos llegados para civilizar las Indias Occidentales. Algunos argentinos ilustres, que adivinaban mi pensamiento, no tardaron en tentarme con sus ofertas. ¿Por qué no me quedaba en la Argentina y levantaba una fortuna en el oficio de cultivador de tierras? Al principio me negué; pero luego me fui dejando ganar por la quimera. El ensueño de hacerme millonario, aunque no fuese más que por una temporada; la perspectiva de mandar en un ejército de trabajadores, de transformar el aspecto de un rincón del mundo, de crear lugares habitables en el desierto, eran visiones demasiado brillantes para que no aceptase correr los riesgos de una empresa tan gigantesca.

Total: que Blasco, aunque vagamente inquieto ante un cambio tan radical de existencia, acabó por cancelar sus compromisos de conferenciante y regresó bruscamente a España con el fin de organizar una emigración de colonos hacia las tierras argentinas.

No le fue difícil hallar en Valencia lo que buscaba: campesinos de la región, avezados a establecer los más eficaces sistemas de regadío y a trabajar la tierra con amor y rendimiento. Más de un “Batiste”, tan poco afortunado, al cabo, en la aventura argentina como lo fuera en *La barraca*, acompañó a Blasco participando al principio de sus ilusiones, de sus esfuerzos después y, finalmente, del fracaso en que había de hundirse “la más hermosa de las aventuras”.

Hasta aquel momento no habían sido ciertamente la previsión y la medida virtudes que pudieran atribuírsela a Vicente Blasco Ibáñez.

Marchó éste a Madrid, y, mitad por gratitud hacia un país que tan bien le había recibido, mitad por el provecho que iba a reportarle, escribió de enero a junio de 1910 una obra de proporciones monumentales: *La Argentina y sus grandezas*, editada en cuarto mayor, profusamente ilustrada y que constituía una descripción muy completa y entusiasta de la gran República del Plata.

Al regresar, poco después, a la Argentina, la transformación del novelista en colonizador era completa. Testimonio elocuente de esta metamorfosis nos han dejado unas fotografías del Blasco de aquel tiempo: Blasco a caballo, en las estribaciones de los Andes y vistiendo el poncho campesino; Blasco fraternizando con unos indios casi antropófagos; Blasco enfundado



Autoretrato de Joaquín Sorolla. Sorolla y Benlliure forman con Blasco Ibáñez, la trilogía de los grandes artistas valencianos de su tiempo.

en un casacón de pieles y dirigiendo la apertura de unos canales de riego en pleno invierno patagónico; Blasco en su rancho de Corrientes, despachando con su intendente, bajo una piel de puma; Blasco dirigiendo la fabricación de ladrillos a máquina para ir levantando edificios en la colonia; Blasco en la selva, empuñando un rifle...

Testigo presencial, mejor aún, elemento activo de la nueva empresa a las órdenes de Blasco, nuestro ya mencionado Julio Cola, “compañero de letras y de aventuras americanas” de don Vicente, va a referirnos los curiosos preliminares de estos planes colonizadores:

Había terminado Blasco Ibáñez su *tourné* de conferencias y también su libro sobre la Argentina, cuando el doctor José Figueroa Alcorta, presidente de la República y gran amigo suyo, le propuso una concesión de tierras en Río Negro para que las colonizase. Siempre recordaré aquel día. Blasco llegó al hotel entusiasmado; por su imaginación se agitaban fantásticos planes colonizadores, y al trazar sus proyecciones se reflejaba el artista vigoroso y creador.

– Se me conceden dos leguas de tierras –exclamó entusiasta– en territorio hirsuto, y para obtener su propiedad tengo que destroncarlas y prepa-

rarlas al cultivo de riego. Hay que dotarlas de maquinaria y canales para la irrigación.

El doctor Carlos Malagarriga y Justo López de Gomara, director de *El Diario Español*, asistieron a la exposición hecha por el novelista. Este último había fundado un pueblo en territorio de Mendoza, San Rafael, y a pesar de ser hombre curtido en tales menesteres y poeta a la vez, permaneció extasiado oyendo al novelista trazar sus futuros planes.

Blasco, en sus proyecciones, estaba insuperable... “Todo esto –decía señalando en el plano las dimensiones del territorio objeto de la concesión– será algo grande, maravilloso... Por aquí haré construir canales para que absorban las aguas de Río Negro y puedan regar las dos leguas de tierras, que dedicaré al cultivo intenso. Con ello se acabará el atraso en que viven estas sedientas y vírgenes tierras. ¿Ven ustedes esta línea de ferrocarril? Pues aquí se impone un apeadero, que en el futuro, cuando este territorio se halle intensamente poblado, llegará a ser estación populosa. Esto lo dedicaré a calles, donde se construirán las viviendas de los colonos. En el centro, la Plaza Principal. Los colonos tendrán su cooperativa, el mantenimiento durante todo el año, libres de explotación de los particulares. No faltará, con el tiempo, su casino, campo de deportes..., etcétera, etcétera...”

Había en las palabras del novelista tal convicción y firmeza que los que le escuchaban no podían menos que dar su asentimiento, como sugeridos por la realidad de la exposición.

Blasco siguió proyectando a grandes trazos las características que iba a tener la ciudad imaginaria, hasta que hubo que interrogarle por el nombre que daría a esta colonia, a lo que respondió rotundo y afirmativo el novelista:

– Esta fundación se llamará “Cervantes”. En estos países de nuestro idioma aún no se le ha hecho justicia al autor del *Quijote*... Hace falta, pues, perpetuar su nombre en el país por una eternidad, para que viva siempre siquiera en labios de estas gentes...

Aquel día fue un día memorable por lo intenso, porque, eso sí, Blasco, cuando sentía la comezón de un proyecto, se desvivía desde el primer momento por darle consistencia y hacerle realizable. Invitó a almorzar al doctor Garzón, Director General de Tierras y Colonias, y durante la comida le asedió a preguntas relacionadas con los derechos y deberes que había que cumplir con el Gobierno.

Por la noche le acompañó a la mesa su íntimo amigo don Matías Errázuriz, el chileno casado con la patricia Pepa Alvear, dueña de la Colonia Alvear. Propúsole, por cierto, a Errázuriz que entrase yo en su colonia para ir conociendo el desenvolvimiento administrativo de la misma, y, en su día, poderlo igualmente implantar en la colonia Cervantes. Pero una

vez acordado esto me hizo Blasco desistir de ello so pretexto de requerir mi presencia en otro sector que más adelante se conocerá.

En aquel período de gestación colonizadora fueron desfilando por el Royal Hotel, invitados a la mesa por el literato, Rafael Escriña, fundador de un pueblo; Braulio Bilbao, gran cultivador de tierras en Bahía Blanca; Sánchez Sorondo, personalidad argentina de grandes estancias; Benito Villanueva, el “Romanones de la Argentina”; los representantes de maquinaria de la casa Tosi, de Milán; Molinero, de Buenos Aires, el de los tractores roturadores de tierra, etc, etc.

Y de cuanto proyecto se iba trazando en el interior del hotel se iba haciendo eco la Prensa argentina. Menudeaban los reportajes a Blasco Ibáñez; las visitas por efecto de la anunciada colonización se hacían infinitas. Alarmado por tanta solicitud, el novelista me ordenó seleccionara las presentaciones, pues éstas le absorbían casi todo el tiempo. No sólo lo hice así, sino que tuve que señalar días y horas especiales para los que necesariamente tenía que atender. Empero esto se llegó a hacer imposible; tal era la lluvia de peticionarios, recomendaciones y propuestas que caían diariamente. Hubo que tomar la determinación de no contestar la correspondencia, pues llegaron a formar pirámide las cartas.

Dos personalidades coincidían en el mismo hotel, una francesa y otra italiana, las que llegaron hasta interesarse por el plan colonizador de Blasco.

Uno de ellos era Georges Clemenceau, antiguo amigo del novelista, y el otro Enrico Ferri, el sociólogo italiano. Este último mostrose desde el primer momento celoso de la idea del literato español, no tardando en solicitar igualmente una concesión de tierras del Gobierno argentino.

Pero la colonización italiana, amparada por Ferri, malogrose a poco de verse anunciada.

En cambio, Blasco Ibáñez siguió adelante con sus proyectos colonizadores. Cuando nos disponíamos a marchar a Río Negro a tomar posesión de las tierras y fundar Cervantes, llegó de España un recomendado de Ricardo Fuente, un tal Navarro, al que aceptó Blasco para que le acompañase a Río Negro y quedar allí de administrador, ya que a mí se me destinaba a visitar Paraná y Corrientes para firmar propuestas de adquisición y el cobro de ejemplares de *La Argentina y sus grandezas*.

Aquellos días los dedicamos a la adquisición de prendas de uso. El Blasco colonizador requería de polainas, de leguis, de trajes de brin, de poncho, facón y hasta revólver...

Todo esto podría parecer disparatado si nos empeñamos en considerar que Blasco Ibáñez fue un trabajador exclusivamente intelectual, lo que Julien Benda ha llamado un “clerc”. Pero ocurre que en Blasco el “hombre de

letras” no anuló jamás al hombre de acción. Hasta en sus últimos años tuvo que ceder a esa tiranía temperamental que le empujaba a descuidar su oficio de escritor y a mezclarse en aventuras que en nada favorecían, a la postre, su renombre.

Ya fuese en la política, o en la oratoria de masas, o en los viajes, o en la empresa colonizadora, Blasco Ibáñez siempre dejó en libertad el dinamismo, la agitación, las exaltaciones que le caracterizaron desde su primera juventud.

No era hombre para soñar en la sórdida tertulia de cualquier botillería madrileña, cual le ocurría por ejemplo al excelso Valle Inclán, una brillante ristra de fantasías localizadas en tierras exóticas y más o menos calientes; ni consumir así las horas y los años describiendo sus propios excesos de imaginación con desaforados gestos de pueril “heroísmo” ante unos contertulios por lo común discretos, que pasaban socarronamente la velada oyendo relatar, cual en un teatrillo, una sucesión interminable de episodios, todos muy bellos y amenos, pero todos inventados.

Cuando Blasco decidió trocarse en hombre de los campos y afrontar los peligros de una naturaleza indómita, y convivir con indios y mestizos semicivilizados, a fin de dar realidad a su deseo, se fue a vivir, a trabajar y a luchar en pleno desierto, en unos terrenos jamás roturados que se le concedieron en el territorio de Río Negro, en plena Patagonia.

Algo de lo que pretendía realizar en aquellas regiones desérticas hubo de pintarlo luego cuando describió al centauro Madariaga de sus *Cuatro jinetes*, personaje estupendo que responde, sin embargo, a una realidad constantemente creada y vuelta a crear en tierras americanas por tantos y tantos emigrados españoles, los cuales renovaron y siguen renovando, en unos u otros confines, de acuerdo con las exigencias y el estilo de cada época, la gesta primitiva del conquistador.

La nueva colonia, a la que Blasco puso el nombre de “Cervantes”, se hallaba en la margen izquierda del río Negro, del que tomaba su nombre una Gobernación o Territorio poblado por unas 10.000 almas y cuya capital, Viedma, contaba poco más de 1.500.

Los aspectos esenciales de esas regiones salvajes y grandiosas, interminables soledades donde se ensañan las trombas de tierra; donde, como en el Sahara, falaces espejismos acechan a las caravanas de mulas en su ruta incierta, igual que en los desiertos africanos a las de los camellos, en medio de los mismos tormentos del hambre y de la sed, fueron descritos poste-



“A mi amigo V. Blasco Ibáñez J. Sorolla, 1906”  
(Cortesia de The Hispanic Society of America, N.Y.)

riormente por Blasco, con la emoción de lo vivido, en *La tierra de todos*. Y también pudo decir en las primeras páginas de *La vuelta al mundo*:

Yo, que he vivido en terrenos desiertos de América, sufriendo de las penalidades del colonizador... sé por experiencia que la Naturaleza sólo es madre cuando el hombre la ha vencido y esclavizado, haciéndola saber que existe. Donde los humanos no la pisotearon en masa durante siglos, y no la golpean y desgarran todos los años con millares de brazos y de máquinas, es una madrastra que nos ignora y nos abruma bajo sus exuberancias crueles más aún que a los seres inferiores, mejor preparados para amoldarse a sus asperezas.

Pero en aquella quijotesca aventura que Blasco –escritor de éxito que ya contaba con una veintena de libros célebres– afrontaba con todas sus consecuencias, no sólo tuvo que sostener una lucha con la tierra y con los hombres, sino también con los Bancos que le habían prometido patrocinar su obra de colonizador, y a quienes era preciso acudir con frecuencia para que continuaran prestándole su ayuda financiera.

La obra prosperaba a pesar de todas las dificultades. Las tierras se iban roturando y fertilizando merced a un sistema de riegos tomado del que existe en la huerta de Valencia. Iban levantándose viviendas de albañilería a las que podía accederse por medio de una estación, simple edificio de madera donde campeaba este nombre: “Cervantes”.

Pero aún hubo más: En plena construcción de esta colonia patagónica, casi en el extremo sur y que conocía temperaturas invernales de dieciocho grados bajo cero, Blasco se comprometió a realizar una segunda empresa colonizadora en el extremo norte de la Argentina, en otros terrenos enclavados en plena zona tropical. La nueva colonia, bautizada por Blasco con el nombre de “Nueva Valencia”, se hallaba en las fronteras del Uruguay y del Paraguay, en la provincia de Corrientes.

Entre una y otra colonia había cuatro días y cuatro noches de ferrocarril, y Blasco tuvo que realizar este viaje infinidad de veces, durante todo el tiempo que vivió entregado a su aventura. Él mismo ha contado que:

...a veces llegaba en la mañana a Cervantes, desde Nueva Valencia, después de cuatro días y cuatro noches de tren, y en la misma tarde emprendía el regreso, pasando así ocho días y ocho noches consecutivos en ferrocarril. Asombra, y hay motivo para asombrarse, que mi salud haya podido resistir semejantes viajes, no sólo a causa de la fatiga que implica, sino por el brusco salto que suponían en dos temperaturas opuestas. Más de una vez me ocurrió apearme en Cervantes, viniendo de Nueva Valen-

cia, con la ligera indumentaria del *poncho* tropical de vivos colores, en medio de un viento glacial que barría aquellas soledades desérticas, o a la inversa, descender en Nueva Valencia, la de temperatura paradisíaca, en traje patagón, capucha de piel de zorro y pesado arreo antártico. Pero ¡qué prodigiosa variedad de impresiones y de sensaciones recogía en el curso de tales correrías! Mi colonia del norte tenía enfrente el Gran Chaco, vasta región comprendida entre los Andes de Bolivia al oeste, el río Paraguay al este, la meseta de Matto-Grosso al norte y el río Salado al sur.

¡Qué vida tan intensa la mía en aquella época! A una temporada pasada en medio del *confort* refinado de un Palace de la capital argentina, sucedía una estada en la casa de madera de Río Negro. Allí cuando no tiritaba de frío, galopaba entre torbellinos de polvo levantados por el huracán patagón, que con frecuencia desmonta a los jinetes más diestros. Otras veces, por el contrario, me adormecía en un rancho de Corrientes, donde, antes de cerrar los párpados, veía centellear el incendio sideral de un cielo del trópico a través de los troncos de árboles sin desbastar que servían de muros a mi albergue rústico, o en mis insomnios oía a las ratas chillar de espanto afuera durante las cazas sanguinarias con que las acorralan las serpientes.

Hablando Blasco Ibáñez, en una de sus últimas obras<sup>12</sup> de ciertos reptiles temibles, evocaba así cómo vivía en aquellos tiempos:

Conozco esta cabeza triangular, conozco su lengua de hielo bifurcado; conozco sus ojos salientes, que parecen empañarse de blanco al descender sobre ellos el velo membranoso de su párpados... Mi casa era *rancho* de estacas y barro. Un doméstico indio untaba con ajo las patas de mi catre para que no subiesen por ella los reptiles que cazan de noche y se introducen en las viviendas buscando la sociedad del hombre. Al romper el día, antes de calzarme unas botas altas de cuero de cerdo, había que ponerlas boca abajo, por si alguno de estos visitantes se había adormecido en su interior. Más de una vez, al encender luz en plena noche, sorprendí por un momento esta misma cabeza en un agujero del techo o del suelo.

Bruscamente, en 1913, hubo un nuevo viraje, éste decisivo, en el rumbo de su carrera. Habiendo muerto su entusiasmo de colonizador, Blasco decidió dejar Cervantes y Nueva Valencia y volver a la literatura. Para explicarse bien semejante cambio conviene recordar que, aquel año, la República Argentina sufrió una gran crisis financiera que ocasionó numerosas quie-

---

<sup>12</sup> *Novelas de la Costa Azul.*

bras; y todos los Bancos dejaron de conceder nuevos créditos, exigiendo al mismo tiempo la devolución de los préstamos anteriores, de lo que nació un enorme pánico.

Al recordar melancólicamente, años después, este triste final de sus empresas agrarias, Blasco me decía que en cualquier otra circunstancia habría luchado con una energía centuplicada, excitada por el obstáculo, conforme a una ley de su temperamento. Pero a la sazón se sintió sin voluntad para reanudar la batalla, y desde hacía ya varios meses experimentaba una laxitud inquietante. Era que en cinco años no había tocado su pluma, como no fuese para alinear cifras o redactar fastidiosos balances. Esta traición a la literatura le ponía nervioso y triste, como a esos enfermos presa de males misteriosos que ningún médico logra diagnosticar. Y he aquí la confesión que me hizo cuando, en el transcurso de una conversación, evocaba yo aquel sueño climatérico de su existencia:

Una mañana, a la hora en que se ve la vida bajo su aspecto verdadero, con todo su relieve, sus contornos y sus formas, me dio vergüenza mi situación. Ganar una fortuna es tarea que exige toda una existencia. Hay buenas gentes que se imaginan que la cosa es fácil. ¡Error profundo! Un premio de lotería, una jugada feliz de Bolsa, bastan, y se ha visto a algunos mortales enriquecerse de tal suerte; pero a muy pocos. Ganar una fortuna con la industria o con la agricultura –en una palabra, con el trabajo– repito que es cuestión de años y de aplicación tenaz. Yo estaba abocado a ser un precursor, como los hay en el origen de cada familia de millonarios de América. ¿Valía mi sacrificio la pena de efectuarlo? Aunque hubiese de llegar a ser algún día un capitalista auténtico, se podía perdonar el bollo por el coscorrón. ¿A santo de qué sacrificarme para que mis nietos gastasen en Montmartre los capitales reunidos por la labor del abuelo, como ocurre en tantas familias sudamericanas? Y sobre todo, lo que yo no podía admitir era la renuncia definitiva a la literatura, ese acercamiento progresivo a la rusticidad de los colonizadores... ¡No, no, era preciso terminar con eso!”

Blasco vendió, pues, “Cervantes” a una sociedad de colonización. La vendió con pérdida, a causa de la crisis antes mencionada. Tras de pagar sus deudas a los Bancos, quedaron en sus manos acciones de otras empresas coloniales, pero no retiró de la operación final ningún dinero líquido. “¡Ya veréis –decía a sus íntimos– cómo saldré sin un céntimo de este país donde tantos imbéciles han ganado millones!” En efecto, cuanto dinero trajo de Europa se había volatilizado, y no conservaba, como resultado de su inmenso esfuerzo, más que algunas acciones y obligaciones, “pedazos de

papel” de un valor más que incierto, dadas las fluctuaciones económicas de la Argentina.

La liquidación de su colonia “Nueva Valencia” fue más laboriosa. Un banquero se encargó de ella, reservándose la mitad de la propiedad, y Blasco, creyendo sus asuntos en orden, se embarcó para Europa instalándose en París, donde continuó la redacción de la novela que había de servir de prólogo a la serie de obras que había proyectado sobre Hispanoamérica: *Los argonautas*.

Estaba en plena labor de gozosa creación cuando le llegó de la Argentina la noticia inesperada de que su consocio, el banquero que administraba Nueva Valencia, acababa de quebrar. Tuvo que salir inmediatamente para Buenos Aires, a principios de 1914, y allí pasó algunos meses absorbido por toda clase de engorrosas gestiones, pues en aquella quiebra perdió también una cantidad suya que había dejado depositada en dicho Banco.

Regresaba ya a París dispuesto a olvidar sus quebrantos financieros y la dura respuesta que la realidad había dado a sus ambiciones de colonizador, y no pensaba sino en el gran ciclo de novelas que había concebido:

Esto será una obra magna —decía el maestro con asombrosa naturalidad—. Deseo abarcar en una gran serie de novelas todas las manifestaciones de la vida presente en los pueblos americanos de habla española y todas las esperanzas del porvenir, evocando al mismo tiempo la gran epopeya de los conquistadores, olvidada por unos y desconocida por otros. Como las novelas de Balzac en *La comedia humana*, o los “Rougon Macquart” de Zola, estos libros formarán por separado un relato novelesco independiente, pero todos juntos tal vez constituyan algún día una construcción ciclópea que equivalga a la novela de la raza.

¡Gran labor!

Blasco emprende el trabajo como de costumbre, es decir, con furioso entusiasmo, y, meses después, la aparición de *Los argonautas* (libro prólogo que es la novela del Atlántico, de la muchedumbre internacional, y al propio tiempo una evocación de la epopeya del Descubrimiento) devuelve al novelista sus actividades predilectas.

En el segundo volumen iba a hablar de Alonso de Ojeda y de Vasco Núñez de Balboa; en el tercero, de la conquista de Méjico por Hernán Cortés; el cuarto lo dedicaría a Francisco Pizarro, el hombre del Perú...

Iba a ser prodigiosa esta “novela de la raza”.

Blasco ya ha anunciado otras tres obras que han de seguir inmediatamente a *Los argonautas*. Son: *La ciudad de la esperanza*, *La tierra de todos* y los *Murmullos de la selva*.

Su serie de novelas americanas iba a ser, según el prospecto, “lo más exacto, lo más completo y emocionante de cuanto se había escrito sobre la epopeya del Nuevo Mundo”.

Pero estalla la Guerra Europea.

# La Primera Guerra Mundial



# LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

## (1914-1919)

En agosto de 1914 estalla la Guerra Europea, la que, años después, hubimos de llamar Primera Guerra Mundial, como encabezando la catalogación de una serie de catástrofes fatales; y aquel desplazamiento de energías envuelve a Blasco en su torbellino, desviándole otra vez de su ruta. Un temperamento como el suyo mal podía avenirse a representar un papel de espectador pasivo, léase neutral, ante el vasto cataclismo que, una vez más, venía a poner en crisis la inestable tolerancia de los dos bandos que, tradicionalmente, mantienen su doble acecho con la finalidad histórica – incomprensible, pero cierta– de destruirse el uno al otro. Y al estallar la Guerra Europea, Blasco Ibáñez, hombre de partido, se apresura tomar el suyo.

¡Ahí era nada! De un lado, el “insolente militarismo prusiano”; de otro lado, “la patria de los Derechos del Hombre y de Víctor Hugo”. De un lado... “la reacción, la caverna, la fuerza bruta”; de otro lado... “la Libertad, la Civilización”,

Divisiones simplistas, definiciones radicales que hoy nos hacen sonreír, con el escepticismo de quienes hemos aprendido el valor de todos esos conceptos y otros mucho aparentemente antagónicos, aunque igualmente vacíos, a lo largo de los años y de los desengaños.

Pero Blasco era hombre de ideas preconcebidas, de afirmaciones y negaciones “radicales” en las que no cabían grandes distingos. Era en esto un español muy de su tiempo. Tal vez de todos los tiempos... No sé.

Derecho, Civilización, Democracia, República, Pueblo Soberano, Progreso... eran palabras que siempre pronunciaba Blasco con escalofríos de emoción mientras tenía, o teníamos, enfrente a otros ciudadanos, tan fáciles a la embaucación como nosotros y que pronunciaban a su vez otra re-

tahíla de petulantes vocablos, con significación adversa y la misma pasión escalofriante.

Lo cierto es que, al estallar la guerra de 1914, Blasco trata de reconstruirse un sistema de vida; se instala en París, corazón de la contienda; se consagra apasionadamente a la propaganda a favor de los aliados... Y emprenden una galopada clamorosa, mundo adelante, sus *Cuatro jinetes del Apocalipsis*.

Ninguna exageración en esta imagen, relativamente fácil.

Las novelas de Blasco ya eran bastante conocidas en el extranjero, en Francia sobre todo. Pero esos *Cuatro jinetes*, que es una de las improvisaciones más típicas de Blasco, promueven un alboroto literario universal. En esa novela aparecen muchos de los ingredientes que iban a servirle para las obras de su “programa americano”; y esto explica que una buena parte de la acción se desarrolle en el campo argentino.

Esta acción novelesca, muy clara de seguir, consiste en ir registrando las repercusiones que va teniendo el desarrollo de la guerra en una familia de antiguos colonos franco-argentinos reintegrados después de largos años de emigración, y unos pocos antes de estallar la contienda, a su patria de origen.

Salvo este primer capítulo donde Blasco Ibáñez siempre describe un largo fragmento en tiempo presente, para volverse luego a bucear en los antecedentes de los personajes hasta que reanuda el desarrollo “actual” de la narración, la primera parte de *Los cuatro jinetes* está dedicada a pintar paisajes, ambientes y personajes típicos de la colonización agraria argentina.

A la cabeza de todo un linaje de “conquistadores” de la tierra virgen vemos al “centauro Madariaga”, magnífico tipo de colonizador que logra amasar en su pelea con la pampa una gran fortuna. Uno de sus colaboradores, el emigrado francés Marcelo Desnoyers, acaba casándose con una de las hijas del patrón. Otra de las hijas contrae matrimonio con Karl von Hartrott, también emigrado en la Argentina y al que Blasco convierte en arquitecto de la artera y agresiva juventud alemana precursora de la guerra del 14.

Naturalmente, y a efectos de ulteriores conclusiones, el francés es un tipo laborioso, noblote y de sentimientos humanitarios, mientras el prusiano aparece cual un individuo tortuoso y cruel; con lo que tenemos ligadas con lazos de estrecho parentesco a dos familias que, reintegradas oportunamente a la Europa en armas, simbolizarán, de un lado, todas las virtudes exaltadas por la francofilia de la época, y de otro lado, todos los defectos recusados por la germanofobia.



En la época en que escribió *Los argonautas*,  
al finalizar la aventura argentina.

Al estallar el conflicto, Marcelo Desnoyers, el buen francés, vive en París con el regalo y la suntuosidad propios de su inmensa fortuna. Ya es hombre viejo; pero ante el ardor patriótico que ve despertarse en la juventud francesa –él, que fue un desertor de 1870 y que cuando joven huyó a la Argentina para no afrontar el ataque de los prusianos–, lamenta en el alma no poder endosarse el uniforme de los “peludos” a fin de batirse, como ellos, hasta morir.

En la familia de Desnoyers hay un joven en edad de hacerlo dignamente, su hijo Julio, vigoroso, dinámico, apuesto y deportivo; pero Julio, habituado a la molicie y los placeres del señorito rico, no descuella sino en danzar el tango y en cultivar galanteos, dedicando todas sus energías al baile y al amor.

El París de los primeros tiempos de la guerra se va reflejando en la obra a medida que el novelista sigue los movimientos de sus personajes; y la guerra acaba absorbiendo la vida de todos, hasta la del propio Julio, que, al fin, contagiado por el ambiente, también concluye alistándose en un regimiento de línea para ir a morir heroicamente en una de las ofensivas de la Champaña.

Dos de los capítulos –“La retirada” y La invasión”– constituyen dos vastos lienzos que pueden considerarse como pintados del natural puesto que Blasco Ibáñez había menudeado sus excursiones a los frentes de batalla –muy próximos a París– y poseía una visión directa de las cosas. Viven, además, en la novela muchos personajes secundarios descritos de mano maestra y que siendo tipos síntesis resultan tan humanos que evocan en el lector el recuerdo de individuos más o menos vistos o entrevistados, tales como el ya citado Von Hartrott y otros oficiales del ejército alemán; Argensola, el avispado bohemio español que “administra” a Julio Desnoyers; la amiga de éste, Margarita Laurier; el ruso Tchernoff, hirsuto visionario que describe la alucinante cabalgata de los cuatro corceles (la Guerra, el Hambre, la Peste, la Muerte) y parece poner en frenética acción el impresionante dibujo de Durero.

La acción de *Los cuatro jinetes* se trunca en plena guerra, poco después de la batalla del Marne, cuando todo el mundo contempla la perspectiva de una lucha indecisa y mortífera.

La actividad literaria de Blasco ya no se interrumpe, y algunos meses más tarde da a las prensas *Mare Nostrum*, otra novela donde palpita la ansiedad de una pelea que se prolonga indefinidamente.

*Mare Nostrum* es, como novela de “guerra”, la de la lucha en el mar y la del espionaje internacional desarrollado alrededor de la contienda; pero lo

que en ella sigue interesándonos, al través de los años, es su primera parte, lo que nos hace seguir considerándola como una de las mejores novelas que se han escrito sobre el Mediterráneo. Ahí reverdeció Blasco sus más frescos laureles de “novelista valenciano”; ahí cantó con todo su vozarrón, armónico y potente, a nuestro mar latino –“la visión de nuestro mar latino”, como nos decía en reciente dedicatoria el insigne Azorín–; y, en esa parte de la novela, el Mediterráneo ya no es un telón de fondo, sino el verdadero personaje, cantado y pintado en toda su dimensión física y su profundidad histórica.

Y resulta increíble que *Mare Nostrum*, de pasmoso colorido y de tan suaves y líricos remansos como las descripciones de la costa alicantina, naciera en un piso de la Avenue de Ternes, de París, entre las mil incomodidades de los tiempos de guerra y bajo la zozobra de los bombardeos.

Ulises Ferragut, hijo de un pacífico notario levantino, crece en la costa de Valencia con inclinaciones aventureras cada vez más perfiladas y que se le robustecen después de una corta estancia en las pintorescas riberas de la Marina, hecha en compañía de su tío *el Dotor*, viejo fauno, cuyo amor a Anfítrita justifica el sobrenombre de *el Tritón* con que le denomina un poeta de la capital, el plácido Labarta, padrino de Ulises y en cuyo tipo nos parece advertir ciertas reminiscencias de Teodoro Llorente, el gran poeta y humanista valenciano del siglo pasado.

*El Tritón* es el tipo más original de *Mare Nostrum*. La mar es su amante, fuerte y azul, y él la goza hundiéndose en ella todos los días, en verano e invierno, no sin que, a veces, aceche por entre las olas el paso de alguna ribereña, fresca y hospitalaria, para saltar sobre ella con salto de simio, chorreando agua y bufando de deseo.

En la memoria de Ferragut persiste insistentemente la impresión de su tío, *el Dotor*, cuyo recuerdo ha de evocar en casi todos los pasos difíciles de su vida.

El muchacho, enamorado del mar, desoye las indicaciones filiales que le aconsejan unos estudios reposados y elige la carrera de capitán de buque. Y proyectado por un amor al peligro que le incita a cambiar constantemente de derrotero, tan pronto le vemos en radas exóticas infestadas de primitivas piraguas como marchando con rumbo a Occidente, en dirección de las grandes metrópolis europeas. Ferragut llega a conocer con pericia consumada todos los mares. El Mediterráneo, sobre todo, no tiene secretos para él.

Después de arrostrar emocionantes y variadas aventuras, el capitán Ulises ve aumentada la herencia del notario con algunos miles de duros, logrados a costa de impávidas luchas con los elementos, y decide comprar un buque donde goce de absoluta libertad, sin verse obligado a fijar sus rumbos a los antojos de los navieros. Cumplido su propósito y bautizada su adquisición, un magnífico paquebote, con el nombre de *Mare Nostrum*, se nos presenta entre la nueva dotación Toni, segundo de a bordo, rudo e ingenuo hombre de mar, unido de antiguo a Ulises por una amistad no exenta de respeto, y también Caragol, el cocinero, tipo muy gracioso, cuya filosofía del amor y cuyo amor al vino dan lugar a regocijantes escenas.

La descripción de todos estos tipos secundarios de marinos valencianos es prodigiosa.

Antes de todo esto ya habíamos conocido a Cinta, la esposa de Ferragut. Es la mujer “de su casa” que aprendió obediencia y sumisión en su madre, esposa también de un hombre de mar, y así es: mansa, obediente, considerando a su marido como el señor del harén, que dedicase a ella sus preferencias.

Con ocasión de reparar averías el *Mare Nostrum*, después de ciertos viajes accidentados, y tener que realizar las reparaciones precisamente en Nápoles, entramos de pleno en la fábula de la obra.

Este punto lo indica la aparición de Freya, una “mujer fatal” que ha de ejercer honda influencia en la ruta aventurera del capitán Ulises.

Es la mujer cosmopolita y fuerte que siempre se complacía Blasco en describir. Freya es hermana de Leonora, de doña Sol, de mistress Power y de otras que siempre desempeñan importantes papeles en la obra de Blasco. Pero esta vez no se trata de una simple aventurera caprichosa, que rueda por el mundo ahíta de emociones y ya sin emoción. Freya es una espía.

Tras un idilio en Nápoles entre la bella aventurera y el intrépido capitán, nos vemos, de pronto, en plena guerra, en pleno espionaje, asistiendo a una serie de continuadas aventuras.

Está la muerte del hijo de Ulises, la entrada de éste al servicio de los países aliados, las violentas entrevistas con Freya, el fusilamiento de ésta, el torpedeo del “*Mare Nostrum*” y, finalmente, la muerte del capitán Ferragut, tragado por el Mediterráneo, al igual que muchos de sus antepasados, hinchado de agua de mar, atormentado por el río de sal que inunda su garganta, mientras se esboza en su mente, cual un primer fantasma de ultratumba, la inmaculada figura de Anfitrita...

Hay en esta novela, la que más tardó en escribir el ágil novelista, una parte rigurosamente histórica y que completa con un toque de intenso rea-



El más popular de los retratos de la primera época.

lismo la figura de Freya: la escena del fusilamiento, transcripción fiel de la muerte de la célebre danzarina Mata Hari, producto cosmopolita apto para la leyenda, acusada de espionaje durante la Gran Guerra y ejecutada en los fosos de Vincennes.

Ya se estaban imprimiendo los primeros pliegos de *Mare Nostrum* cuando Blasco supo por el propio defensor de la espía los detalles de la odisea y muerte de Mata Hari. Entonces fue cuando rehízo el final de la obra, y podemos decir que la escena del fusilamiento la tomó de la realidad, acudiendo al encuentro de sus fantasías de novelista.

Por lo que se refiere al resto de la novela, la figura de Mata Hari no sólo no influyó en Blasco Ibáñez para crear su Freya, sino que el novelista ni siquiera tuvo conocimiento de su existencia hasta meses después de haber escrito y concluido *Mare Nostrum*.

En esta obra también merece una mención especial el capítulo titulado “El acuario de Nápoles”, donde el novelista pinta el misterio de las profundidades marinas.

Algo más tarde, y para completar en cierto modo una trilogía de la guerra, Blasco publicó *Los enemigos de la mujer*.

Tuve que pasar los últimos meses de la guerra en la Costa Azul –ha dicho Blasco Ibáñez– para restablecer una salud comprometida gravemente por excesos de trabajo de cuatro años. Los médicos me habían prescrito de un modo riguroso que me abstuviera de toda ocupación mental. Pero me parece que no vivo cuando mi actividad ha de holgar. Los días de pereza tengo el aspecto avergonzado y confuso de alguien cuya conciencia no estuviera tranquila. Al cabo de algunas semanas de reposo forzado, sentí la necesidad de componer una nueva novela, y así fue como –lentamente, a causa de un estado físico precario– escribí mi libro.

Por un extraño fenómeno, a medida que avanzaba en la composición, sentía fortalecerse mi salud, y cuando hube acabado el último capítulo, nada se oponía ya a que pensara en los preparativos de mi viaje a Estados Unidos. *Los enemigos de la mujer* han sido redactados, pues, en Monte Carlo, donde he residido un año entero, y si me quedé allí después de firmada la paz fue porque tenía interés en terminar esa obra en el sitio mismo donde se desarrolla su acción.

El principal objeto de Blasco Ibáñez al componer ese volumen, colorista y satírico, era poner en evidencia a los gozadores que durante casi todo el curso de la tragedia supieron permanecer al margen de los acontecimientos,



Con Franchet d'Esperey, general en jefe del 5º Ejército francés.

continuando, en uno de los más hermosos rincones del globo y a algunos centenares de kilómetros del sangriento matadero, su vacua existencia de siempre, hasta que, tocados por la gracia, los más representativos entre ellos se lanzan a su vez a la pelea, para salir del choque maltratados de cuerpo, pero rejuvenecidos de alma y convertidos en otros hombres.

*Los cuatro jinetes, Mare Nostrum, Los enemigos de la mujer*: tal es la trilogía consagrada por Blasco Ibáñez a la Primera Guerra Mundial

Pero la labor “de pluma” que realizó como propagandista de Francia y de sus aliados en el transcurso de aquellas hostilidades no se limitó a escribir y publicar esas tres novelas de guerra. Sus trabajos a favor de aquella propaganda absolutamente partidista y absolutamente sincera, afectaron las formas más humildes, puesto que, además de escribir innumerables artículos para los periódicos de España y América, incluso se puso a traducir y a divulgar folletos populares.

Por otra parte, a partir de octubre de 1914, había emprendido la publicación de un cuaderno semanal de treinta y dos páginas compuestas a doble columna y profusamente ilustradas. Fueron los cuadernos que, al cabo, constituyeron, lujosamente encuadernados, los nueve gruesos volúmenes in-folio de la *Historia de la Guerra Europea*, editados por la Editorial Prometeo de Valencia.

De más está decir que, a lo largo de toda esa época, Blasco Ibáñez compartió en París las incomodidades generales de los tiempos y sufrió las privaciones comunes a todos los vecinos de la inmensa urbe: falta de carbón, falta de productos alimenticios y falta de dinero.

Pero el novelista se hallaba en su elemento. Durante cierto tiempo revivió su idiosincrasia de agitador y sin que él mismo se percatase acaso del fenómeno.

Eduardo Zamacois, que volvió a ver a Blasco durante aquella temporada parisiense, trazó un nuevo retrato, curioso sin duda de comparar con el que le hiciera en Madrid hacia 1909:

Sin cesar, interminablemente, Vicente Blasco Ibáñez se renueva y mejora, lo mismo en su espíritu que en su parte física. De año en año se rejuvenece y agiliza; creyérase que, al revés de todo el mundo, vive “hacia atrás”. Ya no está gordo, ya no come como antes. Cuando le saludamos en París, en septiembre de 1914, nos sorprende agradablemente verle desbarbado, elegantizado, sobrio, y ocupándose —después de una rudísima labor diaria de diez o doce horas— del buen corte de sus vestidos y del color de sus corbatas. Blasco es Proteo.

De esto precisamente, de “la primavera en la otoñada”, hablamos larga y sabrosamente con el gran novelista, en su hotelito de la calle Davioud, mientras los aviones alemanes dejan caer sus bombas sobre Lutecia, “la Ciudad Única”. Las ventanas del comedor están llenas de sol. Hemos almorzado juntos, y a la hora de la sobremesa, mientras el café vaheea aromoso en las tazas, el humo de los cigarros va tejiendo una ensoñadora nube azul.

El artista de *Cañas y barro* se ha quitado aquella barba puntiaguda y rizosa, que le daba el perfil de un corsario berberisco; ha adelgazado notablemente y en sus negros ojos levantinos brilla una alegría nueva. También le hallo más atento al buen aliño de su persona; por todo lo cual representa menos años que antes de marcharse a América.

Es extraordinaria la elasticidad de este hombre, cuyo porvenir no ha cristalizado aún. Periodista de oposición y tribuno fogosísimo en Valencia, diputado en Madrid, “estanciero” en la Argentina, y ahora, en París, historiador de la guerra europea, las savias renovadoras de su espíritu se multiplican con inagotable generosidad. Asombran las peripecias que adornan el pintoresco film de esa laboriosa vida de escritor y de aventurero, que de todas las empresas difíciles se enamora, y en todas vence, y de todas se aburre. El triunfo no le aquieta, le impulsa; lo que encalmaría y apoltronaría a otro, a él le sirve de aguijón; nada le detiene, ni siquiera le mueve a descansar; nadie saboreó mejor el deleite de conocer, de viajar. Para el autor de *La barraca*, la vida es un camino sin posadas.

En un pequeño paréntesis de sus tareas, en 1915, Blasco Ibáñez hizo un viaje que casi le cuesta la vida. Deseando realizar en España (que se mantenía neutral y donde la propaganda austro-alemana era muy intensa) una serie de actos a favor de Francia, marchó a Madrid. Conviene recordar el ambiente de excitación y de agresividad en que vivían los partidarios de uno y otro bando, para explicarse las pugnas que iba a despertar.

La España de entonces respiraba a pleno pulmón, satisfecha de poder manifestarse en dos bandos de radicalísimas opiniones contrapuestas. Se hallaba en su salsa tradicional, dividida en dos bloques monolíticos y de cemento armado. De un lado, los *francófilos*, con sus elementos llamados “avanzados”; de otro lado, los *germanófilos* o “cavernícolas”, constituidos por los amantes de la tradición y del “orden” a la prusiana

Los diarios germanófilos representaron el viaje del novelista como una tentativa para arrastrar a España a combatir al lado de Francia e Inglaterra. Mostraban el ejemplo de D’Annunzio y lo vituperaban ásperamente. El Gobierno, deseoso de evitar desórdenes seguros, prohibió a Blasco toda comunicación directa con el público, en cualquier forma de asamblea que fuese.

Le fue imposible organizar actos públicos. Tras de tener que abandonar Madrid por estas razones, Blasco fue a Valencia, donde la inmensa mayoría de los habitantes favorecían la causa aliada. Pero el gran mitin organizado por los amigos del novelista fue rotundamente prohibido por las autoridades, y Blasco tuvo que salir rumbo a Barcelona.

Yo presencié el inmenso gentío que afluyó a los poblados marítimos de Valencia para despedir a su querido paisano. Las autoridades habían desplegado gran número de fuerzas, temerosas de que se produjeran desórdenes. Más de un viejo correligionario de los barrios populares sacó de paseo al glorioso “gayato” electorero para acompañar a *don Vicent*. Los valencianos invadieron los muelles hipnotizados por la presencia de Blasco y muchos de ellos ocuparon pequeñas embarcaciones, saliendo varias millas del puerto, sobre la ruta que había de tomar el buque, para saludar al novelista lo más adentro posible.

El barco que le conducía llegó a Barcelona en las primeras horas de la mañana.

Los francófilos catalanes, amigos experimentados y decididos, habían resuelto realizar aquel mismo día una grandiosa manifestación a favor de Blasco en su ciudad; pero este acto estaba fijado para la tarde. Así, pues, no había sino algunos íntimos del novelista en el puerto, ya que la verdadera recepción debía ser horas después. Los germanófilos no ignoraban este detalle y habían acudido en muchedumbre compacta a darle su bienvenida especial: los muelles retemblaron con silbidos y gritos de muerte y llovieron piedras en dirección al navío. El jefe de la policía barcelonesa subió a bordo y rogó a Blasco que permaneciera allí hasta que fuese disuelta la manifestación hostil. Esto era conocer mal el carácter de nuestro hombre, quien resueltamente descendió a tierra en compañía del grupito de sus fieles, entre los cuales se hallaba su propia hermana, doña Pilar, que residía en Barcelona. Esta arrogante actitud pudo serle fatal; pero el gobernador civil envió a última hora al lugar del suceso un destacamento de Guardia Civil montada, que le escoltó hasta su domicilio. No por ello su entrada en la ciudad dejó de provocar una serie de encuentros violentos y de incidentes animados. Desde su coche, con el revólver en las rodillas para estar pronto a la respuesta, el novelista desafiaba a la turba, contra la que tenían que cargar los guardias de a caballo a fin de que el vehículo pudiera seguir adelante. Por otra parte, los francófilos que habían acudido no tardaron en entrar en colisión con los germanófilos, y entre el vocerío, los disparos de revólver, a los cuales los guardias contestaban a sablazos, y una granizada de piedras, fue



En 1914, visitando los campos de batalla.

como Blasco llegó hasta la casa de su hermana, señora tan intrépida como él y de cuyo lado no se separó ni por un instante.

Desde Madrid se había suspendido, naturalmente, toda conferencia, todo mitin en favor de los aliados.

A su vuelta a París, y reintegrado a aquella intensa labor, que iba a producirle una grave enfermedad, recibió de miss Charlotte Brewster Jordan, persona enteramente desconocida hasta entonces para Blasco, una carta ofreciéndole la suma de trescientos dólares por lanzar en Nueva York la versión inglesa de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Si la traductora americana le hubiera propuesto cinco dólares o no hubiera propuesto ninguna retribución al autor, éste no por ello habría dejado de aceptar con entusiasmo la oferta. Porque veía en tal acto, ante todo, lo que significaba para la propaganda a favor de los aliados en una América vacilante y tanto tiempo retenida en la pendiente de la intervención por las intrigas alemanas. La idea de ejercer en el espíritu del pueblo americano una influencia, cualquiera que fuese, que beneficiara a Francia, regocijaba de tal modo a Blasco, que al punto dio su asentimiento y firmó un papel donde cedía a la traductora, a cambio de sus trescientos dólares, todos los derechos de autor sobre la novela para todos los países de lengua inglesa, sin poder jamás alegar el menor pretexto para percibir otra cantidad, fuera cual fuera el éxito del libro en ultramar.

Aquel esfuerzo mental y el cúmulo de emociones que habían ido quebrantado su poderoso sistema nervioso comprometieron gravemente la salud de Blasco Ibáñez. Los médicos le recomendaron un reposo absoluto en clima menos riguroso y variable.

Por otro lado, París se hacía algo ingrato para este hombre de acción infatigable. Lo anormal se prolongaba con tal monotonía, que adquiría todos los caracteres de una nueva normalidad. Y aprovechando la recomendación médica que le aconsejaba un cambio de aires y un reposo que iba a serle imposible respetar mientras tuviera alientos para levantarse de la cama, Blasco se fue a Niza.

Es el momento en que Blasco ya presentaba la figura física enteramente nueva que nos ha descrito Zamacois.

A su vuelta de América, Blasco había reaparecido con un tipo distinto, rasurado cuidadosamente, con el bigote recortado a la americana y hasta gallardamente corregida su silueta en fuerza de gimnasia y de atavíos elegantes. Al verle saludar desde la borda del trasatlántico que le trae, con el aire de un gran industrial ultramarino, este hombre evoca las opulencias del

rey del oro, del rey del carbón, del rey del petróleo, de todos los reyes de las grandes industrias de Yanquilandia que iban a acogerle, valga la imagen, como a un colega que reinara a su vez en los dominios de la novela.

El éxito, tan inesperado cuan enorme, de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, iba a confirmarle esta “realeza”, ciertamente pueril y que nada añadía a sus innegables dotes de narrador, pero que sirvió para enriquecerle y reconcentrar, al paso, las envidias que desde antiguo concitaba en ciertos medios literarios de Madrid.

Ni a la hora de la muerte lograron disiparse aquellos viejos y tenaces rencores. Ni siquiera pudieron guardar el piadoso silencio que merece un cadáver cualquiera.

¡Pobre Don Vicente!



El éxito  
universal



# EL ÉXITO UNIVERSAL

## (1919-1923)

Llegado a este punto de la vida y de la obra de Blasco, el biógrafo siente que “la novela” de esta vida se le malogra. (¡Ah, si se pudiera inventar otro final!)

Se le malogra porque el personaje ya no se mueve en planos de excepción; porque el creador literario, siempre infatigable sin embargo, ya no podrá avanzar sino en virtud de ese “resbalamiento por cien” con que continúan partiendo la mar los barcos cuando las hélices se paran. Y que no por ello dejan de ser las soberbias naves que han sido, aunque nunca más vuelvan a rehacer las grandes singladuras que las cubrieron de fama y de riqueza.

Hacia la cincuentena –*nel mezzo del cammin*– es cuando Blasco, novelista y hombre de aventura, conoce la plenitud de su personalidad. El artista y el hombre de acción ya no superará sus propias marcas. Es normal. Pero ¡qué lástima!

Blasco es, a partir de ahora, el hombre que ha obtenido esa especie de adormidera que es la celebridad universal y... la riqueza. Blasco, que no puede planear la novela de su propia vida con el golpe de vista genial con que ha sabido trazar la de algunos de sus más entrañables personajes, no puede advertir que “eso” es la decadencia. Y, atraído en esta madurez triunfante por todos los fuegos artificiales de la vida mundana, de las satisfacciones materiales, de considerarse como un ser de excepción, de verse distinguido al fin por todos los honores de la fama y del dinero, se entrega con cierto infantilismo, con la inevitable candidez del artista cuya carrera ha conocido las negruras de la adversidad, a gozar de esa fortuna... aunque sin conseguirlo más que a medias. Porque en rigor –y como vamos a ver– Blasco todavía sigue cifrando sus mejores ilusiones en sus facultades creadoras,

aún continúa aferrado hasta el fin a sus austeros hábitos de gran obrero de la pluma.

Y tal vez sea este aspecto medular, y absolutamente cierto, del personaje; tal vez sea este afán infatigable e ilusionado de creador artístico lo que salve, de ahora en adelante, la calidad de “la novela de su vida”.

Fue realmente excepcional el éxito obtenido en Norteamérica por *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. A los pocos días de publicarse la traducción de Charlotte Brewster<sup>13</sup>, se habían vendido cien mil ejemplares; cinco semanas más tarde, duplicábase esta cifra; a los seis meses, la venta ascendía a trescientos mil, y poco más adelante llegaba al medio millón<sup>14</sup>. A fines de 1924, la casa Dutton and Company, de Nueva York, editora de la obra, llevaba vendidos más de dos millones de ejemplares. Era un récord.

La popularidad de los *Four Horsemen* creció a grandes oleadas en todos los territorios de la Unión. Por más que Blasco Ibáñez ya fuera en esta época un novelista traducido profusamente a todos los idiomas<sup>15</sup>, para los Estados Unidos resultaba casi inédito. Al estallar este éxito literario, la prensa yanqui, obedeciendo a las exigencias de la curiosidad pública, después de rebuscar por doquiera la efigie de *Mister Ibanez*, acabó por descubrir en el Museo de la Hispanic Society de Nueva York un retrato pintado por Joaquín Sorolla en 1906 y que había adquirido para dicho museo su fundador, el ilustre hispanófilo Mr. Huntington.

En el cuadro del gran pintor valenciano aparece el Blasco que nos describiera al principio Eduardo Zamacois: enérgico, barbado, ceñido en un abrigo, chambergo verde colgando de una mano y medio cigarro que arde entre los dedos de la otra.

Es decir, un Blasco bastante anacrónico con relación al de la época de la guerra.

Circularon millares de reproducciones en la prensa y en postales sueltas, con inscripciones hechas a bulto. Sabíase por allá que *mister Ibanez* era un novelista español; pero esto de un modo impreciso. La rúbrica literaria de los periódicos se perdía en un mar de confusiones y cablegrafaba urgentemente a Europa pidiendo datos. Los editores de la obra, y aun la traduc-

---

<sup>13</sup> *The Four Horsemen of the Apocalypse*.

<sup>14</sup> Estos volúmenes se vendían a \$ 1,90 ejemplar.

<sup>15</sup> Existía en Rusia, en la Rusia Imperial naturalmente, desde hacía quince años, y aparte de numerosas traducciones sueltas, una versión de las *Obras completas* de Blasco Ibáñez en 16 volúmenes.



tora propietaria del libro, sabían acerca de Blasco Ibáñez poco más que los reporteros de los grandes diarios.

Lo sabroso de todo este desbordamiento de popularidad es que el novelista ignoraba su éxito y vivía en un rincón de la Costa Azul consagrado a la redacción de su novela *Los enemigos de la mujer*, escrita en Montecarlo de enero a junio de 1919.

Así interpretaba Blasco Ibáñez el “absoluto reposo” prescrito por su médico.

Dedicado a la obra futura, había olvidado casi por completo a miss Brewster y su versión inglesa de *Los cuatro jinetes*.

La sorpresa fue, pues, considerable, y me es dado evocarla mediante mis propios recuerdos personales.

Blasco, con su gran chaquetón de pana abrochado hasta el cuello, hacía una vida de asceta.

No bebía. No fumaba. Sus comidas eran frugalísimas. Y hasta aquí quedaba rigurosamente respetada la consigna de los médicos.

Pero en cuanto a descansar... De siete a doce de la mañana, correspondencia y lecturas; de dos a tres de la tarde, un paseo por la costa, apoyándose de vez en cuando sobre las barcas varadas en la arena; y desde las tres hasta altas horas de la noche, casi sin reposo y con media hora de intervalo dedicada a la cena, *Enemigos* a toda máquina.

Una mañana, recibió de golpe una correspondencia mucho más voluminosa que la habitual: cartas, tarjetas y periódicos, que ostentaban todos el timbre postal y el sello de los Estados Unidos. Una de estas cartas, abierta al azar por su destinatario estupefacto, emanaba de un pastor protestante, reverendo de una de las numerosas sectas evangélicas norteamericanas, que se dirigía a él como a un exegeta de nota y recurría a su erudición bíblica con respecto a dudas antiguas que abrigaba acerca de diversos pasajes del Apocalipsis. La primera impresión de Blasco fue que se trataba de una mistificación y que cualquier amigo de allá se proponía darle una broma. Entre tanto, continuaba abriendo el voluminoso correo, y bien pronto se convenció de que toda aquella correspondencia se le dirigía muy en serio.

Aquellas cartas, aquellas tarjetas, aquellos periódicos, revelaban una sinceridad profunda. Las mujeres de allá, en particular, no son dadas a esas burlas, y eran ellas quienes constituían la mayoría de sus corresponsales a la sazón. Muchas no reclamaban más que la firma de *mister Ibanez*, un autógrafo cualquiera, una frase que pudieran exhibir luego triunfalmente en su club de Nueva York, de Chicago, de Boston, de Filadelfia o de otros

rincones desconocidos de la inmensa República norteamericana. A aquellas fechas, el autor de *The Four Horsemen of the Apocalypse* se había tornado en celebridad de los Estados Unidos sin tener de ello la menor idea.

Estas lecturas y las de correspondencias y montones de impresos consecutivos acabaron por persuadir a Blasco Ibáñez de que gozaba en ultramar de una popularidad inmensa.

De un golpe supo cómo había ido creciendo la venta de sus novelas hasta llegar al medio millón de ejemplares; cómo desde un extremo a otro de la Unión, el volumen editado por la casa Dutton and Company, de Nueva York, aparecía en todas las manos; cómo hábiles fabricantes de productos industriales —cigarros, telas, guantes, etc.—, escogían el patrocinio de aquellos *Four Horsemen* porque opinaba que este pabellón prestigioso podía cubrir las más heteróclitas mercancías, y entonces el autor de la “maravillosa novela de guerra” se puso a pensar y consideró que este *record*, si bien le hacía el más legítimo honor, no aportaba ni un céntimo a su bolsa, puesto que había cedido sus derechos por la suma total de trescientos dólares. La autora era la traductora. A ella y sólo a ella correspondían los derechos de venta.

Pero ocurre algo inaudito.

Míster Macrae, vicepresidente de la Editorial Dutton, no pudo tolerar por más tiempo una situación que juzgaba escandalosa y consistente en que la casa editora realizara grandes ganancias con la venta de una obra cuyo productor efectivo había percibido la mísera suma de trescientos dólares.

El caso es que por un cablegrama imprevisto se enteró un buen día Blasco Ibáñez de que los editores neoyorquinos de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* le rogaban que consintiera en aceptar a título de compensación, y sin que, por otra parte, se comprometiera a nada con ellos, cierta cantidad de dólares muy superior a la pagada anteriormente por miss Charlotte Brewster.

De todos modos, la edición literaria de *Los cuatro jinetes* no le reportó gran cosa, si se tiene en cuenta la enormidad de este éxito de librería, pocas veces igualado.

En cambio, ¡qué sorpresa para el novelista cuando, dedicado tranquilamente en Menton, a la producción de otras novelas, recibió la visita de una importante firma cinematográfica, ofreciéndole doscientos mil dólares por los derechos totales del film *The Four Horsemen of the Apolypse!*

A pesar de la reconocida autoridad del representante que le había visitado, la noticia parecía tan exagerada que Blasco y algunos de sus amigos íntimos de la Costa Azul no se avenían a creerla; pero cuarenta y ocho horas

después el novelista recibió un aviso de su banco en París anunciándole que se había depositado a su nombre la mencionada cantidad.

A raíz de este trato el novelista vendió el permiso para adaptar a la cinematografía yanqui varias de sus novelas, a razón de veinticinco mil dólares cada una como derechos.

Además, el éxito de la primera novela “de guerra” de Blasco Ibáñez había tenido, por consecuencia, un retoño de popularidad de sus obras traducidas ya al inglés, y la versión a ese idioma de otras novelas suyas que aún no eran conocidas del público anglosajón. *Mare Nostrum*, puesta en inglés por miss Brewster con el título de *Our sea*, había seguido inmediatamente a *The Four Horsemen* en la cifra de sus tiradas.

Una popularidad así y también el deseo de conocer esos Estados de América del Norte, cuya comparación con los de Hispanoamérica se imponía a su espíritu, decidieron a Blasco Ibáñez a emprender un viaje a los Estados Unidos. Como la Hispanic Society, fundada y presidida por el gran hispanófilo Mr. Huntington, le invitara a hacerse oír en la Columbia University, de Nueva York, Blasco aceptó la oferta, que resultó coincidente con la de un organizador de *tournées* de conferencias de hombre ilustres a través de los Estados Unidos. Habiendo salido en octubre de 1919 con la intención de no prolongar su residencia allá más de un trimestre, estuvo en los Estados Unidos hasta julio de 1920. Estos diez meses de existencia febril le permitieron enriquecer considerablemente el tesoro ya tan copioso de sus experiencias humanas, a la vez que rehacía por completo su situación financiera.

La larga serie de sus conferencias le condujo a los cuatro rincones de la Unión, donde habló en los lugares más heteróclitos: universidades, templos evangélicos, sinagogas, gigantescas salas de teatro y de conciertos, instaladas a veces en el séptimo piso de un rascacielos, circos y cinematógrafos. Le escucharon los principales establecimientos de enseñanza, incluso las dos famosas Universidades femeninas. La Escuela Militar de West Point, a cincuenta y dos millas de Nueva York, le hizo igualmente el honor de pedirle que pronunciara allí un discurso.

Detalle interesante: a todo lo largo de estas *tournées*, Blasco Ibáñez habló siempre en español. Aunque es justo añadir que, por lo general, se hacía preciso que, después de pronunciada su conferencia, la repitiera en inglés un intérprete, no lo será menos observar que en California y en los Estados del Sur —en particular Texas, Nuevo Méjico y el territorio de Arizona— el español era entendido perfectamente y acogido con entusiasmo por inmen-



Uno de los ocho edificios de Fontana Rosa.



La biblioteca.

tos auditorios a los cuales sigue siendo familiar nuestro idioma. Pero, aun en los Estados del más extremo Norte, la lengua castellana era escuchada con gran simpatía.

Al final de esta campaña de conferenciante, Blasco recibió en Washington el honor más alto que en Norteamérica se confiere a los huéspedes ilustres que la visitan. La Universidad George Washington, en sesión solemne en la cual tomaron parte más de seis mil personas, le concedió el título de doctor en Letras *honoris causa*. Algunos meses antes había otorgado el mismo título, pero en Derecho, al rey de Bélgica, Alberto I, y al famoso cardenal Mercier, con ocasión de una visita análoga. Blasco recibió el suyo al mismo tiempo que el general Pershing, comandante en jefe de las fuerzas expedicionarias norteamericanas de la Guerra del 14.

Pero veamos un interesante testimonio de la popularidad obtenida por Blasco en Nueva York trazado por el ilustre escritor puertorriqueño José A. Balseiro:

Una mañana me telefoneó don Vicente: “Balseiro, el encargado de la librería Brentano me ha invitado reiteradamente a que visite su establecimiento; ¿quiere usted acompañarme hoy? Ya sabe usted que no sé inglés, ni lo aprenderé nunca”. Acepté gustoso. Cuando bajamos del Mc’Alpint, y antes de cruzar hacia la Quinta Avenida, me dijo don Vicente: “Oiga usted, Balseiro, ¿qué pasa aquí hoy que hay más movimiento que ayer?” Yo, la verdad, no advertía la diferencia, y respondí: “A mí no me parece así; Broadway siempre está muy concurrido por esta parte”. Blasco insistió: “Creo que se equivoca usted; pregúntele a ese policía”. Y yo, por complacerle más que por pensar que tuviera razón, indagué. El policía me respondió: “Hay elecciones parciales.”

Sólo quien conozca bien Nueva York será capaz de apreciar, por esa anécdota, cuán agudo y certero poder observador tenía Blasco Ibáñez. Pues para las elecciones, ya generales ya parciales, en la ciudad del Hudson ponen tal cantidad de colegios electorales, que los electores, por muy repartidos, no son más, al entrar en su colegio, que los transeúntes que penetran en una tienda o en cualquier oficina.

Cuando íbamos por la Quinta Avenida fue cuando mejor pude apreciar la popularidad de Blasco en los Estados Unidos. Muchos fueron los transeúntes que le reconocieron, y muchos los que, pronunciando su nombre, se descubrían a su paso. Y, ya en la librería, apenas pudimos hablar con el encargado. Tan pronto como los clientes advirtieron que aquel era *mister Ibáñez*, el autor de *The Four Horsemen of the Apocalypse*, sin que mediara dependiente alguno, cogían un ejemplar de cualquier obra de Blasco traducida al inglés y corrían hacia el novelista que había aprendido ya a

poner una frase muy de ocasión: “With the best wishes” (Con los mejores votos). El negocio acrecentaba. Los transeúntes, contemplando, a través de las grandes ventanas de cristal, que algo anormal acontecía en la librería, entraban. Rápidamente imitaban a los precursores. Blasco seguía firmando, satisfecho. Hasta que el encargado, asombrado, suplicole que no siguiera: era hora de cerrar, y podían multarle si la tienda seguía abierta y haciendo ventas.

Otra mañana me llamó para invitarme a almorzar. Luego iríamos a ver el *Franconia*, trasatlántico que iba a llevarlo alrededor del mundo. Cuando llegamos al muelle de la Cunard Line, el guarda nos dijo que no podíamos pasar al buque. En ese momento pasó por allí un oficial. Le hablé en nombre de Blasco. Y tan pronto como oyó su nombre, nos condujo a bordo y nos mostraron todo el buque. Hasta en el gimnasio estuvimos, donde Blasco que hubiera querido hacer cabriolas en las argollas, me dijo: “Eso usted, Balseiro, que es un muchacho; yo tengo ya mucho vientre. Ahora, que si no tuviera, durante la travesía, que escribir otro argumento para *cine*, creo que antes de llegar a Panamá daba esa vuelta que usted ha dado con mucha más facilidad que usted; yo he sido muy fuerte...”

Al siguiente día Blasco firmó nuevos contratos de traducciones y adaptaciones de sus libros a la pantalla. Y estuvo en un tris de hacer venir a Rodolfo Valentino desde California, para que representara, en un escenario de New York, la adaptación teatral de *Los cuatro jinetes*, hecha hacía poco por un comediógrafo español; había que aprovecharse del pleito entre Valentino y su empresa. Pero el inglés de Rodolfo Valentino era de muy dudosa pronunciación. Y no pudo ser...

Poco antes de embarcarse para Europa, *The World*, de Nueva York, le envió a asistir a las sesiones de la Convención Republicana, reunida en Chicago para la elección del nuevo presidente de los Estados Unidos, cuando Harding sucedió a Wilson. En esta ocasión no sólo le fueron reembolsados a Blasco los gastos de hotel suyo y de su secretario, sino que se le pagaban mil dólares por cada uno de sus artículos. Y estos artículos no pasaban de dos mil palabras y se limitaba a exponer los puntos de vista e impresiones del Congreso, puntos de vista e impresiones consignados con la más absoluta independencia de espíritu. Escritos a las tres de la tarde, al salir de la sesión de la Convención, eran traducidos al inglés frase por frase y al punto telegrafados a Nueva York, donde la edición de la tarde del *World* ofrecía el texto a sus lectores, en tanto que el mismo texto había sido transmitido por hilo especial a los diarios asociados, a través de todo el territorio de la Unión.

No sabemos de ninguna edición española que haya recogido esta serie de impresiones periodísticas.

Durante su estancia en América, Blasco Ibáñez, en marzo y abril de 1920, hizo su excursión a Méjico para estudiar una novela, *El águila y la serpiente*, que iba a pertenecer a la serie de las “novelas de la raza”.

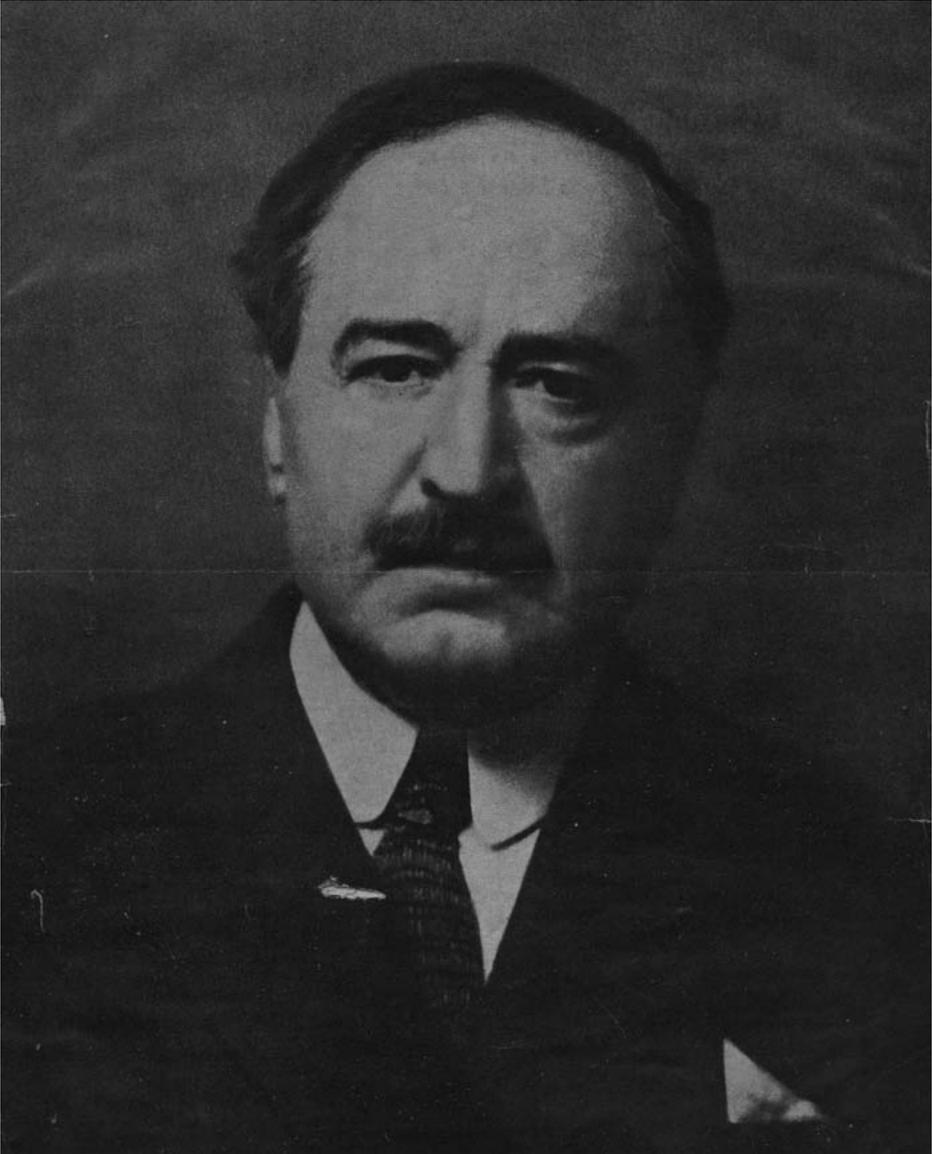
Pero esa novela no vio jamás la luz, por encontrarse relacionada indirectamente con uno de los incidentes más penosos entre cuantos hubieron de acaecerle a Vicente Blasco Ibáñez en su carrera de escritor. Nos referimos a la ola de indignación, más o menos justa, más o menos sincera —hay que decirlo—, que provocó en Méjico la publicación de *El militarismo mejicano*, colección de artículos periodísticos que Blasco escribiera a modo de reportajes en la gran prensa de los Estados Unidos sobre el país vecino que acababa de visitar.

Algún tiempo después del incidente tuve ocasión de conversar con el novelista acerca de todo ello, y él mismo me refirió cómo había ido a Méjico para preparar *El águila y la serpiente*, y en qué circunstancias se había desarrollado la cuestión provocada por sus artículos sobre *El militarismo mejicano*, pieza literaria que —dicho sea al paso— es de lo más espontáneo, vigoroso y colorista de cuanto produjo la pluma de Blasco Ibáñez.

Le recibió muy bien el presidente don Venustiano Carranza, que, a juicio de Blasco, era el único de origen puro español entre toda la taifa de generalitos jóvenes, indios y mulatos, que le rodeaban. Toda esta gente, que consideraba la traición como un acto corriente de la vida, se sublevó deslealmente contra su maestro y acabó asesinándolo.

Tras de captar aquel ambiente con sus propios ojos, el novelista tuvo que marcharse a toda prisa de Méjico para no quedar bloqueado por la revolución, y volvió a Nueva York. Ni por un momento se le ocurrió la idea de que podría hacer un libro con semejante espectáculo. Pero al llegar a Nueva York, los periodistas asediaron a Blasco para que les dijera sus impresiones.

Los redactores del *New York Times*, antiguos amigos suyos, le pidieron que escribiera diez artículos sobre lo ocurrido en Méjico. La mayor parte de lo que Blasco dijo en sus artículos se lo refirieron los propios mejicanos. Muchos hombres civiles, cuando él estuvo allá, le hablaron con el miedo y la ansiedad de los que temen, de la necesidad de hacer una campaña mundial contra los zafios caudillos de Méjico, para terminar con su tiranía militarista. Y Blasco Ibáñez hizo todo esto creyendo ayudar a la resurrección del poder civil.



Escribió dichos artículos como simples trabajos periodísticos, sin darles ningún valor extraordinario. Ciertos diarios de Méjico empezaron a publicar una serie de disparates. Retraducían estos artículos del inglés, mutilados e infieles, amasando unos monstruos informes e ininteligibles, como si fueran obra de Blasco Ibáñez, y haciéndole decir en ellos las mayores necesidades.

Pera evitar esto se decidió, varios meses después, a publicar en su editorial de Valencia *El militarismo mejicano*, a fin de restablecer la verdad.

Blasco Ibáñez no tuvo otros móviles que los de una honrada protesta de buen latino contra los macheteros mejicanos, y no se arrepintió nunca de haber escrito dicho libro. Para él fue un acto de conciencia. Pero en Méjico se desató una campaña de la más extremada violencia contra el novelista, acusándole, entre otras cosas, de haberse puesto a sueldo de los yanquis.

Los artículos sobre Méjico se leyeron mucho y fueron publicados por centenares de periódicos. Pero, por lo demás, pasados los primeros momentos de curiosidad, dejaron de interesar.

Dos meses después de publicados aquellos artículos, cuando Dutton and Company, el editor de Blasco Ibáñez en los Estados Unidos, los reunió en un volumen, este volumen pasó casi inadvertido. En un país donde había novela de Blasco, como *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, de la que habían llegado a imprimirse dos millones de ejemplares, y en el cual sus novelas de menos tiraje llegaban a ochenta mil o cien mil ejemplares, de su libro sobre el militarismo mejicano, en inglés, y publicado por su editor de Nueva York, sólo se vendieron mil setecientos o mil ochocientos ejemplares.

Ya vemos, pues, lo que le interesó al público norteamericano el libro del ilustre novelista sobre la revolución del vecino Méjico.

En cambio —y aquí viene lo más interesante—, el público de los Estados Unidos aguardaba con gran interés su novela *El águila y la serpiente*. Un grupo de revistas le había ofrecido cuarenta mil dólares solamente por la primicias de publicar dicha novela en sus magazines, antes de que saliese en volumen. Una gran firma cinematográfica le había comprado el derecho de hacer un film de ella. En resumen, por poco que le hubiese dado dicha novela, el producto habría excedido cien mil dólares, seguramente. Tal vez hubiese sido uno de los mayores negocios de su vida.

Blasco empezó a escribir en Niza dicha novela, y la tenía casi terminada, pues sólo le faltaban tres capítulos.

Conocí, por gentileza del ilustre novelista, esta obra inconclusa, y debo decir que era muy grata para el pueblo mejicano (para el verdadero pueblo, no para los macheteros falsamente revolucionarios que vivieron durante

quince años de explotarlo y tiranizarlo). Había tipos ridículos y repugnantes, verdaderos bandidos; pero sus protagonistas, un matrimonio joven mejicano y otros personajes, eran leales, de gran nobleza de alma, heroicos y poseían otras condiciones morales heredadas de los españoles y de los indios pacíficos, víctimas de los terribles aztecas.

Pero Blasco se sintió tan ofendido y lastimado por los ataques que le dirigieron, que, a guisa de venganza, decidió no terminar la novela, renunciando a lo que ésta pudiera darle.

Jamás se publicará *El águila y la serpiente*. El novelista perdió los deseos de terminarla y ya no quiso escriba nada sobre Méjico, ni en bien ni en mal.

Coleaban todavía los estertores de la violenta campaña desencadenada por tal motivo contra Blasco, cuando, habiéndome encontrado en París con José Vasconcelos, figura ilustre de la intelectualidad y de la política mejicanas, hecho en la revolución y por la revolución de su país, le hablé de Blasco, del libro sobre Méjico y de la campaña a que había dado lugar.

¡Cuál no sería mi satisfacción cuando advertí que un mejicano de la talla moral e intelectual de Vasconcelos –lo digo muchos años después, sin temor a que me desmienta– sentía como buen demócrata y como buen mejicano algo así como un deseo de desagaviar a mi ilustre compatriota!

– ¿Conoce usted personalmente a Blasco? –la había preguntado yo a Vasconcelos.

– Sí; tuve ocasión de verle y de conversar brevemente con él en la Universidad de Méjico, al acogerle junto con otros colegas universitarios durante la visita que hizo a nuestro país.

– Ahora se encuentra aquí, en el Claridge; si usted lo desea, puedo prepararle una entrevista.

– Se lo agradeceré –me dijo Vasconcelos–. Me agradaría verle y charlar un rato con él.

Al día siguiente, comuniqué a Blasco lo ocurrido: mi encuentro con el ilustre licenciado y su deseo de celebrar con él una entrevista.

– Vasconcelos, Vasconcelos... –decía Blasco–. ¡Ah sí! El antiguo ministro de Obregón, el rector de la Universidad de Méjico... Un tipo muy inteligente y con mucho nervio, un “sientífico”... Pues ché, vengan cuando quieran; mañana mismo, después de almorzar, hacia las cuatro. Vengan y charlaremos... Me será algo penoso tener que volver sobre aquel asunto; pero, en fin, vengan y charlaremos.

Quien charló, casi él solo, como de costumbre, fue Blasco Ibáñez. Explicaba lo ocurrido, tal como acabo de consignarlo. Explicaba cómo había visto a Méjico durante su viaje; describía a sus políticos, a sus generales, el ambiente en que habían actuado cada uno de ellos: Carranza, Huertas, Obregón, Pablo González... Repetía, a veces, las mismas anécdotas, los mismos conceptos que yo acabada de leer en *El militarismo mejicano*.

Y Vasconcelos no hacía sino asentir. Le veía embelesado, hipnotizado por el torrente verbal de Blasco Ibáñez.

Transcurridas dos, tres largas horas, hubimos de marcharnos. Blasco, según sus hábitos extremadamente corteses, nos acompañó hasta el ascensor, y, ya allí, el licenciado Vasconcelos exclamó dirigiéndose al autor de *El militarismo mejicano*:

– Maestro, ¿me permite que le dé un abrazo?

Y ambos, Vasconcelos y Blasco, abrieron a un tiempo los brazos y se estrecharon efusivamente.

Al regreso de aquel viaje por América del Norte, Blasco Ibáñez volvió por unos días a Valencia antes de reintegrarse a su retiro de la Costa Azul. Le había invitado el Ayuntamiento de su ciudad natal, deseoso de tributarle un homenaje.

Desde que residía fuera de su tierra, Valencia ya le había recibido triunfalmente. La primera vez que se había puesto en contacto directo con su pueblo después de haber abandonado su vida valenciana databa del 1910, año de una famosa Exposición Nacional; y la fiesta más brillante de la visita la había constituido una conferencia puramente literaria que Blasco diera sobre “La novela y su influencia social” en el teatro de dicha Exposición.

Doce años contaba a la sazón el que esto escribe; y al acto acudió de la mano del padre, el viejo y consecuente “blasquista”, en medio de un entusiasmo y de una emoción que reverdecía la que siempre suscitaba el fogoso tribuno cuando tomaba parte en las asambleas populares. Ahora el ambiente era otro. Ya no se trataba de una manifestación de partido ni de un acto de propaganda política. Ahora se hallaba allí Valencia entera, representada en todos sus estamentos. Una multitud inmensa y heterogénea compuesta de intelectuales, mercaderes, artistas, obreros, sacerdotes, militares y antiguos incondicionales políticos, sugestionada por la riqueza de la palabra de Blasco, tuvo la emoción pendiente de la del novelista por espacio de tres horas y media, en que habló de modo magistral.

Y resulta curioso recordar alguno de los conceptos que Blasco expuso sobre su idea de la novela en el transcurso de aquella célebre oración de artista de la palabra:

“La novela –decía– no es más que la epopeya de los humildes. Los grandes poemas épicos cantan las luchas de los héroes, las luchas de los dioses, las guerras de los pueblos; la novela canta nuestros conflictos del hogar, nuestras preocupaciones de familia, muchas veces nuestros trances económicos, todo lo que es episodio íntimo de la existencia diaria”.

Y añadía:

“No podía haber novelas en Grecia y Roma, porque aquella sociedad no era como la nuestra. Aquella sociedad estaba constituida de modo muy diverso; no existía en ella el hogar, el hogar cálido e íntimo como es el nuestro, ni la familia organizada como la nuestra, ni la mujer con la dignidad de que goza la mujer actual, la mujer moderna. Y donde la mujer no goza de dignidad, donde no existe la familia, donde no existe el amor y el calor del hogar, aun al propio Cervantes le sería imposible escribir novelas, porque falta la primera materia para los relatos novelescos”.

Diez años más tarde, en mayo de 1921, la acogida que Valencia dispensó a Blasco Ibáñez revistió caracteres de apoteosis.

En los ocho días que duraron los festejos, el entusiasmo anduvo desbordado. Blasco pronunció numerosos discursos y recibió los mayores homenajes que puede codiciar un hombre público.

Hubo iluminaciones extraordinarias, fiestas regionales, cabalgatas con carrozas que alegorizaban las diferentes novelas del valenciano ilustre. Y hay que conocer a los valencianos para imaginarse el arte con que saben realizar este género de festejos populares.

Todos los pueblos de la región impusieron a alguna de sus calles el nombre del novelista, y la ciudad le dedicó su plaza más céntrica.

Blasco visitó las venerables “barracas” de la huerta e hizo una excursión a los poblados marítimos, donde abrazó a sus amigos los pescadores y a viejos inválidos del mar, que ya entonces poseían, por una antigua iniciativa del novelista, una magnífica casa de recreo, “El Progreso Pescador”, enclavada frente al mar y en donde aquellos ancianos disponían de cama y mesa y de un retiro afable que les endulzaba las tristes horas de la decrepitud.

Grandes agasajos se le tributaron también a Blasco en Madrid, donde permaneció unos días antes de regresar a su residencia de La Riviera. La pintura de este Blasco deslumbrado y “deslumbrante” la hallamos en la

entreviú que con tal ocasión publicó en la revista *Blanco y Negro* Ramón Martínez de la Riva.

El automóvil —un automóvil regio, de millonario yanqui— enfrentó las alamedas de la Moncloa.

Blasco Ibáñez, con su conversación levantina, amena y rebosante, y su imaginación mediterránea, iba recordando, después de la larga ausencia, aquellos parajes tan de mano maestra descritos en *La maja desnuda*. Su rostro rasurado, sin más que una leve sombra de bigote, denotaba contento y satisfacción. Atropellábanse las palabras y los conceptos, aderezados con un marcado acento valenciano, que ha resistido incólume la influencia de otros países. Pasó, taconeando fuerte y cimbreando su cuerpo *gracioso y frágil*, una madrileña castiza, tal que *Josefina*, la protagonista de la novela. Todo era evocador. En el triunfo vernal de la mañana de mayo brillaba el sol, brillaba la cinta de oro de la carretera, brillaba el agua de los regatos, brillaba la descripción que de su viaje a América nos hacía Blasco.

Descendimos del auto, detenido por la Guardia civil. Frente a la pareja, el agitador, el revolucionario de otros tiempos, explicaba:

— No llevo matrícula porque vengo en mi automóvil desde Niza, y el Automóvil Club español no ha despachado todavía la documentación.

Después añadió:

— Soy Blasco Ibáñez, el novelista.

Los guardias quedáronse perplejos, como si ante ellos hubiera surgido una aparición soñada, un héroe de quien se conocen las leyendas, pero de quien no se tiene muy segura la existencia. Al fin, uno de ellos musitó apenas:

— ¡Ah, señor, qué satisfacción más grande!

Y, como recordando, le decía al compañero en voz baja:

— ¡*La barraca!* ¡*La horda!*

Continuamos un rato a pie, gozando del tiempo espléndido. Blasco reanudó la conversación.

— Yo ni siquiera había sospechado el éxito de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. El año diez y seis yo estaba en París. La gente me creía rico, pero la verdad era que vivía con mil pesetas al mes, que me enviaba la casa Prometeo. Acababa de vender la obra, para su traducción al inglés, a una señora que me había pagado por ella trescientos dólares. Enfermo, agotado por el excesivo trabajo, me refugié en un promontorio que avanza sobre el Mediterráneo: Cap Ferrat. Después fui a Niza... Y allí me sorprendió el éxito. Las primeras noticias me las trajeron los periódicos; las cartas llegaban en profusión asombrosa. Después fue un cable del editor, en que me rogaba aceptase como regalo veinte mil dólares. A continuación una carta de *mister* Huntington, el hispanófilo ilustre: “Venga usted a



Los señores de Blasco Ibáñez, en París,  
a las puertas del Claridge.

Nueva York inmediatamente. Ha llegado su hora. No la desaproveche usted.” Y, efectivamente, había llegado mi hora. Inesperada, ni aun siquiera soñada en mi ambición.

Blasco calló un momento, como evocando. Después, y en un inciso, exclamó:

– Yo no he creído nunca en el éxito buscado y perseguido. Viene, nos sorprende cuando menos se le espera, y nos sube, como en la cresta de una ola.

– ¿En los Estados Unidos comprobó usted el efecto causado por su obra?

– Poco a poco me fui dando cuenta. *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* era considerado como el libro de la guerra, hasta el punto de que sólo otro libro había alcanzado resonancia tal, desde que los Estados Unidos existen: *La cabaña de Tom*. En cuanto llegué fui recibido por *mister Dutton*, el famoso editor, en la casa editorial, enorme, como un gran ministerio, instalada en la Quinta Avenida, y la primera preocupación del editor fue enterarse de si yo participaba de los beneficios que la obra había producido a la traductora. Ni un céntimo, se revisó el documento de la venta; intervino *mister Roof*, un abogado y exministro célebre. No había medio. Y entonces yo no sé de dónde, de qué tanto por ciento, *mister Dutton* comenzó a pagarme lo que él creía seguramente razonable. Esto es un síntoma. En aquellos países no se concibe que pueda excluirse a nadie por ningún motivo de un negocio en el que tenga derecho a participar.

– ¿Y después?

– Después cayó sobre mí una nube de empresarios y agentes. Me contrataron conferencias, novelas, cuentos, argumentos de películas. He recorrido todos los Estados; he pronunciado discursos casi a diario durante once meses; he hablado en universidades, en iglesias, en logias, en teatros, en cinematógrafos.

– ¿En qué idioma?

– En español. Siempre en español. Llevaba un intérprete; pero en muchos casos no me hizo falta.

– ¿Esto quiere decir que realmente hay en los Estados Unidos una gran afición a todo lo español y que nuestro idioma está muy difundido?

– Sí, pero es preciso hacer ciertas aclaraciones. Se exagera un poco. Estamos de moda, sí, como antes estuvo el japonés. Pero allí esto es circunstancial. El yanqui es especialista, no lee ni se preocupa más que de la especialidad, de su negocio y de su profesión. Son las mujeres las que establecen las corrientes y las modas. La mujer tiene su biblioteca y aprende idiomas con gran afición. Yo he conocido mujeres que leían a Aristófanes en griego y que, después de aprender el japonés, se dedican ahora con gran entusiasmo al español. De aquí que haya dos mil profesores, de los que apenas si diez o doce serán españoles.

– A propósito de la mujer americana –le interrumpimos– hizo usted unas apreciaciones que dieron lugar a muy resonantes discusiones.

Blasco reía estrepitosamente.

– Sí. Eso es una de las cosas más pintorescas de mi viaje. La fantasía yanqui es formidable. Al principio se me discutía hasta la nacionalidad. Se afirmó que yo era inglés y que, establecido en la Argentina, había llegado a conocer perfectamente los asuntos americanos. Después se dijo que era ruso y amigo de Kerenski. Pues lo de las mujeres fue algo parecido. Un periodista de California puso en mi boca ciertos conceptos sobre la superioridad que la mujer yanqui ejerce y sobre la necesidad de que el hombre pusiera los medios para imponerle cierta feminidad de que carecían. Cuando leí la información, me aterró, y fui a ver al director del *New York Times*, dispuesto a rectificar; pero éste, después de informarse de que no estábamos en combinación el periodista californiano y yo para la *réclame*, me aconsejó dejase correr los acontecimientos. Efectivamente, fue lo que más me popularizó, hasta el punto de hoy día, cuando un matrimonio discute, el marido termina siempre por decir: “¡Ah *mister* Blasco os conoce bien!” No he podido convencer a nadie todavía de que no había dicho tal cosa sobre la mujer americana.

– ¿Cuántas ediciones se han publicado de sus obras?

– Según; *Los jinetes* va por la doscientas edición, con cerca de dos millones de ejemplares. De *Mare Nostrum* se han vendido quinientos mil. Ahora se acaba de publicar una nueva de *Flor de Mayo*. Y así, por el estilo, las demás.

– ¿Y cuánto le han producido?

Blasco respondió con una exclamación algo infantil y de íntimo regocijo:

– No sé. Soy rico, muy rico; seré inmensamente rico. Vivo espléndidamente. Tengo el mejor automóvil que se ha construido en el mundo y me pienso comprar un *yacht*, que el mejor día regalaré a un amigo cualquiera.

Después hizo una transición y continuó:

– Al fin y al cabo es el producto de veinte años de trabajo constante. Y estoy empezando. Porque todo cuanto me ha producido mi labor, hasta ahora, es una miseria comparado con lo que me producirá la futura. Tengo contratos firmados que me obligan a escribir una novela grande y catorce cortas al año. Tengo colaboración en más de cien periódicos americanos. El Sindicato del *Chicago Tribune* me paga doce mil dólares oro por seis cuentos. ¡Y el cinematógrafo! Sólo un *cine*, en el que se pone la película de *Los jinetes* y en el que se piden las localidades con un mes de anticipación, que me da el diez por ciento de la entrada bruta. Y tengo contratados diez argumentos de películas nuevos.

– Y aparte de este aspecto material, en un aspecto literario e intelectual, debió usted recoger honores en la debida proporción.

– Mucho mayores. A mí se me hizo doctor de la Universidad de Pensilvania en la misma sesión que al general Pershing, y en la siguiente que al cardenal Mercier y al rey Alberto. Soy miembro de la Sociedad de Autores, y en todo estoy considerado como del país.

Ya entrada la tarde tornamos a Madrid. Blasco Ibáñez, como un resumen de sus luchas, de sus obras y de sus aspiraciones, nos dijo:

– Yo tan sólo deseo, ya que, bien o mal, ande rodando por el mundo un español, que en todo momento evoque las glorias de España.

Y había tal sinceridad en sus palabras, que comprendimos no existía en todo su relato la menor sombra de inmodestia, sino la simple encarnación de algo que en definitiva no era más que eso, ¡España!, toda su tradición gloriosa de aventureros y conquistadores.

Nuevamente se vieron Blasco y Zamacois –ya viejos amigos– en 1921. Fue en Barcelona, en plenas Ramblas. Observemos los cambios advertidos por el certero “retratista” en su magnífico modelo:

Tiene el andar mozo, ágil el cuerpo, y una saludable energía optimista calienta su rostro aguileño y sanguíneo. Hablamos; mejor dicho, habla él... ¿Para qué presumir?... El ilustre autor de *Cañas y barro* se ha detenido en medio del paseo; allí precisamente donde el vaivén del apretadísimo enjambre humano molesta más. Hay una multitud que baja hacia el puerto y otra multitud que sube, y ambas muchedumbres tropiezan con nosotros; pero Blasco no parece advertirlo, y es como una roca plantada en el centro de un río.

Son las seis de la tarde.

Varias veces intento colocar una frase en la polifacética y ardiente peroración de quien –por esta vez– no puedo llamar “mi interlocutor”, y fracaso, porque en aquel monólogo brillantísimo no hay suturas. Además, Blasco Ibáñez no me oye; yo, por el ningún efecto que mis palabras le producen, comprendo bien que no me oye. El gran novelista, siempre expansivo, desbordante siempre, ya que no puede descargar su espíritu escribiendo, lo alivia hablando, y pone en su verbo la vehemencia que inflama su pluma. En aquellos momentos yo soy para él “una cuartilla”.

Blasco Ibáñez me refiere su viaje triunfal por Estados Unidos, el país donde, al fin, bajo un bosque de laureles, rindió a la Fortuna; y luego me lleva a Méjico y a Niza..., y, mariposeando de tema en tema, recuerda a Musset, y tiene para el D’Annunzio de las aventuras galantes unas frases de ironía, y, finalmente, se emociona ante la primavera eterna de Víctor Hugo, cuya vida sentimental, hasta ahora insospechada, ha descubierto un erudito.

Blasco Ibáñez ríe, subraya sus palabras con grandes gestos meridionales, y cuando pasa una mujer bella, la sigue con el rabillo del ojo. De pronto, me estrecha la mano y se va.

En el desaparecido reloj de la plaza de Cataluña suenan las ocho.

Todavía –escribía yo en una crónica que por entonces envié a *El Imparcial*– me hallo bajo la impresión de este hombre extraordinario, que hablando para mí –¡sólo para mí! – acaba de escribir un libro.

Cuando Blasco se reintegró a la Costa Azul ya no vivía en Niza. Poco antes había trasladado su residencia al puertecillo de Menton, en la misma frontera franco-italiana.

Otros cinco volúmenes escribió (o preparó con materiales escritos anteriormente) en su nueva residencia de la Riviera, entre los años de 1921 y 1923: *El préstamo de la difunta*, *Novelas de la Costa Azul*, *El paraíso de las mujeres*, *La tierra de todos* y *La reina Calafia*.

“El préstamo de la difunta” –en la que anunciaba como novelas en preparación diez obras de las que sólo tres llegaron a publicarse, al menos con los mismos títulos<sup>16</sup>– es una novela corta de ambiente sudamericano que encabeza un volumen integrado por otras trece narraciones, entre ellas “Noche servia”, “Las plumas del caburé”, “La vieja del cinema” y “La sublevación de Martínez”.

Otro grupo de narraciones breves son las *Novelas de la Costa Azul*, donde encontramos “El sol de los muertos”, “Puesta de sol”, “El viejo del Paseo de los Ingleses” y otros relatos concentrados cuya maestría nos recuerda al vigoroso cuentista de *La condenada*.

La primera novela “de volumen”<sup>17</sup>, después de las “de guerra”, fue *El paraíso de las mujeres*, obra que constituye una excepción en el tono naturalista del maestro.

En el prólogo que figura al frente de la primera edición española<sup>18</sup> Blasco consideró necesario dar una explicación sobre el origen de este libro.

---

<sup>16</sup> Estas “novelas en preparación” eran *El águila y la serpiente*, *La ciudad de todo el mundo*, *El paraíso de las mujeres*, *Camaleón City*, *La diosa de las dos caras*, *Los primeros hombres blancos*, *La voluntad de vivir*, *A los pies de Venus*, *La casa de todos* y *La colina roja*. (N. del A.)

<sup>17</sup> Expresión muy habitual de Blasco Ibáñez: “Yo soy un novelista de volumen” solía decir cuando quería aludir a su aliento de gran trabajador de la pluma. (N. del A.)

<sup>18</sup> Editorial Prometeo, 1922.

En 1921, a raíz del éxito obtenido en la pantalla por la adaptación de *Los cuatro jinetes*, cierta entidad cinematográfica le había pedido una novela expresamente para convertirla en film, recomendándole que fuera muy interesante. Blasco Ibáñez declaraba sus grandes simpatías por el séptimo arte, y decía que no lo consideraba como un teatro mudo, sino cual una novela expresada por medio de imágenes y frases.

Así produjo *El paraíso de las mujeres*.

Esta historia fantástica, que se despega por completo de mis novelas anteriores –añadía–, no ha nacido verdaderamente ahora, pues data de los tiempos de mi infancia. Desde que leí, siendo niño, los *Viajes de Gulliver*, el recuerdo de Liliput y sus pequeños habitantes se fijó para siempre en mi memoria. Muchas veces me pregunté en aquellos años ya remotos: ¿Qué habrá ocurrido en Liliput después que se marchó el héroe de Swift?... Y me entretenía imaginando a mi modo los divertidos episodios de la historia contemporánea de los pigmeos. Ahora, en la madurez de mi vida, he intentado otra vez rehacer la historia moderna de Liliput, pero como puede realizarlo la fantasía de un hombre, menos optimista y generosa que la de un niño. Yo la escribí creyendo que únicamente iba a servir para la producción de una cinta cinematográfica y jamás aparecería en forma de libro. En realidad, la casa editorial de Nueva York no me pidió una novela, sino lo que llaman en lenguaje cinematográfico un “escenario”, un relato escueto y de pura acción, para que sirva de guía al director de escena, a los encargados de las tramoyas y a los actores que interpretan los personajes. Pero, excitado por la novedad, empecé a escribir y escribir, sin darme cuenta de que en vez de un “escenario” producía una novela, y en veintinueve tardes terminé *El paraíso de las mujeres*.

Mostrará curiosidad el lector por saber si hubo *film* y éxito de pantalla. Pues bien; lo extraordinario del caso en esta obra escrita expresamente para ello es que la imaginación de Blasco Ibáñez voló los límites alcanzados por la ingeniería norteamericana de la época en la invención de fantasías fotográficas, por lo que no hubo medio de que se proyectara en el lienzo luminoso, al propio tiempo que la enormidad del gigante-protagonista, la bulliciosa pequeñez de las muchedumbres que pueblan la Ciudad Paraíso de las mujeres.

Pero las relaciones de Blasco con el cine no siempre fueron simplemente las de un autor más o menos famoso a quien le adaptan algunas de sus obras y que percibe por ellas determinados derechos.

El cine representó en un momento dado de su vida otra de sus aventuras, por fortuna breve y sin grandes consecuencias; pero a la que Blasco se

entregó con el irreflexivo optimismo y la dinámica energía que ponía en todas sus empresas.

Recuerdo que hacia 1915 encontré en Valencia a Julito Blasco, el maglorado y simpatiquísimo hijo tercero del gran novelista, y por él tuve las primeras noticias de las nuevas actividades de su padre. En plena guerra y simultaneándolo con su labor de propaganda francófila, Blasco había fundado en París una empresa productora de películas. Con unos años de anticipación parecía presentir los grandes éxitos populares y financieros que debía procurarle el todavía llamado, a la sazón, “séptimo arte”. Por aquellas fechas apareció en Sevilla una compañía cinematográfica completa –fotógrafos, artistas, operadores, figurantes, etcétera–, que filmó *Sangre y arena*, con escenario adaptado por el propio autor de la novela. De entonces data ese célebre retrato donde Blasco aparece en busto de perfil y con el blanquísimo cuello de la camisa sport desbordando por sobre la chaqueta.

No hay que confundir esta versión cinematográfica de *Sangre y arena* con la que se impresionó en California y que tuvo por “galán” a Rodolfo Valentino. Este, que tan enorme popularidad alcanzó en el mundo del cine, fue realmente una “creación” de Blasco Ibáñez, el cual influyó cerca de los productores americanos para que le concedieran el papel protagonista en *Los cuatro jinetes* cuando Valentino todavía era un principiante.

En poco estuvo –volviendo a la empresa cinematográfica parisiense de Blasco– que la aventura acabase en tragedia: ya se habían impresionado bajo la dirección personal de don Vicente varias películas<sup>19</sup> cuando un incendio iniciado en el taller de copias lo destruyó todo, y el propio Blasco no logró escapar de entre las llamas sino por verdadero milagro.

Al repasar estas pintorescas relaciones de nuestro personaje con el cine, algún lector puede preguntarse, por asociación de ideas, si, por otra parte, el novelista mantuvo alguna relación con el teatro.

Vamos a satisfacer, con mucho gusto, esta eventual curiosidad.

Blasco Ibáñez no escribió más que una sola obra para el teatro: accidente de su juventud que ya hemos señalado en lugar oportuno. Tenía veintisiete años (era en 1894) cuando estrenó en el teatro Apolo, de Valencia,

---

<sup>19</sup> Entre ellas una con temas de guerra y “escenario” escrito ex profeso por el insigne novelista (*La vieja del cinema*, que figura entre las novelas cortas que completan el volumen encabezado por *El préstamo de la difunta*). (N. del A.).

un drama titulado *El juez*. Fue representado por la compañía de Wenceslao Bueno, de la que era segundo galán el joven Fernando Díaz de Mendoza, y obtuvo buen éxito. Detalle doloroso e inolvidable para Blasco: en la misma noche del estreno, mientras contemplaba desde un palco el desarrollo de la representación, se le acercaron unos amigos para comunicarle la muerte de su madre.

Esta tentativa teatral no obedecía, ciertamente, a la más mínima vocación, puesto que está fuera de duda que Blasco no “sentía” el teatro, lo que no le impidió, llegado el caso, autorizar siempre la escenificación de sus novelas, dejando a quienes se lo proponían en absoluta libertad de acción.

La novela y el teatro los consideraba géneros muy distintos y su manera de manifestar un profundo respeto hacia unas aptitudes que estaba convencido de no poseer consistía en no inmiscuirse, de cerca ni de lejos, en ninguno de los trabajos teatrales basados en alguna de sus novelas.

En tales condiciones de absoluta libertad para el adaptador teatral, el poeta Eduardo Marquina hizo de *Los enemigos de la mujer* una comedia, estrenada con éxito en Madrid. Protagonista femenino de la obra era Mercedes Pérez de Vargas. *Los cuatro jinetes* pasaron a la escena en una truculenta adaptación de Luis Linares Becerra, cultivador del drama policíaco. *Sangre y arena* se convirtió en una zarzuela con letra de Jover y Castilla, y música de los maestros Luna y Marquina. De *La barraca* extrajo un drama José Jerique, quien también adaptó *La catedral*, en colaboración con Vicente Serrano Clavero. Zarzuelas fueron, como *Sangre y arena*, *La horda*, por obra del poeta Dionisio Laguía Lliteras y del músico Rafael Calleja; *Cañas y barro*, del ya citado Serrano Clavero, con música de Mariano Pérez Sánchez.

Estas son todas las adaptaciones españolas de que tenemos noticia. Añadamos que en Francia se representó un drama lírico de Georges Hue, inspirado en *La catedral* (“Dans l’ombre de la Cathédrale”); y que el Grand Théâtre de Montecarlo dio, ya fallecido el novelista, una comedia de Mme. Henry Ferrare, basada en *Entre naranjos*.

Pero Blasco Ibáñez siempre creyó que el camino del verdadero teatro no estaba en la adaptación de obras novelescas, del mismo modo que tampoco creía que el cine pudiera hacer nada interesante buscando sus argumentos en las comedias puramente teatrales.

Si el cinematógrafo me interesa tanto –decía Blasco– es porque, al revés de lo que piensan muchos, no tiene nada que ver con el teatro. Así se

explica el hecho de que las comedias filmadas aburran al público, cuando, por el contrario, las novelas cinematográficas le encantan. ¿Qué es una película? Una novela expresada en imágenes. El teatro es víctima de su limitación de espacio. Es preciso que todo pase en la escena, y sólo pueden pasar muy pocas cosas a la vez. En las novelas, como en las películas, se pueden desarrollar a un mismo tiempo varias historias, cuyo campo de acción se halla en los parajes más diversos y que al final convergen en un desenlace único, en una acción común. A cada instante es factible cambiar de lugares y de personajes, lo que únicamente puede permitirse uno en el teatro de una manera muy restringida. Además, una obra de teatro tiene a lo sumo cinco actos, con algunos cuadros suplementarios, si se quiere. Una obra cinematográfica goza de la misma libertad que una novela para multiplicar escenas y decoraciones al antojo del autor, consiguiendo la completa realización del efecto pretendido por aquél.

Pero volvamos a la Costa Azul para decir que la mejor obra de la etapa 1921-1923 es, sin duda, la que lleva por título *La tierra de todos*. Contiene magistrales descripciones de las tierras australes argentinas que habían presenciado las actividades colonizadoras del novelista; la muchedumbre cosmopolita que afluye a Río Negro para roturar y fertilizar terrenos vírgenes desde la formación del mundo sirve de fondo a un escenario donde la “mujer fatal” siembra la discordia a su paso, provocando la rivalidad de los hombres. Y, dato curioso, así como la versión cinematográfica de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* había servido para revelar a Rodolfo Valentino (intérprete también en la pantalla del Gallardo de *Sangre y arena*), la adaptación de *La tierra de todos*, presentada con el título de *The Temptress, La tentadora*, le valió a Greta Garbo, intérprete de la protagonista, uno de los primeros éxitos de su carrera.

De febrero a mayo de 1923, Blasco escribió, además, *La reina Calafia*, obra que en el ánimo de su autor presentaba cierta novedad desde el punto de vista de la técnica novelesca, puesto que, siendo una obra de acción moderna, constituía a la vez una evocación del pasado (la legendaria California, sus extrañas Amazonas, vieja materia de un famoso libro de caballerías...), y estudiaba por gradaciones sucesivas la evolución completa de un ambiente.

El nuevo procedimiento novelesco era a modo de un boceto del que Blasco había de aplicar posteriormente a *El Papa del mar* y sus otras novelas históricas de la última época.

*La reina Calafia* siempre me ha recordado, en la parte que corresponde a su acción moderna, el clima y los amantes de *Entre naranjos*, la novela valenciana que yo releí tantas veces en mi juventud y que pareció servirme de involuntaria transición para pasar de las austeras “sencilleces” de Víctor Hugo o de Emilio Zola a las complicaciones psicológicas de *Il fuoco* y otras creaciones de Gabriel d’Annunzio.

El aire de la vega californiana se parece allí un poco al de Alcira, la Alcira de *Entre naranjos*, aunque *La reina Calafia* no presente ninguna página tan vigorosa como las de la “inundación”. La protagonista, Concha Cevallos, reencarnación moderna de la legendaria reina, se asemeja mucho a Leonora, la inolvidable cantante de *Entre naranjos*; y, en conjunto, el tono sentimental y la tragedia sin sangre con que termina la novela, todo contribuye a despertarnos el recuerdo de aquella obra del ciclo valenciano. Para la bella embajadora, “el amor tampoco pasa más que una vez en la vida”.

Viaje alrededor  
del mundo



# VIAJE ALREDEDOR del MUNDO

## (1923)

La residencia fija, el punto de amarre del novelista, se hallaba entonces en las afueras de Menton, “en una avenida que, arrancando del borde del Mediterráneo, serpentea por la falda de los Alpes Marítimos, orlada de verjas y vallas campestres. Apenas cierra la noche, esta calle, abierta entre dos masas de árboles que ocultan los edificios, queda silenciosa como un sendero de bosque. Parece oírse el latido y la respiración de la Naturaleza en reposo”<sup>20</sup>.

Esta finca, que Blasco rodeaba de edificios según sus caprichos arquitectónicos, de estanques donde nadaban pececillos parecidos a flores vivas, de palmeras y eucaliptus, domina el camino. En la fachada, el nombre de la clara y alegre residencia: *Fontana Rosa*.

Allí vivió Blasco sus últimos años y allí alcanzo la hora de su muerte.

¿Qué cosa nueva podía apetecer este hombre de tan tumultuoso y dinámico pasado?

Tenía un hogar feliz. Gozaba de la mayor independencia.

Se hallaba sano y joven. Le aureolaba una notoriedad universal. Se absorbía dichoso en su trabajo.

¿Qué cosa nueva podía desear aquel infatigable arquetipo de hombre de aventura?

Pues a Blasco Ibáñez se le ocurrió una buena mañana emprender nada menos que un viaje de circunnavegación planetaria, tomando puesto en un palacio flotante ocupado por millonarios curiosos de conocer las tierras y los mares más importantes.

---

<sup>20</sup> *Novelas de la Costa Azul.*

Seis meses tenía que durar aquel periplo que iba a fructificar en la obra del escritor, con tres volúmenes de un nutrido relato de viaje titulado *La vuelta al mundo de un novelista*.

En el proemio de su relación, Blasco Ibáñez explica el cómo y el porqué de su nueva aventura. Oigamos al novelista en un magnífico trozo autobiográfico:

Una de las primeras mañanas del otoño de 1923. Estoy sentado en un banco de mi jardín de Mentón. Árboles, estanques, arbustos floridos, pájaros y peces parecen esta mañana completamente distintos a los que veo diariamente.

Algo sobrenatural anima cuanto me rodea, como si durante la noche se hubiesen trastornado los ritmos y los valores de la vida. El jardín me habla. Esto no es extraordinario. También los muebles nos hablan en las habitaciones cerradas cuando estamos a solas con ellos, en momentos críticos de nuestra existencia. En fuerza de mirar las cosas inanimadas y los seres de vida rudimentaria, acabamos por poner en ellos una parte de nosotros mismos, con los ojos y con el pensamiento. Luego, cuando las emociones nos empequeñecen y necesitamos consejo o auxilio, este mundo familiar y al mismo tiempo extraño nos devuelve de golpe el préstamo que le hicimos día a día.

Balancen los túneles de rosales sus flores recién abiertas por la primavera otoñal. Pájaros de todas clases sostienen una lucha sonora de gorjeos flautinos en las alturas de la arboleda, oasis aéreo que les sirve de refugio contra los aguiluchos y gavilanes diurnos o las aves de presa de la noche, ocultas en la vecina muralla, roja y gigantesca, de los Alpes Marítimos. Los peces coleean inquietos en el agua cargada de sol, como si persiguiese a sus mismas sombras que se deslizan por el fondo verdoso de estanques y fuentes. Cantan los surtidores de agua al desgranar en el aire sus sartas de blancas perlas. Los abanicos verdes de plátanos y palmeras dejan caer las últimas lágrimas del rocío matinal. Y toda esta naturaleza cándida, fresca y pueril como la luz rosada de la aurora, me pregunta a coro:

– ¿Por qué te vas?... ¿Es que te encuentras mal entre nosotros?...

Vuelvo mis ojos por toda respuesta hacia el mar violeta, que tiembla bajo los flechazos del sol más allá de la columnata de árboles.

– Quédate –dice la orquesta murmurante del jardín–; vas a perder nuestras flores y nuestros frutos, los dulces atardeceres del otoño, la compañía serena y luminosa de los libros. El plátano tropical, que sólo fructifica en contados lugares de Europa, descuelga para ti, en ese rincón asoleado entre el mar y la montaña, sus pesados racimos. Si te alejas, otro co-



Otras dos instantaneas de la vuelta al mundo.  
En un paisaje típico nipón, con tres niños japoneses.



Paseo pintoresco a través de Hong-Kong.

merá los encorvados frutos, ahora verdes y luego dorados, que lentamente van cociendo bajo el fuego solar su pulpa de miel.

Alguien acaba de llegar con silencioso paso, sentándose junto a mí, en el banco de azulejos que representa antiguas danzas valencianas.

Nadie más que yo puede verle. Lo conozco. Me ha seguido siempre como un esclavo, compañero de penas e ilusiones, que llevase el pie metido en el otro extremo de mi cadena.

Acabo de sentir ese desdoblamiento interior que todos conocemos en momentos difíciles de nuestra vida. Es una mitad de mí mismo lo que acaba de sentarse a mi lado. Su rostro es agresivo y hablan por su boca la duda y la ironía.

Sus primeras palabras son para reproducir la misma pregunta que continúan repitiendo tenazmente los rumores del jardín. Pero mi otro yo me habla con menos miramientos.

– ¿Por qué te vas? ¿Qué puedes conseguir realizando tu infantil deseo de hacer un viaje alrededor del mundo?...

“Si sientes curiosidad por conocer los pueblos lejanos, no tienes más que entrar en tu biblioteca, que está a pocos pasos. Allí, entre veinte mil volúmenes, encontrarás muchos que, con la ayuda de la imaginación, te harán ver ciudades y paisajes tal vez más interesantes que cual son en la realidad.

“Se comprende el viajero de siglos remotos, un Benjamín de Tudela, un Marco Polo. Iban a descubrir y a contemplar lo que nadie había visto, y para obtener este resultado bien valían la pena cuantos sufrimientos y aventuras tuvieron que arrostrar. Pero ahora, un hombre amigo de la lectura no necesita moverse para conocer los países. A centenares se han molestado otros hombres para él, realizando dichos viajes y escribiéndolos después.”

Intento contestar a mi propio fantasma, pero éste continúa hablando con un tono cada vez más severo.

– Piensa en los peligros. Tú ya no eres joven, bien lo sabes; pero, como todos los imaginativos, procuras olvidarlo y te empeñas en trastornar los períodos fijos de la vida, prolongando los entusiasmos, las ilusiones y las credulidades pasionales de los veinte años.

“Es cierto que el progreso humano da cada vez mayor seguridad a los que pasean por la tierra, desminuyendo los naufragios y las colisiones terrestres, pero existen las enfermedades, los rudos cambios de clima, las epidemias que resultan permanentes en los pueblos-hormigueros de Asia, el cólera, la peste bubónica, el vómito negro... Recuerda también las catástrofes ciegas e injustas de una naturaleza que nos ignora. Hace un mes, un temblor de tierra casi ha borrado las principales ciudades del Japón,

adonde tú quieres ir. En unos minutos ha suprimido más de un millón de vidas.

“¿Quién eres tú para lanzarte a través de mares y continentes, con la misma tranquilidad que te paseas por los rincones floridos de tu jardín? Unos cuantos kilos de sangre, de músculos y huesos, que para distinguirse de otros paquetes semejantes ostenta un rótulo propio, como todos ellos: un amontonamiento provisional de células que se llama Blasco Ibáñez, y tiene una memoria que le permite acordarse de los hechos pasados y sacar deducciones de ellos que le guíen en el presente y le sirvan de base para fantasear sobre el porvenir. La tierra no sabe que existes, como ignora igualmente a los mil ochocientos millones de parásitos de tu misma especie que viven sobre su costra. Basta que se estremezca su epidermis en los lugares predispuestos a este pequeño escalofrío, para que cambie el equilibrio político del mundo. ¡Y tú te confías a la bondad de este globo, que cuando siente de vez en cuando la picazón producida por las agitaciones, las guerras o los grandes trabajos de los humanos, pasa sobre nosotros el peine de sus cataclismos!...

“No olvides que te restan menos años de existencia que los que llevas ya vividos, y lo prudente es quedarse quieto en el rincón planetario donde transcurrió la mayor parte de tu historia individual y en el que tienes relativamente asegurada la tranquila prolongación de esa misma existencia. Lo más cuerdo en el hombre –piense como piense– es alargar su vida por todos los medios defensivos y conservadores que encuentre a su alcance.

“¡Si a los menos pudiéramos conseguir viajando el olvido de nuestras penas!... Pero acuérdate de Horacio: “La negra preocupación monta a la grupa del jinete”. Por eso, según el poeta latino, aunque te instales en el buque más veloz y éste navegue sin descanso por todos los mares, las mismas cosas que te afligen aquí irán contigo alrededor del planeta.”

Como finalmente mi hostil compañero hace una pausa, yo me apresuro a hablar.

– Ahora es el momento propicio para mi viaje. Si tardo en emprenderlo vendrá la vejez, y con ella los achaques que debilitan nuestros órganos vitales y agarrotan reumáticamente nuestros músculos.

“Hay que conocer por completo la casa en que hemos vivido, antes de que la muerte nos eche de ella. Recuerda que desde mis primeras lecturas de muchacho sentí el deseo de ver el mundo, y no quiero marcharme de él sin haber visitado su redondez. Ten en cuenta, además, la voluptuosidad del movimiento, las embriagueces de la acción, la ardiente curiosidad de contemplar de cerca, con los propios ojos, lo que se leyó en los libros. Tal vez sufra grandes desilusiones y lo que imaginé sobre las páginas impresas resulte más hermoso que la realidad. Pero siempre me quedará el placer de haber llevado una existencia bohemia a través del mundo.

“Piensa que voy a atravesar ocho mares, de un extremo a otro –el Océano Atlántico, el mar de las Antillas, el Océano Pacífico, el mar de Japón y el de la China, el Océano Indico, el mar Rojo, el Mediterráneo–; que voy a navegar por los tres cursos fluviales más famosos de la historia humana, cuyas aguas sirvieron de leche materna a las primeras civilizaciones: el río Amarillo, el Ganges y el Nilo. Deseo ver razas, costumbres y ciudades distintas de esta Europa, cuyos pueblos, monótonamente unificados, sólo se diferencian por el odio que inspira la vanidad patriótica, por la guerra y la política. Si tardo unos años, me será imposible emprender este viaje. ¿Y tú te opones –evocando y agrandando peligros– a que realice el mayor deseo de mi vida?...

“Mi otro yo sonríe irónicamente, y se extiende por su rostro la palidez verdosa de la envidia. Ha desistido de infundirme la duda que ablanda nuestra voluntad y nos hace abandonar los propósitos más firmes. Adivino que ahora va a someter mi proyecto a una crítica mordaz.

– Tu viaje es demasiado rápido –dice con mansedumbre hipócrita–. Si durase varios años, tal vez sería respetable; pero ¿dar la vuelta al mundo en unos cuantos meses! ¿Qué vas a ver? ¿Qué podrás contar?...

“Bien sé que el perfeccionamiento de los medios de comunicación agranda ahora considerablemente el valor de los días y los años. Julio Verne relató como empresa extraordinaria un viaje alrededor del mundo en ochenta días. Hoy se puede dar la vuelta a nuestro planeta en menos tiempo. Tú vas a emplear en ello seis meses, pero de todos modos verás personas y cosas como en una representación cinematográfica. Sólo podrás apreciar el aspecto exterior de los pueblos; no alcanzarás a poseer el más leve destello de su alma. ¿Para qué cansarte con tan mediocre resultado?

A mi vez creo llegado el momento de hablar duramente.

“El artista sólo necesita ver una parte de la verdad. El resto de la verdad lo adivina por inducción, y las torres afiligranadas que levanta con su fantasía son casi siempre más fuertes y duraderas que los edificios de mazacote, escrupulosamente cimentados, que construye la grisácea realidad. ¿Quién puede, además, marcar dónde terminan los límites de una exacta observación? Muchas veces, después de vivir largamente en un país, cuando nos marchamos de él, saturados de su esencia y creyendo que ya lo sabemos todo, es cuando nos ofrece las facetas más inesperadas y nuevas.

“Me bastan esos meses de que hablas para que mi viaje resulte interesante. Un hombre de nuestra época, si es aficionado a los libros, sabe de antemano gracias a sus lecturas lo que va a ver cuando emprende un viaje, y sólo necesita comprobar por medio de sus ojos, con una visión puramente individual, lo que tantas veces contempló imaginativamente en las hojas de los volúmenes impresos.



Instantánea de la vuelta al mundo.

Pekin. Un patio del famoso  
 palacio imperial, en la  
 antigua ciudad Prohibida.  
 Como sabe el lector, hasta hace  
 pocos años existía en el  
 centro de Pekin una segunda  
 ciudad con murallas, ocupada  
 por los eunucos y llamada  
 Prohibida por que ningún extranjero  
 podía entrar en  
 ella. Después del derrocamiento  
 de la dinastía, el nuevo  
 gobierno permite la visita  
 de los palacios y jardines.

Texto autógrafa del propio novelista.

“Tú olvidas, además, cómo somos muchos novelistas. Nuestra observación resulta instintiva. Observamos contra nuestra voluntad. Somos aparatos fotográficos con el objetivo siempre abierto y tomamos cuanto nos rodea de un modo maquinal. Esto hace que lo que no vemos en el primer momento ya no logramos verlo después, por más que nos esforcemos.

“Yo he escrito novelas cuya acción se desarrolla en ciudades que sólo vi durante unos días, y muchos lectores se imaginaron, después de conocer mis descripciones, que había vivido en ellas meses y aun años. Somos como ciertos tiradores “repentistas”, que si se entretienen mucho en apuntar no dan en el blanco. Necesitan tirar instintivamente, guiándose por la voluntad más que por los ojos.

“No todos los que describen la vida usan los mismos procedimientos para romper la coraza invisible que nos opone la realidad, deseosa de que no la cautivemos. Unos proceden pacientemente, con una labor lenta de perforación. Yo soy de los que producen por explosión. Mi trabajo resulta semejante al del torpedo que parte vertiginosamente: unas veces toca en el blanco deseado, otras se pierde sin éxito en el vacío; pero cuando estalla lo hace con una brevedad instantánea y tumultuosa.

“Solo voy a viajar como novelista. No pienso escribir estudios políticos ni económicos sobre los países por donde pase. Contaré lo que vea y lo contaré a mi modo, como el que describe las personas y los paisajes de una fábula novelesca, sólo que ahora los seres y las cosas conservarán los mismos nombres que llevan en la realidad.

“Unas palabras más y termino, malhumorado compañero. Dure lo que dure, mi viaje siempre resultará más interesante que la inmovilidad en este rincón agradable de la tierra. Mejor es dar la vuelta al mundo en unos cuantos meses que no darla nunca.

“Debo confesar que en este periplo mundial que preparo hay un poquito de orgullo literario. Algunos marinos y diplomáticos españoles realizaron viajes de circunnavegación del planeta; pero fueron viajes que pueden llamarse “oficiales”, con observaciones y curiosidades casi siempre de carácter profesional. Después que el judío hispánico Benjamín de Tudela salió en el siglo XII (hace ochocientos años) a explorar el mundo conocido de oídas por los hombres de la Edad Media, y consignó en un libro sus correrías hasta la India, yo voy a ser uno de los cantadísimos escritores españoles que habrán repetido espontáneamente la misma empresa, aunque con ello no haré más que imitar lo que realizan todos los años buen número de autores ingleses y norteamericanos y de damas de los mismos países aficionadas a la literatura. Pretendo escribir un libro que encierre en sus páginas el rebullir de los pueblos-colmenas del Extremo Oriente; la soledad majestuosa de los océanos, guardadores de las fuerzas renovadoras

del planeta; la melancolía histórica de las grandes civilizaciones, muertas o agonizantes.”

Después que digo esto se abre un largo silencio. El jardín va acallando sus rumores bajo la pesadez del sol, cada vez más alto. Mi interlocutor calla también.

– ¿Tienes algo más que decirme? –le pregunto.

Él insiste en su mutismo, enfurruñado y hostil; un silencio de adversario que se confiesa vencido momentáneamente, pero pone su confianza en la fatalidad, esperando que le ayudará en lo futuro.

– Entonces, ahí te quedas. Te dejo sobre este banco, como algo que me estorba para seguir adelante... ¡Empieza el viaje!”

Y el viaje comenzó por Nueva York, a bordo del *Franconia*, costeano la Florida, visitando La Habana, Panamá, las costas del Pacífico, las islas Hawai, Honolulu, el Japón, la China inmensa, Macao, Filipinas, la isla de Java, la India misteriosa y remota, con la ciudad santa de Benarés; Ceilán, Bombay, Agra y Delhi, antiguas capitales del Gran Mogol; Sudán y Nubia, tierras de las reinas de Saba, y las ciudades muertas de Egipto.

Durante este viaje, Blasco abandonó en varias ocasiones su camarote del *Franconia* para internarse, con otros compañeros de a bordo, por las tierras que iban visitando. Dejaban al buque-palacio en un puerto e iban a recogerlo en otro muy distante, cruzando por tierra los países.

A la vez que describe, Blasco evoca, y, a tenor de los paisajes y de los pueblos, van surgiendo en el relato remotos navegantes, dioses, guerreros, religiones, sectas, costumbres, todo un resumen de la vida planetaria descrita sin minuciosidades enfadosas y con extraordinario colorido.

En esta obra, no novela, es donde Blasco ha puesto, tal vez, sus mejores cualidades de novelista. Hay en todas sus obras la resurrección panorámica de alguna correría realizada por el autor. *Los argonautas*, por ejemplo, es un verdadero relato de viaje condimentado con evocaciones del Descubrimiento y con una salsa novelesca, aperitiva de otras acciones que iban a sobrevenir en relatos sucesivos.

Pero en *La vuelta al mundo de un novelista*, la ficción no existe. Realmente, no hace aquí falta esa ficción para cautivar el interés del lector. Y no resulta exagerado decir que su lectura nos traslada a los parajes que se describen; a la media hora, la lectura es una suplantación de la realidad, un engaño de los ojos. Vemos, olemos, tocamos todo lo que este genial ilusionista quiera mostrarnos desde el papel impreso; y al cerrar la última página de la obra, no precisaría la imaginación de un Balzac para hablar de las

mil impresiones transmitidas por esta narración, como de cosas que se nos hubiesen quedado reveladas directamente y como si, además de verlas por nuestros propios ojos, *hubiéramos sabido verlas* con el golpe de vista genial del escritor.

Seis meses duró aquella “excursión” de potentados, como estaba previsto.

Y cual lo hiciera al principio con las emociones de la marcha, el propio viajero va a contarnos ahora las emociones del regreso<sup>21</sup>.

Viene por el Sur de Italia. Cada parpadeo rojo en la sombra de la noche le representa una evocación histórica o literaria: Elba, Monte-Cristo, Caprera...

Quando despierto a la mañana siguiente –nos dice Blasco Ibáñez– noto que el buque permanece inmóvil. Miro por el ventano del camarote y veo frente a mí el Casino de Monte Carlo.

Permanezco dudando unos momentos: ¿Será verdad mi viaje alrededor del mundo, o lo he soñado y acabo de despertar?...

Las exigencias del desembarco cortan mis vacilaciones. Bajamos a tierra.

Quedo en el muelle con veintitrés cajas grandes y varios bultos de mi equipaje. Los desocupados y los funcionarios de la Aduana contemplan con risa y asombro toda mi impedimenta. He ido adquiriendo vajillas enteras, trajes exóticos, imágenes de diversas religiones, libros, espadas, lanzas, metales repujados, ¡que sé yo!...

Abandono todo esto a los que vinieron a recibirme y subo en mi automóvil la cuesta que conduce a Monte Carlo.

¡Todo está igual!...

Saludo a dos damas...

– ¿De dónde viene usted? –me pregunta una de ellas–. Hace mucho tiempo que no le vemos.

– De dar la vuelta al mundo. Acabo de desembarcar.

Las damas sonríen con alegre incredulidad; pero luego recuerdan haber leído algo de este viaje en los periódicos.

Un ambiente de curiosidad rodea instantáneamente al novelista. Amigos, conocidos... Todos quieren saber qué es lo que considera más interesante de su viaje.

“– Lo que he aprendido –dice Blasco Ibáñez– no es alegre ni tranquilizador. Creo que existe en el mundo más gente que nunca. Los ade-

---

<sup>21</sup> Páginas finales de *La vuelta al mundo de un novelista*.

lantos de la higiene y la facilidad de los transportes han evitado una gran parte de las matanzas, las epidemias y las hambres que formaron siempre nuestra pobre historia humana. Somos cada vez más numerosos sobre la corteza de nuestro planeta, y esto resulta inquietante, pues los alimentos no se multiplican con la misma rapidez. Podría hacer un resumen brutal diciendo que más de la mitad de los hombres viven sufriendo hambre. Nosotros los blancos llevamos la mejor parte ahora, pero ¿y si algún día los centenares de millones de asiáticos encuentran un jefe y un ideal común?... Este viaje ha servido para hacerme ver que aún está lejos de morir el demonio de la guerra. He visto futuros campos de batalla; el Pacífico, la China, la India, ¡quién sabe si Egipto y sus antiguos territorios ecuatoriales! Esos choques futuros puede ser que aún los presenciemos nosotros, y si nos libramos de tal angustia, los verán seguramente las próximas generaciones... ¡Tantas cosas como podrían evitar los hombres si dedicasen a ello una buena voluntad!

Todos los hombres son lo mismo, y nuestros progresos puramente exteriores, mecánicos y materiales. Aún no ha llegado la gran revolución, la interior, la que inició el cristianismo sin éxito alguno, pues ningún cristiano practica sus enseñanzas. Lo que he aprendido es que debemos crearnos un alma nueva y entonces todo será fácil. Necesitamos matar el egoísmo, y así, la abnegación y la tolerancia, que ahora sólo conocen unos cuantos espíritus privilegiados, llegarán a ser virtudes comunes a todos los hombres.”



Los últimos años



CAPÍTULO SÉPTIMO

# LOS ÚLTIMOS AÑOS

(1923-1928)

En el curso de este libro se ha hablado de la etapa en que Blasco intervino ardientemente en las luchas políticas de Valencia.

Contra lo que pudiera suponerse, estas luchas alcanzaron su apogeo, no entre bandos de ideología contraria, sino en las contiendas entre republicanos de análogo cuño y, más concretamente, entre las facciones acaudilladas, de un lado por Blasco Ibáñez y de otro lado por Rodrigo Soriano, cuando éstos, grandes amigos y correligionarios al comienzo, se separaron para combatir con una saña que, por ambas partes, llegó a los mayores excesos.

Pero pasaron los años.

Blasco se había retirado, como hemos visto, de la política activa, olvidándola o queriendo olvidarla en sus trabajos de escritor y en sus aventuras viajeras, mientras que Soriano siguió ejerciéndola en puestos destacados de la política nacional y, muy singularmente, en la oposición periodística y parlamentaria.

Aquellas luchas dejaron, sin embargo, una huella profunda en Valencia. Para un valenciano de la época, el “blasquista” era un adversario irreconciliable del “sorianista”. Y viceversa, naturalmente. Yo —lo dije al principio— era blasquista desde la cuna, casi biológicamente, por herencia de familia. Ni me envanezco ni me arrepiento de esta condición que siempre he procurado llevar con la mayor resignación y tolerancia.

A pesar de mi “blasquismo”, y sin deslealtad alguna para con Blasco, he aquí cómo las circunstancias me llevaron a conocer y a tratar durante una breve temporada a Rodrigo Soriano, el terrible adversario tradicional, “el caudillo” de los enemigos irreductibles.

Era en París, hacia 1926. Armando Mook, comediógrafo chileno, que pertenecía como agregado cultural a la Legación de su país en París, me había citado para almorzar en Pocardí, el conocido restaurante italiano de los grandes bulevares. Armando, con quien me unía una estrecha amistad, me había advertido que nos acompañaría a la mesa un “rico tipo” muy ameno, compatriota mío y exdiputado, al que acababa de conocer y que quería presentarme.

Acudí al lugar de la cita al filo de mediodía, hora del almuerzo parisien- se. En aquel tiempo, para acceder a los comedores de Pocardí, instalados como ahora en el primer piso, no existía la actual escalinata, con su típico descansillo en el diminuto bar americano. Los clientes penetraban en un zaguán, falsamente ampliado por grandes espejos, e iban subiendo a los comedores, mediante un ascensor sólido y espacioso, pero que, por defecto de ciertas obras que se estaban ejecutando, se hallaba montado al desnudo y sin la correspondiente caja protectora.

Ya abundaba la clientela a la espera de ir subiendo. Vi de una ojeada que Armando no andaba todavía por allí. Tampoco estaba en el portal. Me decidí, pues, a esperar mi turno para el ascensor y a enterarme, por el *maître*, de qué mesa nos tenía reservada.

Casi todos los que nos encontrábamos en el zaguán mirábamos maquinalmente hacia lo alto del muro para ver cómo bajaba la caja mecánica, cuando de pronto un muchacho muy elegante que se hallaba junto a mí vaciló, se puso intensamente pálido, casi verde, y cayó de bruces, precisamente sobre el espacio donde había de aposentarse en su descenso la base del aparato. Y al propio tiempo advertí con horror que el ascensor descendía, lento, pero implacable, amenazando aplastar al joven desconocido.

Fue un minuto de Poe.

Como un relámpago di dos fuertes codazos hacia atrás para hacer sitio, agacharme rápido, tirar del accidentado por los pies y arrancarle del espacio fatal... a tiempo que la plataforma del ascensor se paraba en el suelo, entre los gritos horrorizados de las personas que, como yo, habían advertido el peligro.

Hicimos incorporar al joven desvanecido. Le sostuvimos en pie. Vinieron algunos camareros que le reanimaron con aspersiones de agua fresca.

¿Qué había ocurrido? Un accidente muy simple. El muchacho, un turista italiano, había posado inadvertidamente una mano sobre los tirantes rotatorios del ascensor –al descubierto, como ya hemos dicho–, y el mecanismo le había triturado un dedo, originándole tan agudísimo dolor el desmayo que habíamos presenciado.



Uno de los últimos retratos,  
obtenidos a fines de 1927.

Despejada la emoción y los remolinos de los primeros momentos, sentí que me tocaban un hombro y que la voz de Armando Mook decía a mis espaldas:

– Bravo, ché. Sois un héroe, no más. Pero ahora tendréis que excusarte con mi amigo: le diste un codazo en el hígado como para dejarle sin almuerzo.

Y al volverme nos presentó:

– Aquí tienes a mi amigo Soriano. ¿De verdad que no se conocían?

– De nombre, dije yo contemplando al “chato”, pues era él, el propio Rodrigo Soriano, popularizado en España por las fotografías de los periódicos, afable y sonriente; aunque algo más viejo, con la cabeza despoblada, el bigotillo gris, casi blanco, el corpachón envuelto en un abrigo raglan ya fatigado, los bracitos cortos, la voz algo gangosa... ¡Ah! y la nariz de siempre, gruesa y aplastada, con los oscuros agujeros de las ventanillas en plena evidencia.

– Encantado de conocerle a pesar de todo –exclamó Soriano en tono jovial y tendiéndome una mano efusiva.

¿Qué hacer? Callar (esto es, hablar de mil cosas indiferentes) y sentarse a la mesa.

Tras el jamón de Parma, con su “asti”, vinieron los *canelloni*, con su “chianti”, y el *osso buco*, con su “sciaccarello”...

La cordialidad ya era general y sin grandes reservas por mi parte.

– Ya le había notado a usted, desde el principio, el acento valenciano, me decía Soriano con aquella su manera característica de bracear en corto. Sólo que usted, muy joven, no es de mi tiempo ni del de Blasco. Por fortuna, usted ni conoció ni puede recordar aquella Valencia de nuestras peleas fratricidas...

– Pues se equivoca usted, don Rodrigo.

– No me llame don Rodrigo, por caridad, que me envía usted a la horca...

Reímos.

– Es cierto, amigo Soriano, continué, que no he alcanzado personalmente aquellas luchas; pero no tengo más remedio que decirle que mi abuelo ya era blasquista, que mi padre sigue siendo blasquista y que yo..., pues no le diré más que mañana almuerzo en el Lutetia con Blasco Ibáñez y con la señora de Blasco Ibáñez.

– ¡Diablo! Me hace creer que el codazo ha sido intencionado. De todos modos le agradezco la franqueza y agradezco al amigo Mook la ocasión de

conocer a usted... y de que me conozca un poco mejor. Debe pensar que soy la hez de los hombres. Pero no soy tan malo como cree. El mismo Blasco precisamente... no es difícil que aprovechemos, él y yo, la coyuntura de encontrarnos juntos en París, y solidarios de una misma causa<sup>22</sup>, para que liquidemos, por fin, aquellos viejos y absurdos resentimientos.

Concluida la comida nos encontramos de nuevo en los Bulevares y empezamos a remontarnos hacia la plaza de la Ópera con intención de tomar café en el Grand Hotel.

Volvió Soriano a sacar la conversación sobre Blasco:

– ¿Decía usted que le verá mañana?

– Mañana y casi todos los días. Cuando está en París le veo continuamente.

– ¿Ve usted también con Blasco, a Unamuno, a Ortega?

– No, amigo Soriano; yo estoy muy al margen de esa campaña. No me interesa, me aburre. Lo mismo que veo a Blasco, veo también a Manolo Bueno, o a Gómez Carrillo..., los dos eminentes colaboradores de *ABC*. Creo, además, que esa campaña difamatoria realizada al estilo español –extremoso y violento– en un París que ni conoce nuestros problemas ni llegará a comprenderlos nunca, empequeñece la cuestión y les empequeñece a ustedes, lo mismo a usted que a Unamuno y a Blasco.

Soriano me sorprendió una vez más, mostrándose particularmente comprensivo.

– Admito perfectamente su posición. Veo que no siente usted la política.

– Desde luego; no siento ni pizca esa política, a pesar de ser blasquista y valenciano. Blasco está equivocado al ponerse a alimentar toda esta traca con su prestigio de escritor: Debió aprovechar las lecciones de su juventud y no volver a una palestra donde pululan tan turbios intereses. Conozco lo ocurrido. Algunos “leales”, convencidos de que sólo en el río revuelto podrán satisfacer sus ambiciones, han persuadido a Blasco de que deber ser el Víctor Hugo de nuestro tiempo. Usted conoce a Blasco Ibáñez mejor que nadie. Le gustaría legar a la posteridad una figura aparatosa, sobre un montón de novelas inmortales y tendiendo apocalípticamente un brazo contra la tiranía. Muy victorhuguesco. Pero ni la dictadura ha sido esa tiranía, contra la que también truena D. Miguel de Unamuno, ni Alfonso XIII ha dejado

---

<sup>22</sup> Soriano aludía a la campaña de oposición contra el general Primo de Rivera que Blasco estaba desarrollando por entonces, junto con Unamuno, Eduardo Ortega y Gasset y otros emigrados. (N: del A.)

de ser en todo momento un gran español y un perfecto caballero. Se lo dice a usted un republicano, que vive entre republicanos, hijos de la Revolución Francesa, pero que han aprendido –algo mejor que nosotros– el valor de las palabras, a la luz de un patriotismo tan indiscutible que en todo el mundo se le reprocha al francés cual si fuera un gran defecto. Perdone que le hable así; pero me creo en el deber de hacerlo. En cuanto a las viejas luchas “fratricidas” entre usted y Blasco no eran –a pesar de todo el respeto personal que usted me merece y del afecto que profeso a don Vicente– los mejores estimulantes para que los chicos de mi generación se esforzasen por prolongar aquel ambiente de revueltas tan bárbaras cuanto estériles. Preferimos –yo al menos– replegarnos en un platonismo que nos conserve el viejo ideal democrático de nuestros padres con la pureza de las cosas que no ruedan a ensuciarse por el arroyo. Además, son otros tiempos. Entonces, tal vez eran ustedes capaces de marcarles límites al ciego desbordamiento de las masas. Hoy las masas les escuchan, encantadas de que les vayan abriendo los caminos del caos, la única esperanza de muchos agitadores. Pero, ¿y después? ¿Están ustedes muy seguros, usted, Blasco, Unamuno o Sánchez Guerra de no ser las primeras víctimas de los mismos que ahora les aplauden?

Algo más charlamos sobre este mismo tono hasta que Soriano, cambiando de conversación, me expuso, con relación a Blasco, una idea de lo más peregrina.

Poseía Soriano en aquel tiempo nada menos que una *Magdalena*, del Tiziano; pero no un apunte ni un esbozo, sino uno de los varios ejemplares de gran tamaño –cuatro o cinco, casi idénticos– que habían salido del taller del gran veneciano, y algunos de los cuales se conservaban, y deben seguir conservándose, en diferentes museos: en Norteamérica, en el Ermitage de San Petesburgo, etcétera. Al hablar de ello, Soriano me mostraba la fotografía de su cuadro.

Deseaba venderlo. Era difícil. Y la idea en cuestión consistía en lo siguiente:

¿Por qué no aconsejaba yo a Blasco –hombre de dineros– que adquiriese la obra, disimulándole la procedencia? Después todo se arreglaría. O bien, ¿por qué no pedía yo a Blasco que, de no interesarle para él, la ofreciese a alguno de sus opulentos amigos de París o de la Costa Azul? No había fraude, inútil decirlo. La pieza era auténtica y la acompañaba todo su “pedigrée”, con sus documentos de autenticidad debidamente legalizados, etcétera. No había inconveniente, por otra parte, en hacer autenticificar nuevamente el cuadro por el perito que designase el propio Blasco...



En los jardines de Fontana Rosa, con su esposa, doña Elena Ortúzar. Les acompaña el actor de cine Antonio Moreno, protagonista de la película basada en v



Vista general de Menton

– Hágalo usted, ché, me decía Mook, que era un chileno muy argentinizado (toda su carrera de autor teatral, muy brillante, la había hecho en Buenos Aires). Ché, Rodrigo, dígame la verdad de su situación. Soriano se encuentra casi *sans le sou* y acaba de nacerle un niño... Yo he fracasado entre mis relaciones. Tal vez su amigo Blasco y la señora Ortúzar... Soriano cree que Blasco lo puede hacer, aunque al final se entere de la procedencia. Hasta quizás le agrade tener ese rasgo de generosidad con un antiguo adversario. No tenga tantos escrúpulos, Gascó; lo importante es que el cuadro es auténtico y el precio accesible.

Total, que tomé la foto, añadida a otros documentos concernientes a la autenticidad de la obra; y al día siguiente... al filo de las doce, siempre hacia las doce, hora ritual del almuerzo parisiense, me presenté en el Hotel Lutetia donde, en aquel viaje, se hospedaban don Vicente y su señora.

Blasco se hallaba con un humor de perros, aunque muy cordial conmigo, como de costumbre. Me refirió, excitadísimo, la larga y complicada historia de cierto contrato que, para la publicación de sus obras en lengua francesa, había firmado unos años antes con los hermanos Max y Alex Fisher, también novelistas y directores de la editorial Ernest Flammarion.

– Mañana mismo me acompañará usted a la rue Racine. (Era y sigue siendo la sede de la citada editorial). Quiero ponerles un proceso a esos perros judíos. Pero antes han de oírme y usted me ayudará a traducir al francés algunos buenos insultos de los nuestros. Son unos perros y unos hijos de perra. Quieren estafarme, obligarme a que anule mi otro contrato con Calmann Lévy...

Le dejé hablar, como siempre.

Doña Elena había salido de compras y, esperando su llegada, tomé un aperitivo. Apuré Blasco su vaso de “perrier”.

Almorzamos. Encendí el grueso veguero que siempre me ofrecía al fin de la comida mientras él saboreaba unos caramelos; subió doña Elena a sus habitaciones, nos quedamos como sesteando en un saloncillo recoleto y, al cabo me decidí a explorar, cerca de don Vicente, el “sorianoesco” asunto de *La Magdalena*.

– ¿Tiziano? murmura Blasco con palabra apagada y como envuelta en somnolencia; sí, magnífico pintor, uno de mis predilectos... Lo he visto en todos los grandes museos del mundo. Gran creador de una robusta belleza, inmortal... como Wagner, como Hugo, mis ídolos de siempre.

– Pues el caso es, querido don vicente, que un amigo mío..., bueno, un conocido, pero que ofrece garantías, quiere desprenderse de un gran Tizia-

no, una *Magdalena*, de la que hay otro ejemplar en el Ermitage, y otro en Norteamérica... Claro está que, a pesar de la documentación que presenta, habría que llevarlo antes a un perito de confianza. Creo que valdría la pena, pues por la foto se ve que es una pieza bellísima, y lo darían relativamente barato. El que lo tiene está muy apurado, acaba de nacerle un niño...

– ¿Y quién es?

– Pues verá usted, don Vicente; yo no le conozco en persona; pero Armando Mook, un escritor de teatro muy conocido en la Argentina y en Chile... Doña Elena debe conocerle... Está de agregado a la Legación, aquí en París.

– ¿Pero no sabe cómo se llama el propietario del cuadro? Tal vez yo lo conozca. ¿Es un francés?

– No, no señor; Creo que es español. Me habló Mook de un exdiputado que ahora anda por aquí...

Blasco se puso en pie, como disparado por un resorte:

– ¡Gascó, no quiero creerlo! –exclamó iracundo y despertando la atención de otros clientes que también sesteaban en el mismo saloncillo–. ¡De usted no puedo creer que sepa quién es ese tipo del cuadro, y que venga a ofrecérmelo!

Me apresuré a batirme en retirada.

¡Pues sí que llevaban buen camino de liquidarse las viejas rivalidades valencianas!

Le cogí las manos.

– Pero, ¿qué pasa, don Vicente? No se exalte sin motivo, no se ponga así. Yo no sé ni remotamente de dónde viene ese Tiziano. Me habló de ello Mook, ayer mismo...

– Pues sepa usted que el tipo del cuadro es... es... (y veía a Blasco congestionado, comprimiendo a duras penas su indignación), el tipo del cuadro es... ¡el Chato! No se olvide de decirle a su amigo Mook con qué clase de sujeto anda en relaciones.

No sólo a Armando Mook, sino al propio Soriano referí punto por punto la escena que acabo de contar. Era mi deber.

Cierto que esta anécdota parece revelar en Blasco Ibáñez la persistencia al través de largos años, de un vivo y violento resquemor; una naturaleza vindicativa y cruel, pero téngase en cuenta que concierne a un enemigo no ya político (en el fondo no había tal enemistad “política”, puesto que los dos, Blasco y Soriano, eran republicanos de extrema izquierda), sino per-

sonal, y que había agotado contra Blasco todas las formas, incluso las más soeces e imperdonables, del insulto.

Para juzgar a Blasco como hombre comprensivo y tolerante apelaremos a un testimonio “neutral”, el de Ramón Martínez de la Riva, redactor de *Prensa Española*, a quien ya hemos mencionado como excelente amigo, aunque de opiniones políticas bien diferentes:

Los que dicen que Blasco era dominador e intransigente –ha escrito Martínez de la Riva– no le conocían. Por el contrario, no hemos visto en nuestra vida un hombre más tolerante, más respetuoso con las ideas del amigo.

¿Quién imaginaría, por otra parte, cuando se habla de un Blasco fanático y vindicativo, que uno de sus buenos camaradas de la Costa Azul durante una larga temporada fue don Jaime de Borbón, caudillo de la Comunión Tradicionalista y pretendiente al trono de España?

Pues así fue. Don Jaime era un sincero admirador del novelista y, desde la propiedad agrícola que poseía en los alrededores de Niza, acudía a visitarle a *Fontana Rosa* con cierta frecuencia.

Seguramente –decía Blasco Ibáñez cuando se aludía a estas visitas aparentemente extrañas– debe venir a buscar el ambiente español que yo he infiltrado en mi jardín y que respira aquí. Otras veces nos encontramos en Monte Carlo o en otros lugares de la Riviera y echamos un párrafo con la alegría de dos compatriotas que se encuentran en tierra extranjera. Él tiene sus creencias y yo las mías. Somos dos españoles que amamos a España, cada uno a su modo, y nunca reñimos. Además, don Jaime posee la más sólida de las ilustraciones; la que no se adquiere en los libros sino viajando. ¡Ojalá todos sus partidarios y los más de los españoles hubiesen hecho lo mismo...! Él ha corrido una gran parte de la tierra; yo he viajado no menos que él, y eso hace que nos entendamos perfectamente, con la tolerancia y el mutuo respeto de dos hombres que se libertaron de esas estrecheces de criterio y miserias mentales que sufren los que no han salido nunca de “la sombra de su campanario”. Además –repetía– somos dos buenos españoles y hay que vivir fuera de España para saber lo que representa esto como fuerza atractiva.

Otra de las devotas amistades de Blasco fue la del ilustre fundador de *Blanco y Negro* y *ABC*, don Torcuato Luca de Tena, de tan acendradas ideas monárquicas. Y la confirmación documental de este sentimiento de amistad y respeto, que Blasco proclamaba aun en los momentos en que las circunstancias políticas parecían tenerle distanciado de ese noble afecto,

51 b3

El rey de Portugal desvedía al proyectista  
 mas por sus ambiciones ~~comerciales~~  
 mercantiles que por sus avos científicos.  
 Estaba acostumbrado a que los marinos  
 portugueses aspiraban en vista por la gloria  
 de realizar descubrimientos geográficos,  
 tanto o mas que por la ganancia. Todos  
 los exploradores de Africa ~~o~~ habian  
 contra procedido con ~~este~~ desinterés.

Coloca ~~Para desolarse~~ ~~no~~ ~~contacta~~ ~~para~~ ~~vada~~.  
 Para este ~~proyecto~~ extranjero, no  
 existia el interes científico. Todo lo hacia  
 por conseguir el oro ~~o~~ ~~el~~ ~~plata~~, ~~oro~~ ~~y~~  
~~honor~~ ~~oro~~, ~~votos~~ ~~y~~ ~~honores~~. ~~Es~~ ~~importante~~  
 poco servir a una nacion ~~o~~  
~~o~~ ~~personas~~ o volverse a las ordenes de otra.  
 El novena lo tuvo por loo al escuchar  
 lo que pedian <sup>aspirar</sup> a cambio de sus servicios.  
~~mas~~ ~~de~~ ~~compartieren~~ ~~abundante~~ ~~del~~ ~~Oceano~~,  
~~la~~ ~~visión~~ ~~y~~ ~~governador~~ ~~para~~ ~~de~~ ~~las~~ ~~tierras~~  
 que descubriere pudiendo dar todo esto  
 en recompensa a sus hijos ~~de~~ ~~su~~ ~~uso~~ ~~que~~  
 los ~~reyes~~. ~~Esto~~ ~~representaba~~  
 de una dinastia real, la de los Colonos  
 al otro lado del Oceano. (Las mismas  
 condiciones <sup>disponer</sup> ~~visión~~ ~~o~~ ~~los~~ ~~años~~ ~~después~~ ~~aceptaron~~  
 los reyes de España.)

Segun habian escrito al físico Acosta  
 sus amigos de Lisboa ~~este~~ ~~nombre~~ ~~esta~~  
 vagabundo era "un hombre glorioso" o sea de  
 gran jactancia, evagando sobre sus ~~que~~ ~~todos~~  
~~y~~ ~~excepto~~ ~~acogiendo~~ ~~con~~ ~~impaciencia~~ ~~toda~~ ~~objeción~~  
~~o~~ ~~de~~ ~~doctrinas~~. Al ser revelado su proyecto por los sabios,  
~~comisarios~~ ~~del~~ ~~rey~~ ~~lo~~ ~~declaraba~~ ~~a~~ ~~todos~~ ~~ignorantes~~ ~~y~~ ~~curiosos~~  
 de ~~su~~ ~~importancia~~. Como habian ~~tenido~~ ~~en~~ ~~dar~~ ~~una~~ ~~opinión~~  
 definitiva sobre su proyecto, ~~mas~~ ~~en~~ ~~aquellos~~ ~~tiempos~~ ~~era~~ ~~conveniente~~ ~~brudar~~  
 en ~~sentido~~ ~~al~~ ~~examen~~ ~~de~~ ~~los~~ ~~resultos~~, ~~el~~ ~~imaginativo~~

Cuartilla del original de *En busca del Gran Kan*, una de las tres novelas que dejó terminadas a su muerte.

nos la ofrece una carta que el novelista escribió al mencionado Martínez de la Riva en tiempos en que Blasco Ibáñez se hallaba entregado desde París a su violenta campaña contra la monarquía española.

Dicha carta lleva la fecha de 18 de febrero de 1926 y dice así, entre otras cosas:

Aprovecho la ocasión de escribirle para manifestarle una cosa íntima.

Estoy muy agradecido a *ABC* por el artículo que ha publicado espontáneamente elogiando *El Papa del mar*. La política es una cosa, la literatura otra, y, por encima de todo esto, yo coloco la amistad. Todos los que me conocen saben que a causa de mi carácter, propenso siempre a la bondad, yo olvido las cosas malas para acordarme solamente de las buenas. A pesar de la campaña terrible, que por error de apreciación hizo *ABC* contra mí, yo no contesté nunca, y podía haberlo hecho impunemente desde París. Pensé siempre que *ABC* era Luca de Tena, y a Luca de Tena lo consideraré siempre amigo, haga lo que haga contra mí, pues no puedo olvidar los favores que me hizo espontáneamente al principio de mi carrera literaria y el afecto que me mostró siempre. Muchas veces, en las publicaciones revolucionarias que han aparecido en París y que yo he costado con mi dinero, algunos intentaron publicar artículos de ataque directo contra Luca de Tena. Pero nunca se publicaron, porque yo dije que no daría más dinero si aparecían en ellas ataques personales contra Luca de Tena. Y lo mismo seguiré haciendo en el porvenir, si es que se reanuda la batalla política. Ni yo diré nada contra él, ni dejaré que lo ataquen allá donde yo esté.

Como soy un hombre impulsivo para los nobles afectos, me conmovió tanto ver el artículo espontáneo del *ABC* sobre mi última novela, que tomé la pluma para escribirle a Luca de Tena dos renglones de agradecimiento. Luego pensé que otros interpretarían mal esta rasgo espontáneo; digo "otros", no Luca de Tena, pues a él le considero lo mismo que yo, un impulsivo en la expresión de los sentimientos nobles y desinteresados.

En fin, si usted ve a Luca de Tena, o a su hijo (al que también quiero mucho), dígales en mi nombre que les aprecio y quiero como siempre. A Luca de Tena (padre) y a mí nos quedan menos años por vivir que los que llevamos ya vividos, y en esta época de nuestra existencia, los dulces y serenos afectos de la amistad valen más que todas las cosas de la existencia social. Las luchas políticas se olvidan, todo pasa; pero una profunda y vieja amistad continúa hasta la muerte y aun después de la muerte, para aquel que sobrevive al otro.

Yo no me arrepiento de nada de lo que he hecho, pues lo hice siguiendo un imperativo de mi conciencia, y lo mismo volvería a hacerlo en este momento. Pero todo lo que tenía que decir ya lo he dicho, y en las circunstancias presente no sé qué más decir. Yo no voy a estar gritando a todas

horas, ni tampoco conozco el secreto de resucitar a los muertos. Aquí estoy si quieren venir a buscarme. Y si no me buscan, aquí moriré sin volver nunca a España, con harto dolor mío, pues según entro en años y gano gloria, se extrema mi cariño a España.

Los últimos años de su vida se caracterizaron por una consagración casi total a sus tareas literarias.

Vuelto a su trabajo, Blasco planeó y todavía pudo desarrollar parte de aquel ciclo de novelas que él mismo llamaba “el de las grandes glorias españolas” y por el que iban a desfilar ingentes figuras de nuestra historia.

A ello se refería el maestro cuando decía en cierta ocasión a uno de los muchos periodistas que, con frecuencia, acudían a verle en su residencia de “Fontana Rosa” y que le preguntaba si sentía por entonces, alguna ambición especial:

Ambiciono para mí mucha salud, pues merced a ella podré escribir todas las obras que llevo en mi pensamiento. Mi imaginación ya sabe usted que es a modo de un molino incansable y muele más que lo que yo voy envasando en forma de libros. Esta es toda mi ambición personal. El trabajo ya no es para mí un medio: es un fin. Trabajo unas catorce horas todos los días: mañana, tarde y noche. Algunas veces paso más de medio mes sin salir de mi jardín y hasta sufro molestias del hombre primitivo cuando me pongo un traje de calle. Trabajo por el placer de trabajar, por sentir el noble orgullo de la creación. Nada me importa ya la ganancia o la gloria de mi trabajo. Produzco como la madre que da vida a su hijo, dolorosamente, sin saber si será hermoso o feo y sin arrepentirme de este suplicio necesario... Gozo la tranquilidad de una paz interior. No hago daño a nadie a sabiendas. He podido vengarme en la vida de muchos enemigos y no lo he hecho. ¿Para qué? Ellos con su malignidad, y yo, con mi tolerante indiferencia, todos moriremos igualmente. Aquí de Renán cuando decía: *¿qué pueden importar nuestras querellas a los habitantes del planeta Sirio, que tarda miles de años en enviarnos a través del espacio un rayo de su luz?* Además, el mal exige mayores esfuerzos que el bien. Hay que ser bueno..., aunque sólo sea por comodidad. Los que aman el mal no encuentran la calma necesaria para los trabajos de una verdadera producción, que debe ser dulce y serena.

Aquel ciclo de novelas históricas, concebidas sin otra unidad que la de su contribución común a honrar el espíritu hispánico, comenzó con *El Papa del mar*, primera obra de la serie. Es la novela del Papa Luna y de su tiempo.

Todos los personajes y episodios del gran cisma del siglo XIV se encuentran descritos en esa novela con una potencia pictórica extraordinaria y con el sugestivo interés de constituir un trozo de historia movida como la más frondosa de las novelas de aventuras. Así como en otras novelas de Blasco Ibáñez lo “novelesco” e “interesante” es la acción moderna, dando la parte histórica una impresión de hojarasca literaria, a veces demasiado densa como en *La catedral*, aquí es la parte histórica la que concentra la atención del lector, y la acción contemporánea sólo sirve de pretexto para enfocar novelescamente los hechos del pasado.

En torno a Pedro de Luna, descrito con todo el vigor que corresponde a tan recia figura aragonesa, pululan los altos magnates eclesiásticos de la época, los teólogos Gerson y Pedro de Ailly; el Petrarca, con una evocación soberbia de la vieja Vaucluse; Cola de Rienzo; Juana de Nápoles; Juan Huss; un “Maestro Vicente” que iba a ser, andando el tiempo, San Vicente Ferrer, y, dando un fondo palpitante a esas figuras atormentadas, Roma, Aviñón, Marsella, la roca de Peñíscola, descritas a doble lienzo, en su pasado y en su presente, resultando la visión moderna como una réplica a la fisonomía histórica de aquellos pueblos donde se representaron tantos actos famosos de la Cristiandad.

La acción contemporánea de *El Papa del mar* no es muy complicada y sus personajes, trazados a grandes brochazos, destacan con acusado relieve.

A esta obra, fechada en Menton en agosto-octubre de 1925, siguió con un intervalo aproximado de un año (junio-septiembre de 1926) *A los pies de Venus*, novela de los Borgia, aquellos “terribles y siniestros” personajes a quienes la leyenda universal presenta –tal vez por ser de origen español– como verdaderos monstruos de maldad; pero que Blasco Ibáñez, considerándolos con relación a su época, trató de reivindicar con generosidad de artista y de compatriota. Su Lucrecia no es la melodramática envenenadora de Víctor Hugo, sino, como afirma la documentación histórica, una dama culta, elegante, delicada (ahí está el bellísimo retrato que dejó el Pinturicchio), que se rodea de una corte de trovadores y de artistas entre los que contaron al Ariosto y el Tiziano.

Los que admiran en Vicente Blasco Ibáñez la facultad de reanimar un vasto lienzo de historia con la palpitación y el colorido de la vida real, tendrán *A los pies de Venus* como una de sus más fascinadoras creaciones.

Con el transcurso de los años su métodos de trabajo habían ido tendiendo, como es natural, a un mayor sosiego en la labor, a un más detenido estudio de los ambientes por donde iban a discurrir sus nuevas narraciones, a un

más atento examen de la documentación histórica adecuada, a una mayor acuidad en la observación de las gentes y de las cosas en general. Ya no lo fiaba todo, como en otros tiempos, a la prodigiosa retentiva del subconsciente ni a la potencia de su intuición creadora, como hemos visto hacerle, por ejemplo, en la época de sus “milagrosas” novelas valencianas.

Ahora, y a donde quiera que fuese en sus frecuentes desplazamientos turísticos, don Vicente nunca olvidaba de llevar consigo su “carnet de notas”, un pequeño cuadernillo donde anotaba brevemente sus fugaces impresiones.

Tenemos la fortuna de poseer una de esas pequeñas reliquias, con las páginas enteramente cubiertas de notas y croquis trazados al vuelo. Los apuntes de este cuadernillo resultan ser más o menos contemporáneos de la última serie de obras históricas de Blasco; y se refieren a muy variados temas y lugares: la plaza del Rey, de Barcelona; el tarraconense Arco de Bará; Poblet, Sevilla, el Archivo de Indias, Moguer, Palos, el convento de la Rábida, etcétera.

Muchos de estos apuntes están trazados, como es de rigor, a lápiz y sin puntuación alguna, cual notas de estilo telegráfico, personales y urgentes que fueron. Son como las “manchas” o toques de color que el artista anota rápido en sus tabletas para utilizarlas después en su gabinete de trabajo.

He aquí algunos de ellos:

PLAZA DEL REY, BARCELONA:

*Fuente gótica con cuatro tazones en los cuatro ángulos. Acacias delgadas y muy verdes. Dan sombra azul.*

*Dos escalinatas. Una a casa alta como torre, con pisos de logias. Otra al Museo Arqueológico.*

*Retablo Virgen en casas viejas. Torre Octogonal con remates triangulares. (Aquí un croquis de estos remates).*

*Ropas tendidas a secar en escalinatas. Sol y sombra, harapos violentos negros y dorados. Chiquillos juegan. Palacio gótico. Archivo Corona Aragón.*

*Junto a la fuente gótica enorme columna romana. Esto fue centro ciudad.*

*Más lejos Santa María del Mar. Poderosos navegantes, Egipto, Bizancio, etcétera.*

*Plaza Rey avanza gárgolas portadas cornisas, palacio archivo, iglesia-palacio convertido Museo, etc. Piedra por todos lados, comida por abajo, negra e intacta arriba.*

*La iglesia tiene artesonado, dorado y varios colores. Piano manubrio toca cosas alegres y las piedras adustas parecen sonreír. Patio archivos muchos capiteles, tumbas, estatuas, etc. Águilas y gorgonas. Romano y Edad Media.*

Algunos de estos apuntes parecen borradores de pequeños poemas impresionistas: (véase pág. siguiente).

*ARCO DE BARÁ:*

*Rojo oscuro y amarillo oro. Piedra arenisca vermiculada por la lluvia y el sol.*

*Cuatro columnas pegadas al muro. Carteles dóricos. (Aquí dos croquis). Cielo azulísimo a través del arco.*

*Algarrobos, viñas, olivos, faja mar azul. Casitas blancas carabineros con torreón bajo. Un lado izquierda telégrafo, derecha conducción eléctrica (Otros croquis).*

*TUMBA ESCIPIONES:*

*Rojo y negro. Huecos en la piedra. Grietas que se han agrandado. Torre rota arriba con juntas.*

*Pinos algarrobos, mar próximo. Rumor olas sobre arena. Desde esta altura se ve Tarragona aspecto monumental.*

*POBLET:*

*Todas las ruinas cubiertas de plantas trepadoras. Mucho rosal silvestre sobre las tumbas.*

*Muchos pájaros cantores.*

*Muchas golondrinas en la iglesia y los salones y claustros. La bodega. Pintura flamenca. Columnas como palmeras.*

*TARRAGONA:*

*Hotel junto a cuartel. Diana a las 5. Trompetas y tambores. Oficiales admiran a ella como aparición mundo lejano. La extranjera que han leído en las novelas. Sillones y arbolitos redondos en la puerta del cuartel, ocupando la acera y obligando a pasar ante ellos. Tapias jardín antiguo convento. Palmera secular. Flores que desbordan sobre el viejo muro rojizo.*

También hay notas sueltas, relacionadas sin duda con el futuro “movimiento” de la novela en gestación:

*Carretera. Fantasmas polvo levantado por automóvil. Sábanas que giran.*

adustas parecen  
 zorrillos  
 Patio esclusivo  
 nichos capitales  
 tumbas, estatuas  
 etc. Aquilas, gorgonas  
 Romanas y Edad Media

Aseo de Bava

Projo como un anillo  
 etc. Pigeonera romana  
 veniculaela por la  
 Uusia y el sol,  
 Cuatro ~~te~~ columnas  
 rezadas al muro. Capiteles

que doricos,  


Cielo azulísimo a través

del arco.  
 Aljovillos, vitas, liros  
 fajá mar azul.  
 Carritas blancas cavaliere  
 con torseño bajo.  
 Su lado izquierda  
 telegrafo para conducción  
 eléctrica



Dos páginas del cuadernillo de notas que se reproduce en el texto.  
 Pertenece a la época en que Blasco Ibáñez preparaba su serie de  
 novelas sobre las "grandes glorias españolas". (Arch. Bernardo Artola)

*Carreteros al oír bocina se tiran del carro para dirigir caballos. A veces el carro se tuerce y se cruza en el camino reculando. Automóvil pasa rozando y casi choca.*

*Clavo de herrador que pincha goma. Se detiene café Calaceite. Caída en humanidad primitiva. Labriegos. Calavera pueblo tipo romano (gordo), que la mira a ella.*

*Automóvil es la vuelta a la diligencia. El ferrocarril había matado a caminos y ventas. El camino era sólo del carretero. Ahora vuelto al tráfico universal, pero recordando su ambiente primitivo. Vuelven al siglo XVIII. Casanova y los últimos aventureros.*

Otro apunte muy curioso: ¿Títulos de capítulos o de obras en ciernes?

Dice:

*Nombres interesantes:*

*La Costa de las perlas.*

*Castilla del Oro.*

*La tierra de la Esmeraldas.*

Otra breve nota en la cubierta gris del cuadernillo:

*La Reconquista. Millonaria de tres razas. Descendiente virrey. Ella snob de París. Acaba pintando salón-laca. Lo solemne e histórico es "vieux jeu".*

Y sobre la guarda varias notas bibliográficas:

*P. Coll. – Colón y la Rábida.*

*Décadas de Anglería, Madrid, 1892.*

*Pedro Mártir de Anglería, milanés.*

*J. Toribio Medina.*

*Viaje Magallanes.*

*El piloto Juan Fernández.*

De pronto unas anotaciones, cuyo titulillo, CORRUPCIÓN DE LOS PAPAS, nos alarma un poco. Pero, en el fondo, no son ninguna irreverencia, sino el soplo de una patriótica defensa de los grandes Papas españoles, tan calumniados por algunos historiadores extranjeros. Veamos este brevísimo anticipo de algunos de los mejores capítulos de *A los pies de Venus*.

*De 1400 a 1550 gran corrupción.*

*Todos los Papas tiene hijos, con nombre de sobrinos, o francamente. Las madres son grandes señoras o simplemente cortesanas. Es un honor casarse con estos hijos o hijas.*

*Alejandro VI, al procurar la grandeza de sus hijos, no hizo nada nuevo. Sólo fue menos hipócrita confesando su paternidad.*



Tomando apuntes en el Monasterio de la Rábida. El cuadernillo que el novelista tiene en sus manos es el mismo cuyas anotaciones se reproducen en el presente libro.

*El mismo Julio II (Julián de la Rovere) casó a su sobrino (tal vez hijo) con Laura, hija del odiado Alejandro VI (judío, marrano, circunciso) y Julia Farnesio.*

*Inocencio VIII tuvo siete hijos naturales. Franceschetto Cibo, hijo del Papa, se casa con una Médicis: la bella Magdalena.*

*El predicador de Alejandro VI, en pleno Vaticano, casa a su hija D.<sup>a</sup> Perret con Alfonso de Carretto. Madona Teodorina era su querida.*

*El sucesor de Borgia Piccolomini (Pío III) octogenario que choschea y que mostraba cierta ternura por César Borgia. Tenía doce hijos e hijas y de vivir algo más que unas semanas los hubiese instalado a todos en el Vaticano.*

*La sífilis. Todos enfermos. Julio II también.*

*El "Cardenal faldero", hermano de Julia Farnesio, será Paulo III y creará la familia que acaba en el trono de España.*

*Todos precoces. César, a los 17, un grande hombre serio y de larga vista.*

## Vuelven las anotaciones sobre ciudades y pueblos:

### *HOTEL SEVILLA:*

*Zócalo azulejos de tres metros casi. Borde zócalo al nivel de remate armario espejo.*

*Piso mármol, negro y blanco. Lavado todas las mañanas (aljofifado). Ventanas enormes con visillos espesos. Luz amarillenta de ámbar. La calle está más alta y arde de tanto sol. Pasan carros, tranvías y cabezas personas como sombras chinescas.*

*Fuera habitación patios frescos y sombríos. Mármol húmedo. Fuentes a ras del suelo, octogonales que lloran día y noche. Cuadros viejos de asuntos mitológicos, pero oscuros y de colores tostados. También bodegones. Muebles antiguos: vargueños, sillones fraileiros, mesas de hierro.*

*Después de zócalos, azulejos variados, todos de realce, paredes blancas y artesonados color chocolate.*

*Junto a fuentes y en los ángulos, ánforas panzudas con palmeritas y plantas, flores. Ánforas amarillas.*

*Patio. Emparrados y palmeras. Intensa frescura de bodega que invita a dormir. Profundos sillones de paja.*

*La abundancia de azulejos en la ciudad da a todo un carácter pueril y ligero. (Aquí líneas tachadas: Toda la ciudad parece compuesta de sa...) La gente parece que viva en salas de baño o en W. C. Parece otra humanidad de distintos usos y costumbres.*

### *ARCHIVO DE INDIAS:*

*Padrones, Islarios, Láminas coloridas como por muchachos re-presentando volcán que vomita piedras enormes sobre campos rec-tangulares bien cultivados.*

*Americanas que investigan para historiadores de allá, o escriben historias de Cuba. Profesores americanos.*

*Sevillanos tipo Lafita.*

*Unas son viragos feministas. Otras son mujeres y sufren el en-canto de Sevilla.*

*Un día hay que irse. Él es cobarde para luchar. Además el en-canto de la ciudad. “¡Sevilla de mi alma!” y se queda. Ella sigue su camino. Se marcha con un ensueño muerto.*

*Todo lo ha perdido. Empezará otra vez su vida.*

*No puede quedarse para ser una odalisca de mantilla y peineta. Lo impide su primera educación.*

*Recobremos la libertad aunque sea áspera y llena de penalida-des. ¡Adiós, jaula estrecha, dorada y luminosa! ¡Adiós, prisión de amor! ¡Viva la vida de horizontes inmensos, aunque sea un desierto!*

De Sevilla, los apuntes del cuadernillo pasan a Moguer y vuelven a dar-nos, a veces, aquella misma sensación de poemitas impresionistas:

*MOGUER:*

*Las casas de un blanco deslumbrante. Muchas rejas altas. Ace-ras piedras azules. Convento Santa Clara. Reja coro al ras del suelo. Puertas pintadas ángeles oro.*

*Tumbas iglesia. Dos señores y tres señoras en medio. Al lado tumbas guerreros con su mujer. Una gótica y otra Renacimiento.*

*Patio enorme. Arcadas blancas. Piso todo enlosado ladrillos. Al-jibe, antiguos azulejos. Plátanos grupos. Nispereros. Margaritas.*

*En la parte ruinosa un doble arco árabe muy esbelto. Casa almi-rante Pinzón. (Unas palabras ilegibles.) Rematada por piloncitos en punta. Rejas, y sobre la puerta un balcón. Escudo sobre la puerta.*

*PALOS:*

*Entre dos colinas descende el camino. Antiguo brazo ría, hoy cegado.*

*Están trillando donde estuvieron las carabelas. Ría en el fondo. El trillador canta. Esto se llama La Fontanilla. Aquí hizo aguada.*

*Sobre el cabezo de tierra roja está la iglesia.*

*Puerta de los Novios, de ladrillo mozarabe. Se ve el fondo del brazo seco cultivado ahora de trigo. En las laderas, las viñas, mu-chísimas. Al otro lado de la ría se ven las afueras de Huelva.*

*Alcalde Diego Prieto. 15 de agosto sacan procesión la Virgen de los Milagros. Vestida siglo XVIII.*

*Iglesia gótica, pero toda pintada de cal. Pobreza. Imagen de San Jorge. Exvotos pequeños colgados paredes blancas.*

*CONVENTO RÁBIDA:*

*Pequeño zaguán con ladrillos de canto. Llamam inútilmente. Como Colón llamó. Iglesia con techo barca invertida. (Mudéjar.)*

*Claustro arcos ladrillo. Piso arriba enlucido. Piso claustro ladrillos con pequeños azulejos.*

*RÁBIDA VISTA DESDE HUELVA, O SEA ENFRETE:*

*Agua verde, clara y limpia como esmeralda. Mucho sol. Aquí quedaron carabelas esperando viento. Parecen imposibles desde aquí las tempestades y las aguas oscuras del Océano.*

*Río grandes orillas en seco. Color rojo mineral.*

*Muelles magníficos. Paseo eucaliptus, larguísimo, hasta frente Rábida. Vapores mineral. Veleros blancos. Marea baja. Barcos inclinados.*

*VUELTA AUTOMÓVIL:*

*Polvo pasa continuamente como nubes lechosas ante rayos faros automóvil. Una lechuza pasa volando lenta y pesadamente, como cegada. Brillan como brasas volantes los insectos nocturnos.*

*Brillan como pequeños faros de roja fosforescencia los ojos de mulas y burros que salen de la sombra tirando de los carros.*

*Al fin, los collares de luces de Sevilla.*

Y aquí concluyen los sabrosos apuntes del cuadernillo cuadriculado.

El año 1927 es un momento de la vida de Blasco Ibáñez en que el único y verdadero descanso del novelista consiste en viajar, en salir periódicamente del laborioso retiro de Mentón para acudir a mezclarse, por ejemplo, con la vida reparadora de París, con el fin de ver a los viejos amigos, frecuentar reuniones y espectáculos, cambiar de aires y horizontes.

A este momento —que tan impensadamente iba a ser el último tramo de aquella vida extraordinaria— pertenecen las dos cartas que a continuación reproducimos. Junto a las noticias óptimas de su siempre fecundísima tarea y a sus planes de vida dinámica y activa, aparecían las tristes nuevas de una salud ya vacilante:

Mentón, 30 marzo 1927

Querido Gascó Contell:

Hace cerca de un mes que estoy enfermo de los ojos. Una segunda hemorragia interior me ha paralizado otra vez el ojo derecho y a fuerza de revulsivos y de sanguijuelas empieza hoy a ver un poco y poder contestar los centenares de cartas que se han acumulado en estas últimas semanas.

A pesar de la afección que padezco, la temporada ha sido muy fértil en trabajo. Desde la publicación de *A los pies de Venus* he terminado otras dos novelas del mismo ciclo histórico iniciado con *El Papa del Mar*. Son *En busca del Gran Kan* y *El caballero de la Virgen*.

Pensaba ir a París en esta primera semana de abril. Mi esposa quiere comprar una casa en un barrio chic de París para pasar ahí cinco o seis meses por año, reanudando nuestra antigua vida parisién de reuniones, fiestas, etc. Pero los oculistas no quieren que me vaya hasta junio, y sólo a fines de dicho mes iremos a París para estar ahí hasta diciembre, instalando la casa. Durante el verano haremos pequeñas excursiones a las playas de moda en Normandía y Bretaña, pero volviendo a París para vigilar los trabajos de instalación.

En lo que se refiere a las fotografías que desea, explíquese con más precisión, para saber si son de paisajes o son simplemente fotografías en las que figure yo.

Lo mejor sería, ya que se trata de una cosa de Nueva York, que fuesen a ver a mi representante de allá, que tiene muchas fotografías mías.

Las señas son: *Mr. Paul Kennaday, 215 West 33rd. Street, New York.*

Celebro que sus asuntos marchen bien. Ahora nos veremos con más frecuencia, y como en nuestra casa de París abundarán tertulias y recepciones espero que usted asistirá alguna vez a ellas.

Ya no puedo dictar más, pues necesito atender al rimero de cartas que tengo delante.

Afectuosos recuerdos y le deseo nuevas y mayores prosperidades.

Vicente Blasco Ibáñez

Mentón, 28 abril 1927.

Querido Gascó Contell:

Aún estoy enfermo de la vista. La mejoría marcha muy lentamente y con algunos retrocesos. Hoy, por ejemplo, veo muy poco, y si no

tuviese el recurso de dictar las cartas me sería imposible comunicarme con los amigos que viven lejos de aquí.

El oculista me ha dicho que en el mes de junio estaré bien y en disposición de emprender un viaje. Saldremos de aquí el 1 de julio, en las primeras horas de la mañana, y hasta el 4 ó el 5 no estaremos en París, pues nos detendremos en Grenoble.

Nuestro proyecto es quedarnos en París hasta diciembre, con pequeños viajes a las playas de Normandía y tal vez a Suiza. Lo primero que haremos será comprar la casa, y mientras la amueblamos haremos estos viajes.

La noticia de la cesión de Fontana Rosa fue una cosa prematura y estúpida de los periódicos ingleses y norteamericanos. Allá la rectificaron inmediatamente, pero en Francia dieron la primera noticia y no la rectificación.

Tenemos, efectivamente, el proyecto de dejar esta propiedad para que la disfruten los novelistas, pero esto será después de nuestra muerte. Aún quedan aquí dos años largos de trabajo. Todavía hay que hacer construcciones, y sobre todo hacer jardín de muchos miles de metros de terreno que ahora son campo. Además, resulta absurdo legar una propiedad de la importancia de ésta y no dejar al mismo tiempo una renta para su sostenimiento. Este jardín tiene actualmente tres jardineros permanentes, instalados en él con sus familias, y en ciertas épocas del año hay que tomar varios trabajadores para que les ayuden.

Hay que dejar, cuando menos, una renta para mantenimiento del jardín y 5.000 francos al mes, o sea 60.000 al año, lo que representa dejar un capital de millón y medio. Y no estamos aún en disposición de hacer esto. Si puede ser o no puede ser, ya se verá más adelante.

Celebro que le vaya muy bien y que la vida le resulte útil y dulce, en compañía de su familia. Hasta dentro de dos meses, y reciba afectuosos saludos de su amigo que le abraza,

Vicente Blasco Ibáñez

*En busca del Gran Kan*, publicada en febrero de 1929, tres meses después de fallecido el insigne novelista, es la novela de Cristóbal Colón y del Descubrimiento. Ya Blasco había tratado extensamente esta evocación histórica en *Los argonautas*. Pero el tema le sigue atrayendo, ahonda en él, seducido por el equívoco de aquella ingente figura, en cuya vida hubo tantas zonas de sombra todavía no iluminadas; y a la vez que traza una gigantesca pintura del personaje “de las dos tumbas y de las catorce cunas” narra la es-

forzada epopeya marinera poniendo en relieve toda su substancia nacional, toda la parte decisiva que tuvo en el acontecimiento la aportación española.

*El caballero de la Virgen* (otra novela póstuma, publicada en noviembre de 1929) es narración independiente de *En busca del Gran Kan*; pero que la continúa en el sentido de pasar a describir la epopeya de la Conquista, inmediata a la del Descubrimiento. Es la novela de Alonso de Ojeda, personaje también evocado en *Los argonautas*, cuyo protagonista, un Ojeda moderno, supónese descendiente del Caballero de la Virgen.

Y la serie iba a proseguir. En planta tenía Blasco *La casa del océano*, que sería la novela de Vasco Núñez de Balboa y del mar Pacífico; *El oro y la muerte* y otras novelas sobre Magallanes, Cortés, Pizarro, etcétera. Pensaba él que fuesen a modo de poemas en honor de las verdaderas glorias españolas y que representase, en cierto modo, una novedad literaria por transcurrir su acción en la época moderna, siendo al propio tiempo una vasta evocación del pasado.

También pensaba y trabajaba en otras novelas “sueltas”, una de las cuales, *El fantasma de las alas de oro*, fue la postrera de sus obras póstumas. Hablaba Blasco, además de “la obra de su vida”, en la que pondría todo su optimismo:

– Se llamará *La juventud del mundo* –decía Blasco–; la humanidad es todavía niña. ¿Qué significa su edad actual dentro de la civilización al lado de los treinta mil años que necesita una sola estalactita para formarse? Mi obra será a favor de la paz. La acción tendrá como teatro Ginebra y Menton, en un lugar conocido por Grimaldi donde se han encontrado tres esqueletos prehistóricos. Mi ideal es que dentro de los siglos lleguen a vivir los hombres con la mayor suma de bienes y la menor de dolores...

Tampoco dejaba de proyectar nuevos viajes: volver a Norteamérica, ir a Chile, la patria de su esposa, a fin de realizar una larga excursión por las altiplanicies de los Andes; dar otra vuelta al mundo...

Pero un día, en los primeros del nuevo año y hallándose en París, cogió un enfriamiento que, por desgracia, no tardó en producirle una grave congestión pulmonar.

Trasladado inmediatamente a su residencia de Menton todavía logró Blasco reponerse un poco y, durante unos días, tomar el sol en los jardines de “Fontana Rosa”. Mas al cabo recayó con una bronconeumonía, y esta vez ya no había de abandonar el lecho sino para entrar en la vía de la eternidad,

dejando así truncada la serie última de sus novelas y poniendo punto final a la tumultuosa novela de su vida.

Avanzaba la noche, y ya en período preagónico había llamado a su secretario, diciendo que iba a dictarle *La juventud del mundo*. Era la obra que le venía obsesionando desde unos meses antes, quizá porque teniéndola pensada, aún no había escrito nada de ella.

– Que venga enseguida..., voy a dictarle... Es preciso que se publique en español en octubre..

Deliraba. Y seguidamente, ya en franco delirio, braceando y agitándose en el lecho, hablaba de las reformas que iba a seguir implantando en su jardín.

– Quiero que se parezca a Valencia, a mi Valencia, y que me recuerde a cada instante el olor y el color de mi tierra.

El delirio seguía arrancándole después palabras y frases sin aparente conexión, pero que revelaban las postreras obsesiones del moribundo:

– ¿Veis la carabela...? Yo la veo... la veo... con sus velas hinchadas por el viento.

De pronto se incorpora. Tiende los brazos hacia la entrada de la habitación, donde agoniza. Ha visto a alguien que llena de emoción y de fervor sus últimos instantes:

– ¡Es Víctor Hugo..., es Víctor Hugo...! Que pase...

Y tras de una larga tregua, reclinada la cabeza ardiente en el hombro de su esposa, Vicente Blasco Ibáñez aún tiene alientos para pronunciar estas últimas palabras:

– Mi jardín, mi jardín...



Homenaje a Blasco Ibáñez en la playa del Cabañal.  
Los títulos de sus novelas figuran en la vela desplegada de la barca.



# Apéndices



# A<sup>PÉNDICE I</sup> Tabla cronológica

- 1867 El 29 de enero nace Vicente Blasco Ibáñez en Valencia, calle de la Jabonería Nueva, número 8 (hoy número 2).
- 1869 Se producen en Valencia fuertes motines populares que repercuten en casa de los Blasco, situada en lugar estratégico para los revoltosos.
- 1878 El pequeño Vicente deja de asistir a las Escuelas Pías donde había cursado sus primeras letras.
- 1880 Ingresa en el Colegio Levantino, situado en la plaza de la Pelota (hoy plaza de Mariano Benlliure).
- 1883 Primeras tentativas literarias: publica en *Lo Rat Penat*, almanaque dirigido por Constantino Llombart, una narración en valenciano titulada “La Torre de la Boatella”.—Escapatoria a Madrid, interrumpiendo sus estudios de abogado.
- 1884 Publica en el almanaque *Lo Rat Penat* otra narración en valenciano titulada “Fátima”.
- 1885 Primeras propagandas de agitador republicano.
- 1886 Otra narración breve: “Aventura veneciana”.
- 1888 *Fantasías, leyendas y tradiciones; El adiós de Schubert; El final de Norma; Un idilio nihilista; Marinoni; La muerta de Capeto; El Conde Garci-Fernández; ¡Por la Patria!* — Termina su licenciatura de Derecho.
- 1890 Emigra a París.
- 1891 Regreso a Valencia.— Contrae matrimonio.
- 1892 *La araña negra.*— *¡Viva la República!*
- 1893 *París, impresiones de un emigrado.*— *Historia de la Revolución española* (epílogo de D. Francisco Pi y Margall).

- 1894 Estrena el Teatro Apolo de Valencia un drama: *El juez*.— Se publica el primer número de *El Pueblo*, diario republicano de la mañana; en ese primer número, comienza la publicación en folletín de *Arroz y tartana*.
- 1895 Prisión y proceso por delito de imprenta.
- 1896 Nueva emigración: viaje a Italia.— *En el país del arte*.— *Flor de Mayo*.— *Cuentos valencianos*.— Condenado a dos años de prisión.
- 1898 Diputado a Cortes por Valencia.— Publica *La barraca*.
- 1899 El insigne D. Miguel Moya, creador del periodismo español a la europea, publica en el folletín de *El Liberal*, de Madrid, la novela *La barraca*.
- 1900 *La condenada*.—*Entre naranjos*.— Homenaje en el Buen Retiro, de Madrid, presidido por D. Benito Pérez Galdós.
- 1901 *La Révue de Paris* publica con el título de *Terres maudites* una traducción francesa de *La barraca*.— *Sónnica la cortesana*.
- 1902 *Cañas y barro*.
- 1903 *La catedral*.
- 1904 *El intruso*.— Escribe *La voluntad de vivir*, que no había de publicarse hasta veinticinco años después de la muerte de Blasco Ibáñez.
- 1905 *La bodega*.— *La horda*.— Diputado a Cortes por Valencia (quinta vez).
- 1906 *La maja desnuda*. Caballero de la Legión de Honor, orden en que alcanzó el grado de “comendador”.
- 1907 Diputado a Cortes por Valencia y por sexta vez.— Viaje a Oriente.
- 1908 *Sangre y arena*.— *Los muertos mandan*.
- 1909 Primer viaje a Sudamérica.— Gira de conferencias por la Argentina, Paraguay y Chile.
- 1910 Escribe *La Argentina y sus grandezas*.
- 1910-1913 Estancia en Sudamérica.— Blasco funda dos colonias en la Argentina: Cervantes y Nueva Valencia.
- 1914 En marzo, vuelve a las letras con *Los argonautas*.—En agosto, estalla la primera Guerra Mundial.— Blasco Ibáñez fija su residencia en París.
- 1916 *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*.
- 1917 *Mare Nostrum*.

- 1919 Residencia en Montecarlo.— *Los enemigos de la mujer*.— Viaje a los Estados Unidos.— Doctor “honoris causa” por la Universidad de Washington.
- 1920 Excursión a Méjico.— *El militarismo mejicano*.
- 1921 El éxito universal.
- 1923 Viaje alrededor del mundo
- 1925 Segundo matrimonio de Blasco Ibáñez.—*El Papa del mar*.
- 1925-1927 Ciclo de novelas dedicadas “a las grandes glorias españolas”
- 1928 El 28 de enero, víspera de su 61 aniversario, fallece Blasco Ibáñez en su finca “Fontana Rosa” de Menton (Alpes Marítimos).



## A<sup>PÉNDICE 2</sup> Blasco, difusor de cultura

Uno de los aspectos poco o mal conocido de Blasco Ibáñez fueron sus actividades de editor, que ocuparon una parte muy importante de sus trabajos. Acaso sus tristes experiencias de muchacho, cuando anduvo por Madrid con un manuscrito bajo el brazo a la caza del “inexistente” editor le inspirase la voluntad de crearse un órgano propio para la publicación y la difusión de sus obras.

Estas actividades fueron considerables. Blasco fue, en efecto, el director literario de la firma “F. Sempere y Compañía”, de la “Editorial Española-Americana”, que fundó en Madrid al apartarse de la política, y de la “Editorial Prometeo”, fusión y reorganización de estas dos primeras empresas; pero ese título no era en modo alguno un simple cargo honorífico a semejanza del que han ejercido otros escritores. Blasco trabajó para sus editoriales con el mismo entusiasmo y vigor que puso en todas sus empresas y con la fe del que conoce lo delicado y noble de su oficio. En sus años mozos, al fundar el diario *El Pueblo*, Blasco había conocido a Francisco Sempere, muchacho serio y laborioso que poseía una pequeña librería de viejo. Unidos por una comunidad de ideales y por un afecto que no se desmintió nunca, los dos jóvenes proyectaron fundar en Valencia una empresa de ediciones. Blasco publicaría en ella sus novelas y seleccionaría las demás obras que debían figurar en el catálogo, Sempere se encargaría de la administración general y la máquina que hacía el tiraje de *El Pueblo* (una vieja y venerable Alauzet que, años después, veía yo descansar de sus fatigas, siempre cuidadosamente engrasada, en el vasto taller de “Prometeo”), imprimiría los libros en los ratos perdidos. Así nació la editorial “F. Sempere y Compañía”, que tanta popularidad había de obtener en todos los países de habla española.

Una de las primeras obras publicadas fue la *Historia de la Revolución francesa*, de Michelet, traducida por Blasco Ibáñez. También figuraron entre los primeros libros editados *La conquista del pan* y *Palabras de un rebelde*, de Kropotkin; un libro de cuentos de Maupassant (*El Horla*); obras de Darwin, Bakunin, Büchner, Haeckel, Max Nordau, Reclus, Renan, Spencer, etcétera, a las que siguieron obras de Zola, Víctor Hugo, Máximo Gorki, Sudermann, Ibsen, Nietzsche, Schopenhauer, Georges Sorel, Bjornson, Augusto Dide, Engels, Proudhon, Strauss, Taine, Tolstoi y otros escritores extranjeros, literatos, sociólogos, librepensadores, etcétera.

La flamante editorial cuyas obras llevaban, por lo común, el precio uniforme de “cuatro reales”, fue creciendo sin descanso y publicando obras de célebres pensadores y novelistas, extranjeros casi todos.

Entre los autores españoles y americanos de lengua española editados por “F. Sempere y Compañía” figuraron, entre otros muchos, Alcalá Galiano, Rafael Altamira, “Ángel Guerra”, Manuel Bueno, Benjamín García Calderón, Enrique Gómez Carrillo, José Ingenieros, Luis Morote, Alberto Nin Frías, Pío Baroja (la primera edición de *El tablado de arlequín*), José Enrique Rodó (primera edición del *Ariel*), Ricardo Rojas, Manuel Ugarte (primera edición de *El porvenir de la América Latina*) y Antonio Zozaya. Las novelas de Blasco Ibáñez iban incorporándose al catálogo a medida de su aparición en los folletones del diario.

En la época en que Blasco trasladó su residencia a Madrid fundó allí, simultaneando sus tareas editoriales con las que ya dejaba en Valencia en pleno auge, la “Editorial Española-Americana”, que vivió hasta que el novelista abandonó la corte. Años después, hacia 1913, esa editorial madrileña vino a fusionarse con la entidad “F. Sempere y Compañía”, constituyendo en Valencia la “Editorial Prometeo”, tan prestigiosa en todo el mundo hispánico.

Uno de los volúmenes póstumos de Blasco Ibáñez, el que lleva por título *Estudios literarios*, es fruto de la parte activa que el ilustre novelista dedicaba a este género de trabajos, pues dichos estudios están constituidos por los prefacios que Blasco escribió para la colección “La Novela Literaria”, vasto plan editorial de “Prometeo” que recogió gran parte de la producción novelesca internacional contemporánea y en la que figuraban obras de Barbusse, Huysmans, Abel Hermant, Johan Bojer, Miriam Harry, Pierre Louys, Henry de Regnier, Rosny, Mauricio Barrès, Paul Bourget, Marcelle Tinayre, etcétera.

# Blasco y sus contemporáneos

A<sup>PÉNDICE 3</sup>

¿Cómo han juzgado a Blasco sus contemporáneos?

Algunos, como Azorín, le enjuiciaron fríamente, con ejemplar imparcialidad. Los menos, como Baroja, con reiterado desdén, casi con odio. Otros con entusiasmo, subyugados por la personalidad del hombre y del novelista.

Refrenemos la inclinación de elaborar aquí una síntesis con tan dispares opiniones. Todas las respetamos y acogemos, aun aquellas cuyo encono extravasa los límites propios de la crítica artística y manan a las claras de unas fuentes enturbiadas por pertinaces pasiones personales.

Aquí van, en apéndice de nuestra propia exposición, y textualmente reproducidos, algunos de esos juicios favorables o adversos, escogidos entre los más representativos de cuantos tenemos hoy a nuestro alcance.

## UN ARTÍCULO DE PIO BAROJA

“Me preguntaba el otro día un señor:

– Y ahora ¿qué escribe usted?

– Lo de siempre. Naturalmente, poco de política, más bien algo alrededor de la literatura y de la filosofía.

– ¿Y qué va usted a hacer?

– Voy a hacer, si no parece mal, unas semblanzas de escritores y de políticos conocidos que ya no existen, diciendo mi opinión sobre ellos.

– No me parece oportuno –me dijo el señor.

– ¡Pero hombre, eso ya está dentro de la Historia!

– Sin embargo, no creo que sea el momento.

Para algunas personas nunca es el momento de nada. A pesar de la opinión en contrario, lo intentaré. Comienzo por Blasco Ibáñez, como podría empezar por otro cualquiera. Blasco Ibáñez es un escritor de quien yo he leído muy poco, casi nada, y a quien he visto también muy poco. Sin embargo, de las veces que hablé con él, saqué una impresión muy reveladora de su carácter.

La primera vez que lo vi fue en Valencia, no recuerdo el año; sería en 1892 o 1893: Yo era estudiante.

Me hablaron de Blasco como de un hombre terrible. Publicaba por entonces una novela anticlerical, *La araña negra*, que se anunciaba con tinta en las aceras. No sé si ya existía su periódico *El Pueblo*; creo que sí. Yo me figuraba a Blasco, por lo que me decían sus entusiastas, como un tipo mediterráneo, flaco, moreno, aguileño, con una barba negra, algo como el Giaur, de Byron.

Yo no iba al teatro casi nunca; pero una vez que fui con un discípulo, me mostró a Blasco en el patio de butacas. Era un hombre grueso, un poco adiposo, de barba medio rubia y con una voz aguda.

Este no es el tipo clásico del mediterráneo.

Pero si físicamente no lo era espiritualmente lo era en absoluto.

Diez o doce años después estaba yo una noche de verano en los jardines del Retiro, de Madrid, paseando con dos periodistas. Uno de ellos, Antonio Palomero, tenía fama de ingenioso, y lo era hablando, aunque no escribiendo. El otro, Carlos del Río, a quien todo el mundo llamaba Carlitos del Río, andaluz, sevillano, muy amable, muy servicial, muy *dandy*, escribía en el *Heraldo* y andaba con frecuencia con levita y sombrero de copa. Era una de sus características.

Sobre nosotros cayó Blasco Ibáñez como una bomba y enseguida pretendió dominar la conversación y decir la última palabra sobre todo. Vestía un terno claro, cinturón rojo y sombrero de paja. Era un hombre voluminoso, de vientre abultado.

Blasco, que había hablado por la mañana o por la tarde en un mitin republicano haciendo líricamente la apología de la República, nos dijo con sorna que la República sería el régimen de los taberneros, de los zapateros de viejo y de los maestros de escuela, y que, afortunadamente, no vendría nunca a España.

A mí me pareció que esta duplicidad de atacar por la noche lo que defendía por el día no tenía ningún objeto. ¿A quién iba a engañar o a satisfacer con ello? A nosotros, al menos, no.

Después se habló de literatura y el valenciano mostró sus antipatías. Un editor de Barcelona, Henrich, estaba publicando por entonces una colección titulada “Novelistas del siglo XX”. En esta colección iba a salir, o había salido ya, la novela mía *El mayorazgo de Labraz*.

Blasco dijo que era una ridiculez, una petulancia, ese título de “Novelistas del siglo XX”. Yo le atajé y le dije:

– Yo no veo la petulancia. Balzac, Dickens o Dostoiewski, por muy extraordinarios que sean, pertenecen al siglo XIX; nosotros, aunque seamos medianos, somos del siglo XX.

Este *nosotros* no le hizo ninguna gracia. Cambió de conversación, y como si no supiera decir más que impertinencias, aun queriendo hacer favores, nos indicó que nos iba a convidar a comer hasta hartarnos, porque los escritores de Madrid estábamos acostumbrados al hambre, y en España no se comía. De aquí venía nuestra decadencia.

– Yo no estoy acostumbrado al hambre –contesté en broma–, y me alegraría estarlo. He comido en casa lo suficiente siempre; no he echado de menos nunca la comida. Además, creo que es una fantasía eso que dicen que la decadencia de los españoles, si es que hay decadencia, proviene de no alimentarnos; yo, por lo contrario, veo que comemos demasiado y que todo se nos va en comer.

A los dos años de esta conversación me encontraba mirando el escaparate de la librería de Fernando Fe, en la Carrera de San Jerónimo, donde había unos libros míos, cuando me pusieron familiarmente una mano en el hombro. Era Blasco Ibáñez.

Yo había escrito tres novelas de la vida madrileña: *La busca*, *Mala hierba* y *Aurora roja*. Blasco, que había leído las obras mías, quiso convencerme de que esto no era lo que se debía hacer; que yo había hecho estampas, pero no cuadros. Su insistencia me molestó, y, cansado, le dije:

– Todo puede ser bueno y puede ser malo. Un cuadro malo, porque sea cuadro, no creo que tenga valor. Pienso, además, que una obra no se sabe si vale algo o no hasta veinte o treinta años de muerto el autor. Así que para mí la crítica actual no tiene gran importancia.

Un poco a base de los libros míos citados hizo Blasco su novela *La horda*, por lo que me dijeron algunos escritores. Yo no lo comprobé porque no me interesaba gran cosa.

Años después, Blasco Ibáñez estuvo en Madrid y se habló bastante de él.

En casa de una marquesa conocida mía que vivía en mi misma calle, le oí contar al duque de Miranda que Blasco había estado a punto de ir a visitar a

Alfonso XIII. No es que a mí esto me pareciera mal, sobre todo si el escritor no quería ya ejercer de político.

Un grupo de aristócratas había invitado al novelista valenciano a un banquete en el Nuevo Club, círculo próximo a la calle de Alcalá.

Allí se agasajó a Blasco y se le dijo que debía ir a visitar al rey, que era admirador suyo. Los dos eran grandes españoles, patriotas, etc. El novelista se dejó convencer, y los palaciegos quedaron de acuerdo en que se señalara un día y una hora para la visita. El rey no fijó el día, y Blasco se marchó a París bastante ofendido.

Algunos años después, no sé cuántos, por el verano, *Azorín* me escribió de San Sebastián a Vera diciéndome que le había escrito Blasco Ibáñez, hablándole de un proyecto suyo de instituir un premio de cincuenta mil pesetas para una novela en español. No era una bicoca, evidentemente. Los jurados serían cinco escritores, entre los cuales estaba yo, y tendrían seis mil pesetas de sueldo al año. Una verdadera ganga. Para una cosa y otra, Blasco Ibáñez pondría en un banco dos millones de pesetas. Yo, esto, la verdad, nunca lo creí y, efectivamente, no resultó cierto. También dijo el novelista, inspirado por su mecenismo, que iba a dejar su casa de la Costa Azul como asilo para novelistas viejos y pobres.

Luego se contentó con poner en el jardín de su finca bustos de Cervantes, Balzac y de Dickens pensando, sin duda, con mucha razón, que era más cómodo tener cerca a novelistas ilustres en estatua que no a novelistas vivos con fama o sin ella.

Se me dirá que no he visto en Blasco Ibáñez más que los lados malos. Son los únicos que advertí en él como persona. Puede ser que tuviera otros aspectos buenos, pero esos yo no los pude comprobar.

Un escritor francés que come en el mismo restaurante que yo, cerca de mi mesa, me decía el otro día:

– ¡Blasco Ibáñez! ¡Qué tipo! Sabía explotar a todo el mundo como nadie. A nosotros, escritores franceses, nos pagaba el derecho de traducción de los libros muy poco. Doscientos o trescientos francos. Los mandaba traducir y luego decía al autor que hiciera el prólogo con muchos elogios de sí mismo. El autor caía en el lazo y lo hacía. El prólogo lo firmaba luego Blasco. “Si el libro se vende –aseguraba–, les daré más.” Pero ni a mí ni a nadie le dio después ni cinco céntimos, y algunas traducciones nuestras se vendieron muchísimo.

A esto diría un castizo que no hay tan buen sastre como el que conoce el paño, y él lo conocía como escritor y como editor; así que en estas cues-

tiones de publicación de libros era un águila. Ahora, lo que no sé es si tenía condiciones de águila en su literatura. Yo la conozco poco y no me ha atraído nunca.

Además, creo, y quizás sea un prejuicio, que la novela en nuestra época es un arte nórdico y atlántico. El Mediterráneo y el Sur no dan por ahora novelas de gran valor. Se dirá Zola. Yo creo que Zola es un potente escritor; pero novelista, en el sentido clásico de creador de tipos, no lo es. Tampoco creo que lo fuera Blasco Ibáñez”.

(París, marzo de 1940)

## UN CAPÍTULO DE AZORÍN

“Blasco Ibáñez era un mozo fuerte, sanguíneo, de barba de ébano y los ojos relampagueantes. Tenía siempre la sonrisa en los labios y el *che* en la aire. No debió nunca Blasco rasurar la barba moruna. Con la barba, Blasco Ibáñez era más Blasco que con los modernos bigotes recortados y el cuello marinero. Trabajaba incansablemente. Con la tirilla desabrochada, la camisa abierta y los brazos arremangados; o bien en camiseta los días estivos, como le ha retratado un pintor, Fillol, fabricaba cantidad de prosa clara y enérgica.

Nuestras estéticas se oponían. Como manifestara yo, años adelante, esta discrepancia, las relaciones cordiales que nos ligaban se enfriaron. Volvieron a ser cálidas y sinceras años después. Leí con interés sumo las primeras novelas de Blasco Ibáñez: *Arroz y tartana*, *Entre naranjos*, *Cañas y barro*, *La barraca*, novelas valencianistas, sin tesis parcializantes. Se abría con ellas un mundo nuevo para mí. Viviendo en Valencia, venido a Valencia desde un país montuoso y desnudo, el paisaje valenciano no se me había revelado aún. Se ha dicho que el paisaje lo hace el artista. Y es mucha verdad. Blasco Ibáñez ha creado la naturaleza valenciana. Encantado, embelesado –venciendo la frecuente aciología del novelista–, yo contemplaba los espectáculos desconocidos que se me presentaban. De lo particular en que estaba yo sumido pasaba –durante unas horas– a lo general. El paisaje en las novelas de Blasco Ibáñez estaba pintado a grandes rasgos, impetuosamente. La manera de pintar de su lector era con pinceladas breves. La prosa de Blasco Ibáñez era lo mismo en Francia, Inglaterra o Italia que en España. Por primera vez, modernamente, un escritor español se naturalizaba en el ambiente universal. Traducidos habían sido otros muchos y continuarían siendo otros muchos.

Pero Blasco salvaba las fronteras y llevaba nuestro aliento a todas partes. Y al llevarlo lo hacía universal, sin que dejara de ser español. Desde su casa del Cabañal, Blasco se extendía por todo el mundo. Sus conflictos pasionales eran los conflictos que todos, en los más diversos países, podían sentir. La tradición europeísta de un Vives o de San Vicente Ferrer se continuaba.

El peligro que se corría era el de que, al ser universal, al hablar un lenguaje que fuera comprensible a todos, se viera precisado Blasco a abandonar lo íntimo y profundo –lo particular– en los espectáculos que presentaba en sus libros. Pero ¿cómo nosotros podíamos sentir esto ante las magníficas descripciones de un naranjal, de un panorama de la vega valenciana, del prolífico lago de la Albufera? El libro estaba en nuestras manos, y febrilmente, sin advertirlo, íbamos pasando páginas y paginas. En el descanso respirábamos y meditábamos...

¿Ganará o perderá con el tiempo la obra de Blasco Ibáñez? Confidencias curiosas son las que nos hace el autor con respecto a su arte. Diríase que existe una cierta pugna entre este modo de gestación –la gestación de la obra literaria– y la exteriorización definitiva.

Podíamos esperar, según la confidencia, unas páginas íntimas, recogidas, sosegadas, y nos encontramos con el ímpetu arrollador y la incontrastable fortaleza. Subsistirá mucho en la obra Blasco Ibáñez. Caerán las tesis transitorias. Caducarán los apasionamientos doctrinales. No interesarán tanto acaso los conflictos. Pero estos rasguños geniales con que se pinta un paisaje o se dibuja una figura, permanecerán indelebles a lo largo del tiempo y a través de las generaciones”.

(De *Valencia*, cap. XXV)

En apéndice a esta impresión sobre Vicente Blasco Ibáñez, el autor de este libro desea añadir, con perdón del lector, el siguiente fragmento de una entrevista celebrada con Azorín en junio de 1956:

“Azorín, todavía convaleciente de la grave caída que sufrió hace unos meses, nos aguarda en un cuartito íntimo, sentado junta a una mesa-camilla, en un cuartito donde hay muchos libros puestos en plano unos sobre otros. Que es así como descansan los libros que se leen.

Nos acoge, según sus hábitos y su índole, como acoge un señor. A pesar de la evidente molestia que todavía le causa la pierna lesionada, trata de levantarse, se pone en pie sin reparar en nuestras afectuosas protestas. Y ya

en pie se estira con todo su continente, la cabeza ligeramente inclinada, la expresión fríamente amable.

– No se incomode, D. José, por favor.

Don José (en su casa, Azorín es D. José) nos indica una silla junto a la mesa que, vestida de fino paño, muestra un viejo libro tumbado de bruces sobre las páginas abiertas.

Todos sabéis que D. José es hombre –digámoslo más propiamente–, es caballero de pocas palabras, de muchos silencios, de francas y penetrantes miradas azules. Pero esta vez D. José nos habla, siempre como en tono menor, y nos dice, cual si quisiera presentarnos a ese tercer personaje de los coloquios con Azorín, a ese libro abierto de bruces sobre el fino paño de la mesa-camilla.

– Es una vieja edición de *Entre naranjos*, impresa en Madrid en la época de “La Novela Ilustrada”, allá por los años de 1906 ó 1907. La estoy releendo. Me gusta releer estas viejas ediciones de la juventud. Vea la portada con ese retrato de pluma: el Blasco tumultuoso de la época, con sus barbas musulmanas y su palabra encendida... Vea otro libro, ese mismo el último de la pila: una primera edición francesa del *Dostoiewski*, de Gide.

Y tras una corta pausa, el típico intervalo de las charlas lentas, pobladas de silencios, con el maestro, éste remacha su mirada en la nuestra y dice, llenando cada palabra con el contenido que requiere, cargándola de sinceridad y convicción:

– Los mejores narradores (y repite), “narradores”, de las letra universales son Tolstoi y Vicente Blasco Ibáñez. Ese viaje de Rafael Brull, desde su escaño del Congreso hasta la “casita azul” de Alcira, donde le espera el amor de Leonora, es un verdadero prodigio. Y así ocurre con el Blasco de *Arroz y tartana*, de *La barraca*, de *Flor de mayo*...

– ¿Fueron ustedes siempre buenos amigos? Se conocieron muy jóvenes y hasta colaboró usted en *El Pueblo*, el diario de Blasco, en sus primeros tiempos de estudiante, allá en Valencia.

– Al principio, Blasco y yo no fuimos muy buenos amigos. No: no había una gran simpatía entre nosotros aunque, por entonces, nos acercaba mucho nuestra común admiración por Pi y Margall. Él era hombre de tumulto, se sentía feliz entre las masas, a las que adoraba y que le devolvían centuplicada su pasión. Yo, como siempre, tímido y retraído, limitado a las únicas exuberancias de lenguaje que me permitían unas cuartillas escritas en la soledad y sin impacencias. Como siempre... Pero con los años, aquella vieja amis-

tad se fue estrechando, hasta que en los últimos tiempos de Blasco llegué a mantener con él una correspondencia asidua y copiosa.

– Lo sé, D. José, y sé que fue particularmente prolija con motivo de aquel proyecto –no realizado– de Blasco, consistente en dejar una especie de fundación, en su villa de Fontana Rosa, para los escritores españoles...

– Así es, así es... Pero a propósito de esa correspondencia de última hora con Blasco voy a decirle que yo debo la vida a un paquete de esas cartas.

Le miro sorprendido.

– Lo que le digo –afirma D. José–. Cuando estalló nuestra guerra civil decidí marcharme de Madrid, y tras muchas vicisitudes conseguí llegar hasta cerca de la frontera francesa. Ya me veía a salvo del terror; pero en los últimos momentos caí en manos de la FAI. La cosa no era nada tranquilizadora, pues en aquel tiempo el procedimiento corriente para despejar dudas y sospechas consistía en matar y destruir cuanto se ponía por delante. “¿Qué llevas ahí?”, me preguntaban con escalofriante familiaridad, a la vez que se ponían a registrar mis maletines. Uno de aquellos hombres encuentra en mis bagajes un paquete de papeles: las cartas de Blasco. Me lo muestra entre la torva expectación de sus compañeros y dice: “Y esto, ¿qué es? ¿Qué documentos llevas ahí?” “Pues eso es un paquete de cartas de mi amigo Blasco Ibáñez. Pueden ustedes verlo.” Aquello operó como un sortilegio. Los de la FAI suspendieron en el acto su registro, volvieron a colocar todas mis cosas con el mayor cuidado que pudieron y abandonando su actitud hostil me dijeron finamente: “Puede usted seguir su camino... feliz viaje”. El pobre Blasco ya llevaba enterrado ocho o diez años. Y aquella especie de taumaturgia que había ejercido en su juventud sobre las masas, prolongada desde ultratumba, me salvó sin duda la vida.”

## EL BLASCO DE RAMÓN PEREZ DE AYALA

“Poseía Blasco Ibáñez una virtud rara entre escritores: el espíritu de clase, tan desarrollado en todas las profesiones, menos en la de las letras. Aparte de la semejanza en las preferencias y de la discrepancia de escuela estética, Blasco Ibáñez era, antes que nada, un excelente colega, un seguro amigo, que lo sacrificaba todo a los deberes de la hermandad literaria. Yo siempre le oí encarecer los méritos de sus compañeros generosamente. Nunca fue avariento en el aplauso para con los demás. Sin duda porque sentía que con esto nada se le mermaba de los méritos propios. En esta su anchura de pecho

y latitud de adhesión a todas las manifestaciones literarias se cifra acaso el secreto de su universalidad. Yo no creo en los genios ignorados ni en el arte del hoy para el mañana. El genio literario es necesariamente actual y universal; lo ha sido siempre. La fama únicamente póstuma, la que se extiende intermitentemente en una minoría deshumanizada y de psique estrecha (pusilámíne) y doctrinaria, corresponde a los genios frustrados, semigenios. Blasco Ibáñez ha sido un escritor universal de su hora. Mi cariño hacia su persona y hacia su obra (aparte las susodichas discrepancias de escuela estética) anhela que lo siga siendo asimismo en todas las horas por venir. Su pérdida –pérdida afflictiva– sobreviene cuando estaba empeñado en la tarea más hispánica y más universal de consuno. Rehabilitar ante la Historia, la verdadera historia (la de los sentimientos y las imágenes perduraderos; esto es, la historia del arte literario), a los españoles de vitalidad suprema en lo pretérito; de consiguiente, a los más desplazadores de energía y provocadores de reacciones violentas; por consiguiente, a los más agresivos, y por consiguiente, a los más agredidos (el antipapa Luna, César Borja y su padre, etc.). Estaba creando nuevos mitos hispánicos, de circulación universal, frente a los tradicionales y circulantes mitos antihispánicos.

¡Qué amor y qué gratitud le debemos, no ya los escritores, sino todos los españoles!”

## EL BLASCO DE EUGENIO D'ORS

“En desquite, ¿cómo no descargar a esta generación (la del 98) de un peso que una consideración puramente cronológica le impondría, el de albergar a Vicente Blasco Ibáñez? Nacido casi a la vez que Unamuno, Valle-Inclán o Benavente, aquel ochocentista retrasado no pudo ilusionar más que a sus contemporáneos de poco aviso o a gregarias muchedumbres extranjeras, trabajadas por la venalidad y el reclamo. Confesemos, sin embargo, que, hoy por primera vez, un manual recentísimo, la “Literatura española contemporánea” de Gonzalo Torrente se ha atrevido a enjuiciar en letras de molde y en los términos en que la conversación ocasional venía repitiéndolo, desde tiempo y hasta la acción del olvido, una obra que no sólo había hechizado a los obtusos Baquero contemporáneos suyos, sino más allá de calendas y fronteras a tanto hispanófilo de estas Universidades, a algún Jean Cassou de esas vanguardias. Confesemos también otra cosa: que el fenómeno, para la posteridad tan sorprendente, del portentoso éxito excepcional, alcanzado

por aquel novelista, fue debido en gran medida –aparte de alguna oportunidad ocasional, como la debida a los servicios de propaganda de la guerra del 14– no, cierto, a la vigencia de las ideas que la obra aportase, sino a la vigencia de los lugares comunes característicos a la generación finisecular. En rápida caricatura, tal vigencia puede cifrarse en dos rasgos, a los cuales corresponden dos expresiones, también caricaturales. Uno, ideas avanzadas. Otro, nacionalismo pintoresco. Por color local valenciano se tragarón los españoles y nuestras colonias regionales de América a Blasco Ibáñez como quien se regala con una paella; por color español se lo tragarón los norteamericanos y los holandeses como quien gusta de un gazpacho. Al margen de esto –acaso precisamente por esto–, las ideas avanzadas hicieron también lo suyo. Blasco fue celebrado –en conyunda con Unamuno, no lo olvidemos–, tanto como por castizo, por adversario del general Primo de Rivera; tanto por las fuerzas que mandaban agentes secretos a Palma de Mallorca como por los que mandaban barcos de evasión a Fuerteventura... Lavemos a la generación del 98 de la mancha de cualquier participación en la fullería literaria de Blasco Ibáñez. No le perdonemos su complicidad en la formación de las tablas de valores, a que la trampa debió el éxito y contra las cuales las sucesivas promociones novecentistas se encontraron en el deber de reaccionar.”

(De *Arriba*, Madrid: *Fin de Siglo y Novecientos*, nº almanaque de 1950.)

## EL BLASCO DE EDUARDO MARQUINA

### ANECDÓTICA

#### I

Nos hablaba de la mesa del Continental,  
sobre la Rambla, en su fogoso valenciano,  
y tenía pergeño de Baco pagano  
rezagado en los mirtos de su costa natal.

(Por entonces, había  
escrito *Entre naranjos*. Tribuno de la Plebe,  
peroraba en los libres comicios; y esgrimía

su joven culto a Wagner como una profecía,  
sobre el montón de escombros del siglo XIX.)

## II

En Madrid y en el viejo Hotel de Roma. Gente  
que acude a verle; yo... Se hace un revuelo,  
pasos... Él, por fin, que entra, pálido y sonriente:  
– Ayer tarde se batió en duelo.

Gigantesco en aquel diván  
medio tendido, calla, moroso... Cuaja en él  
no sé qué vaga sombra de aburrido sultán  
catador de hembras claras y gustador de miel...

Pero, latino y condotiero, apenas  
empieza a hablar, en sus pómulos rojos,  
sangres de acción inyectan las venas.  
Veo, entonces, quebrarse las murrias agarenas,  
al tizón de los Borja que aún da lumbre en sus ojos.

## III

“Ya conquistó París... ¿Adónde irá a parar?  
¡Este raro Vicente es prodigioso...!”  
Icaza, en un café del *Boulevard*  
nos lo decía, incisivo y meloso.

Aquel raro Vicente, en efecto, pasaba  
complacido, triunfante, de aplomo en sus pies...  
De vez en cuando se paraba,  
y, gozoso y goloso, captaba  
la sonrisa del mundo en el aire francés.

(Acaban de traducir  
sus primeras novelas. París rinde cautiva  
su alma al Ogro español: un regalo, ¡exprimir  
los zumos de naranja de su prosa cursiva...)

IV

Oscuridad, La Guerra. La batalla  
que al parecer, libraron la Libertad y el Casco...  
Rojo cinema, el mundo. En la Pantalla,  
*Los Cuatro Jinetes* de Blasco.

V

*Hall* de un *Palace* cualquiera... Al hablar, lamentamos  
de las tierras de Europa la ruina inminente...  
Yo, vecino en la clara ciudad donde hablamos,  
Y Blasco, viajero indolente...

“No hay otro rumbo, América –grita el hombre–; las fraguas  
en América están de las Nuevas Naciones;  
llegas a Nueva York y has de abrir el paraguas;  
no te dejan pedir, ¡llueven millones...!

El tribuno, el sultán, el condotiero, en ocios  
de novelista, apenas cree en la propia hazaña;  
lleva prisa; palpita de una codicia extraña;  
Se enciende... ¡tiran de él, a pasto de negocios,  
Cuatro siglos famélicos de miseria de España!

VI

Profesó amor en aras de Verdad;  
puso, en la tierra, su dogma, en la flauta  
de Pan, una canción de libertad,  
y cumplió su deber, de humanidad,  
militante, operante, navegante, Argonauta.

Ha luchado, ha sufrido, ha vivido;  
las cumbres y los barrancos  
pisó glorioso, o probó, herido:  
dio flechas suyas a todos los blancos.

Ya no le apremia el corazón; reposa  
de sus saltos de tigre... Vive las horas quietas  
de la última jornada, entre el mar y la esposa  
–y quiere hacer de su “Fontana Rosa”  
un jardín para los poetas...

Traza el jardín... ¡y el libro de su vida se cierra!  
Buen español, no le bastó su honor,  
y pensó en las damas, y pugnó por su tierra:  
– ¡Dios te lo pague, triunfador!



# Un estudio grafológico de Blasco Ibáñez

Doña Matilde Ras, miembro de la “Société de Graphologie”, de París, hizo el siguiente estudio grafológico de la escritura de Vicente Blasco Ibáñez.

“Escritura muy clara, de proporciones medianas y armónicas, de espontánea elegancia, muy curva, poco ligada, dextrogira, de limpio relieve, de mayúsculas pequeñas y tipográficas.

Avidez intelectual, intuición, imaginación creadora; sentimiento de la línea y del colorido –relieve, curvas estéticas de las letras–. Las mayúsculas tipográficas revelan agilidad mental, reforzada por vasta cultura. Y aquí una breve explicación grafológica: la técnica perfecta llega a emplear el esfuerzo y el material mínimos y estrictos para producir su obra; al llevar la imprenta sus caracteres a la suprema perfección, buscó la mayor simplificación y estricto dibujo de éstos; sin pensar en imitarlos, inconscientemente, con renovada creación, la inteligencia rápida y cultivada –talento y técnica– produce tipos semejantes a los de la imprenta, con más las variedades y la vibración de la libertad de mano, modificando las complicadas mayúsculas de los modelos de caligrafía donde todos hemos aprendido. Entre los artistas, los escritores son los que emplean más esta forma. Uno de los casos más típicos es la escritura de “Azorín”.

Carácter independiente, aunque no carece de cierta diplomacia cuando le conviene. Dulzura; hay viveza en sus réplicas, pero no mordacidad; indulgencia; amplia y benévola comprensión; sensibilidad más o menos manifestada.

Elegancia, amor a los objetos raros y suntuosos, y quizá un poco de cansancio de este mismo gusto, como el que invade, por saturación de color, en

la visita a una galería de pinturas, con deseo de reposar la mirada en una fría y desnuda blancura.

Epicureísmo matizado de idealismo. Espíritu que se puede calificar de helénico por la despierta curiosidad intelectual, por el equilibrio en las facultades, por el concepto claro y armónico de la vida, por su amor a la belleza sin olvido del provecho material, hasta por sus instintos de argonauta.

Sencillez: la gloria no lo ha endiosado.”

## A PÉNDICE 5 La obra

He aquí la lista de los libros que el propio Blasco Ibáñez admitía como expresión de su obra literaria completa.

El resto de sus trabajos novelísticos, periodísticos, políticos, polémicos, de historia, etc., los consideraba como puramente ocasionales e indignos de figurar en el conjunto de su obra de escritor.

Tampoco incluía, entre las novelas, *La voluntad de vivir* (1907), que sólo se publicó en 1953, veinticinco años después de la muerte de Blasco:

- 1.- *Arroz y tartana* (novela, 1894).
- 2.- *Cuentos valencianos* (1896).
- 3.- *En el país del arte* (viajes, 1896).
- 4.- *Flor de mayo* (novela, 1896).
- 5.- *La barraca* (novela, 1898)
- 6.- *Entre naranjos* (novela, 1900).
- 7.- *La condenada* (cuentos, 1900).
- 8.- *Sónnica la cortesana* (novela, 1901).
- 9.- *Cañas y barro* (novela, 1902).
- 10.- *La catedral* (novela, 1903).
- 11.- *El intruso* (novela, 1903).
- 12.- *La bodega* (novela, 1904).
- 13.- *La horda* (novela, 1905).
- 14.- *La Maja Desnuda* (novela, 1906).
- 15.- *Oriente* (viajes, 1907).
- 16.- *Sangre y arena* (novela, 1908).
- 17.- *Los muertos mandan* (novela, 1908).
- 18.- *Luna Benamor* (cuentos, 1909).

- 19.- *Los argonautas* (novela, 1914).
- 20.- *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (novela, 1916).
- 21.- *Mare Nostrum* (novela, 1917).
- 22.- *Los enemigos de la mujer* (novela, 1919).
- 23.- *El paraíso de las mujeres* (novela, 1919).
- 24.- *El préstamo de la difunta* (novelas cortas, 1920).
- 25.- *El militarismo mejicano* (artículos, 1921).
- 26.- *La tierra de todos* (novela, 1922).
- 27.- *La reina Calafia* (novela, 1923).
- 28.- *Novelas de la Costa Azul* (novelas cortas, 1924).
- 29.- *La vuelta al mundo de un novelista* (viajes, 1924-1925).
- 30.- *El Papa del mar* (novela, 1925).
- 31.- *A los pies de Venus* (novela, 1926).
- 32.- *Novelas de amor y muerte* (novelas cortas, 1927).
- 33.- *En busca del Gran Kan* (novela póstuma, 1929).
- 35.- *El fantasma de las alas de oro* (novela póstuma, 1930).

NOTA IMPORTANTE: Las únicas ediciones que recogen los textos definitivos del autor y que presentan una garantía de rigurosa fidelidad son las que se publicaron, bajo la dirección del propio Blasco Ibáñez, en la desaparecida “Editorial Prometeo” (Sempere, Llorca y Cía.), de Valencia.

## Lista de las obras de Blasco Ibáñez traducidas a diferentes idiomas

La que damos a continuación fue redactada en 1928 –a la muerte de Blasco Ibáñez–; pero, como es bien sabido, las traducciones extranjeras de esos libros continuaron y continúan en progresión creciente, en todo el mundo.

### AL FRANCÉS:

- Terres Maudites.*- Traducción de G. Hérelle. París.  
*Fleur de Mai.*- Traducción de G. Hérelle. París.  
*Boue et Roseaux.*- Traducción de Maurice Bixio. París  
*Dans l'ombre de la cathédrale.*- Traducción de G. Hérelle. París.  
*La Horde.*- Traducción de G. Hérelle. París.  
*Arènes sanglantes.*- Traducción de G. Hérelle. París.  
*L'Intrus.*- Traducción de Renée Lafont. París.  
*Les Morts commandent.*- Traducción de G. Menetrier. París.  
*Sur les orangers.*- Traducción de G. Menetrier. París.  
*Les Quatre cavaliers de l'Apocalypse.*- Traducción de G. Hérelle. París.  
*La Revolution Mexicaine.*- Traducción de Louis Fonges. París.  
*La Tragedie sur le lac.*- Traducción de Renée Lafont. París  
*Les ennemis de la femme.*- Traducción de A. de Bengoechea. París.  
*Contes Espagnols d'amour et de mort.*- Traducción de F. Menetrier. París.  
*Luna Benamor.*- Traducción de Renée Lafont. París.  
*La Femme nue de Goya.*- Traducción de A. de Bengoechea. París.  
*La Cité des futailles.*- Traducción de Renée Lafont. París.  
*La Tentatrice.*- Traducción de Jean Carayon. París.  
*Arènes Sanglantes.*- Traducción francesa de G. Hérelle. Edición Nelson. Edimburgo (Escocia).

*Les Quatre fils d'Eve.*- Traducción de Renée Lafont. París.  
*Tandis que soleil se couché...*-Traducción de J. Carayon. París.  
*Sonnica la courtisaine.*- Traducción de J. Carayon. París.

AL PORTUGUÉS:

*Terras malditas.*- Traducción de Napoleão Toscano. Lisboa.  
*A catedral.*- Traducción de Riveiro de Carvalho y Moraes Rosa. Lisboa.  
*A cortezã de Sagunto.*- Traducción de Riveiro de Carvalho y Moraes Rosa.  
Lisboa.  
*O intruso.*- Traducción de Riveiro de Carvalho. Lisboa.  
*Miseraveis.*-Traducción de Vasco Valdez. Lisboa  
*A adegas.*- Traducción de Ferreira Martins. Lisboa.  
*Oriente.*-Traducción de Ferreira Martins. Lisboa.  
*Os inimigos da mulher.*- Traducción de Ferreira Martins. Lisboa.  
*A mulher núa.*- Traducción de Agostinho Fortes. Lisboa.  
*Os quatro cavaleiros do Apocalipse.*- Traducción de Raul Proença. Lisboa.  
*A terra de todos.*-Traducción de Agostinho Fortes. Lisboa.  
*O paraíso das mulheres.*- Traducción de Acácio Antunes. Lisboa.

AL ALEMÁN:

*Flor de Mayo.*- Traducción de Josy Priems. Zurich.  
*Die Kathedrale.*- Traducción de Josy Priems. Zurich.  
*Erdfluch.*- Traducción de Wilhelm Thal. Berlín.  
*Schilfund Schlamm.*- Traducción de Wilhelm Thal. Berlín.  
*Der Eindringling.*- Traducción de J. Broutá. Berlín.  
*Die Hetare von Sagunt.*- Traducción de J. Broutá. Berlín.  
*Die Apokalyptischen Reiter.*- Traducción de E. Koert. Berlín.  
*Die Blutige Arena.*- Traducción del Dr. Stefan Hofer. Viena.

AL HOLANDES:

*De Vloek.*- Traducción del doctor A. A. Fokker. Haarlem.  
*Waar Oranjeboomen Bloeien.*- Traducción de doctor A. A. Fokker. Ámster-  
dam.  
*Bloed an zand.*- Traducción de Van Raalte. Ámsterdam.  
*Wlin en Liefde.*- Traducción de Van Raalte. Ámsterdam.  
*De vier ruiters uit de Apocalipsis.*- Traducción de Van Raalte. Gravenhage  
(Holanda).  
*De Dowler reveler.*- Traducción de Van Raalte. Ámsterdam.

*Een Liefde op de Balearen.*- Traducción holandesa de P. M. K. Zalt Bommel.

AL CHECO:

*Chalupa.*- Traducción de A. Pikhart. Praga.

*Marná Chlouba.*- Traducción de A. Pikhart. Praga.

*Frev á Písek.*- Traducción de María Votrubová-Haunerova. Praga.

*Probuzeni Budhovo.*- Traducción de Karel Weith. Praga.

*Katedrála.*- Traducción de Karel Weit. Praga.

*Ctyri přiserní jezdcí z Apokalypsy.*- Traducción checoslovaca de Karel Weith. Ilustraciones de Karel Weith. Praga.

*Mare Nostrum.*- Traducción de Karel Weith. Praga.

*Kvet Cerne Reky.*- Traducción de Karel Weith. Praga.

*Nepratelezen.*- Traducción de Karel Weith. Praga.

*Kralovna Calafia.*- Traducción de Karel Weith. Praga.

*Vinné Sklepy.*- Traducción de Karel Weith. Praga.

*Ráj zen.*- Traducción de Karel Weith. Praga.

AL ITALIANO:

*Ah, il pane!*...- Traducción de F. Gelormini. Palermo.

*Sangue e arena.*- Traducción de Ida Mangol. Nápoles.

*I quattro cavalieri dell'Apocalisse.*- Traducción de Ida Mango. Milán.

*Mare Nostrum.*- Traducción de Gilberto Beccari. Florencia.

*Fra gli aranci.*- Traducción Vitagliano. Milán.

*Fior di Maggio.*- Traducción de Gilberto Beccari. Milán.

*Palude tragica.*- Traducción de Gilberto Beccari. Milán.

*La tentatrice.*- Traducción de Sante Bargellini. Turín.

*I morti comandano.*- Traducción de Gilberto Beccari y Giudo de Medici. Florencia.

*Sagunto (Sónnica la cortesana).*- Traducción del coronel Pier Emilio Bosi. Florencia.

*La regina Calafia.*- Traducción de Maria Clara Barlotti. Milán.

*I nemici della donna.*- Traducción de Gilberto Beccari. Florencia.

*L'Allegra Andalucía.*- Traducción de G. Beccari. Florencia.

*La maya nuda.*- Traducción de G. Beccari. Milán.

*La cattedrale.*- Traducción de G. Beccari. Roma.

*Il mulattiere delle Ande.*- Traducción de G. Beccari. Florencia.

*Luna Benamor.*- Traducción de G. Beccari. Aquila.

*Il Papa del mare.*- Traducción de Carlo Boselli. Milán.

AL DANÉS:

- Hvad en Mand har at gove.*- Traducción de Johanne Allen. Copenhague.  
*Den Ubudne.*- Traducción de Johanne Allen. Copenhague.  
*Fyrefaegteren.*- Traducción de Johanne Allen. Copenhague.  
*Den gamle Roenne.*- Traducción de Johanne Allen. Copenhague.

AL RUSO:

- Vinnyi Sklad.*- Traducción de M. Watson. Petersburgo.  
*Bodega.*- Traducción de K. G. Petersburgo.  
*Geleznodorognoy Zaiaz.*- Traducción de M. Watson. Petersburgo.  
*Naloguiza obnagnenaia.*- Traducción de M. Watson. Petersburgo.  
*Prokliatac Pole.*- Traducción de M. Watson. Petersburgo.  
*Sobor.*- Traducción de M. Watson. Petersburgo.  
*Duoyñoy vistrel.*- Traducción de M. Watson. Petersburgo.  
*Obras completas de Blasco Ibáñez* (en ruso). Edición en 16 vol., con un retrato del autor. Traducción de Taitiana Herzenstein y otros. Moscú.  
*Genski Ray (El paraíso de las mujeres).*- Traducción rusa de Taitiana Herzenstein. La Editorial Rusa. Berlín.  
*Rodnoe more.*- Traducción de M. Watson. Leningrado.  
*Zemlia disea.*- Traducción de M. Watson. Moscú.  
*Korolawa calafia.*- Traducción de M. B. Bartcoh. Leningrado.  
*Vokroug sweta.*- Traducción de María Watson. Leningrado.

AL INGLÉS:

- The Blood of the Arena.*- Traducción de F. Douglas. Chicago.  
*Sonnica.*- Traducción de F. Douglas. Edición de Nueva York y edición de Londres.  
*The Shadow of the Cathedral.*- Traducción de W. A. Gillespie. Londres.  
*Blood and Sand.*- Traducción de W. A. Gillespie. Londres.  
*The Matador.*- Edición inglesa Nelson. Londres.  
*The Four Horsemen of the Apocalypse.*- Traducción de Charlotte Jordan (384 edic.). Edición de Nueva York y edición de Londres.  
*The Cabin.*- Traducción del doctor Francis Haffkine-Snow. Nueva York.  
*Luna Benamor.*- Traducción del doctor Isaac Goldberg. Boston.  
*Blood and Sand.*- Introducción del doctor I. Goldberg. Edición de Nueva York y edición de Londres.  
*The Shadow of The Cathedral.*- Introducción de William Dean Howells. Edición de Nueva York y edición de Londres.

- Our Sea (Mare Nostrum)*.- Traducción de C. Brewster Jordan. Edición de Nueva York y edición de Londres.
- The Dead Command*.- Traducción de F. Douglas. Nueva York.
- The Fruit of the Vine (La bodega)*.- Traducción del doctor Isaac Goldberg. Edición de Nueva York y edición de Londres.
- Woman Triumphant*.- Traducción de Hayward Keniston. Nueva York.
- The Enemies of Women*.- Traducción de Arthur Livingston. Edición de Nueva York y edición de Londres.
- Mexico in Revolution*.- Traducción de J. Padin y Arthur Livingston. Nueva York.
- The Mayflower*.- Traducción de Arthur Livingston. Edición de Nueva York y edición de Londres.
- The Torrent (Entre naranjos)*.- Traducción de Isaac Goldberg y Arthur Livingston. Edición de Nueva York y edición de Londres.
- Capítulos escogidos de V. Blasco Ibáñez*.- Coleccionados por E. Alec Wolf. Editor G. Harrap. Londres.
- Vistas sudamericanas*.- Libro para los estudiantes de español, con notas de Carolina Marcial Dorado. Ginn y C.<sup>a</sup>, editores. Nueva York.
- La batalla de Marne*.- Libro para los estudiantes de español, con notas del profesor Federico de Onís. Heat y C.<sup>a</sup>, editores. Nueva York.
- The Temptress*.- Traducción de A. Livingston. Nueva York.
- In The Land of Art*.- Traducción de Frances Douglas. Nueva York.
- A Novelist's Tour World*.- Traducción de Arthur Livingston. Nueva York.
- The Pope of the Sea*.- Traducción de Arthur Livingston. Nueva York.

## AL SUECO:

- Vass och Dy*.- Traducción de E. Staaff. Estocolmo
- Apokalypsens Fyra Ryttare*.- Traducción de Alberto Bonnier. Estocolmo.
- Blod och Sand*.- Traducción de Bruno Lindblom. Estocolmo.
- Förbannad Jord*.- Traducción de Adolf Hillman. Estocolmo.
- I Vinets Bygd*.- Traducción de Bruno Lindblom. Estocolmo.

## AL NORUEGO:

- Blod og Sand*.- Traducción de Sophus brekke. Prólogo de J. Bojer. Cristianía.

## AL HÚNGARO:

- Verzö Aréna*.- Traducción de Toth Andras .Budapest.
- Május Virága*.- Traducción de Berki Miklos y Gyori Karoly. Budapest.

*A Nogyulolok.*- Traducción de Toth Andras. Budapest.

AL JAPONÉS:

*Mokuchi no Shikishi.*- Traducción japonesa de Kanzo Miura. Tokio.

*Chi to Tsuna.*- Traducción japonesa de Atsuchi Sudzuki. Tokio.

*Go-gatsu no hana.*- Traducción japonesa de Soichi Okabe. Tokio

*Go-gatsu no hana.*- Traducción japonesa de Katsuo Urazawa. Tokio.

*Shioki ni naru onna.*- Traducción japonesa de Hirosada Nagata. Tokio.

*Rakuchitsu.*- Traducción japonesa de Shiduo Kasai. Tokio.

*Seppun.*- Traducción japonesa de Shiduo Kasai. Tokio.

*Hikigaeru.*- Traducción japonesa de Shiduo Kasai. Tokio

*Ibáñez Kessakushiu.*- Traducción japonesa de la señora Nakagawa. Tokio.

*Chosei no teki.*- Traducción japonesa de Tatsu Yaguchi. Tokio.

AL POLACO:

*Krew na arenie.*- Traducción de edmundo Tyminsky. Varsovia.

*Raj Koboecy.*- Traducción de F. Baturewieza. Varsovia.

*Mare Nostrum.*- Traducción de Stanilaw Poraj. Varsovia.

*Taucerka Izpieg.*- Traducción de Stanislaw Poraj. Varsovia.

AL FINLANDÉS:

*Kpobo u Necok.*- Traducción de O. D. Strok. Riga.

AL BÚLGARO:

*Nepriatelitre na Jénata.*- Traducción al búlgaro de Nicola Atanassoff. Sofía.

*Kröv y Arena.*- Traducción al búlgaro de J. Tzakoff. Sofía.

# Blasco Ibáñez y Valencia

## A<sup>PÉNDICE 7</sup>

Discurso pronunciado en Valencia el 16 de mayo de 1921, al agradecer el nombramiento de director “honoris causa” del Centro de Cultura Valenciana.

Este discurso es poco conocido, y hay que reconocer que, en rigor, no responde a la elocuencia fogosa y de tono levantado que caracterizó la oratoria de Blasco.

Pero precisamente porque presenta el carácter de un amable coloquio entre valencianos, porque se oye hablar a nuestro protagonista en la intimidad, y contiene muchos trozos autobiográficos, ya bien decantados por los años, es por lo que nos parece una pieza de cierto interés, un “documento” que contribuye al fiel diseño que nos propusimos trazar del novelista y del hombre.

No es necesario añadir que este discurso, enteramente improvisado, se tomó taquigráficamente, y que Blasco Ibáñez no tuvo ocasión de conocer la existencia de los textos recogidos hasta después de publicados en el folleto del Centro de Cultura Valenciana, de donde se toman los que aquí reproducimos:

“Señor Presidente,  
Señores Directores del Centro de Cultura Valenciana.  
Señoras y señores:

Hace un año, en este mismo mes recibía yo un honor académico que considero inferior a éste, a pesar de que revistió unas formas grandiosas y solemnes, dignas de la magnitud del pueblo en que se desarrollaba. Como digo, hace un año estaba yo en los Estados Unidos y la Universidad de Jorge Wáshington, capital de esa República, me nombró doctor en Letras, y el acto revistió, como os digo, la grandiosidad propia de todos los actos de aquel

país. Se verificó en un inmenso “hall”, donde caben seis u ocho mil personas. Asistieron el Embajador de España y los Embajadores y Ministros de todas las Repúblicas que hablan español.

En el fondo había una gran bandera colosal de España, de muchísimos metros, que llenaba todo el fondo de la sala, y la fiesta fue una fiesta española, una fiesta de glorificación para la literatura de nuestra patria, y sobre todo para el más grande de los novelistas españoles y de todos los ingenios de la literatura universal, o sea para don Miguel de Cervantes Saavedra.

Con ser tan grande, yo experimenté una inmensa satisfacción, porque también representaba una glorificación, no a mi persona –mi persona era circunstancial–, sino a España, que tanto representa para la historia de América y para la historia del progreso humano.

Pero a pesar, como os digo, del afecto de aquella fiesta, yo prefiero ésta, y no creáis que lo digo por una de estas adulaciones propias del artista ni por uno de esos medios de que se valen los oradores puramente circunstanciales para halagar al público. Yo (los que me conocen saben ciertamente que prefiero esta fiesta), yo soy de España, pero dentro de España yo soy un valenciano y seré valenciano siempre.

Yo, señores, os diré una cosa. Yo no he escrito más novelas valencianas y he salido de Valencia y he escrito novelas españolas, y después novelas que pudiéramos llamar internacionales; yo no he escrito más novelas valencianas porque he considerado que estaba el tema agotado. Había hecho la novela de la burguesía de Valencia: *Arroz y tartana*; yo había pintado la playa y los marineros y los pescadores en *Flor de Mayo*; había hecho *La barraca*, que es la gente de la huerta; había hecho *Cañas y barro*, que es la novela de la Albufera; traté de la Valencia histórica, que es la defensa de Sagunto; y después de esto me eché a escribir novelas de otros países, porque no encontré más temas para novela. Tal vez los encuentren las gentes que vendrán después. Yo no encontré más.

Y puedo deciros que la novela valenciana es la que he hecho con más entusiasmo, porque al mismo tiempo que hacía vivir al artista, había en torno a mí algo, un ambiente de familia, algo sincero e íntimo que debo confesar no he encontrado cuando hacía otras novelas, otras novelas que he hecho con más maestría, con lo que llaman los franceses “métier”, conociendo mejor mi oficio, no con la inexperiencia de cuando joven. Pero que no tendrán la frescura, esa virginidad que tendrá la novela valenciana que escribí con grandísimo entusiasmo.

Como os digo, pues, todo lo que se refiere a Valencia es mío y lo agradezco mucho más que todos los mayores honores que pueda conquistar en lo futuro en diversos países. Y tanto es así, que yo debo decir algo del inmenso agradecimiento que tengo a este Centro de Cultura Valenciana y de las impresiones que he experimentado no hace más que un mes, cuando recibía, con el nombramiento de este Centro, unas publicaciones que había hecho el mismo, y de las cuales son autores algunos de los que me escuchan.

Yo, recientemente, he hablado en Madrid de tres novelas que voy a hacer; novelas que se refieren primeramente a la vida mediterránea y que en cierto modo son novelas valencianas o novelas aragonesas, novelas de evocación de lo que fuimos nosotros cuando se iniciaba el Renacimiento para toda Europa, lo que serán después los que evocaron la gran epopeya de la conquista de América y su colonización. Y debo confesaros que estas novelas laten en mi imaginación, como late en la imaginación del escultor, del pintor, el bosquejo de la obra que se propone realizar. Estas novelas encuentran forma ensalzando las obras de autores que me escuchan, que pertenecen al Centro de Cultura Valenciana, que servirán para dar el último toque a esta misma novela que yo llevo en mi imaginación como simple boceto.

Nosotros, señores –permitidme que haga una pequeña digresión antes de hablar de otra cosa–, nosotros no sabemos la España que vivimos, nosotros somos el pueblo más calumniado que hay en la tierra, el pueblo más odiado.

Debo deciros que yo que soy un hombre de progreso, yo que aparezco ante mucha gente como un hombre que no cree en el pasado, yo me indigno y cuando salgo de España no hago más que defender el pasado.

Nosotros habremos tenido defectos como tienen todos los pueblos, habremos podido cometer atrocidades como las que han cometido otras naciones, pero, creedme, nosotros no hemos sido, ni remotamente, como quieren pintarnos en el resto del mundo los enemigos. Y en lo que se refiere a Valencia, nosotros hemos producido en otros siglos –y de esto yo voy a escribir, valiéndome del medio de la novela, que es el mayor medio de difusión–, nosotros hemos producido grandes hombres.

Nosotros, Valencia y la Corona de Aragón, hemos producido grandísimas personalidades eminentes, que por el mero hecho de haber sido españoles, son calumniados por la Historia.

A ese vulgo, vulgo universal, que tiene ilustración primaria, que acepta una serie de mentiras que han tomado carácter tradicional, se le habla de los Borgia y todos se estremecen y ven venenos y puñales, y tienen una ilustración de ópera; y ven a Lucrecia Borgia asesinando gente, y ven al

Papa Borgia que se entretiene en envenenar a alguien, como el mayor de los monstruos.

Y, sin embargo, señores, abundando en las mismas ideas que el Director señor Martínez, que me escucha, Alejandro Borgia, el Papa Alejandro VI, es la figura más eminente para mí, que tiene el Renacimiento de aquella época. Y lo mismo el Papa Pedro de Luna, que Calixto III, todas las grandes figuras que produjo Valencia y la Corona de Aragón, tuvieron una influencia universal.

Como os dije, somos calumniados. Y España, en todos los países, por lo mismo que fue grande en otros tiempos, tiene grandísimos enemigos. Y lo comprendo: España, durante siglo y medio, dirigió la tierra.

Inglaterra, que es tan grande; Inglaterra, que ha dominado el mundo, no lo domina más que 100 años y todavía le faltan 50 más.

Lo que ocurre es que esta grandeza pasada se apagó con una serie de calumnias y con una serie de propósitos preconcebidos contra España, que son con los que tropezamos todos los que salimos haciendo propaganda de esta nación por el extranjero.

De aquí, señores, que este Centro de Cultura, como las sociedades que hay en otras regiones españolas, preste un inmenso servicio al remontar el curso de la Historia, como si dijéramos al revés, yendo hacia las fuentes de estos ríos nacionales para averiguar la verdad, para rectificar todos los grandes errores, para demostrar que nosotros, si tuvimos defectos, fuimos, sin embargo, un pueblo que servimos a la civilización como ningún otro; porque Grecia podrá presentar en el pasado sus grandes esfuerzos literarios y artísticos; Roma podrá presentar las conquistas del Derecho, podrá presentar todas las ventajas de la civilización romana; y lo mismo Francia, que los otros países, pero ningún pueblo de la tierra podrá presentar lo que presenta España como servicios a la civilización universal. Ningún pueblo ha descubierto medio planeta, como nosotros, y después le ha dado la vuelta por primera vez como lo hiciera Magallanes y los marinos españoles.

La grandeza de España, como la grandeza de todos los países, se compone de la grandeza de los pueblos que constituyen esa nación. De ahí, señores, que yo haya sido siempre regionalista y hasta en política yo he sido federal, sin que esto haya supuesto el menor inconveniente ni la menor disminución de mi sentimiento de español.

Yo creo, señores, que cuanto más fuertes son los ladrillos al unirse más fuerte es la casa; creo que cuanto más fuertes son los pilares, más fuerte es el edificio; cuanto más fortifiquemos el espíritu de iniciativa de los pueblos

que componen España, cuanto más trabajemos para vivir por sí propios, sin pedir limosna y sin vivir de la limosna de los pobres centrales, más grande será la nación, de la misma manera que la familia es tanto más poderosa y rica cuanto menos parásitos tiene dentro de ella y cuanto más sabe cada uno ganar el jornal para sostener a su madre.

Yo, señores, debo confesarlo. Hablo de esto que no es hablar de política, pero para vosotros no es ni ha sido ningún secreto. Yo he sido republicano siempre; pero no creáis que jamás yo he pensado en Francia; tengo hacia ella simpatías por su cultura y por su literatura, pero no es mi ideal.

Yo siempre he amado a los Estados Unidos. No data de ahora, porque he ido y me han obsequiado, sino porque es una República federal. Porque cada país tiene su vida propia, cada región su fisonomía propia, hasta su legislación tradicional, y después todos juntos forman ese gigante que todos vosotros conocéis.

Si no existiera allí el federalismo, creedme que este país no sería tan grande como es.

De ahí que yo ame a Valencia. Y este amor no quiero que sea una palabra vaga, una simple frase retórica. El amor se demuestra con actos.

En la vida, la virtud de la frase “Yo te amo”, cuando no se sacrifica uno por ella y no está dispuesto a hacer por ella hasta locuras, el “Yo te amo” no significa nada. Hay que demostrarlo con algo; y sobre todo hay que demostrarlo en una forma práctica.

Yo, señores, desde hace dos meses tengo una preocupación, una preocupación que ha ido agrandándose conforme me acercaba a Valencia.

Y aprovecho el hablar aquí, en una Sociedad como ésta, tan amplia, tan literaria, tan amante de Valencia, para exponer algo que yo llevo en mi pensamiento y algo a lo que estoy dispuesto a darle toda mi actividad y todo mi entusiasmo.

Yo, sabéis que soy muy valenciano. Yo soy todo lo que se puede ser de valenciano. Yo he sido bautizado ahí enfrente, en “la parroquia de los pillos”, en la de San Juan. Yo he nacido en el corazón de Valencia. Yo he jugado en todas estas calle del Mercado.

Esta mañana me acordaba yo, al inaugurar una escuela pública en el Cabañal, y mientras cantaban los niños de las escuelas del Ayuntamiento, y cuando les oía cantar me decía: “Yo también he sido *chiquet* de los que cantaban en la escuela. Yo he pertenecido a las escuelas municipales y hasta una vez he cantado el mes de María en la iglesia de San Bartolomé.”

Como os decía, yo soy muy valenciano, y he vivido en una Valencia que guardaba todavía algo tradicional que ya no existe. Y me causa dolor el ver que Valencia, aquella Valencia típica, aquella Valencia que existe en los sainetes de Escalante, que existe en las poesías de Llorente y en las de tantos escritores que ha tenido la literatura valenciana, aquella Valencia que aún se respeta en algún cuadro de nuestros antiguos pintores, todo esto va desapareciendo.

Yo no maldigo esto. Yo sé que todos los pueblos necesitan renovarse para no desaparecer.

Yo sé que el progreso en todos los países, uno de los inconvenientes que tiene, pero inevitable, es que va borrando el pasado, y de una manera brutal, mecánica, sin fijarse en lo que es bueno ni en lo que es malo, lo va borrando, y de ahí que el esfuerzo del hombre racional es ir modificando, es ir canalizando esa fuerza, algo que borra sin fijarse en lo que borra, para hacer que aparte de esa borradura vayan quedando aquellas cosas que merezcan respetarse,

Yo me he quedado asombrado al ver lo poco que va quedando de la ciudad antigua.

Hace dos meses yo viajaba por la Provenza, preocupado por el Papa Luna, en una visita que hice a Aviñón, y tuve ocasión de ver algo de lo que he visto en Provenza y que debemos hacer los valencianos. Y digo debemos hacerlo porque el primero que va a preocuparse de esto soy yo, que además de valenciano soy hijo de padres aragoneses, y soy algo tozudo, que es lo que me ha valido en la vida. Cuando me he propuesto una cosa la he hecho con el entusiasmo y la gallardía del valenciano y la tozudez del aragonés.

Pues, como os decía, hay allá en Arlés un Museo fundado por el gran poeta Mistral, el autor de *Mireya*, que todo el mundo conoce.

Ha hecho simplemente y no solo, sino que es obra de toda la Provenza, un Museo de toda la Provenza que ha desaparecido, donde están las monturas de los antiguos picadores de toros de la Camarga, donde están los aparejos de pesca de los hombres de la costa de Provenza, donde hay, como habréis visto los que habéis estado en París, un Museo Grevin de figuras de cera, donde hay una gran plaza, varias columnas y tiene por cielo un gran vidrio, y allí se ve una boda provenzal, de figuras muy bien hechas, y hay un interior de una cocina y hay un nacimiento, diversas manifestaciones de la vida provenzal. Aparte de esto, hay libros célebres de la vida provenzal y retratos de todos los hombres que han escrito obras literarias.

Y yo pienso: Nosotros que somos un pueblo de artistas, ¿qué Museo no podríamos hacer en Valencia, un Museo que perpetuase la vida valenciana? Esto hace falta aquí como no podéis daros idea.

Sabéis que mis novelas, por un azar de la fortuna tal vez, están hoy traducidas a casi todos los idiomas de los pueblos civilizados. Y he recibido numerosas cartas de señoras francesas y de señoras norteamericanas que han pasado por aquí y me decían: “Yo he leído sus novelas entusiasmada. Estuve en Valencia y no vi nada: ni flores encontré.”

Y esto es verdad. Hay que decirlo entre nosotros que somos valencianos. La vida valenciana no pudo verla por ninguna parte. Afortunadamente para la ciudad hay calles nuevas, ideales... Pero lo antiguo, ¿dónde lo van a encontrar? ¿Dónde van a ver nuestras costumbres tradicionales? No las hay. Y yo miraba lo de Provenza. Ciudad muy interesante por su poesía, es una Valencia pobre. No se puede comparar con la nuestra ni remotamente. Viene a ser una Valencia de la montaña, con trajes apagados; un país pobre, un país de olivos, que es lo único que allí se cultiva.

Imaginaos qué Museo podremos hacer tan grande, aquí en este país, feliz durante siglos, donde las labradoras se han vestido de brocado de seda, donde la loza nuestra tiene todo el nacarado del mar, de ese mar Mediterráneo, y tiene el oro, el azul y el blanco de las puestas de sol y la aurora de nuestro cielo.

Sí; éste es el pueblo más artístico y más hermoso de la antigua Grecia, que tal vez no ha existido y que son los poetas quienes nos lo pintan.

Únicamente esa Grecia imaginada, que es la que hemos visto a través de los libros, puede compararse en hermosura con la Valencia tradicional que ha desaparecido y que únicamente la vemos cuando llega Carnaval, mal representada en un baile de máscaras cuando las mujeres se visten de labradora.

No; aquí debemos hacer algo práctico: aquí debemos construir el Museo de Valencia, donde estén: primero, las fotografías modestas, pequeñas, pero como una especie de Partenón de todos los hombres que han escrito versos, novelas o trabajos históricos, de todo valenciano que ha producido algo intelectualmente, todos deben estar allí. Y después de esto todo lo que se refiera a nuestra pesca, a nuestra navegación, a nuestras costumbres, las grupas cuando corren la joya; después la vida representada por figuras de cera; imaginaos con el plantel de artistas que tenemos aquí las cosas que se pueden hacer.

Con dinero se pueden hacer muchas cosas. La primera materia está: tenemos artistas. Representad la vida valenciana y de esta manera a la media hora de visita, o una hora, se enterarán los forasteros de lo que ha sido Valencia.

Se puede apelar a figuras pequeñas para representar las cosas que fuesen grandes y reducir, por ejemplo, los aperos de labranza típicos... y todo lo que se destaque aquí, en una palabra.

Y en otro aspecto de la vida, poner figuras con trajes valencianos auténticos para que los extranjeros vieran cómo era la cocina de la barraca por la noche, cuando la madre está guisando y el padre ha venido cansado del trabajo y está sentado en la silleta de cuerda y los chicos están jugando, y se viese cómo son las bodas, cuando hacen las cartas dotales y después la novia va pidiendo *per a agulletes* entre los que están presentes.

Hay que hablar dos horas de esto. Imaginad lo que podrán hacer nuestros artistas. ¡Qué Museo más interesante, y cómo la gente al venir aquí, diría: yo he visto la vida valenciana!

Hay que pensar, señores, en nuestra responsabilidad. Nuestra responsabilidad es enorme.

Yo he visto la vida valenciana, y ahora que tengo 52 años no la encuentro por ninguna parte. Aún podríamos reconstruirla. Si dejamos pasar 30 años, con todo el dinero del mundo no podremos reconstruirla. Ahora es el momento.

Yo en estos momentos pensaba citar a una reunión a todos los escultores de Valencia, a todos los pintores, a todos los tallistas, a estos artistas que están entre el arte y el oficio, que tienen los oficios que pudiéramos llamar oficios artísticos, y a todos pedir que nos aprestásemos todos para realizar esta obra.

Yo me atrevería, aquí está el Alcalde (como si no me oyese; fuera de aquí le pediré una cosa).

El Ayuntamiento tiene un palacio muy bonito, más bonito que el Mercado Central.

El Ayuntamiento, digo, tiene un palacio de lo que llamo yo arquitectura valenciana; porque yo me he metido en la cabeza que la arquitectura nuestra es la Lonja y el Hospital de Játiva, que es lo que se puede llamar arquitectura valenciana; es algo florentino, porque es innegable la influencia de Italia en nuestra arquitectura.

Vosotros sabéis que como restos de la exposición queda el Palacio Municipal, ese Palacio Municipal donde no pasa nada, donde no hay sillas; ese

último resto de la Exposición sirve, cuando viene alguien como yo, para celebrar una fiesta. (El laboratorio puede colocarse en cualquier otro sitio.)

Allí se puede hacer el Museo Valenciano. Un Museo de Valencia, junto a la Alameda, rodeado de jardines, donde el mismo Baedeker que traen los viajeros dijera: “Vayan a ver el Museo de Valencia, que es muy interesante.” Y los viajeros que de Barcelona pasan a Zaragoza y Madrid y nos dejan a Valencia fuera, que supieran que había un Museo interesante valenciano, en el que habían tomado parte artistas como Sorolla, Benlliure y otros escritores como yo, vendrían por curiosidad a ver lo que ha hecho este núcleo de valencianos aquí para perpetuar la vida, y vendrían de la misma España a ver el Museo Valenciano porque resultaría muy interesante.

Luego hay medios a la americana, que yo conozco, para hacer dinero rápidamente.

Aquí hay que reunir a todos los empresarios de teatros y de cine y juramentarlos en nombre de Valencia para que cada uno diera una función anual a beneficio del Museo de Valencia.

Yo me comprometo a dar una novela y todo lo que produzca vaya a parar al Museo; además, por efecto de mis andanzas por los Estados Unidos, yo soy amigo de todos los grandes millonarios y todos los grandes capitales de la tierra. Yo conozco a Huntington, el gran historiador y amigo de España, y también le sacaré dinero para el Museo.

Si Valencia, si el Ayuntamiento nos da el Palacio Municipal, que nos lo dará, y todos trabajamos llenos de entusiasmo, sobre todo la juventud, todas estas Asociaciones y sobre todo el Centro de Cultura Valenciana que tomase esto bajo su dirección, podemos hacer una obra magnífica.

Y esto sería más hermoso que cuanto pudiéramos escribir sobre el pasado de Valencia. Porque lo que se escribe sobre el pasado de Valencia tiene un valor enorme para la gente intelectual; pero este Museo nuestro tendría la fuerza que tiene toda representación plástica porque interesaría no solamente a personas ilustradas, sino a todos los ignorantes.

La gente sencilla consideraría el Museo de Valencia como una especie de Partenón porque guardaba todas las glorias de nuestra raza, todo nuestro pasado y todo nuestro presente artístico.

Y voy a terminar.

Nosotros todos tenemos la obligación de trabajar por nuestro pasado para que no se pierda.

Hoy en el mundo hay una especie de pausa en que los pueblos que han marchado durante el siglo XIX y parte del siglo XX de una manera acele-

rada, con un afán loco de progreso, galopando, sin ver lo que dejaban a la espalda, después de ese gran conflicto de la guerra, después de esa conflagración, se han concentrado en sí mismos, y llevan como una especie de vida interior que les hace mirar hacia el pasado, no en lo que el pasado tiene de sustituible, sino en aquello que el pasado tiene de aprovechable y que merece que se perpetúe por los siglos de los siglos.

Entre todos los pueblos de la tierra, nosotros, Valencia, que forma parte de España, que es un componente de España, nosotros debemos cultivar y sostener y perpetuar el pasado en lo que tiene de más noble.

A nosotros, como antes os decía, se nos odia. ¿Sabéis por qué? Porque la América representa el porvenir, porque América es la juventud del mundo, y en América, desde California hasta el Estrecho de Magallanes, allí donde rascan la tierra, quieran o no, sale España. Y entonces los hombres de los otros países de Europa que van allá con el afán de apoderarse de ese mundo, de América, se ven que España les sale al encuentro en todas partes con los nombres de los conquistadores, con la misma lengua que se habla, y entonces nos odian, nos declaran la guerra y nos calumnian ante la Historia. Pero esta labor será inútil. Esos pueblos crecen y crecen y son el porvenir de la Humanidad.

Vosotros habéis visto lo que ocurre en las grandes construcciones modernas. Cuanto más alto quiere elevarse un edificio, es necesario hacer más profundos los cimientos.

Pues bien; las naciones de América, cuanto más alto suben y suben, muchísimo más hondos han de hacer los cimientos, y los cimientos somos nosotros, es España, es nuestra historia, es nuestra lengua.

Yo, pues, voy a terminar, manifestando mi intenso agradecimiento al Centro de Cultura Valenciana.

He expuesto esta idea con el deseo de servir a Valencia, de servir a la cultura artística de este país y de servir al mismo tiempo a la noble e ilustrada Sociedad que me ha honrado acogiéndome en su seno.

Estoy dispuesto a trabajar por todo cuanto redunde en beneficio de Valencia.

Yo, por desgracia, por exigencias de mis compromisos, de mi historia, no puedo vivir siempre aquí. Tal vez algún día venga a morir cuando me falten fuerzas. Hoy todavía tengo una gran actividad que quiero dedicar a la propaganda de las grandezas de mi país, y esto me obliga a ir de un sitio al otro. No sé dónde estaré mañana.

Mi propósito en el año próximo es dar la vuelta al mundo. Pero allí donde esté habrá un valenciano, un gran valenciano que está dispuesto a servir a su país y a hacer todo lo que pueda por su gloria futura y su gloria pasada, para que Valencia sea, si puede ser, la ciudad española del Arte y tal vez de la literatura, y para que al mismo tiempo nuestro pasado resplandezca con todas las glorias que merece, como una de las grandezas más grandes de la grandeza de la nación española. HE DICHO.”



# Bibliografía general



# Bibliografía general

## Orden cronológico

- SAINTE-CROIX, L., *Blasco Ibáñez, novelista*, Madrid, La Lectura, 1904.
- ERNEST-CHARLES, J., *Blasco Ibáñez*, París, Renue Bleue, 1905.
- RITTER, William, *Études d'Art étranger*, París, 1906.
- GONZÁLEZ BLANCO, Andrés, "Blasco Ibáñez", en *Revista Contemporánea* (Madrid), 1906.
- VÉZINET, F., *Les Maîtres du roman espagnol contemporain*, París, 1907.
- GONZÁLEZ BLANCO, Eduardo, *Historia de la novela en España desde el romanticismo a nuestros días*, Madrid, 1909.
- ZAMACOIS, Eduardo, *Mis contemporáneos: Vicente Blasco Ibáñez*, Madrid, 1910.
- MOROTE, Luis, *Teatro y novela*, Madrid, 1910.
- TAILHADE, Laurent, "Vicente Blasco Ibáñez", en *Hispania* (París), 1918.
- GÓMEZ DE BAQUERO, Eduardo (*Andrenio*), *Novelas y novelistas*, Madrid, 1918.
- ERNEST-CHARLES, J., "Nos amis en Espagne", en *Journal de l'Université des Annales* (París), 1918.
- CEJADOR, Julio, *Historia de la lengua y literatura castellana*, Madrid, 1918.
- AMADE, Jean, *Études de littérature méridionale*, Montpellier, 1920.
- GASCÓ CONTELL, Emilio, *Blasco Ibáñez y su obra*, Valencia, 1921.
- PITOLLET, Camile, *V. Blasco-Ibáñez e il suo capolavoro "Cañas y Barro"*, Florencia, 1921.
- CENTRO DE CULTURA VALENCIANA, *Recepción del Director "honoris causa" D. Vicente Blasco Ibáñez*, Valencia, 1921.

- CONDE DE CASAL, “Blasco Ibáñez y las novelas de la guerra”, en *Raza Española* (Madrid), 1921.
- COLLIER, William Miller, *Discurso pronunciado por el Sr. D. Collier, rector de la Universidad de George Washington, y antiguo Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos en España, al conferirle al Sr. D. Vicente Blasco Ibáñez el grado honorario de Doctor en Letras*, Valencia, 1921.
- LEVI, Ezio, *Nella letteratura spagnola contemporanea*, Florencia, 1922.
- MERIMÉE, Henri, “Le Romancier Blasco Ibáñez et la cité de Valence”, en *Bulletin Hispanique* (Toulouse), 1922.
- PUCCINI, Mario, *Vincenzo Blasco Ibañez*, Roma, 1923.
- ROSAS REYES, Román, *Las imposturas de Vicente Blasco Ibáñez. Verdades sobre México. Refutación política de la obra intitulada “El militarismo mexicano”*, Barcelona, 1923.
- VERGARA, Federico, *Blasco Ibáñez, o la vuelta al mundo en 80.000 dollars*, París, 1924.
- GASCÓ CONTELL, Emilio, *Vicente Blasco Ibáñez*, París, 1926.
- GÓMEZ MARTÍ, Pedro, *Psicología del pueblo valenciano según las novelas de Blasco Ibáñez*, Valencia, 1926.
- BAIXAULI, José, *Blasco Ibáñez en la intimidad*, Valencia, s. a.
- ALMELA I VIVES, Francesc, “Dues llegendes valencianes de Blasco Ibáñez. Estudio sobre dos producciones juveniles del novelista publicadas en valenciano”, en *La Nueva Revista* (Barcelona), 4 (abril, 1927).
- BROUSSON, Jean-Jacques, *Itinéraire de Paris à Buenos-Ayres*, París, 1928.
- ZAMACOIS, Eduardo, *Vicente Blasco Ibáñez*. Número homenaje de “La Novela Mundial”, Madrid, 1928.
- MAS, José, *Blasco Ibáñez y la jauría*, Madrid, 1928.
- MARTÍNEZ DE LA RIVA, Ramón, *Blasco Ibáñez, su vida, su obra, su muerte, sus mejores páginas*, Madrid, 1929.
- In Memoriam: Libro homenaje al inmortal novelista V. Blasco Ibáñez*, Valencia, 1929. Colaboran en este libro: Armando Palacio Valdés, Ramón Pérez de Ayala, Diego San José, Julio Camba, E. Gutiérrez Gamero, Pedro de Répide, Alfonso Hernández Catá, Wenceslao Fernández Flórez, Antonio Zozaya, E. Ramírez Ángel, Eduardo Marquina, Pedro Mata,

Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, Leopoldo López de Súa, José Francés, Alberto Ghirardo, Francisco Camba, G. Díez Caneja, Felipe Sassone, Luis Fernández Ardavín, Federico García Sanchiz, Luis de Oteyza, Eduardo Zamacois, Santiago Ramón y Cajal, Ramón Menéndez Pidal, Eduardo Gómez de Baquero, Rafael Cansinos Assens, Tomás Borrás, César Juarros, Darío Pérez, Rafael Altamira, Manuel Machado, Ramón Goy de Silva, Alfonso Camín, Melchor Fernández Almagro, Ernesto Jiménez Caballero, Benjamín Jarnés, E. Estévez Ortega, etc.

CASSOU, Jean, *Panorama de la Littérature Espagnole Contemporaine*, París, 1929.

GIMENO, Juli Just, *Blasco Ibáñez i Valencia*, Valencia, 1929.

COLA, Julio, *Blasco Ibáñez, fundador de pueblos*, Madrid, 1931.

*Cronología de Blasco Ibáñez*. (Archivo Municipal de Valencia, 1933)

ATENEO MERCANTIL, *Discurso necrológico pronunciado por D. Ricardo Samper Ibáñez en memoria del Presidente honorario del Ateneo Mercantil D. Vicente Blasco Ibáñez*, Valencia, 1933.

BALSEIRO, José A., *Vicente Blasco Ibáñez, hombre de acción y letras*, Puerto Rico, 1935.

AZORÍN, *Valencia*, Madrid, 1940.

BAROJA, Pío, *Obras completas*, Madrid, 1946.

INSÚA, Alberto, *Memorias*, Madrid, 1952.

DE ALMAGRO SAN MARTÍN, Melchor, *La pequeña Historia*, Madrid, 1954.



Obras  
de Emilio  
Gascó Contell



# Obras de Emilio Gascó Contell

## OBRAS EN ESPAÑOL

- Aventuras de un niño español en la guerra europea*, Valencia, Prometeo, 1918 (cuentos).
- Blasco Ibáñez y su obra*, Valencia, Mediterráneo, 1921 (folleto).
- París*, París, 1923 (entreviús, sugerencias).
- La nueva literatura en España*, París, 1924.
- Veredas del derrumbe*, prólogo de José Vasconcelos, París, 1924 (ensayo sobre la idiosincrasia política del pueblo español).
- Crisol*, París, Franco-Ibero-Americana, 1924 (novela).
- Vida y obra de Verdi*, París, Franco-Ibero-Americana, 1925.
- Grandes poetas de España y América*, París, Agencia Mundial de Librería, 1925.
- Arte y aventura de Sarah Bernard*, París, Franco-Ibero-Americana, 1925.
- Vida y obra de Massenet*, París, Franco-Ibero-Americana, 1926.
- Vicente Blasco Ibáñez, el escritor y el hombre*, París, Agencia Mundial de Librería, 1926.
- Panorama de la literatura española*, Madrid, Nuestra Raza, 1930.
- Un idilio en París hace cien años*, Madrid, 1932.
- Historia de la literatura española*, París, Aristide Quillet, 1947.
- Genio y figura de Vicente Blasco Ibáñez, agitador, aventurero y novelista*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1957.
- Mitología universal*, México, Libros Selectos, 1958.
- La mitología contada con sencillez*, Madrid, Escelicer, 1959.
- Panorama de la historia del arte*, México, Libros Selectos, 1962.
- La historia del arte contada con sencillez*, Madrid, Escelicer, 1962.
- Algunos aspectos del pensamiento europeo y su expresión actual*, Madrid, Escelicer, 1965.
- Encuentros y despedidas*, Madrid, Escelicer, 1965.
- Panorama general de las literaturas extranjeras*, México, Libros Selectos, 1966.
- Genio y figura de Vicente Blasco Ibáñez*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1967.
- Tagore*, Madrid, Epesa, 1970.
- José Enrique Rodó*, Madrid, Compañía Bibliográfica Española, 1970.

*Pemán*, Madrid, Epesa, 1970.

*La cena de los trece apóstoles* (Premio “Hucha de Plata” de cuentos breves), Madrid, 1971.

*Viaje alrededor de los dioses*, Madrid, Sala, 1973 (póstumo).

*París cuando yo era viejo*, Madrid, Sala, 1973 (póstumo).

*Genio y figura de Vicente Blasco Ibáñez, agitador, aventurero y novelista*, Alzira, Murta, 1996 (edición facsímil, con el patrocinio de la Fundación Cañada Blanch).

### **OBRAS EN FRANCÉS**

*La Litterature Argentine*, París, 1930.

*Compiègne en passant*, Compiègne, 1939.

*Variations sur l'amour*, París, Aristide Quillet, 1941.

*Entretiens*, Montpellier, Aristide Quillet, 1943.

*Contes a Mari-Marina*, París, 1943.

*Causerie espagnole*, Montpellier, Aristide Quillet, 1945.

*Artemis sous le pomier*.

*La 'copla' espagnole*.

*Interieurs*, París, Magraner, 1948 (poesía).

### **OBRAS EN VALENCIANO**

*El poema d'uns ulls blaus*, Valencia, El Cuento del Diumenche, 1915.

*Interiors*, Montpellier, 1946 (poesía).

# Índice

I. Años de niñez y mocedad (1867-1890) .....	39
II. Agitador, artista, viajero (1891-1908) .....	67
III. Conferenciante y colonizador en Sudamérica (1909-1914) ....	119
IV. La Primera Guerra Mundial (1914-1919) .....	141
V. El éxito universal (1919-1923) .....	159
VI. Viaje alrededor del mundo (1923).....	187
VII. Los últimos años (1923-1928) .....	201
VIII. Apéndices .....	231
1 Tabla cronológica.....	233
2 Blasco, difusor de cultura .....	237
3 Blasco y sus contemporáneos.....	239
4 Un estudio grafológico de Blasco Ibáñez.....	253
5 Lista de la Obra seleccionada y reconocida por Blasco Ibáñez .....	255
6 Lista de las obras de Blasco Ibáñez traducidas a diferentes idiomas	257
7 Blasco Ibáñez y Valencia .....	263
8 Bibliografía general .....	275



# BIBLIOTECA BLASCO IBÁÑEZ

## Vicente Blasco Ibáñez en las colecciones del Ayuntamiento de Valencia

### **Obras de Vicente Blasco Ibáñez**

- En busca del Gran Kan* (2006)  
*La catedral* (2001)  
*La condenada* (2001)  
*Los cuatro jinetes del Apocalipsis* (2001)  
*Flor de Mayo* (2006)  
*Mare Nostrum* (2006)  
*El paraíso de las mujeres* (2001)  
*Por la patria! (Romeu el guerrillero)* (2006)

### **Estudios sobre Vicente Blasco Ibáñez**

- José Luis León Roca  
*Vicente Blasco Ibáñez y la Valencia de su tiempo* (1978)  
Premio Senyera 1962

- José Luis León Roca  
*Vicente Blasco Ibáñez* (2002)  
Colección “Escritores Valencianos”

- Ana María Martínez de Sánchez  
*Blasco Ibáñez y la Argentina* (1994)  
Colección “Minor”

- Miguel Herráez – Rafael Ventura Meliá  
*Vicente Blasco Ibáñez: cartas de cine* (1998)  
Fundación Municipal de Cine

### **Coediciones**

- Stella Maris Folguera  
*Arroz viudo y papas pobres.*  
*Blasco Ibáñez y la Nueva Valencia en Argentina* (1997)  
Edicions La Xara

## **PUBLICACIONES DE LA CASA-MUSEO BLASCO IBÁÑEZ**

### **Colección “Documenta”**

1. Emilio Gascó Contell

*Genio y figura de Blasco Ibáñez, agitador, aventurero y novelista* (2012)

2. Vicente Blasco Ibáñez

*Cartas a Emilio Gascó Contell* (2012)

### **Colección “Cuadernos de la Casa-Museo Blasco Ibáñez”**

1. Ramón Tamames

*Vicente Blasco Ibáñez, hombre de pensamiento y acción.*

*¿Qué queda hoy de él?* (2010)

2. I Encuentros Literarios Malvarrosa

*Los poetas y el escritor frente al mar* (2010)